





790
L987
P

BENITO LYNCH

PLATA DORADA



BUENOS AIRES
CASA EDITORA É IMPRESORA M. RODRÍGUEZ GILES
CORRIENTES, 1379
1909



PLATA DORADA

BENITO LYNCH
 ^N

PLATA DORADA

LIBRO DE
CANTOS



BUENOS AIRES
CASA EDITORA É IMPRESORA M. RODRÍGUEZ GILES
CORRIENTES, 1379
1909

RESERVATION

COPY ADDED

12/19/90

NO VISU
APPROVAL

PLATA DORADA

I

Un violento barquinazo ó la detención brusca del coche, me arrancó del amodorramiento, en que me habían sumergido las emociones y el cansancio de aquel larguísimo viaje... Abrí los ojos, después de haberlos restregado á conciencia y miré en torno; todo estaba obscuro, negro como la boca de un lobo... fuera, se oía el tintineo de los cencerros de las tropillas y el rumor quejumbroso del viento que pasaba en su inmensa carrera á través de los campos dormidos.

Tuve miedo y llamé á mi madre, á quien no veía á pesar de hallarse á mi lado, tal era la obscuridad de la noche.

—¿Qué tienes, Williams?

—Nada, mamá... Tengo frío.

Mi madre, á tientas, levantó el cuello de astrakán de mi sobretodo azul y me dió una galletita para que crease valor...

—¿Y papá?

—Ahí está, afuera.

—¿Y *La Negra*?...

—Duerme, hijo. Duerme... Así deberías hacer tú.

Hubo un corto silencio durante el cual yo no sé lo que pensaría mi buena madre ; pero sí recuerdo que me dije con los párpados muy apretados :

—¡ Qué gracia !... *La Negra* es mucho más grande que yo, ¡ cómo no va á poder dormir !... Por algo papá le dice *zanguanga*, cuando la reta.

Y con este razonamiento me quedé muy tranquilo de conciencia.

Un fósforo crepitó en la tiniebla y distinguía á mi padre con su sombrero gacho, que estaba encendiendo un cigarrillo y que conversaba con alguien. En torno del coche se oían voces, pisadas de caballos y ludimientos sonoros de colle-ras y de cadenas.

Mi hermana, que despertó, dijo gravemente :

—Estamos parados, y yo torné á sumergirme en las mismas cavilaciones y dudas que atormentaban mi mente infantil desde hacía muchos días.

¡ Oh, lo recordaba bien ! Fué allá, en la estancia, en aquella estancia que acabábamos de abandonar muy de mañana y para siempre quizás, en aquella estancia donde había pasado la niñez dichosa, toda *la vida*, una vida de 10 años...

...Buscando á *La Negra*, para hacerla partici-

pe de una cantidad de huevos de pajarito que me había traído un peón, entré una tarde en el comedor. Papá y mamá conversaban muy juntos y este último tenía una carta entre sus manos.

Al verme entrar, suspendieron la plática y como yo me quedara indeciso, clavado en el umbral, mi padre me miró con aire severo preguntando :

—¿Qué quiere?

Avergonzado di media vuelta y me alejé á la carrera en busca de *La Negra*, mi compañera inseparable, mi primer amigo.

Estaba detrás de la casa, colocando al sol para que se secaran unas vasijitas de arcilla que hacía con rara habilidad.

Después que le hube enseñado el hallazgo del peón, le pregunté tímidamente :

—Dime, *Negra* : ¿de qué estarían hablando papá y mamá, en el comedor, que se enojaron porque yo entré?

—¿Se enojaron?

—Sí.

Vi su rostro moreno ponerse grave y pensativo, su bello rostro de doce años, que me parece estar mirando todavía á través del tiempo y de las mil imágenes superpuestas, que llenan el cerebro, tras una vida de azares y de dolores.

—No sé—dijo,—pero creo que ha de ser *de irnos* á Buenos Aires.

La miré con aire incrédulo ; pensé entre mí :

¡ qué pavada ! ; pero no se lo dije. ¿ Para qué humillar á los sencillos ?

Si bien era cierto que mamá, cuando nos portábamos mal, nos amenazaba con el pupilaje en Buenos Aires, nunca nos dió á entender que la fecha estuviera tan próxima. Sin embargo, ¡ allá veríamos !

Aquella noche, al acostarnos, mi madre nos dió sonriente :

—Hijitos : el jueves, nos vamos á Buenos Aires.

Mi hermana batió palmas y yo quedé anonadado.

Buenos Aires, la gran metrópoli que abandonara á una edad inconsciente, á los cuatro años, se presentaba en mi imaginación como una masa enorme, un monstruo negro preñado de amenazas entre las que se destacaba el colegio, el terrible colegio, como un lugar de castigo adonde iban los niños malos, á purgar sus delitos.

Esto, añadido á la pena profunda que causa siempre abandonar los lugares donde hemos pasado la niñez, me hicieron mirar con disgusto, en los días subsiguientes, los preparativos del viaje y la perspectiva del mundo desconocido que iba á visitar.

La víspera de la partida, y sentados en los baúles que se amontonaban en el corredor de la estancia, tuvimos una grave conferencia con mi hermana.

—¿ Qué piensas de esto, Williams ?

Su faz estaba seria y el sol, cayendo en el horizonte pampeano á su espalda, salpicaba sus cabellos con tintes bronceados.

—Yo supongo—repuse,—que nos llevan al colegio porque ya somos grandes...

—¿Y tú crees que volveremos?

—¿Cómo no?—contesté vivamente admirado de que se pudiese dudar tan sólo.—¡Mamá me ha dicho que vendremos todos los veranos, si nos portamos bien!

—Pues yo sé por la cocinera que no volveremos más; que papá va á vender la estancia porque está cansado del campo...

—¿Estás loca?

—¡Es la pura verdad!...

—Voy á preguntárselo á mamá.

—¡Vé!

Mi madre estaba con la cocinera en el gallinero, y se ocupaba en la trascendental ceremonia de elegir las aves que deberían ser sacrificadas para provisiones de viaje.

—¡Mamá, dice *La Negra*, que no vamos á venir más á la estancia!

Mi madre se rió y repuso burlonamente:

—Dile que deje de decir tonterías.

—¿Entonces, no es cierto?

—¡No, hombre!

Corrí en busca de *La Negra* y me burlé de ella á gusto, á pesar de lo cual, no pude hacerla adajar de sus convicciones, que parecían

profundas, ni desechar el malestar y la preocupación que me embargaban.

He aquí, pues, por qué encajonado en el incómodo vehículo y en pleno viaje hacia la gran ciudad desconocida, cavilaba y cavilaba con los ojos porfiadamente cerrados, en vez de estar alegre como podía esperarse de mis años juveniles.

Mi padre entró en el coche acompañado de una ráfaga helada que nos hizo estremecer, y preguntó á mamá cariñosamente :

—¿Y, cómo van?

—Muy bien, muy bien ; sólo que Williams se queja de frío...

—Pamplinas. ¡Ya se le quitarán las mañas en el colegio!

¡Oh, la eterna amenaza! y el carruaje partió súbitamente llenando de rumores la soledad de la pampa.

II

Estaba soñando que me hallaba con mi perrito *Fox*—el pobre perrito que quedó llorando mi ausencia encerrado en la cocina de la estancia,—estaba soñando, digo, que con el inseparable compañero de mis aventuras cinegéticas, espíabamos con felina paciencia las idas y venidas de un cuís enorme allá en el bajo de las Vizcacheras, tan conocido y tan lleno

de agradables recuerdos para mi niñez lejana, cuando desperté sobresaltado.

Alguien me sacudía de un brazo, y el coche se había detenido una vez más.

—¡Vamos, amigo—dijo casi á mi oído la brusca pero cariñosa voz de mi padre,—ya hemos llegado!

Descendí trabajosamente del vehículo como ya lo habían hecho, con más diligencia, mi madre y mi hermana, y me coloqué á su lado, prendiéndome á sus vestidos para mayor seguridad.

Era de día claro.

A pesar de mi atolondramiento, pude darme cuenta á primera vista de que el aspecto del paisaje había cambiado por completo.

Allí no había campo, ni pasto, ni nada de eso; aquello era una ciudad, bien lo veía, con sus casas, con sus calles y con sus coches; una ciudad como esas que venían pintadas en el *Correo de Ultramar*, cuyos números, cuidadosamente encuadernados, nos prestaba mamá para que matásemos, allá en la estancia, las largas horas de invierno.

—¿Esto es Buenos Aires?—pregunté después de un rápido exámen.

—No, hombre—contestó mi madre,—esto es 9 de julio.

Y se rió de mi salida como todos los circunstantes.

—¿Ves el tren?—me preguntó mi hermana.

—No. ¿Dónde?

—Allá. ¿No lo ves que viene?

Y vi á lo lejos un tren, de ferrocarril en miniatura, una locomotora¹ empenachada de humo y unos vagones color de caoba, que la distancia y la inmensidad de la llanura verdegueante hacía aparecer tan diminuto como uno de esos trenes de juguete.

El convoy llegó por fin enorme é imponente, lleno de estertores monstruosos y rechinamientos de ejes, y se detuvo frente á la modesta estación, donde se agrupaban los viajeros y se amontonaban los bultos á su espera.

Yo sabía perfectamente lo que era un tren de ferrocarril, pero sólo por referencias ó por láminas.

Había salido de Buenos Aires tan pequeño, que no recordaba ya ninguno de los detalles de aquel viaje á través de las pampas y en busca de fortuna, realizado por un joven matrimonio que se ahogaba entre la ola bullente de la gran capital, y que, lleno de fe y de energías, se lanzaba á lo ignoto, para sacrificarse y labrar la fortuna y el bienestar de sus hijos.

En consecuencia, todo el tiempo que mi padre empleó en sacar los boletos y en llevar á cabo otras diligencias del caso, me entretuve contemplando el bizarro continente de la locomotora, hacia la cual sentía un respeto instintivo, y el no menos imponente de un vigilante de campaña, autoridad á la que me había

acostumbrado á temer, también por referencias.

Llegó la hora de la partida ; hora inolvidable que conservo en la mente tan nítida y tan clara como el primer día, y que considero punto inicial de la larga serie de mis penas y engaños.

Mi padre, después de conversar medio minuto con Ramón, el capataz de la estancia, dijo :

—¡ Bueno, vamos !...

Y empezaron las despedidas.

Ramón, Juan el cochero y Cándido, uno de los peones que nos habían acompañado, se despidieron con respeto y con cariño de mi madre y de mi hermana.

—¡ Adiós, patrona ; adiós, patroncita, que les vaya *lindo*... que *güelvan* pronto !...

Y la emoción, mal disimulada, alargaba sus rostros bronceados é imponía temblores á sus labios carnosos.

Cuando llegó mi turno, sentí que un nudo me cerraba la garganta.

Los tres hombres me besaron, y yo sólo pude articular con voz apenas perceptible :

—¡ Cúidenmelo mucho á *Fox* !...

Un minuto después estábamos en el tren.

La campana de la estación vibró herida por el badajo, el jefe hizo oír una pitada estridente á la que respondió la locomotora con su ronco silbato, y el convoy arrancó trabajosamente,

mientras yo sentía que una mano descarnada y ruda me arrancaba también algo de las entrañas, produciéndome la sensación dolorosa de un gran vacío.

III

Acabábamos de salir de Chivilcoy, y una dificultad sobre mejor derecho á la posesión de una de las ventanillas del coche, nos había distanciado con *La Negra*, quien por su carácter enérgico, siempre resultaba triunfante en nuestras pequeñas desavenencias.

Como mi timidez natural me hubiera impedido usufructuar un asiento en compañía de un extraño, y el salón iba casi lleno de gente que charlaba y reía, enrareciendo la atmósfera del recinto con el humo de sus cigarros y de sus pipas, no tuve más remedio que volver al sitio que ocupara frente á mis padres, y de donde me había sacado hacía rato el espíritu aventurero de mi joven hermana.

Ambos conversaban animadamente :

—¡ En verdad que es estúpido—decía mi padre,—estarse matando en el campo, hacerse un inculto, un salvaje, para venir á disfrutar á la vejez de lo poco que se consiga á fuerza de tantos sacrificios, cuando en la ciudad, sentado ante su escritorio y sin tomarse la menor molestia, se pueden hacer brillantísimos negocios !

Mi madre le interrumpió con una sonrisa enigmática y preguntó :

—¿ Especulando?

—Claro está que especulando. ¡ Es el gran negocio de hoy día !

—No hay que entusiasmarse...

—¿ Así lo crees? ¡ Pues mira !

Y mi padre desplegó un número de *La Nación*, de aquel tiempo ; una *Nación* enorme que parecía una sábana de baño y, después de buscar un rato, leyó :

«El martillero R. vendió ayer en La Plata la manzana XX en la suma de 90,000 pesos.»

»Dicha manzana fué adquirida el jueves pasado por el vendedor, y también en remate, en 65,000 pesos.»

—¿ Qué te parece?

—Que es una enormidad, y que de eso no puede resultar nada bueno.

—¡ Oh, no digo que no ! Alguno tendrá que embromarse...

—¿ Y entonces?...

—Se procede con cautela y sin ofuscación. Así no hay peligro... ¿ Te acuerdas de Jacobo, aquel italiano que tenía carpintería á la vuelta de casa, allá en la calle Corrientes?

—Sí. ¿ Por qué?

—¿ Quieres creer lo que me dijo Alfredo el mes pasado, cuando estuve en Buenos Aires para ver la casa?

—¿...?

—Que está en La Plata, hijita, que tiene como diez propiedades y, además, coche particular.

—¡ El ! ¿ Es posible?...

—Es la verdad ; ese gringo atorrante, que venía á componer los pisos de nuestra casita, con sus alpargatas agujereadas y su delantal azul, se ha metido á especular y parece ahora un príncipe ruso.

—¿ Y cómo ha sido ?

—¡ Qué sé yo ! Creo que, al morir un hermano que tenía en La Plata, le dejó unos terrenitos que vendió en seguida á precio fabuloso, metiéndose luego de lleno en especulaciones felices que, en pocos meses, le han convertido en fuerte capitalista.

—¡ Qué cosa notable !...

—Y no es nada eso ; sé de negocios maravillosos hechos en pocos minutos, de ventas realizadas sobre el boleto, con un beneficio del 20 y del 30 por 100, de propiedades que han cambiado de dueño cinco veces en una semana y con ganancias enormes para todos.

—Sí, pero alguno tendrá que pagarla. Tú sabes que el último...

—¡ Ya lo sé ; no digo que no, es una situación anormal y falsa que no puede prolongarse, y que tiene que terminar forzosamente con una *debacle* financiera, pero ahí está el buen tino del especulador ; los tontos se perderán, mien-

tras que los vivos habrán salido á flote sin sacrificios y sin esfuerzos!...

Hubo un largo silencio, durante el cual me entretuve en mirar á un inglés que fumaba allá en el fondo del salón, contemplando, indiferente á todo, las espirales que formaba el humo de su pipa.

—Ese es James Failing—dijo mi padre en voz baja,—un inglés que vino el año 87, sin tener en qué caerse muerto, y hoy es socio de uno de los industriales más fuertes de Buenos Aires.

Luego añadió su eterna frase de siempre :

—¡ Qué raza la inglesa ! ¿ Cuándo podremos asimilarnos á su carácter y á sus costumbres ?

El pobre ignoraba el poder de la sangre, la imposibilidad de esa transformación que no podrán operar nunca ni el ambiente, ni la educación, ni las costumbres impuestas, ni aun esa buena voluntad de nuestra raza latina hacia las grandes modificaciones, hacia los grandes progresos y sobre todo hacia aquello que nos viene de afuera y que es exótico.

Como muchos, mi padre tenía fe en la eficacia del ejemplo. Creía que con el trato continuo de la raza sajona, con la asimilación de sus costumbres severas y con la enseñanza diaria de su espíritu práctico y emprendedor, la nuestra acabaría por modificarse convirtiéndose en su *alter ego*.

Grave y tristísimo error. Un hombre de raza latina, podrá vivir entre ellos, connaturalizarse hasta el punto de olvidar la lengua materna y las costumbres patrias, pero llegará un momento decisivo, una circunstancia difícil, en la que tenga que usar de ese espíritu práctico del que ha creído hallarse infiltrado á fuerza de desearlo, y entonces fallará la teoría, manifestándose en toda su pureza, las características *sui generis* de la raza repudiada.

Las afinidades con el pueblo sajón, no podrán darnos nunca más que un barniz engañador y falso.

Rompiendo la barra de plata, muchas veces bañada en oro, aparece el blanco metal tan auténtico y puro como antes.

IV

Cuando desperté con el cuerpo dolorido por el traqueteo de aquel larguísimo viaje, tuve que hacer un verdadero esfuerzo de imaginación para reorganizar las ideas dispersas y embarulladas por el sueño, y poder darme cuenta del sitio en que me encontraba.

La noche anterior, el cansancio y el amodorramiento no me habían permitido ni el más ligero examen de nuestra nueva residencia, una casita alegre y coqueta situada en la calle Venezuela.

Un rayo de sol entraba por la celosía entornada, y llegaba hasta muy cerca de la cabecera de mi cama, dorado como la cabellera de un niño rubio.

Era mi cuarto sencillo, pero elegante. Lo decoraba un mueblaje estilo inglés, liso, sin adornos y severo como la cara de un yankee viejo.

La novedad del espectáculo me tenía embargado, y hubiera permanecido mucho tiempo inmóvil y en muda contemplación, á no haber sentido en la pieza contigua la voz cristalina de mi hermana que decía á gritos :

—¡ Cuánta gente ! ¡ Cuánta gente pasa por la calle ! ¡ Qué lindo es esto, Dios mío !

Entonces me di cuenta recién de que el ambiente exterior estaba poblado de ruidos, de ruidos sordos y continuados que se colaban por las rendijas y entraban en mi alcoba, como huyendo del tráfico inmenso de la gran capital.

Un no sé qué de curiosidad mezclada con una temerosa sensación de abandono, me hizo llamar á mi hermana :

—¡ *Negra* !

—¿ Eh ?

—¡ Vén en seguida !

La Negra entró en la pieza como un torbellino, y riéndose á carcajadas me dijo :

—¡ Levántate, haragán ! Mira que ya son las nueve de la mañana y todavía estás durmiendo.

—Y me pellizcaba y me estrujaba á más no poder.—¡ Vieras qué linda es la ciudad ! ¡ Cómo

hay gente en las calles, y *tranways* y coches y todo!

Y hablaba con una rapidez y una volubilidad admirable describiéndome las cosas que había visto desde las ocho hasta las nueve de la mañana, y eran tantas éstas, que no pude menos de creer que se había recorrido toda la ciudad.

—¿Por qué no me has despertado?

—Mamá no quiso; dijo que estabas muy rendido.

—¿Rendido? ¡Qué esperanzas! He estado toda la noche despierto, oyendo gritar á los teros.

—¿Cuáles teros?

—¡Esos hombres, los de afuera!

Mi hermana me miró con aire perplejo, iba á contestarme, pero se calló. Sus conocimientos urbanos poco profundos, no la ofrecían base sólida para una polémica.

Y la mentira pasó triunfante.

Después que me hube vestido con febril apresuramiento, y tan pronto como nos hubimos desayunado con te con leche que nos sirvió una sirvienta vieja que era inglesa—según me dijo mi hermana;—pero que yo calificué de gringga á primera vista, nos pusimos á recorrer la casa.

¡Qué chiquita era! Parecía imposible que uno acostumbrado á tener ante sí la inmensidad de la pampa, pudiera habituarse á vivir

dentro de los límites estrechos de aquellas cuatro paredes, cuya altura prodigiosa me causaba tanta admiración, como los demás detalles de aquella vivienda demasiado lujosa para ojos tan rurales como los míos.

Sin embargo, como los chicos se amoldan pronto á las costumbres nuevas, al poco rato me sentí más cómodo y me entretuve por largo tiempo en patinar sobre el mosaico encerado de los patios y galerías.

—¿Dónde está mamá?—pregunté al fin alarmado repentinamente, al darme cuenta de que habíamos recorrido toda la casa, sin encontrarla.

—Mamá salió hoy temprano con papá; creo que fueron á hacer compras y á ver *lo tuyo* del colegio—respondió *La Negra* solícita, á fin de disipar mi inquietud.—¡Volverán en seguida!

Ustedes no pueden imaginarse la impresión desagradable que me produjo aquella noticia inesperada.

Mis padres dejarnos abandonados así, de esa manera, lanzarse al torbellino de las calles para perderse sin duda, y me pareció inconcebible, acostumbrado como estaba á no separarme de mi madre un solo instante, y esto, unido á la amenaza inconsciente, lanzada por *La Negra* al decir *lo tuyo del colegio*, me causaron una angustia y un desconsuelo tales, que no pude contener las lágrimas.

—¿Por qué lloras, pavo?

—No lloro. Es que quién sabe si mamá volverá. ¿No te parece que puede perderse?

—No digas pamplinas. Mamá conoce la ciudad perfectamente. Vén, vamos á la puerta á mirar pasar la gente.

—¡Tengan cuidado con los coches!—nos dijo la sirvienta en su media lengua.—¡Vean que la señora me ha encargado que los cuide mucho!

La Negra ni se dignó responder, y me arrastró hacia la puerta de calle, donde ya había pasado largo tiempo de facción.

Empinándome sobre la punta de los pies, y con las mismas precauciones de aquel que va á asomarse al fondo de un abismo, miré afuera.

La impresión que me produjo no es para descrita. Aquel ir y venir de coches y de peatones, aquel rumor incesante de ruedas y de pisadas, y los gritos desaforados de los vendedores, me dejaron tan aturdido que apenas oía la voz de mi hermana, que iniciaba una serie de consideraciones oportunas y justificadas sobre la altura extraordinaria de las casas en la acera de enfrente.

Un hombre de los tantos que pasaban por la vereda, se detuvo de pronto en el dintel de nuestra puerta.

Alcancé á ver que tenía uniforme azul con botones dorados y nada más. Mi timidez característica se reveló fulminante, y eché á correr

abandonando el campo para refugiarme en mi cuarto, de donde no salí hasta que mi hermana llegó en mi busca.

Venía riendo como una loca, y traía una carta en sus manos.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué tonto! ¿Por qué disparaste? ¿Tuviste miedo?

—¿Miedo? ¿De qué? ¿Qué esperanzas?

—¿Y entonces?

—Estaba cansado de estar en la puerta.

—¿Cansado de estar en la puerta? ¡Y hacía un minuto que habías llegado!—Y la pícara muchacha se reía á más no poder.

Para cortar aquella risa que amenazaba degenerar en titeo franco, me puse serio y le pregunté :

—¿Y esa carta? ¿De dónde la has sacado?

—La trajo el cartero. Es para papá... Dice, ¿no ves? Señor Jaime Fernández.

—Entonces ese que vino...

—¡Era el cartero.!

—Me pareció un vigilante—confesé; y mi hermana renovó sus ruidosas manifestaciones.

V

Al sentarnos á la mesa para nuestro primer almuerzo ciudadano, mi padre me dijo sonriente, mientras desplegaba su servilleta blanquísima :

—¡ Amigo, apróntese para ir al colegio el lunes !...

Si el techo del salón se hubiese desplomado en ese instante, no me hubiera causado, estoy seguro, el efecto desastroso que me produjeron sus palabras.

—¿ Cómo?—balbuceé.—¿ Tan pronto?

—No me parece que sea tan pronto. Hoy es sábado recién.

—Sí ; pero mamá me había dicho allá en la estancia, que pasarían muchos días antes de que fuera al colegio...

—Pero no ha habido necesidad y no veo la razón para perder el tiempo.

Mi padre estaba en lo cierto, sin duda, pero la inminencia del peligro, la timidez salvaje de mi carácter y el odio profundo que me inspiraba el estudio, me hicieron mirarlo como á un monstruo de crueldad y las lágrimas, siempre prontas, afluyeron á mis ojos.

—Llora otra vez—exclamó mi hermana, con su eterna risa burlona.—¡ No hace más que llorar este chico !

Y acto continuo contó con todos sus detalles la escena del cartero, lo que produjo gran hilaridad y provocó graciosos comentarios á mi costa.

—Es preciso que sepan—dijo mi padre,—que los niños decentes no deben estar nunca en la puerta. Eso queda para los muchachos guarangos.—Y añadió dirigiéndose á la sirvienta : —Me

extraña mucho, Kate, que haya permitido á esta niña estar sola en la calle toda la mañana, y cuando...

—Caramba, señor—interrumpió la pobre mujer toda confusa,—yo no sabía que era malo y como en mi tierra...

—¡ Bueno, acá no estamos en su tierra!—replicó mi padre con tono malhumorado, renegando sin darse cuenta tal vez de sus entusiastas teorías sobre la asimilación de las costumbres y la eficacia del ejemplo.

Como la situación se hubiera hecho un poco violenta, y algunas lágrimas rebeldes evidenciaran en los ojos de *La Negra*, la mala impresión que la advertencia justa le había causado, mamá intervino con su acostumbrada bondad y, para cambiar el tema, preguntó :

—¿ Entonces Williams tendrá que ir todos los días á las ocho?

—Sí—repuso mi padre,—Kate lo acompañará, á la ida y á la vuelta ; de ese modo no podrá pasarle nada.

Después de un breve silencio, sólo interrumpido por el ruido característico de los cubiertos al chocar sobre los platos, continuó :

—¡ Es un gran colegio! Un colegio inglés que dirige míster X. ¡ Allí se educa la mejor muchachada de Buenos Aires!

—Dicen que les prohíben usar otra lengua que la inglesa—aventuró mi madre.

—¡ Oh, naturalmente! Allí al que habla una

palabra en español le *encajan* en penitencia. Es el mejor modo de enseñar un idioma.

Como comprenderá el lector, estos detalles espeluznantes resultaron lo menos á propósito para hacerme cambiar las ideas que tenía formadas respecto al temido colegio y á los odiosos estudios, de tal manera, que me sentí tan deprimido de ánimo y con tantas ganas de llorar, que pedí licencia para levantarme de la mesa.

Mi madre, alarmada, me preguntó qué tenía, pero no pude responderle porque un sollozo inmenso me subía á la garganta.

Una vez en mi cuarto, me tendí en la cama, y con la cabeza oculta bajo las almohadas, lloré tanto y tan amargamente como no he vuelto á hacerlo en mi vida, ni espero hacerlo nunca.

La perspectiva del colegio y lo inapelable del fallo paterno, agrandados por la excitación de mis nervios, tomaban apariencias tan monstruosas en aquel momento, que creí, en mi infantil inocencia y en mi timidez exagerada, que nunca tendría fuerzas para soportar la prueba y que moriría de desesperación.

¡ Oh, santa ignorancia de los corazones vírgenes, no lacerados nunca por la pena !

Todo se soporta en esta vida, y cuando llegue inevitable, por más espantoso que sea, siempre resulta que lo es menos de lo que lo habíamos imaginado.

No habían pasado diez minutos en la situación lamentable en que me hallaba, cuando vino mamá acompañada por *La Negra*.

—¿Qué tienes, hijito? ¿Estás enfermo?

—¡No tengo nada!—rugí. Y los profundos sollozos se reprodujeron tan patéticos, que hubieran sido capaces de conmover á una piedra, no digo al corazón de la más tierna de las madres.

—Es por lo del colegio—intervino *La Negra*, que siempre quería saber de mis asuntos más que yo mismo.—Llora porque no quiere ir...

—No creo—repuso mamá acariciándome.— ¡Williams es un hombre, y los hombres no lloran por esas cosas! ¿Verdad, hijo, que no es por eso?

Dudé un minuto, avergonzado repentinamente, y por fin aventuré desde abajo de la almohada un sí vacilante.

—¿Cómo es posible? ¿Un niño de diez años llorando por esa tontería, cuando hay chicos de cinco que van al colegio como la cosa más natural del mundo? ¿Este es el hombre que quiere ser un San Martín?

No era cierto. Yo nunca había aspirado á semejante honor. Lo único que recuerdo es que, interrogado una vez por mi padre y en presencia de varias personas sobre la carrera que me gustaría seguir, le contesté muy serio, que la que más me agradaba era... ¡la de tropero!

Pero mi buena madre me habló con tanta dulzura y con argumentos tan convincentes, que me sentí reconfortado.

¡ Oh, las dulces palabras maternas que curan en un instante las heridas más hondas ! ¡ Oh, la mágica influencia de esos labios purísimos, inmortal panacea contra males del alma !

VI

Serían poco más ó menos las nueve de la mañana, cuando llegamos á la puerta del famoso colegio, decorada por enormes placas de bronce.

—Aquí es—dijo mi padre oprimiendo el timbre.—Llegamos un poco atrasados...

—Es verdad—repuse. Y temblaba de un modo lastimoso.

Un hombre, con levita azul y gorra galoneada, vino á recibirnos.

—¿Míster X?—preguntó papá.

—El señor Director está en clase en este momento, pero no tardará en desocuparse. Si quieren ustedes tener la bondad de pasar á este saloncito y tomar asiento, iré á avisarle en seguida.

Así lo hicimos, penetrando en un gabinete que tenía esa apariencia característica de las salas de escuela.

Bibliotecas, mapas diversos y cuadros anatómicos, se veían por todas partes.

—¿A quién debo anunciar?—preguntó el sirviente.

—Al señor Fernández... O más bien, dígame que está la persona aquella que quedó el sábado en traerle un niño para hoy. ¡Quién sabe si se acuerda del apellido!...

El hombre giró militarmente sobre los talones, y á juzgar por el tiempo que el Director tardó en comparecer, estoy seguro que olvidó la explicación de mi padre, diciendo que estaba Fernández ó no diciendo nada.

La media hora larga transcurrida entre la partida del sirviente y el arribo de míster X, fué empleada por mi padre en darme consejos saludables, y, por mí, en la contemplación de las figuras que adornaban los muros, que eran raras y muy variadas.

—Sí, amigo ; aquí hay que estudiar en serio. Estas no son las lecciones de anagnosia que le daba su madre allá en la estancia, ni esas planas de escritura borroneadas y hechas á empujones. ¡Aquí el que no estudia se embroma!

Yo, que estaba mirando el montón de vísceras azuladas que salían del vientre abierto de una de las figuras, y tratando de darme cuenta de cómo podían caber tantas cosas distintas dentro del cuerpo humano, apenas lo escuchaba.

Sin embargo, mi padre continuó :

—Hágase respetar por los demás muchachos.

¡ Al primero que lo embrome, péguete y cuando pegue, pegue á romper el alma !

Edificante consejo que tantas veces me había repetido y que puse en práctica una vez en la persona de mi hermana, con el peor resultado posible.

Estaba ésta mortificándome, cierta ocasión, y lo hacía de una manera tan concienzuda é implacable, que no pude contenerme y le arrojé un zapato á la cabeza, causándole un chichón enorme.

Mi padre me tuvo encerrado en una pieza durante un día entero, y, sin embargo, no me aclaró el mal entendido, tuve que adivinar que su consejo sólo era aplicable en determinadas circunstancias y nunca en los miembros de mi familia.

—Debe ser cortés y respetuoso—continuó,— con sus maestros y condiscípulos, porque así se hará querer por ellos y tendrá muchos amigos...

Sí, no cabía duda. Aquello granate y en forma de pera debía ser el corazón, porque era muy semejante á los de los carneros que yo había visto sacrificados ; aquello otro, la tripa gorda y esa...

—Si se porta mal lo pondré á pupilo, pero si es estudioso le compraré un petizo...

Había logrado atraer mi atención con la amenaza, y entonces lo seguí escuchando por largo rato.

Por fin se oyó un rumor de pasos y apareció míster X.

Era un hombre alto, grueso, y bastante joven todavía.

Gastaba lentes y tenía bigotes rubios.

—¡ Buenos días !—dijo con acento sajón muy pronunciado, y dirigiéndose á mi padre :—¿ Qué quería ?

—¡ Caramba, señor, ya no se acuerda ! Este es el niño de que hablamos el sábado.

—¿ Cómo se llama ?

—Williams Fernández...

—¡ Oh, sí ; cómo no ! Primer año, segunda división.

Y añadió á manera de disculpa á su olvido injustificado :

—¡ Como vienen tantos !

Hubo un breve silencio, durante el cual ambos estuvieron mirándose como si no supiesen qué decirse ó no quisieran decirse lo que deseaban.

Mi padre dijo al fin, alargándole la mano :

—Bueno, señor, se lo recomiendo mucho...
Vea que es un niño muy tímido y que nunca ha salido de su casa.

El inglés no contestó más que con un monosílabo, que pareció un gruñido ; pero cuando mi padre se alejaba diciéndome :—¡ Hasta luego ! —lo llamó vivamente para decirle :

—Es costumbre de la casa pagar las mensualidades por adelantado.

Mi padre sacó entonces algunos billetes de su cartera, pagó y recibió el vuelto. Después se despidió nuevamente ; pero apenas había andado algunos pasos, cuando se volvió de pronto.

Noté que tenía el rostro algo alterado.

—Vea, míster—dijo en voz alta,—si quiere saber quién soy, pregunte en cualquier parte.

¡ Oh, la sensible epidermis de nuestra raza latina ! ¡ Oh, noble orgullo de un apellido sin mancha !

Míster X no respondió, porque no había entendido y porque no podría entenderlo nunca ; se limitó, por lo tanto, á encogerse de hombros ligeramente, y tomándome de un brazo con su manaza enorme, dijo en otro gruñido :

—¡ Camine !

VII

Caminamos durante algunos segundos por un largo y estrecho corredor, sobre cuyo piso encerado resbalaban mis pies, hasta que el Director, deteniéndose ante una puerta que apenas se adivinaba en el muro, llamó con los nudillos, emitiendo á la vez un sonido gutural.

Se sintió un rumor adentro y alguien vino á abrir.

No trataré de pintar aquí la sensación que me produjo el aspecto de la clase, porque es imposible.

Aquellos cien ojos posados sobre mí con insolente curiosidad, me aplastaron, me idiotizaron de una manera tan fulminante que quedé convertido en una cosa.

Natural consecuencia de una vida de aislamiento, de una vida salvaje, como decía mi padre.

Era la primera vez que veía tantos muchachos reunidos, y la primera oportunidad que encontraba de tratarme con personas que no fueran las de mi familia.

Míster X cambiaba algunas palabras con el celador de la clase, permanecí con los ojos bajos, sin atreverme á posarlos en ninguna parte y sintiendo que los oídos me zumbaban por efecto de la excitación nerviosa.

—Vaya y siéntese—dijo por fin míster X trepando á la cátedra, mientras se sonaba ruidosamente las narices en un enorme pañuelo.

Oí perfectamente la orden, pero estaba tan deprimido y exhausto de energía física, que me quedé inmóvil.

Ir hasta el fondo de la sala me pareció obra superior á mis fuerzas.

—¡ Parece medio zonzo!—gruñó míster X ; y toda la clase rompió á reir.

El celador vino entonces providencialmente en mi ayuda conduciéndome por entre las largas filas de bancos hasta mi asiento, donde me desplomé como una cosa sin vida.

Un buen rato me fué necesario para reponer-

me y para que se disipara aquella niebla que flotaba ante mis ojos, impidiéndome abarcar el conjunto y precisar sus detalles.

Como había sido instalado en la última fila de bancos, toda la clase me daba la espalda, pero, sin embargo, esto no impidió que pudiera conocer las facciones de mis condiscípulos.

La curiosidad era tanta, que todas las caras estaban vueltas hacia mí ó se volvían á cada instante.

El Director amenazó :

—El primero que *sea dado* vuelta quedará en penitencia.

Y todas las cabezas, como movidas por un resorte, volvieron á su verdadera posición.

—Vamos á seguir con el verbo *to be*. ¡*Culio Madero*, pase á la *pizarra*!

El nombrado, que tenía una cara de cachafaz, se puso de pie y dijo :

—¡ No sé la lección, míster !

—¿ Por qué no la sabe ?

—He estado enfermo...

—¡ Quedará dos horas y copiará cien veces el verbo *to be* !

Hizo unos breves apuntes y llamó otra vez :

—¡ Félix Corbelli !

En aludido se levantó vivamente y fué al *pizarrón*.

—¡ Ahí va el gringo afilador !—dijo entre dientes mi vecino de la derecha, un rojo grandote de cabeza rapada y de aspecto burlón, que en vez

de tomar apuntes se entretenía en hacer bolitas de papel.

Y luego añadió sin mirar á nadie :

—Da la lección á empujones, pero siempre saca buenas notas. ¡ Es un gringo chismoso !

En efecto, me pareció que el alumno nombrado no debía saber mucho, á juzgar por lo que se interrumpía, pero sí pude darme cuenta de que, aunque era un cerebro inculto, tenía carácter y deseos de aprender, cualidades ambas que bastan para sacar á flote al más ignorante.

Corbelli se equivocó dos ó tres veces, preguntó varias cosas y volvió á su asiento con toda gravedad.

—¡ Edwars Gárdener !—dijo el maestro.

A este nuevo llamado se levantó un rubiecito de figura distinguida, peinado al medio y con ojos azules, cuya fisonomía agraciada, aunque algo seca, me llamó la atención por su aire de seriedad é indiferencia.

—¡ El *Chanhero* !—dijeron algunas voces en tono bajo, como para que el profesor no oyera, pero sí el interesado, y mi vecino de la derecha añadió á manera de explicación :

—El padre hace chorizos y salchichas. Tiene una gran fábrica en Barracas. Dicen que es muy rico.

Edwars Gárdener compuso el verbo *to be* sin equivocarse una sola vez, y pronunciando las palabras de una manera tal, que me pareció

que imitaba por burla el modo de hablar de míster X.

Cuando volvió á su asiento, el muchachote de las biografías, mirándome de reojo y comiéndose la uña del pulgar izquierdo, rezongó :

—Ese siempre da bien la lección, porque es inglés. ¡ Vaya una gracia !

El Director se había puesto á escribir algo, y como consecuencia lógica de su falta de vigilancia, todas las cabezas empezaron á girar y todos los ojos volvieron á converger sobre mí, que me encontraba ya algo más sereno.

—¿Cómo te llamas?—preguntó un morenito de cara picaresca, sentado tres asientos más adelante.

—Williams—repuse,—Williams Fernández.

—¿Eres inglés?

—¡ No, hombre ; soy argentino !...

—Has venido del campo, ¿ verdad ?

—Sí...

—Se conoce...

—¿ Por qué ?

—Por lo *batata*...

Toda la clase soltó la risa y yo lo amenacé con el puño cerrado.

En ese momento sonó una campana, y míster X abandonó la clase que entregó al celador.

Formados de dos en fondo y haciendo sonar los tacones en el entarimado de los corredores, salimos al patio.

Era un patio inmenso, donde en ese momento se hallaban reunidos más de ciento y tantos alumnos, pupilos, medios pupilos, externos, en fin, cuantos tenía el colegio.

El piso estaba cubierto por una delgada capa de conchilla, y aquí y acullá se veían barras, trapecios, argollas y otros aparatos gimnásticos.

La muchachada hormigueaba por todas partes, y los alumnos de años superiores practicaban en los aparatos diversos ejercicios.

La curiosidad natural despertada en mi año por mi aparición, se desbordó sin trabas en el recreo.

Todos los muchachos me tenían rodeado, y me hacían preguntas y más preguntas, de tal manera, que me veía en serios apuros para contestarles.

Por fin apareció aquello que tanto nos mortifica en la niñez.

—¿Tienes hermana?—preguntó con sorna el morenillo aquel del cuasi incidente antes narrado.

Iba á contestarle, pero me contenté con ponerle una cara feroz.

—¿Te enojas, pavo?

—Más pavo serás...

No pude terminar la frase, porque mi contrario me había aplicado un golpe tan rápido y certero sobre un ojo, que me tiró de espaldas.

—¡ Oh, canalla !

Se hizo un tumulto espantoso en el que intervinieron los alumnos de los años superiores, que eran grandes y que hablaban en inglés, hasta que vino nuestro celador é hizo un desparramo.

—¿Qué es esto?

—Nada, que César le ha pegado al *nuevo*, de gusto—dijo un muchachito flaco con cara de malo.

El celador me tomó de la mano y me llevó hasta una canilla para mojar me el ojo congestionado.

En medio del patio, y con un desplante de trompeta, estaba mi ofensor.

—Es usted muy valiente, Lésterson—le dijo mi acompañante,—debía ensayarse con Gárdener...

El otro no respondió, contentándose con hacer un gesto petulante que quería expresar :

—¡Gárdener ó cualquier otro!

Y mientras el celador refrescaba con el agua de la canilla mi ojo maltratado, cien voces gritaban en el patio :

—¡Piña! ¡Piña!

¡Oh, niños de Edmundo D' Amicis, cuán lejos estáis de la realidad, ó cómo cambian las cosas!

No había concluido de hacerme el remedio aconsejado por el celador, cuando sonó nuevamente la campana y se formaron los años en el patio.

Todavía se oía una que otra ¡*Piña!* como esos tiros aislados que siguen sonando después de una gran batalla y todo el mundo se volvía para mirar aquel ojo afectado por un traumatismo bárbaro.

¡ Ah, por qué se olvidaría papá de prevenirme que había *madrugadores*, y de que otros padres también recomendaban á sus hijos que *cuando pegaran, pegaran á romper el alma!*

VIII

Eran las cinco de la tarde y Kate no llegaba, sin embargo. Me había quedado solo con el celador en la clase semiobscura, y mientras él escribía de pie sobre la tarima, yo repasaba en la mente los mil incidentes de la jornada.

Mi celador, que se llamaba Pérez, era alto y flexible ; tenía el rostro serio, completamente afeitado ; parecía un inglés verdadero.

Inmóvil y envuelto en mi sobretodo azul, no le quitaba los ojos de encima.

¡ Qué grande era, y qué fuerzas debía tener !

De pronto dejó de escribir é irguiéndose me miró largamente con los párpados entornados.

Luego preguntó :

—¿ Le duele el ojo ?

—¡ No, señor !—me apresuré á responder, porque, en efecto, no me molestaba.

El volvió á considerarme algunos segundos y agregó pausadamente :

—¡ Qué picardía ! ¡ Rómpale el alma !

—¿ A quién, señor ?

—A Lésterson ; á ese que le pegó.

Qué bueno era el celador. Sentí que una onda de ternura me subía al corazón, y le pregunté tímidamente :

—¿ Usted no es inglés, señor ?

—No, hijito, soy argentino.

En ese momento entró el portero y dijo :

—Ahí está una sirvienta que busca al alumno Williams Fernández.

Apresuradamente el señor Pérez me dió algunas instrucciones sobre los libros y útiles que debía adquirir para el día siguiente, y luego me acompañó hasta la puerta donde me esperaba Kate.

—¡ Hasta mañana, señor !

—¡ Hasta mañana, amigo !

Y en un coche de alquiler que nos aguardaba cerca de allí, emprendimos con la sirvienta el camino de nuestra casa.

Buenos Aires encendía sus luces, y las calles, llenas de gente, presentaban á mis ojos un aspecto fantástico.

Al derrengado trotar de los jamelgos, vi desfilar los grandes escaparates iluminados, de los bazares y de las joyerías ; los cafés rebosantes de público, las tiendas, los almacenes, etc., un conjunto tal de maravillas urbanas, que las im-

presiones del día, grabadas en mi cerebro en tan hondos caracteres, se desvanecieron por largo rato.

Al fin, después de muchas vueltas y muchas detenciones bruscas, sufridas por el carruaje á causa de las dificultades del tráfico, los vehículos se fueron haciendo más ralos, las calles más oscuras y la marcha más rápida y cuando, cansado ya, desesperaba de llegar al término de aquel viaje, el coche se detuvo ante el portal de nuestra casa.

Inútil me parece decir que á haberme hallado solo no la hubiera reconocido, y menos cuando vi en el umbral un grupo de niñas desconocidas, cuya presencia inexplicable hizo sublevar mi timidez exagerada, inspirándome la resolución inquebrantable de no bajar del coche.

—¡ Baje, niño !—dijo la inglesa.—¡ Que hace mucho frío !

Yo me hice el zonzo.

—¡ Pero baje ! ¿ Por qué no baja ?

—Esas muchachas, no ve...

—Sí. ¿ Qué tienen ?

—Que me parece que ésta no es casa.

La inglesa se rió con ganas y me sacó poco menos que en brazos, diciéndome :

—¿ No ve á su hermana, hombre de Dios ?

En efecto, distinguí á *La Negra*, con un traje nuevo y rarísimo que conversaba animadamente con aquellas niñas vestidas de luto, cuya presencia no acerté á explicarme y que, á juz-

gar por las manifestaciones de cariño que la hacían, debían conocerla desde mucho tiempo.

Kate despidió al cochero y entró en la casa, cosa que yo quise imitar haciéndome chiquito, pero la pícara *Negra* me agarró riéndose á carcajadas y por más que luché no pude escaparme de sus manos.

—Este es Williams—dijo forcejeando para retenerme como un vendedor que sujeta un ternero rebelde en una feria.—Este es Williams, mi hermanito Williams.

—Es muy rico, es muy mono—contestaron las dos muchachas vestidas de negro, propinándome una verdadera lluvia de besos estruendosos que tuvieron la virtud de quitarme las cosquillas.

Viéndome apaciguado y en tren de capitular, mi hermana me dejó libre, añadiendo maternalmente :—Es muy bueno el pobre, un poco arisco no más...

La mayor de las hermanas se puso á ponderarme entonces, hablando á gritos y en un tono medio gangoso, mientras las otras le hacían coro, con prolongados «¡ Ah, oh ! ¡ Sí, cómo no ! ¡ Pobrecito ! ¡ Qué monada ! » que, de paso sea dicho, me hicieron poca gracia porque en mi fuero interno, no me tenía por tan chico.

Pasaron así algunos minutos, al cabo de los cuales pregunté á *La Negra* :

—¿ Y mamá ?

—Mamá está en la sala—contestó ella en

voz alta.—¡ Está conversando con la señora de Sánchez, la mamá de estas niñas !

Y ¡ oh, maravilla del espíritu de imitación !

La Negra, hablaba ya en el mismo tono ganoso de sus nuevas amigas.

Estaba cavilando sobre la mejor forma de llevar á cabo una retirada honrosa, cuando entró en el zaguán un nuevo personaje.

Era un muchacho alto, delgado, de fisonomía obtusa y labios abultados, quien saludó á mi hermana con confianza de viejos amigos, llamándola *Negra* y quiso acariciarme la cabeza con aire protector, cosa que yo evité con un rápido movimiento.

Nunca me han gustado los manoseos ni las confianzas exageradas.

En el zaguán hacía mucho frío y un viento huracanado sacudía la puerta cancel haciendo vibrar los cristales ; sin embargo, la conversación continuó por largo rato.

Por fin, la mayor de las hermanas, como quien toma rápidamente una determinación de trascendentales efectos, dijo :

—Bueno, entonces Miguel es el novio de *La Negra* y Williams será el mío.

Ante la gravedad de este fallo solemne, mi hermana hizo un gesto de aquiescencia y yo, que no comprendía ni veía la necesidad de aquellos noviazgos prematuros, asumí la misma actitud pasiva que observan los herederos menores en una partición testamentaria.

En ese momento se abrió el cancel y apareció mi madre acompañando á una señora gruesa, bizarra como un sargento de granaderos.

—Este es Williams, mi hijito varón—dijo mamá presentándome, y la señora me aplicó sobre la marcha unos besos que parecían ventosas, añadiendo :

—Es una monada el nene ; es el vivo retrato de Jaime, su esposo.

Noté, por un gesto imperceptible dibujado en el rostro de mi madre, la poca gracia que le hacía aquella revelación, pero supo dominarse y empezaron las despedidas.

Una lluvia de besos volvió á caer sobre mis mejillas y sobre mi ojo lesionado, en medio de esa infernal gritería que producen las mujeres cursis cuando hablan.

—Ya sabe, Josefina. Vivo á un paso de aquí y quiero que nuestros hijos sean como hermanos.

Mi madre, sonriendo forzosamente, hacía signos de asentimiento con la cabeza y ella continuaba á gritos :

—¡ Nuestras casas deben ser una sola y sería mi mayor placer que siempre estuviera uno de mis niños en su casa y alguno de los suyos en la mía !

Ya en la vereda y haciendo gestos extravagantes gritó :

—¡ No se olvide, Josefina... Tenemos que ser muy amigas ; tan íntimas como hermanas !

IX

Al sentarnos á la mesa y en circunstancias que introducía el cucharón en la sopera, mamá reparó en el estado lamentable de mi ojo izquierdo :

—¿Qué tienes ahí?

Me puse rojo hasta la raíz de los cabellos y repuse :

—Nada, no tengo nada, me he caído.

Vi el rostro materno demudarse por la indignación.

—Eso no es efecto de una caída. Te han dado un golpe tremendo. No digas que no. Dime la verdad.

Entonces confesé :

—Sí, me he peleado.

—¿Pero cómo, con quién?

—Con uno del colegio. El me pegó ; pero yo...

Y no concluí la frase para dar lugar á la suposición de que si yo tenía un ojo violeta, el otro habría ingresado al hospital por lo menos.

Mi madre estuvo elocuente :

—Eso es lo que tienen los colegios de ingleses—dijo,—ese es el resultado del *box* y de otros *juegos* bárbaros que practican los sajones...

La pobre ignoraba sin duda que en todas las escuelas, sin ser inglesas, se dan más trompa-

das al cabo del día que lecciones bien aprendidas, y que raro será el alumno, por manco ó pequeño que sea, que no haya recibido su bautismo de golpes.

El pez grande se come al chico, y cuando los fuertes se cansan de entrenarse con los débiles y con los zonzos, organizan entre ellos esos *matches* interesantes que ensangrientan las narices, ponen verdes las órbitas y los labios tumefactos...

Nada puede la autoridad de los maestros contra esos hechos que evidencian claramente el culto fervoroso que rinde nuestra raza al valor de los hombres.

Los alumnos riñen en las aulas vacías, en los *watter closets*, en la calle ó en cualquier parte donde puedan burlar la vigilancia y colocarse buenos golpes y los que se distinguen en esos torneos diarios que harían sonrojar de vergüenza á los niños de Edmundo D' Amicis, llegan á rodearse de un prestigio tal, que los acompaña hasta la edad madura.

Todo esto ignoraba mi buena madre, que creía, como el vulgo, que los ingleses son los únicos que practican el arte del boxeo, que no se ocupan de otra cosa, que nacen sabiendo propinar golpes y que el mero hecho de ser sajón da á un individuo patente de fuerte en los campos del sport.

Nada de eso es verdad. Un inglés inhábil, por más sajón que sea, sucumbirá á los golpes de

un latino experimentado, porque esta no es cuestión de raza ni de carácter, sino simplemente de educación física que cualquiera puede adquirir con un poco de constancia.

Lo que sí sucede, y que no podemos negar de ningún modo, es que serán muy contados los jóvenes de nuestro pueblo capaces, como ellos, de dejar de lado las orgías y las fiestas para mortificar su cuerpo con los rigores del entrenamiento, á fin de prepararse para luchar en un torneo en perspectiva.

Los pocos que lo han hecho han salido triunfantes.

.....

Después que mi madre me hubo prometido hacer al ojo amoratado algunos remedios eficaces, *La Negra*, que, contra su costumbre, había permanecido muda, preguntó :

—Y papá, ¿cuándo llega?

—Yo no sé—repuso mi madre,—quedó en volver á las siete, y ya son cerca de las ocho...

—¿Pero dónde se ha ido?—interrogué á mi vez.—Yo no sabía que estuviera ausente.

—Se fué á La Plata esta mañana, después que te llevó al colegio. Ha ido por asuntos de negocios.

Hubo un largo silencio que cada cual aprovechó para entregarse á sus propias reflexiones.

Yo fuí el primero en romperlo, pues tomado del reborde de la mesa y tratando de guardar el equilibrio sobre las patas traseras de la silla,

prueba que en mi niñez me ha valido tantas reprensiones, pregunté :

—¿Quiénes son esas muchachas que estuvieron esta noche, mamá?

La Negra se apresuró á responder :

—Ya te lo he dicho, ya te lo dije hoy... son las de Sánchez Belgrano, unas niñas distinguidísimas que viven muy cerca de aquí.

—Sí, ya sé. Pero ¿de dónde han salido? Yo nunca las había visto...

—Naturalmente. ¿O querías acaso haberlas encontrado entre los pajonales de la estancia?

—No, pero...

Mamá intervino para aclarar la cosa y cortar el debate :

—Esa señora—dijo pausadamente sin mirarnos y mientras jugaba con los encajes de su batón,—esa señora ha sido muy amiga de la familia de Jaime, dice que lo conoce desde muchacho.

La Negra saltó nuevamente :

—Es una señora lo más *chic*, lo mismo que las muchachas. ¡ Son una monada !

—Sin embargo, me parece, hijita, que por más amigos que hayan sido de la familia de tu padre, no es ese motivo suficiente para colarse de rondón en esta casa.

—No digas eso, mamá... Decir que se cucla una familia, que lleva un apellido tan ilustre como el...

—¡ De Sánchez !

—Sánchez Belgrano, mamá. Las muchachas son Sánchez por el padre y Belgrano por la madre, que es nieta del General...

—Yo creía—interrumpí,—que el general Belgrano no tuvo más que una hija...

Mi hermana iba sin duda á prolongar el debate indefinidamente, pero mamá lo interrumpió levantándose de su asiento y diciendo :

—Bueno, vamos á ir hasta esa librería que hay á mitad de la cuadra para comprar los útiles de escuela que necesita Williams.

Luego añadió dirigiéndose á Kate, que guardaba la vajilla :

—Si viene el señor, dígale que he ido con los niños hasta la librería y que volveré en seguida.

Nos pusimos nuestros abrigos y nos trasladamos al tal negocio, que no era más que uno de esos bolichitos de mala muerte que se ven á cada momento en Buenos Aires y que destruyen, por su aspecto, la uniformidad y la estética de las aceras.

Mamá compró tantos libros, cuadernos, lapiceras, plumas, etc., que no parecía sino que yo solo me iba á estudiar todas las ciencias conocidas.

En momentos en que discutía con el librero el precio de un texto de geografía, entró papá en el negocio.

Recuerdo que venía sonriente y que fumaba un gran habano.

—¡ Caramba, qué paseanderos !—dijo.—Ya creía que no los iba á encontrar.

—Hemos venido á comprar los útiles de escuela que necesita Williams...

—¿ Ah, el inglés? ¿ Cómo le fué, amigo?—preguntó volviéndose hacia mí, que recibía en el rostro toda la luz del mísero quinqué que iluminaba el sucucho.

—Muy bien, papá. ¡ Bastante bien !...

—¿ Qué tiene en el ojo?

—Nada, un golpe.

—¡ Cómo ! ¿ Quién le pegó?

—Un muchacho del colegio.

—¿ Has visto?—dijo entonces mi madre.—¿ Has visto qué golpe le han dado?

—Sí, ya veo. ¿ Cómo se ha dejado pegar así, como un zonzo?

La respuesta se hacía algo difícil ; sin duda, por lo tanto, creí oportuno guardar un silencio diplomático ; pero como él insistiera, me limité á contestar con exclamaciones acompañadas con gestos de suficiencia que querían decir mucho.

—¿ Y usted qué hizo?

—¡ Oh !...

—¿ Le pegó también, naturalmente?

—¡ Oh !...

—¿ Le rompió el alma?

—¡ Oh !...

—Eso es, amigo—dijo mi padre tranquilizado.—Así debe hacer siempre.

Como puede imaginarse el lector, aquí suprimí el ¡ oh ! que ya hubiera parecido titeo, y con toda la familia regresé á casa donde Kate nos esperaba con el te preparado.

X

La Negra había ido á acostarse y yo, con el permiso de mis padres, quedaba aún sin recogerme, no obstante ser ya más de las nueve de la noche.

Sentado á un extremo de la mesa, me ocupaba en la grave tarea de ordenar mis útiles de escuela, forrando los textos con bonito papel color de caoba y poniendo mi nombre en todos los cuadernos con unas letras muy gordas y muy temblorosas.

Papá se había sentado en el sofá, y mamá, instalada en un cómodo sillón, lo miraba en silencio.

Fuera se oía el continuo rodar de los coches que pasaban haciendo trepidar los cristales de las vidrieras, como sacudidas por una mano invisible.

El péndulo del gran reloj del comedor, contando los segundos con su *tic tac* isócrono, daba sueño.

Papá habló por fin, y en un tono que parecía que lo hiciera consigo mismo :

—Son 32,000 metros—dijo en voz baja,—

32,000 metros en 80,000 pesos. Dentro de un mes habré duplicado el capital.

—¿Y la hipoteca?—preguntó mamá.—¿Y la hipoteca de la estancia?

—¡ Me parece que con un beneficio del 100 por 100, bien puedo servir una hipoteca de 50 mil pesos!

—No digo que no; pero la cosa me parece bastante arriesgadita...

—¿ Arriesgada, dices? ¡ Míster Brooker de la razón social Mayer and Company, compró hoy mismo más de 150,000 metros y varias casas y ya sabes que los ingleses son muy prácticos, van sobre seguro en sus negocios!

—Sí, pero á mí me parece que una sociedad no es como un particular—arguyó mamá tímidamente.

Mi padre se echó á reír.

—¡ Qué tontería!—dijo.—¡ Una sociedad se funde ó prospera lo mismo que cualquier individuo!...

—¿ Y la diferencia de capital?—volvió á argüir mamá.—Si una de esas sociedades experimenta un fracaso, no se arruina definitivamente, porque raras veces arriesga todos sus fondos.

—¿ Acaso yo lo comprometo todo?—replicó vivamente mi padre.—En el caso improbable de que perdiera en el negocio vendería la estancia y siempre nos quedaría con qué vivir.

Después de un instante agregó :

—Al fin y al cabo no voy arriesgando más que los 50,000 de la hipoteca...

—Y los 30,000 del depósito—le recordó mi madre suavemente.

—¡ Sí, ya sé, hija ! ¡ Pero de todos modos no sé en qué iba á emplear esa suma !

Evidentemente la cosa le incomodaba y mi madre, persona discreta, no insistió más, aunque se veía por su cara que tenía un mundo de argumentos de réplica.

Quedaron otra vez en silencio, hasta que mi padre, dejando su asiento, me dijo :

—Bueno, amigo, es hora de acostarse. Vea que mañana tiene que madrugar.

—Sí, papá—contesté,—voy en seguida.

Y me puse á colocar todos los útiles dentro mi charolada cartera de estudiante.

Papá se situó á mis espaldas, recostado en el aparador y con las manos en los bolsillos para verme maniobrar, y yo no sé si los libros eran muchos, si la cartera era chica ó mis manos muy torpes, lo cierto es que el arreglo no marchaba, y que para alojar la geografía tenía que quitar el diccionario, y para poner á este volumen había que sacrificar dos ó tres textos.

Di un suspiro y levanté los ojos con desaliento.

Mi madre vino en mi ayuda y dijo riendo :

—¡ Qué inútil ! esto se hace así...

Y sus hábiles manos comenzaron á arreglar la

cartera con un acierto y una competencia que daban envidia.

De pronto, y en momentos en que iba á ubicar el famoso diccionario inglés-español, se irguió como quien toma una determinación súbita, y dirigiéndose á papá le dijo :

—¡ Ah! Me olvidaba de darte una gran noticia.

—¿ Qué?

—¿ No sabes que hoy hemos tenido visitas?

—¡ Ah, sí! ¿ Quién?

—¿ No adivinas?

—Las muchachas...

—¿ Qué muchachas?

—Nuestras primas...

—¡ No, hombre, no!

—¿ Quién entonces?—Y el rostro de mi padre daba muestras de la mayor perplejidad.

—¿ No se te ocurre?

—¡ No, hija!...

Mamá dijo entonces con el tono del que está seguro de causar un gran efecto :

—La señora de Sánchez.

—¿ De quién dices?

—De Sánchez...

La fisonomía de mi padre volvió á evidenciar el asombro más completo.

—¿ Pero quién es esa?

Mamá explicó entonces :

—Es una viuda, una señora que vino esta tarde y que se entró en la casa como una trom-

ba acompañada por un montón de chiquilines. Una señora que dice que te conoce desde niño y que ha sido íntima amiga de tu familia.

—Yo no sé... ¡Te aseguro que no recuerdo quién puede ser!

Mamá añadió :

—Vivía á la vuelta de la casa de ustedes en Flores.

—Pero cómo se llama, ¿no recuerdas?

—De Sánchez te he dicho. Dice que el marido era un procurador muy conocido allá en sus tiempos.

—¿Pero el nombre, pregunto el nombre de pila?

—Eulalia...

Mi padre soltó la risa, exclamando :—¡ Acabáramos !

—¡ Ah ! ¿ Recuerdas ahora ?—interrogó mamá algo nerviosa.—¿ Sabes quién es ?

—¡ Cómo no, hija ! ¡ Quién se lo había de imaginar ! Eulalia, Eulalita Belgrani, ¡ ja, ja, ja !...

Y reía con ganas mostrando la dentadura blanquísima bajo su largo bigote.

—¿ Quién es ?—insistió mi madre.

—¡ Oh, hija, es una historia muy larga !—Y volvió á sus exclamaciones de asombro.

—¡ Pero qué audacia ! ¡ Quién lo creyera !
¡ Qué mundo es éste !

Mamá se puso seria y noté que parecía mortificada con aquellos comentarios ininteligibles

para los oyentes, porque si bien hacían sospechar muchas cosas no explicaban nada.

—¡ Parece que quieres intrigarme!—dijo con un tonillo quejoso.

—No, querida—respondió mi padre solícito. —¡ De ningún modo! ¡ Es que no puedes imaginarte la sorpresa que me has causado con tu noticia!

Luego se puso grave á su vez y contó :

—Hace quince años más ó menos, y siendo muy muchacho aún, tenía yo una pasión desenfrenada por el baile, pasión que me llevaba á cualquier sitio con tal de que hubiese probabilidades de dar algunas vueltas.

Esa afición descomedida me hizo conocer á tu visitante de esta tarde.

Una noche que me aburría en mi casa vino un amigo, Lucio Foster, me acuerdo, á pedirme que lo acompañara á una tertulia que, según él, debía alcanzar proporciones extraordinarias.

—Habrá *champagne*—me dijo,—y buena orquesta y mujeres bonitas, y como va á ir toda la *patota*, los muchachos me han encargado que te lleve aunque sea á la fuerza.

Dadas mis aficiones coreográficas y lo brillante de la perspectiva, acepté la invitación con entusiasmo y allá fuimos.

La sala era grande y la concurrencia muy numerosa, pero la orquesta y el *champagne* eran un mito.

Estaba allí toda la gente de línea de nuestro grupo, y entre ellos un muchacho Moncayo, muy vicioso y pendenciero y con el cual, á pesar de pertenecer á nuestro círculo, no teníamos mayor amistad.

Lucio Foster me presentó á la dueña de casa y á sus hijas ; una de ellas era Eulalia, Eulalita como le decían.

La pobre era más bien fea, pero bailaba bien, lo único que me preocupaba de tal manera, que danzamos casi toda la noche á los acordes de un piano bastante malo, pulsado por manos femeninas.

Como habrás comprendido desde un principio, se trataba de un baile de los llamados de *media caña*, donde los muchachos inician su carrera de calaveras y adquieren la impudicia, y la desfachatez agresiva que sirve después para probar que la han seguido.

Serían poco más ó menos las dos de la mañana y en el comedor se había instalado toda la *patota*, que chacoteaba con una libertad que tenía escandalizada á la dueña de casa.

Eulalia me manifestó deseos de tomar algo, y nos encaminamos al ambigú de donde partía un bullicio insólito.

Al llegar á la puerta nos detuvo Moncayo :

—Cédeme la compañera—dijo con lengua estropajosa.

Comprendí que estaba ebrio y le contesté :

—Siento, querido, pero tengo que llevarla al comedor.

—¡ Dámela á mí !

--No, hombre. ¡ Estás loco !

Se puso furioso y quiso quitármela á la fuerza.

Entonces le ensangrenté la cara de un revés.

Se hizo un gran tumulto, intervinieron los serenos y no nos llevaron presos porque la policía de entonces no era lo que es hoy.

Así, querida, conocí á Eulalia, cuya casa visité después muchas veces.

Mamá, que lo había escuchado con viva atención, preguntó entonces :

—¿ Y como ella dice que ha tenido relación con tu familia ?

—¡ Mentira, mentira ! ¡ Son cuentos !—repu-so mi padre.—No la han visto nunca.

Y luego, añadió con risa burlona :

—¡ Ya ves, hijita, qué amistad te has echado !

Mamá protestó :

—¿ Acaso yo podía despedirla cuando venía invocando una vieja amistad contigo y con los tuyos ?

—Tienes razón ; pero es preciso ahora corregir lo hecho—dijo mi padre gravemente.

—Sí, Jaime ; pero se volverán á meter en casa como Pedro por la suya. ¡ Viven en esta misma cuadra !

—No se las recibe, se las echa si es preciso; no quiero esa clase de amistad ni para ti ni para los niños.

Mi madre hizo un gesto de conformidad, yo me despedí para irme á la cama y recuerdo que por el camino iba pensando, con fruición, en la cara que iba á poner *La Negra*, tan orgullosa de sus nuevas amistades, al conocer el fallo paterno.

El hombre, aun desde niño, siente un placer secreto en fastidiar al prójimo.

XI

Bajo la mirada vigilante del señor Pérez, sentado á la cabecera de la larguísima mesa, acabábamos de almorzar en el refectorio del colegio, y el primer año desfilaba de dos en fondo por el largo corredor hacia el patio de recreo.

Como era uno de los más pequeños, marchaba yo en la última hilera, allá en la cola del año, donde no se lleva el paso nunca, y donde hay que caminar á zancadas para no quedarse rezagado.

Pocos metros antes de llegar á la puerta que comunicaba con el patio, y donde el celador mandaba siempre : «¡ Marcar el paso !» «¡ Mar !» y «¡ Derecha !» «¡ Dré !» noté que Edwards Gárdener, que iba varias hileras más adelante, ha-

bía perdido algo porque se agachó y miró para todos lados como buscando.

El celador le gritó :

— ¡ Gárdener ! ¡ La vista al frente !—y el pobre tuvo que seguir la marcha sin rescatar lo perdido.

Vi el objeto que brillaba en el suelo y que parecía ser una alhaja.

Uno de los muchachos se agachó, al pasar, para tomarlo, pero le erró el zaque y no pudo conseguir su objeto.

Como la circunstancia de ir á retaguardia me daba muchas ventajas en este caso, la agarré con toda comodidad y la metí en un bolsillo.

Era una de esas cadenas de reloj, anchas y cortas.

—¿ Qué es ?—preguntó Pancho Giménez, mi vecino de la izquierda.

— ¡ Nada !—repuse.— ¡ Una cadena que se le ha caído á Gárdener del bolsillo.

— ¡ No se la devuelvas ! ¡ Que se embrome el *Chanhero* ! Una vez me pegó...

Mi educación moral me hizo mirar con tanto horror esta insinuación, que no acerté á responderle siquiera. Aquello me pareció el colmo de la depravación.

Una vez en el patio, los celadores hicieron romper filas y los diversos años se mezclaron en el bullicio del recreo.

Edwars Gárdener se recostó en la pared y vi que estaba triste.

Varios muchachos de mi clase que paseaban enlazados de los brazos, se le acercaron riendo y uno de ellos le soltó :

—¡ Qué cara fea tienes, *Chancho* !

Gárdener no hizo ni un gesto de fastidio, cosa que me extrañó mucho.

¿Cómo era que siendo tan guapo se dejaba decir eso en la cara? ¿Tendría miedo?

Lentamente me acerqué á él y le dije sacando la cadena del bolsillo :

—Al salir del refectorio has perdido esto...

La cara del inglesito se transformó por completo para dar muestras de la mayor alegría.

—¡ Oh !—exclamó con vehemencia.—¡ Es usted muy bueno devolviéndome la cadena !—y me estrechaba las manos efusivamente como si acabara de salvarle la vida.

Luego añadió tomando el peso á la alhaja :

—¡ Vale mucho, no la daría á nadie por dos libras !

Yo, que no entendía de joyas ni podía darme cuenta del mérito de la prenda, iba á marcharme ; pero él me tomó de la blusa para decirme en voz baja :

—Le agradezco mucho su delicadeza, los otros me la habrían robado sin duda...

Avergonzado de tanto rendimiento, le contesté tartamudeando :

—Pero no es nada, no es nada. ¡ Cualquiera hubiera hecho lo mismo !—Y quise irme de nuevo.

—No se vaya—dijo con voz lenta,—jugaremos juntos, si quiere...

—Bueno—repuse, satisfecho de contar al fin con un amigo.—¡Cómo no, juguemos!

—Gárdener se colgó de las argollas donde practicó ejercicios tan difíciles que me dejó avergonzado.

Hizo la *plancha*, adelante y atrás, la *cortada* y, por último, una *cruz* tan magistral, que el grupo de alumnos que se habían acercado para verlo, lo aplaudió estrepitosamente.

—¡Bien, Gárdener! ¡Bien. *Chanhero!*

El inglesito *cortó* con ambas piernas, y cayendo elásticamente en flexión, me dijo:

—¡Suba, Williams!

La propuesta me llenó de embarazo.

—¡Yo no sé nada!—dije tímidamente.

Gárdener sonrió con malicia:

—¿Cómo no va á saber?

—No sé, te aseguro; nunca me han enseñado...

El, entonces, tomó una determinación.

—¡Venga!—dijo con su vocecita autoritaria.

—Venga, le enseñaré á subir á la barra.

El aparato no estaba libre porque un alumno de segundo hacía equilibrio sentado sobre él.

—¡Baje!—ordenó Gárdener secamente.

—¡No me da la gana!—contestó el otro que era un chino grande, con cara de pocos amigos.

—¡Baje, le digo! ¡Quiero la barra!

El de segundo lanzó una blasfemia y se aferró aún más al aparato.

Gárdener entonces lo tomó de una pierna y lo echó abajo.

El otro se puso furioso.

—¿Quieres pelear?—rugió.

—¿Quieres pelear, *chanchero* de...?

El inglesito no se dignó contestar; pero cuando iba á tomarse de la barra, el chino se le fué encima y le dió un golpe tremendo.

Se hizo un tumulto espantoso y toda la muchachada afluyó hacia los combatientes gritando hasta desgañitarse: ¡pelea! ¡pelea!

Como era de los más chicos, al principio no podía ver nada; pero haciendo un esfuerzo me colé hasta la primera fila, no sin antes haber recibido muchos pellizcos y coscorrónes.

Los adversarios giraban continuamente, con el cuerpo inclinado hacia adelante y las narices dilatadas. No parecían chicos, sino fieras.

Vi que el rostro del chino estaba lleno de sangre, y que sus ojos echaban fuego. Gárdener tenía los labios apretados y sus pupilas azules clavadas en el adversario.

Aquello me recordaba una pelea de gallos allá en la estancia.

Se había hecho el silencio en torno de los combatientes; todos los rostros estaban ansiosos y había algunas bocas abiertas como en éxtasis.

El señor Pérez y el celador de segundo estaban mirando.

—¡ Es una fija, querido!—dijo el primero á su colega.

—¡ No me parece!—respondió el otro.

Tras unos segundos de fiestas y de falsos ataques, los adversarios se trenzaron de nuevo.

Los golpes y las paradas sonaban de un modo que daba miedo y las respiraciones se hacían estertorosas.

El chino recibió una respuesta de zurda en toda la boca ; vaciló un momento, pero se repuso.

Sin embargo, se veía claramente que mi celador estaba en lo cierto.

Gárdener era una fija.

Un segundo después, el chino llevó un ataque decisivo y de primera intención.

Fué una derecha á la cara fulminante como para desmayar á un toro.

Gárdener hizo un quite de cabeza á la izquierda y su puño entró por debajo del brazo del adversario chocando en la mandíbula.

Fué un golpe terrible.

El chino vaciló, dió una vuelta y cayó de espaldas...

Los dos celadores corrieron hacia él y lo levantaron.

Vi que estaba muy pálido y que ponía los ojos en blanco, como los carneros cuando se están muriendo.

Los muchachos gritaban por todas partes :
—¡ Gárdener *For ever!* ¡ *For ever!* ¡ *Chan-
chero!*

Y éste, de pie junto á la barra que motivara el encuentro, se secaba tranquilamente el sudor de la lucha con un pañuelo encarnado.

Se hubiera creído, al verle, que era un simple espectador.

El señor Pérez y el celador del segundo llevaron al contuso á la canilla de agua corriente que yo visitara pocos días antes, y allí lo repusieron á fuerza de abluciones.

Toda la muchachada se había recostado hacia ese lado, á fin de presenciar la operación como si hubiera sido ella la más curiosa del mundo, y yo, pensativo y con las manos en los bolsillos, permanecía aún en el sitio de la lucha que había quedado hollado por los pies de los combatientes.

Una mano me tocó en el hombro.

Me di vuelta y me encontré con Gárdener, que ponía la cara más amable del mundo y me invitaba con un gesto á subir á la barra.

—¡ Sube tú!—le dije admirado de que todavía se acordara de su promesa.—Sube tú y yo veré como haces...

Con su agilidad acostumbrada se tomó de la barra, dió la *vuelta de barriga*, pasó una pierna, después la otra y quedó sentado en el aparato mirándome.

Su fisonomía, pálida y fina, respiraba la tranquilidad más completa.

—¡No te ha dado ninguna!—le dije al ver que no había en su rostro la menor señal.

El sonrió, y mientras hacía un *cambio de frente*, repuso :

—No es nada fuerte ese.

¡Qué pachorra, qué admirable tranquilidad y cuán poca jactancia la suya!

—¿Qué edad tienes?—le pregunté.

—Doce años.

—¿Eres inglés?

—¡Oh, ya!...—y lo dijo en un tono como si no hubiera podido de ningún modo tener otra nacionalidad.

Yo proseguí :

—¿Hace mucho que estás en la República Argentina?

—Dos años.

Y en esta forma le pregunté una serie de cosas á las que me contestó siempre con su laconismo británico, pero amablemente.

Un detalle me llamó la atención.

¿Por qué no me preguntaría nada á mí? Sabía que me llamaba Williams Fernández, porque me oía nombrar en la clase, pero nada más.

La edad, la condición, el origen, etc., no merecían en su concepto la molestia de una pregunta.

La campana sonó llamando á clase y cuando

íbamos á ocupar nuestros puestos todavía le hice esta nueva pregunta :

—¿Cómo has aprendido á pelear tan bien?

—¡ Oh, yo tengo un buen maestro en casa !

—repuso.—Mi padre me lo paga...

Cuando nos separábamos, añadió :

—Usted debiera aprender el *box*.

XII

María Esther y Laura, mis primas, y una señora muy fea, á quien no conocía, pero que luego resultó ser una antigua amiga de mamá que «hasta me había tenido en los brazos,» según la expresión de *La Negra*, estaban en la sala.

Mis parientas eran muy jóvenes todavía, puesto que la mayor sólo tenía dieciséis años ; pero una actuación anticipada en la sociedad, les había dado ese aplomo y ese *cachet* característico de las personas que tienen mundo.

Como mi entrada en la sala, debida á exigencias maternas, había provocado una serie de exageradas demostraciones de simpatía, y la señora aquella, después de propinarme una buena dosis de besos, me había sentado sobre sus rodillas sin preocuparse de si me hallaba bien ó no en aquel sitio, no tuve más remedio que formar parte de la reunión haciendo el papel mudo de una cariatide.

—Entonces—dijo mi prima María Esther ha-

blando con voz gangosa.—¿Entonces Julita está en clase?

—Sí—contestó mamá.—*La Negra* comenzó los estudios el martes. Ahora está con su profesora de inglés la señorita Watry.

Mi prima volvió á tomar la palabra.

—¡ Oh, muy bien ! ¡ Muy bien ! Eso está de moda. Todas las niñas más distinguidas de Buenos Aires estudian hoy el inglés, cosa que me parece la más práctica, ya que en nuestra sociedad se están generalizando tanto las costumbres inglesas.

Luego añadió, cambiando de tono :

—¿ Usted debe acordarse, Josefina, de aquella chiquilina rubia,... la hija mayor de los López, que solía ir á casa antes de irse ustedes al campo?

—¡ Sí, cómo no ! la hija de Edelmira.

—Eso es. Pues la chica esa, se ha educado en un colegio francés aquí en Buenos Aires, y no obstante no saber inglés y ser de un origen bien latino, se ha convertido en una inglesa perfecta. Viera qué monada, sus modales, sus trajes, su peinado, todo parece que la hubiesen trasplantado de repente de una *street* londinense á la calle Florida.

— Anda sola, completamente sola — agregó Laura, mi otra parienta.

—¿ Cómo sola ?

—Sí, Josefina, sola. Hoy es crecido el número de niñas que salen á la calle sin compañía.

—Ya en mis tiempos salían algunas—recordó mamá.

—¡ Ya sé, ya sé, pero hoy salen casi todas ; es la moda ! ¡ La verdadera moda inglesa !

Mi madre las miró con un no sé qué de desconfianza y preguntó :

—¿ Y alguna de ustedes sale ó ha salido sin compañía alguna vez ?

María Esther contestó :

—¡ Caramba ! ¡ A decir verdad, no nos hemos animado todavía, parece tan raro !

Pero Laura contó entonces señalando á su hermana :

—Una vez salió ésta, para ir á comprar bombones á la *Perla*, enojada porque el sirviente no acertaba á traerle los que ella deseaba...

Es algo muy gracioso ; cuéntalo, María Esther.

— Es cierto, Josefina — exclamó la aludida riendo como una loca,—es verdad ; pero no lo creerá usted. ¡ Es tan ridículo !...

—¿ Cómo fué?—preguntó mamá picada por la curiosidad.

—Figúrese que le había prometido una bombonera á la *Fefá* de Carranza Funes, una chica muy mona y que me quiere mucho, y, por lo tanto, envié á Juan, nuestro mucamo, para que la comprara en la *Perla* ó en el *Aguila*, porque quería algo bueno y que fuera de moda. Pero sucedió lo de siempre ; el borrico del gallego hizo una porción de viajes inútiles, y trayendo

como de expreso las bomboneras más feas y más *caches* que podía encontrar.

--¡Cómo hacer, caramba! Mamá no estaba, ésta tampoco y se hacía tarde.

Aquella misma noche debía ir á comer á casa de la *Fefá*, á cuyo efecto papá vendría á buscarme á las siete, de tal manera que apenas quedaba tiempo disponible.

—Si fuera sola—pensé,—y sólo pensarlo me dió miedo.

¿Yo andando sola, entre el bullicio de las calles? ¡No! ¡Era imposible, ni que estuviera loca!

Sin embargo, muchas niñas andan, me decía después, eso se está haciendo moda y la moda justifica toda clase de excentricidades.

Al fin tomé una determinación.

—¡Iré en coche!—me dije,—y mandé por un cupé.

Mientras Juan iba por el vehículo, me puse el sombrero, los guantes y un abrigo. La plaza estaba cerca, y el hombre no tardaría en volver. Un par de minutos le bastaban.

Pero transcurrieron los dos minutos, después cinco, después diez y, por último, el reloj del comedor dió una campanada: las seis y media.

—¿Qué podría haberse hecho Juan? ¿Por qué no volvía?

Esperé todavía algunos segundos y nada. ¡Había que decidirse, qué demonio!

Y lentamente bajé las escaleras y me encontré en la calle.

Nuestra cuadra estaba casi desierta, y la *Perala* quedaba muy próxima. Esto me dió ánimos para emprender la jornada.

Con aprensión y como quien marcha por una selva oscura, llena de peligros, empecé á caminar ligero y casi rozando las paredes, como si ello fuera á hacerme invisible.

¡Qué cosa rara resulta eso de andar sola! Nunca me hubiera imaginado que fuera tan extraño y tan impresionante.

La compañía de un chico de cuatro años me parece suficiente para recorrer todo Buenos Aires; pero sola, completamente sola, no me encuentro capaz de caminar una cuadra.

Por no mirar á nadie, una baja los ojos, y en cuanto lo hace, tropieza con alguno que la pide mil perdones, sazonados con requiebros del más grueso calibre ó que lanza un gruñido de fiera mal humorada. Si camina despacio, la toman por una mujer mala, y si anda de prisa tiene que levantar la vista, para no tropezar con los transeuntes, y entonces recibe cara á cara un verdadero asalto de miradas y desfachadas, que la hacen enrojecer hasta la raíz de los cabellos.

¡Oh! ¡Es una cosa terrible para quien no está acostumbrada!

Hubo un breve silencio, y mi prima continuó:

—Al cruzar la primera bocacalle, me encontré con una mujer muy gruesa, vistosamente vestida y que al parecer esperaba el *tranway*.

Estaba inmóvil; en la esquina, con una arrogancia de Juno de opereta y apenas me distinguió se puso á mirarme con sus ojos inmensos, agrandados por el lápiz y con una sonrisa burlona y provocativa en sus labios pintados.

¡Yo no sé por qué me dió tanto miedo esa mirada!

Cuando pasé á su lado sentí que me flaqueaban las piernas y que el rubor intenso hacía latir mis sienes.

Pasé toda encogida sin atreverme á mirarla, y, á pesar de ello, adiviné sus ojos clavados sobre mí, esos ojos que me siguieron por largo trecho, como un insulto ó como una burla.

¡Qué cosa rara! Una que no tiene nada de qué avergonzarse se siente dominada por la mirada insolente de estas mujeres que parecen escudriñarle hasta el fondo del alma.

Caminando, caminando siempre de prisa, vi desde lejos que en la otra esquina se hallaba estacionado un grupo de jóvenes, y el solo pensamiento de que tenía que pasar sola por delante de ellos, me hizo experimentar tanto temor, que volví sobre mis pasos.

Había andado pocos metros, cuando volví á distinguir en la otra esquina la gallarda figura de la dama que antes mencioné, y que me miraba como si quisiera comerme.

Aquello era estar entre Scyla y Caribdis ; sin embargo, hice un esfuerzo y crucé la calzada para tomar la otra acera.

Estaba tan atontada, que un carruaje que pasaba á gran trote me hubiera llevado por delante, si un caballero de edad no me hubiera tomado de un brazo retirándome bruscamente.

— ¡ Qué muchacha loca ! — dijo benévola-mente riendo, mientras el cochero, vuelto en el asiento, me increpaba brutalmente.

Toda avergonzada, di las gracias á mi salvador y seguí mi camino, cada vez más aturrida.

Recuerdo que un joven que pasaba me saludó cortésmente, y que no acerté á responderle, tal era la confusión de mi espíritu.

Frente ya á la *Perla*, iba á cruzar la calle para entrar en la confitería, cuando me apercíbí que estaba ésta llena de gente, y que un grupo numerosísimo de jóvenes se amontonaba á sus puertas, chacoteando y riendo.

Aquello fué el golpe de gracia, pues arobardada definitivamente, emprendí el regreso, caminando como en el aire, como si hubiera tenido alas.

Mi extraña maniobra había provocado sin duda la hilaridad de los muchachos estacionados á la puerta de la *Perla*, porque sentí algunas risotadas burlonas.

¡ Oh, qué vergüenza ! ¿ Quién sabe por quién me habían tomado ?

Seguí caminando muy de prisa, cuando sentí

que me llamaban por mi nombre y que un coche se detenía bruscamente á mis espaldas.

Yo no sé lo que me imaginé en aquel momento, pero tuve un miedo horrible y seguí mi camino casi corriendo y sin volver la cara.

La voz volvió á llamarme más clara, pero de un timbre que me era desconocido.

— ¡ María Esther ! ¡ Esthercita !

Era una voz de hombre. ¡ Qué terror ! Se me nubló la vista y sentí, como en sueños, que alguien corría tras de mí.

Desesperada, iba á entrar en una tienda, cuando una mano enérgica me tomó por un brazo.

Di un grito y me volví aterrorizada.

¡ Era papá !

¡ Con cuánta efusión, Dios mío, me eché en sus brazos protectores y cómo se debieron conmover los transeuntes con aquella escena que debieron titular sin duda : « Retorno de hija pródiga hacia las sendas del bien ! »

Cuando mi prima terminó su narración yo lancé un profundo suspiro de sentimiento, porque me había interesado muchísimo y mi madre exclamó :

— ¡ Qué barbaridad ! ¡ Vean ustedes á lo que se expone una niña que anda sola por la calle ! Tomen ejemplo.

Entonces Laura arguyó :

— ¿ Pero, Josefina, de qué vamos á tomar ejemplo ? A Esther no le pasó al fin nada serio.

Todo lo ocurrido debe atribuirse á su falta de costumbre y á nada más.

—¿Y lo que podía haberle pasado?—replicó mamá vivamente.—¡Oh, es una costumbre que no me gusta nada!

Luego agregó :

—¡Ya les digo, en mis tiempos, allá por el año 70 y tantos, ya salían solas á la calle algunas muchachas, pero yo les aseguro que eran muy contadas y que no lo hacían por seguir la moda!...

—Perdone, Josefina, ya lo sabemos—exclamó María Esther insinuante.—En sus tiempos lo hacían las muchachas algo liberales, algo ex-céntricas ; pero hoy lo hace la mayoría. ¡Es la moda!

Mi madre concluyó entonces :

—¡Pues, hijita, lo que es yo no permitiré nunca á *La Negra* que ande sola por la calle!

—Hará usted mal, Josefina...—dijo Esther entonces, y Laura agregó con tono sentencioso :

—¡Hay que amoldarse al ambiente!

En ese momento entró *La Negra* y tras de ella papá.

Hechas las saluciones del caso y los elogios obligados de las primas, dijo María Esther con aire malicioso :

—Habrá que casarla con algún abogado rico y buen mozo, Julita va á tener partido...

Papá, halagado, se puso risueño y le preguntó :

—¿Te parece?

—¿Cómo no? Y además tiene plata.

Papá hizo un gesto como diciendo que no, pero se conocía que pensaba lo mismo y María Esther agregó mirando á *La Negra* con aire picaresco :

—De manera que hay que buscarle novio. ¡Yo me encargaré de eso!

Mamá, á quien no agradaban las bromas entre chicos y que tal vez sintió allá en lo íntimo, aquel incierto malestar remoto que experimentan las madres jóvenes cuando piensan que sus hijitas crecen y que se aproxima el día en que un cariño extraño vendrá á arrancarlas de su lado, se puso seria y dijo en tono desabrido :

—*La Negra* es una chiquilina todavía... Lo que debe preocuparla por ahora es el estudio...

—Ya tengo doce años y tres meses y dieciséis días—expuso entonces la interesada, con su moderno timbre de voz que, de paso sea dicho, la había valido ya varias reprensiones por parte de mamá.

—¡Gran edad!—exclamó papá riendo.—Ya debías estar casada.

Y luego añadió cambiando de tono :

—*La Negra* se casará muy bien ó no se casará. ¡Es preferible permanecer soltera á casarse con un pelagatos!

Ambas primas se miraron de reojo y María Esther filosofó :

—¡ Los padres siempre esperan príncipes para sus hijos !

Y pronunciada esta estrujadísima frase, las muchachas se levantaron y con ellas la señora fea que no había despegado los labios en toda la tarde, tal vez para que no se deshicieran ciertos plieguecillos que tenía en torno de la boca.

—Bueno, tío—dijo María Esther.—¡ Espero que nos visitarán pronto !

—¡ Cómo no ! Lo mismo que á usted, Justina—repuso papá sonriente dirigiéndose á la señora fea.

Cuando las visitas se retiraron, papá se puso á bailar en la sala dando muestras de la mayor alegría, y después de abrazar á mamá, le dijo :

—Hijita, hoy he recibido una carta de míster Brooker de la razón social Mayer and Company, en la que me ofrecen : ¡ Asómbrate ! ¡ Ciento veinte mil pesos por los terrenos !

—¿ Y ?—interrogó mamá ansiosa.

—¡ Oh, ya lo creo, los largo en seguida !

XIII

Cumpliendo una promesa solemnemente formulada allá en la estancia, papá me llevó á Palermo, el paseo querido de los niños bonaerenses, el sitio predilecto de sus expansiones infantiles.

Era domingo y, en consecuencia, el viejo y hermoso parque estaba concurridísimo.

La asistencia, formada en su mayoría por chicos y por niñeras, hormigueaba por todas partes llenándolo de bullicio y de alegría, mientras que el sol dorado de una tarde de invierno, derramaba, sobre el conjunto, el halago benéfico de sus tibias caricias.

Papá, que se divertía grandemente con mis manifestaciones de exagerada admiración, me hizo visitar todas las maravillas zoológicas allí reunidas. El elefante, los monos, los tigres, el oso blanco, las mil especies de aves tropicales y, por último, me llevó á las inmediaciones del lago donde nos sentamos á fin de descansar.

La gente pasaba continuamente por delante de nosotros para acercarse á orillas del lago, donde unos chicos se entretenían en arrojar migajas á los cisnes.

Empecé á ver conocidos.

El primero fué Julio Madero, uno de mis condiscípulos de primer año.

Iba en compañía de una señora muy elegante y llevaba varita.

Como nos saludáramos, papá me preguntó sonriente :

—¿Quién es?

—Es Julio Madero—repuse con jactancia y con un tono que quise hacer indiferente.—Es Julio Madero, un amigo.

—¿Es un condiscípulo, no?

—Sí, creo que sí ; pero no recuerdo bien donde lo he tratado—contesté olvidándome de que no podía haberlo conocido en otra parte que en el colegio y deseoso de darme aires de independencia.

Esto causó mucha risa á mi padre, que se limitó á decir con malicia :

—Es natural, cuando se ha corrido mucho mundo, se olvidan esos detalles.

Un señor alto de aspecto bondadoso que pasaba en esos momentos, se volvió al oír la voz de mi padre, lo miró un instante, y lanzando una exclamación de alegría se arrojó en sus brazos.

—¡ Jaime !

—¡ Lucio ! — contestó papá. — ¡ Es posible !
¡ Tú por acá !

Y ambos se abrazaron con la ternura más fraternal, mientras yo los miraba lleno de sorpresa.

Después de un buen rato de efusiones, mi padre le dijo :

—¡ Siéntate, Lucio ; siéntate con nosotros, querido, y conversaremos, que bien podemos darnos un *solo* después de quince años de ausencia !—Y añadió luego volviéndose á mí :—Somos amigos con este señor desde que estábamos en el colegio, desde que éramos niños como tú.

El señor de la cara bondadosa preguntó entonces :

—¿Es sobrino tuyo, Jaime?

—No, querido—respondió papá.—¡Es Williams, mi hijito menor!

—Pero, caramba, es verdad que te casaste poco tiempo antes de que yo me fuera del país, te aseguro que lo había olvidado y que te suponía tan célibe como yo.

—No, hijo, me casé con Josefina Villanueva el año 77; yo creía que lo sabías.

—Sí, sí, ahora recuerdo perfectamente; cuando me fui á Tucumán estabas de novio y allí supe tu casamiento por los diarios.

Papá preguntó entonces:

—Pero dime: ¿Qué ha sido de ti? ¿Dónde has estado? ¿Permaneces soltero? ¡Tengo un mundo de cosas que preguntarte y no sé por dónde empezar!

—Caramba, querido—respondió el señor amigo de mi padre.—¡Estoy lo mismo que antes, con la sola diferencia de que he pasado diez años en Europa, donde fui á estudiar y donde no aprendí nada que no fuera gastar dinero, y hace próximamente un año que estoy de nuevo en el *pago*, tratando de reunir mis viejas amistades!

Luego añadió con tono melancólico:

—¡Cómo ha variado todo esto, querido! ¡Cómo se han desparramado los amigos ó qué distintos los hallo!

—¿Pero permaneces soltero?—inquirió mi padre.

—Sí, querido, conservo siempre un terror inveterado hacia el matrimonio, á pesar de que me voy dando cuenta de que paso ya á la categoría de los hongos. ¿Y tú? ¿Tienes muchos hijos?

—Este y una niña, nada más—respondió mi padre.

—¿Y cómo estás de fortuna?

—Regular; bien, estoy bien, tengo una estancia en Veinticinco de Mayo y otras propiedades. He trabajado mucho, pero no puedo quejarme.

Luego añadió cambiando de tono:

—¡Si hace un mes apenas que he vuelto de la campaña para radicarme de nuevo en Buenos Aires!

—¿Cómo?

—¿No lo crees?

—¿Pretendes hacerme tragar, que tú, que el sibarita Jaime Fernández, se ha pasado una porción de tiempo enterrado en el campo?

—Es la pura verdad, Lucio. Seis años he permanecido allá como un salvaje, no viniendo á Buenos Aires más que por muerte de un obispo.

—¿Será posible?

—¡Y cómo no, hijo, había que trabajar! ¿O crees que uno es siempre muchacho?

—Pues, vaya. ¡Me alegro y te felicito!

Papá continuó sin escuchar su lisonja.

—Me ha tocado en suerte, por otra parte,

una mujer abnegada y bondadosa, una mujer que es una santa y cuya presencia y la de mis hijos, ha contribuido á hacerme más llevadero aquel destierro.

Después guardó silencio y el señor de la cara bondadosa también. Vi que estaba pensando y que sonreía mordiéndose el bigote.

—¡ Qué cosa bárbara !—dijo al fin.—¿ Es decir que te has regenerado completamente, que eres otro hombre ?

—¡ Ya lo ves !...—repuso mi padre ; y luego añadió cambiando de tono :

—¡ Qué cosa curiosa ! ¡ El otro día conversando con mi mujer me acordé de ti !

—¡ Ah, sí ! ¿ Y á propósito de qué ?

—Nada, de una visita que había recibido ella.

—¡ A ver, á ver !

—¿ Te acuerdas de Eulalia, de Eulalita Belgrani, de la chica aquella de los bailes ?...

—¡ Oh, sí, cómo no !—dijo riendo el señor Foster.—El otro día la vi en Florida casualmente. ¡ Está hecha un adefesio la pobrecita !

—Bueno—continuó papá.—La tal Eulalia se coló el otro día en casa á visitar á Josefina invocando una vieja amistad con mi familia y casi me produce un conflicto de estado.

El señor Foster se rió con ganas.

—¡ Qué audaz ! ¡ No digas !

—Tal como lo oyes, y fué explicando á mi

mujer el origen de esa relación, que te nombre.

—¡ Está bueno !

Y ambos volvieron á quedar en silencio.

El señor Foster se miraba las uñas y sonreía, y papá trazaba figuras en el suelo con la punta de su bastón.

Yo, que empezaba á aburrirme soberanamente, divisé á Edwards que se paseaba por la orilla del lago llevando á un perro hermosísimo, sujeto por una cadena.

Qué deseos sentía entonces de reunirme con él, pero no me atreví á pedir permiso, por temor de que me lo negaran. Pasaron algunos segundos y el señor Foster preguntó al fin entre dientes y mirando á mi padre con malicia :

—¿ Y Raquel ?

—¡ Chist !—dijo papá, mostrándome con el rabillo del ojo.—¡ No seas bárbaro !

—¡ Qué va á entender !...

—¡ Oh, no creas ! ¡ No sabes qué ficha es !

Como á pesar de mis pocos años era discreto y bastante perspicaz, me di cuenta de que tenían que conversar de algo que yo no debía oír, y aproveché la circunstancia para solicitar el ansiado permiso.

—Papá, ¿ quieres que vaya á jugar con Edwards que está allí ?

—¿ Dónde ?—preguntó mi padre.

—Allí, ¿ no ves ? Ese muchacho que anda con un perro grande. Es uno de mis condiscípulos.

—Bueno, vé ; pero no te alejes mucho.

—¡ No, papá !—y salí á la carrera.

—¿ Cómo te va, Edwards?—dije saludando á mi amigo.—¡ Qué lindo perro tienes !

—¡ Buenas tardes ! ¿ Qué dice?—me respondió éste golpeándome familiarmente en un hombro. Y luego añadió :—Vamos á correr con el perro ; ¡ viera qué ligero es !

Quitó la cadena al hermoso danés y empezamos á jugar con él.

El inteligente animal corría por todas partes y luego se echaba como invitándonos á que le diéramos caza. Pero, en cuanto nos acercábamos para agarrarlo, volvía á levantarse bruscamente dejándonos con un palmo de narices.

Tan violento ejercicio, nos fatigó en pocos minutos de tal manera, que bien pronto, sudorosos y con el rostro congestionado, tuvimos que detenernos.

—¡ Venga y pediremos el refresco á padre !
—me dijo Edwards dirigiéndose á un señor grueso y coloradote que leía un diario en uno de los bancos que había por allí.

—*¡ We are very tired !*—dijo Edwards á aquel hombre, y éste sacó del bolsillo de su sobretodo gris una especie de cantimplora que alcanzó á mi amigo.

Luego me miró por encima de sus lentes y exclamó con convencimiento al ver mi rostro enrojecido :

—¡ Oh, yes !

Edwars empinó la redema aquella, y debió serle muy grato su contenido, porque después de beber chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco.

Yo lo imité en la primera parte, pero en el resto me resultó imposible.

Aquel trago de whisky, ó de qué sé yo, hizo un efecto tan desastroso á mi organismo, no acostumbrado á ingerir alcohol, que empecé á hacer unas muecas y unas arcadas que daban espanto.

Sentía los mismos efectos que si me hubiera tragado una brasa.

Fué esta una de las pocas ocasiones que recuerdo haber visto reir con ganas á mi amigo Edwars, y la cosa debe haber valido la pena, porque su flemático padre halló prudente poner el diario de lado para desahogarse á gusto.

Cuando se me hubo pasado el acceso de tos que siguió á las arcadas que provocara el refresco, nos sentamos en el césped con Edwars y su genitor voivió á engolfarse en la lectura del diario.

Estaba explicando á mi amigo cómo hacían los gauchos para enlazar una vaca, cuando vi que mi padre se despedía del señor Foster y venía á buscarme.

Me apresuré á ponerme de pie y á sacudir mis pantalones que habían llenado de pelos blancos las caricias del perro.

—¿Se va ya?—preguntó Edwars.

—Sí ; ahí viene papá á buscarne.

Mi padre, al llegar, hizo un amable saludo quitándose el sombrero, atención á la que contestó con un gruñido inarticulado y sin moverse de su sitio el padre de mi amigo.

—Vengo á llevarles á Williams—dijo papá sonriente, —ustedes me disculparán, pero es muy tarde y vivimos un poco lejos.

Dicho esto esperó la respuesta que no se produjo, aunque padre é hijo lo estaban considerando con sus aires respectivos de eterna indiferencia.

Recién cuando nos dimos vuelta para marcharnos, el padre de Edwards, haciendo un esfuerzo, pudo articular un *¡good byé!* apenas perceptible.

Mi padre exclamó entre un suspiro.

—¡ Qué animales son estos ingleses !

XIV

Ya estaba la mesa puesta para la comida, cuando llegamos á casa, dōnde mamá nos esperaba algo inquieta por nuestra tardanza y por la de *La Negra*, que había ido á pasar la tarde á la de tío Alfredo, á fin de acompañar á María Esther y Laura, que estaban solas.

Papá ocupó su acostumbrado sitio en el sofá, y mientras mamá aderezaba una ensalada, contó su encuentro con el señor Foster, á quien no veía desde hacía muchos años y hacia el cual sentía entrañable afecto.

—¡ Buena pieza ha de ser ese!—dijo mamá sonriente.

—¿ Por qué? .

—No sé ; pero me parece...

— Pues, hijita — replicó mi padre, — Lucio Foster es un perfecto caballero.

—No digo que no. Será muy honrado en sus negocios, muy buen amigo, muy leal, muy valiente, etc, pero...

—¿ Pero qué?

—Carcerará de otras virtudes que ustedes, los hombres, no consideran indispensables y las que, sin embargo, yo tengo muy en cuenta— agregó mamá sentándose junto á mi padre.

—¿ Y qué virtudes son esas?

Mamá vaciló un momento y luego explicó :

—No sé, no sé, hijo ; pero me parece que ese señor debe ser algo calavera... y temo que su intimidad pudiera perjudicarte...

Mi padre se rió con ganas, y la besó en la frente, exclamando :

—¡ Qué tonta eres ! ¡ Qué ocurrencias las tuyas !

En ese momento entró *La Negra* acompañada por Kate.

—Caramba, señorita—dijo mamá,—ya creíamos que no iba á volver más. ¡ Nos ha tenido esperando como una hora !

—Las chicas tienen la culpa—respondió *La Negra* hablando con tono gangoso.—No me dejaban venir.

Yo no sé si esta vez mi hermana acentuó más que en otras ocasiones la tonada *aristocrática*, ó si papá había prestado mayor atención á sus palabras, la cuestión es que se quedó suspenso, manifestando la más grande sorpresa en su semblante.

—¡ Oh ! ¡ Oh !—exclamó por fin,—¿ á ver cómo dijo ? ¡ Repita !

—Digo—explicó *La Negra*, inocentemente y en el mismo tono que antes,—digo que las chicas tienen la culpa. ¡ No me dejaban venir !

—¿ Pero has oído ?—preguntó papá entonces volviéndose bruscamente hacia mi madre.

—¿ Qué cosa ?

—Cómo habla esta chica—y su rostro expresaba una mezcla de burla, de horror y de indignación.

Mamá asintió :

—¿ Has visto ? Es una cosa atroz. Desde el día aquel en que vinieron las muchachas de Sánchez, esta chica no habla de otro modo, y no será porque no la haya reprendido haciéndola ver lo ridículo de la cosa.

Papá entonces se puso grave para pronunciar la sentencia :

—La primera vez—dijo á *La Negra*,—la primera vez que la oiga hablar así, como si tuviera la boca llena de engrudo, le voy á encajar una buena penitencia.

Mi hermana bajó la cabeza anonadada por las frases paternas, y mamá, para doblar la hoja

y para disipar la tristeza con que había llenado en el ambiente la terrible amenaza, dijo en alegre tono :

—¡ Bueno, vamos á la mesa !

Todos nos levantamos para ocupar nuestros sitios, pero en el momento en que iba á sentarse mi madre, reparó en que mi corbata escocesa estaba tan deshecha, que semejava una mariposa grande con las alas rotas.

—Tienes la corbata toda desarreglada—murmuró, y en cuanto sus ágiles dedos comenzaron á devolver á la prenda su primitiva forma, noté que las ventanas de su nariz se dilataban y se contenían, dando muestras de querer percibir algún perfume sutil, cuya procedencia no acertaba explicarse.

Seguí todo el proceso.

La nariz de mi madre se fué acercando á mi rostro cada vez más anhelosa, hasta que se retiró de pronto convencida.

El delito estaba descubierto.

—¡ Tú hueles á alcohol !—exclamó trágicamente.

—¿ Qué?—preguntó papá dejando su asiento, y *La Negra* abrió los ojos desmesuradamente en contraposición á Kate, que continuó impasible.

—¿ Qué le has dado á beber á este niño?—volvió á preguntar mi madre dirigiéndose á papá que se acercaba á marchas forzadas.

—¡ Yo nada ! ¿ Por qué ?

—¡ Porque huele á alcohol, á aguardiente, á caña, á qué sé yo !

Entonces empezó el interrogatorio.

—Usted ha bebido algo—preguntó papá solemnemente.

—¿ Yo?—y ponía la cara más cándida del mundo.

—Sí, tú. ¿ Qué has tomado?—intervino mamá excitadísima.

—Yo... Yo...—murmuré, y convencido al fin que no sabría encontrar argumentos para seguir negando, confesé con arrogancia :

—¡ Sí, he bebido !

Vi el asombro pintado en todos los semblantes. La boca de *La Negra* parecía una o perfecta y papá se rascaba la nariz.

Esto me llenó de orgullo.

—Sí, he bebido—continué,—hemos bebido en Palermo con un amigo.

Ante esta confesión paladina, mis padres no supieron qué hacer y sólo *La Negra* aventuró un ¡ borrachón ! entre dientes que le valió una mirada fulminante de mamá.

Pasaron algunos segundos sin que recomenzase el interrogatorio.

Como alguien ha dicho, «reinaba la calma de las vísperas solemnes.»

Por fin papá preguntó :

—Pero, amigo, explíquese de una vez. ¿ Cómo ha sido ?

Entonces conté el suceso con pelos y señales,

sin omitir más detalle, naturalmente, que aquel que se refería á los ascos y á las arcadas que me había provocado la bebida.

Mi virilidad se hubiera sentido humillada confesando semejante tontería. Era preciso tratar de convencer á todos, de que mi organismo estaba acostumbrado á ingerir alcohol.

Cuando terminé la confesión, mi madre se manifestó muy disgustada, pero noté que papá hacía visibles esfuerzos para contener su risa.

Esto me dió ánimos, y, por lo tanto, aventuré un juicio que creí muy oportuno :

—¡ Al fin y al cabo—dije,—la bebida es una cosa muy agradable, y el olor que deja en la boca se puede quitar chupando una pastilla de menta !

Como el lector comprenderá, mentía al decir esto y mentía de una manera descarada.

Como no estaba acostumbrado, las bebidas alcohólicas me parecían repugnantes, pero no sé por qué causa sentía en aquellos momentos la necesidad de decir que me agradaban.

Mi madre, que parecía ignorar la existencia de ese espíritu maligno que inspira siempre á los jóvenes el deseo vehemente de que los crean viciosos y malos, se imaginó en presencia de uno de esos casos de viciosidad precoz que suele engendrar el atavismo, y, por lo tanto, dió muestras del mayor disgusto :

—¡ Qué barbaridad !—exclamó oprimiéndose las sienas.—¡ Ya me lo temía yo !

—¿Por qué?—preguntó mi padre.

—¡La ley del atavismo, Jaime, la ley del atavismo! ¿No ves?

—No me explico...

—¿Ah, no te acuerdas ya que ha habido en tu familia alguien que murió de *delirium tremens*? ¿No te acuerdas de tu tío abuelo don Félix?

Mi padre no pudo contener la risa por más tiempo y soltó una carcajada homérica.

—¿Te ríes?

—¡Pero cómo no quieres que me ría, mujer de Dios! Estás disparatando de una manera lamentable.

—¿Por qué?

—Pero, hija, porque entiendes el atavismo de una manera muy particular y porque te acaloras por una cosa que no tiene importancia.

Mi madre guardó silencio y papá continuó:

—Según tú, la maléfica influencia de mi pobre tío abuelo ha venido por líneas indirectas y siempre oculta para fructificar en nuestro hijo. ¿No es eso?

—Sí.

—Bueno, ¿y por qué causa no ha aparecido antes en los hijos de Félix, por ejemplo, en su descendencia directa? ¿Puedes explicarme?

—¡Oh, qué sé yo, caprichos del atavismo! La semilla del mal habrá encontrado por fin terreno propicio.

Mamá dijo esto algo vacilante ; ya se veía que sus convicciones no eran profundas.

Mi padre se encargó de destruirlas por completo.

—¿ Sabes lo que hay?—preguntó, y se respondió á sí mismo :—Lo que hay es que este tonto—señalándome,— este tonto cree que va á parecer más hombre diciendo que le gusta la bebida ; pero puedes estar segura de que le parece horrible.

Entonces creí oportuno intervenir.

—Vaya si me gusta—dije,—me gusta más que los caramelos.

—¡ No ves!—gritó mi madre horrorizada.

Papá la calmó con un gesto y me preguntó cariñosamente :

—¿ Entonces le gusta mucho, amigo?

—¡ Ya lo creo!—contesté con jactancia.

Mi padre llamó :

—¡ Kate!

Vino la inglesa apresuradamente.

—Sírvale al niño un vasito de coñac, le va á sentar muy bien antes de la comida. ¡ Abre el apetito!

Había encontrado el medio de confundirme, sin duda ; pero no quise dar mi brazo á torcer y busqué una escapatoria.

—¡ En este momento—dije,—no tengo deseos de tomar nada!

—¿ Cómo?

—No, no—repuse,—ahora no ;—y el solo re-

cuerdo del whisky de aquella tarde me daba escalofríos.

Papá se puso grave y ordenó :

—Pues lo va á tomar ; yo quiero que lo tome.

Kate, con una diligencia que seguramente no desplegaba en otras ocasiones, había llenado con coñac un vasito tan diminuto como un dedal y me lo presentaba impasible.

El olor del licor subió hasta mis narices, aumentando mis ascos ; pero, sin embargo, hice un esfuerzo y tomé el vaso.

La expectativa llegó á su colmo, cuando mirando de reojo á mi padre, empecé á levantar la mano lentamente para llevar el recipiente á los labios.

Recuerdo que mamá me miraba con los ojos muy abiertos, y en un estado de tensión nerviosa muy semejante á la que experimenta el espectador en el período álgido de una lucha sangrienta.

El borde del vaso tocó mis labios, y entonces la atención de todos se reconcentró tanto sobre mi persona y se hizo tan intensa, que se hubiera oído sin dificultad la caída de una hoja.

¡ La suerte estaba echada, había que afrontarla y pecho al agua !

Cerrando los ojos instintivamente, empiné el vaso con energía y allí fué Troya...

El odioso licor penetró en mi boca y en mis

narices, produciéndome un efecto tan desastroso, que más tardó en entrar que en hallarse derramado sobre mis ropas y sobre la alfombra del comedor.

En medio del ataque de tos, de las arcadas y de las lágrimas provocadas por aquel vasito de lava ardiente, pude ver que mi padre se reía á más no poder, y que el rostro de mamá expresaba la alegría del espíritu, al cual acababa de aliviar del peso abrumador que lo oprimía.

XV

Estaba contentísimo, porque ese día, en clase de inglés, míster X me había premiado con un diez, la clasificación más alta que se podía obtener en el instituto.

La satisfacción natural engendrada por semejante honor, unida á la seguridad que tenía de que mi padre, tan empeñado en *inglesarme*, se llevaría un alegrón, tras el cual se adivinaba un regalo, habían provocado en mi espíritu deseos de expansión, de retozo, esa energía y ese *joie de vivre*, en una palabra, que se suele sentir á veces, hasta en la edad madura.

Esto me inspiró la idea de llevar á cabo un hecho que venía meditando desde tiempo atrás y cuya realización se había postergado ya con demasía.

Se trataba nada menos que de vengar la ofen-

sa que me había inferido Lésterson el día de mi entrada en el colegio.

Edwars, recostado en el muro, estaba sacando punta á un lápiz y la muchachada, desparrajada por el patio, ensordecía con el bullicio de sus juegos.

Lentamente me acerqué á mi amigo, que exclamó al verme :

—¡ Oh, querido ! ¿ Cómo está ?

Gravemente le expliqué mi proyecto.

—Tú sabes que cuando yo entré al colegio, Lésterson me pegó una piña.

—Sí.

—Bueno, yo quisiera pelear con él y romperle el alma.

—¡ Oh, muy bien !—exclamó Edwars, y en sus ojos azules brilló el entusiasmo.

—Bueno—agregué yo,—pero la cuestión es que no sé cómo hacer... para empezar.

—¡ Oh, es sencillo !

—¿ A ver ?

Edwars explicó lentamente :

—Usted va ahora, lo llama á parte y le dice : «Vea, Lésterson, yo quiero pelear con usted.»

Entonces él le dirá que sí, ó que no, y arreglaremos la cosa.

Luego agregó como si hablara consigo mismo :

—Podrán pelear en los baños... ó en los *water closets*, es lo mismo.

—Bueno, entonces voy á hablarlo—dije, dis-

poniéndome á alejarme ; pero Edwars me detuvo diciéndome :

—Espérese, faltan sólo dos minutos para entrar á clase y no tendrían tiempo de pelear. Aguarden al otro recreo. ¡ Será mejor !

Mi flemático amigo me hizo entonces algunas preguntas perfectamente justificadas.

—¿ Usted no sabe pelear, verdad ?

—No—repuse,—ó más bien dicho : peleo como cualquier muchacho ; pero no sé *box*.

—¿ Ha combatido muchas veces ?

La pregunta era comprometedora é indiscreta, pues la única persona con quien yo había sostenido riñas era, hasta entonces, mi hermana y, por lo tanto, me limité á contestar con tono modesto :

—Muchas no, pero sí algunas.

—¡ Y cómo le fué !

Encaminado ya en la senda de la mentira repuse con aplomo :

—¡ Bien, siempre bien !...

En ese momento tocaron la campana llamando á clase y en circunstancias en que íbamos á ocupar nuestro puesto en la formación, pasó junto á nosotros Lésterson. Iba del brazo de otro alumno.

—Dígale ahora, dígale—me sopló Edwars al oído.

Aunque el corazón me latía desordenadamente por efectos de la emoción, me acerqué rápido á mi contrario á fin de lanzarle el desafío.

Dispuesto de antemano á obrar con calma para imitar la pachorra de Edwars, dije á Lésterson casi en secreto :

— ¡ Quiero pelear contigo !

El morochito se volvió bruscamente ; era indudable que no esperaba la cosa.

— ¿ Qué dices ?

— ¡ Digo que quiero pelear contigo !—repetí en voz alta.

Repuesto de su sorpresa, Lésterson respondió agresivamente :

— ¡ Cómo no, cuando quieras, sarnoso !
¡ Cuando quieras ! ¡ No más !

Gárdener se hubiera callado la boca sin duda ante esta respuesta descortés, pero su imitador no pensaba lo mismo.

Sentí que la sangre se me agolpaba en el cerebro y rojo como la grana le grité :

— Te voy á romper el alma, chino roñoso, compadre, traicionero, chancho. En suma, una larga serie de dicterios que mi celador cortó tomándome de un brazo y colocándome en mi puesto.

Todo el primer año se enteró del incidente, y cuando estuvimos en el aula, volví á ser como el primer día el objetivo de todas las miradas.

Lésterson, vuelto en su asiento, me miraba con ojos feroces y como tratando de infundirme miedo de antemano.

Se veía claramente que se había llevado una verdadera sorpresa al ver que yo se la guarda-

ba, y que no era uno de esos espíritus pobres que se conforman de todo.

A medida que iba transcurriendo la clase, una clase de geografía, recuerdo, la excitación de los muchachos se iba haciendo más y más intensa, tanto que el profesor tuvo que imponer varias penitencias á fin de aplacar los cuchicheos.

Yo, protagonista del suceso que iba á producirse dentro de breves momentos, me sentía también muy nervioso, y aunque puedo asegurar que no temía á Lésterson y que lo consideraba *un desgraciado*, experimenté, en aquellos momentos de expectativa, emociones profundas y una ansiedad inexplicable.

Edwars, muy tranquilo, indiferente como siempre, seguía afinando la punta de su lápiz, y á decir verdad, su actitud no me extrañaba, porque lo había visto manifestarse del mismo modo en asuntos que le concernían más directamente.

Todo el tiempo que duró la clase, permaneció en la misma forma y sólo una vez levantó la cabeza para decir á Julio Madero, que comentaba en voz baja el suceso á producirse :

—¡ Cállese, que puede oirlo el profesor !

—¿ Y qué tiene ?

—Entonces no habrá pelea.

¡ Cuán lentos transcurrieron los últimos minutos de aquella clase inolvidable, y cómo redoblaron los latidos de mi corazón á medida que la hora se acercaba !

Por fin se oyó tañer la campana, y antes que el catedrático lo entregara al celador, todo el año estaba ya de pie, presuroso por salir.

—¿Qué es esto?—preguntó el señor Pérez con el ceño fruncido.—¿Qué es esto? .

Nadie contestó ; pero todos nos dejamos caer en los bancos con verdadero desaliento.

El señor Pérez nos hizo perder dos minutos preciosos, y luego nos sacó al patio, donde, como de costumbre, rompimos filas simultáneamente con los alumnos de los otros años.

Estaba buscando á mi adversario con la vista entre el confuso remolino de los muchachos, cuando sentí que una mano nerviosa me tomaba de un brazo. Era Edwards.

—Venga—dijo con su breve tono habitual,—venga corriendo que lo esperan.

Y, sin decir nada más, me arrastró hacia el otro extremo del patio donde se hallaba situado el departamento de baños.

Yo no me explico cómo se había corrido la voz, pero la cuestión era que el recinto estaba ya lleno de espectadores que se apiñaban formando una barrera.

Había allí hasta alumnos de tercer año, esos muchachos grandes que nosotros considerábamos como hombres.

El encuentro debía verificarse en una pieza desmantelada, inmediata á los baños, y que tenía el pomposo nombre de cuarto de vestir.

Tésterson estaba de pie, recostado en el mu-

ro opuesto cuando nosotros entrábamos, y Edwards me quitó el sobretodo colocándome frente al adversario.

Hubo algunos segundos de espera que me parecieron siglos, y durante los cuales sentí que mi labio superior temblaba sin que pudiera denominarlo.

—Están abatados—dijo una voz, y la salida provocó algunas risas aisladas.

En ese momento Edwards preguntó :

—¿Están prontos?

Ambos hicimos un signo afirmativo con la cabeza y entonces él mandó :

—¡ Adelante !

Al oír la orden cerré los ojos y salté sobre mi adversario, que debió hacer otro tanto porque nuestros pechos chocaron bruscamente.

Entonces comenzaron á llover los golpes sin dirección y sin tino, no sólo porque cerrábamos continuamente los ojos, sino también porque ocultábamos el rostro entre los brazos y no dejábamos visible más que la coronilla.

Fué aquello una de zarpazos y de arañones, que sólo sirvieron para alborotarnos los cabellos y dejarnos las orejas enrojecidas.

Recuerdo muy bien, aunque estaba furioso, que no recibí un solo golpe que me doliera y estoy convencido de que á mi adversario le ocurriría otro tanto.

Esto mismo se ve á cada paso entre la gente maleante de nuestra tierra, cuando riñe á trom-

padas en los boliches ó en los prostíbulos. Sólo logran lastimarse si se madrugan, de lo contrario, el encuentro se reduce á arañazos y mañotes, enteramente inofensivos y femeninos.

El encuentro se prolongó todavía algunos segundos, hasta que Edwards, notando que estábamos jadeantes, nos separó.

Teníamos el rostro lleno de arañazos, las mejillas enrojecidas por la fatiga, los botones arrancados y las corbatas deshechas. He ahí todo.

—Que se den la mano—dijo un cualquiera, un comedido, y nosotros nos apresuramos á aceptar la indicación como muy natural y lógica.

Cuando atravesábamos el patio con Edwards, algunos segundos después, me sentí tan satisfecho de mí mismo y de mi actuación en la lucha, que no pude menos de preguntarle :

—¿Y qué me dices? ¿Qué te ha parecido?

El inglesito hizo un gesto despreciativo y exclamó :

—¡ Oh, no vale nada, es una porquería !

Me paré para mirarlo bien, admirado de aquel juicio inesperado y brutal ; él hizo lo mismo ; pero luego continuó su camino diciéndome :

—¡ Oh, no saben pelear ! ¡ Usted debiera aprender el *box*, Williams !

XVI

Cuando fué á buscarme aquella tarde Kate, se manifestó muy apurada por volver á casa, tanto que en vez de tomar el *tranway* en la esquina del colegio, según costumbre, llamó á una victoria que pasaba.

—¿Qué hay?—le pregunté entrando en el coche,—¿por qué se apura tanto hoy?

—Tenemos gente á comer—me repuso,—y la señora me ha encargado que vuelva pronto.

—¿Quién es? ¿No sabe?

—Un señor, qué sé yo, un amigo—respondió con fastidio y luego agregó :

—Ya son más de las seis y todavía no he puesto la mesa.

La Negra, que nos esperaba en la puerta, me recibió diciéndome :

—Papá ha traído un amigo que se va á quedar á comer.

—¿No sabes quién es?—le pregunté.

—No, no sé ; no me acuerdo del nombre. Está en el escritorio... con papá.

Cuando entré en el comedor, mi madre estaba disponiendo la mesa con todo arte, y vi que había sacado la cristalería de las grandes solemnidades.

—¡Caramba!—exclamó al verme.—¡Cómo han tardado ! ¡ Parece á propósito !

—¿Quién es?—pregunté sin parar mientes en su observación.

—Es Foster, el señor ese que encontró tu padre en Palermo el otro día—respondió mi madre disponiendo los pliegues del amplísimo mantel que caía hasta el suelo, y luego agregó :

—¡ A ver cómo se portan en la mesa !

Entonces creí oportuno soltar lo de la buena clasificación obtenida en el colegio.

—¿Sabes, mamá, que hoy *me han puesto* un diez en inglés?

—¿Cómo así?

—Sí, mamá ; en los verbos auxiliares...

Mi madre dió muestras de la mayor satisfacción y abandonando la tarea me estrechó contra su pecho exclamando :

—¡ Qué monada ! ¡ Si eres todo un hombre, Williams !

Luego me dió un caramelo que sacó de su bolsillo, uno de esos caramelos que tenía siempre á mano para premiar nuestras buenas acciones, y que, como nunca se agotaban, me hicieron pensar más de una vez si se elaborarían allí mismo.

Cuando la mesa estuvo dispuesta, y cuando la sopera humeaba ya ante el sitio de mi madre, papá, acompañado por el señor Foster, hizo su entrada en el comedor.

—Lucio Foster, un amigo de la infancia... Mi mujer—dijo haciendo la presentación, y luego añadió :

—Mi hijita mayor y á este señor—señalándome,—ya lo conoces, ¿no?

El señor Foster saludó cortésmente á mamá, dió la mano á mi hermana como si hubiera sido una señorita y terminó acariciándome el mentón con sus dedos finos y largos.

Una vez á la mesa, el señor Foster dijo con aire complacido, y dirigiéndose á papá :

—Pues, querido, te has formado un hogar envidiable y tienes hartos motivos para estar satisfecho.

Mi padre hizo un gesto como diciendo que opinaba del mismo modo, y mamá aprovechó la oportunidad para mostrarse amable con el invitado.

—Sé por Jaime—dijo,—que han sido ustedes grandes amigos, y puedo asegurarle también que, á pesar de la ausencia, ha conservado siempre el suyo un lugar preferente entre los recuerdos de mi esposo.

El señor Foster, que sintió entonces la necesidad de hacerse el interesante, echó mano de una broma tan gastada como de mal gusto.

—¡ Usted no sabe, señora—dijo poniendo una cara que creyó picaresca,—qué buena pieza ha sido este mocito ! ¡ Uff !—y luego se echó á reir como si le hicieran cosquillas.

Mis padres lo acompañaron en su risa por cortesía, y entonces el señor Foster, animado, contó una serie de anécdotas picantes, que, según él, le habían ocurrido durante su estancia

en el viejo mundo y con cuya narración ocupó casi todo el tiempo que duró la comida.

Al servirse el café, y en circunstancias en que encendía un cigarro, el señor Foster me miró sonriente y yo me quedé muy grave.

—¡ Lindo chico !—exclamó entonces dirigiéndose á mi padre.—Tiene un tipo británico. Parece un lord...

El juicio de su amigo causó, como era de esperarse, el mejor efecto en el ánimo de mi padre, que preguntó complacidísimo :

—¿ Verdad, Lucio ; verdad que parece un inglesito ?

—Justamente ; es lo que digo, con esa cara tan seria y ese peinado al medio, me recuerda á un lord en el Parlamento.

Mi padre estuvo entonces expansivo.

—Es mi deseo—dijo,—es mi mayor deseo ; quisiera convertirlo en un inglés verdadero y he de conseguirlo.

—¿ Te gusta la raza sajona ?—le preguntó entonces el señor Foster.

—¡ Vaya si me gusta !—repuso con calor mi padre.—Es una gran raza, es la que va á dominar al mundo con el tiempo.

—Es verdad, son muy activos y emprendedores.

—¡ No sólo eso, no sólo eso ! Los ingleses manifiestan en todos sus actos un espíritu tan práctico y tan reflexivo, que da envidia, y aunque sean muy audaces y emprendedores, nunca se

lanzan á una empresa sin estar seguros del resultado.

—Es verdad, así es, en efecto—dijo el señor Foster gravemente.

Mi padre continuó :

—Por eso es que me he propuesto hacer de mi hijo un verdadero sajón, y al efecto, en cuanto llegamos del campo, lo he *metido* en el colegio de míster X, donde es obligatorio hablar el inglés y donde tendrá ocasión de hacerse de relaciones entre los niños de esa colectividad.

Entonces creí oportuno intervenir y dije tímidamente dirigiéndome á papá :

—Hoy *saqué* un diez en inglés...

El rostro de mi padre se iluminó de júbilo y exclamó con transporte :

—¿No ves, Lucio, no ves como ya voy consiguiendo mi objeto?

El señor Foster hizo un gesto, con el cual pretendió hacer creer que la cosa le complacía mucho y que estaba seguro de que yo sería un grande hombre y luego preguntó á su vez :

—¿Qué carrera piensas hacerle seguir?

—No sé, querido ; he vacilado bastante en la elección...

—¿Sí? ¿Por qué?

—Te diré. En un principio tuve la idea de enviarlo á Norte América á estudiar ingeniería eléctrica, después pensé mandarlo á Londres y, por último, me aconsejaron, y creo que es lo mejor, que lo dedicara al comercio colocándolo,

desde muy joven, en una casa inglesa de esta capital, donde, si se contrae, podrá ascender rápidamente y hacerse en pocos años un hombre de negocios.

—Es una buena idea.

—¡ Ya lo creo, querido !—agregó papá con entusiasmo. —Tengo el convencimiento de que Williams, poseyendo bien el idioma inglés y observando una conducta correcta, se hará querer de sus superiores, que lo distinguirán, y al cabo de cierto tiempo, sin esfuerzos y casi sin darse cuenta, se habrá amoldado al carácter británico, asimilando toda su sabia enseñanza y convirtiéndose en un sajón verdadero que vendrá á sorprenderme á cada momento con las manifestaciones características de su espíritu práctico y emprendedor, y que llegará á ser un factor útil del progreso futuro de su país.

El señor Foster habló entonces.

—Creo—dijo retorciéndose el bigote y mirándolo de reojo,—creo, como tú, en la superioridad de la raza sajona, y abrigo la esperanza de que con el tiempo, y gracias á su influjo, ha de formarse en estos países un raza nueva ; una raza que muy bien puede resultar mejor que aquélla... ó mucho peor... pero para eso se necesitan siglos y más siglos.

—¿ Por qué?

—¡ Caramba, hijo ! Porque esas evoluciones se operan con mucha lentitud... se necesita...

Mi padre lo interrumpió con viveza :

—¡ Bueno, sí ! Pero como lo que á mí me interesa es el presente, es el porvenir de mi hijo, yo quiero...

—...Que se convierta en inglés sin esperar la evolución de los siglos, ¿ verdad ?

—No. Yo quiero... yo creo firmemente que bajo la influencia de un ambiente completamente británico, Williams podría asimilar toda la sabia enseñanza de esos hombres que son indiscutiblemente superiores á nosotros y convertirse, al cabo de los años, en un inglés verdadero.

El señor Foster movió la cabeza con aire dubitativo y dijo sonriendo :

—Es difícil... es cuestión de temperamento... Si el muchacho es de buena índole, puede hacer carrera sin *inglesarse*, tanto en el comercio como en cualquier otra cosa... Pero eso de que pueda operarse una transformación tan acabada, que convierta á un latino en sajón, me parece imposible...

—¿ Imposible ?... Ya lo verás, Lucio—exclamó mi padre con sincera fe.—Ya lo verás dentro de poco... ; Esto no es más que cuestión de educación !

—¡ Puede ser !... Pero...

Mi madre intervino entonces :

—Siempre le digo á Jaime, aunque él se burla de mí, que nuestro hijo no tiene carácter para comerciante y que será más bien un hombre intelectual, un literato, por ejemplo.

—¿Ah, sí?—exclamó riendo el señor Foster.

—Sí—continuó mamá.—Le da por la literatura y por la poesía. ¡Hace versos!

—¡Está bueno!...—murmuró el señor Foster por cumplimiento, y papá gruñó entre dientes:

—¡Pamplinas!

Mis aficiones literarias manifestadas desde muy pequeño, constituían la debilidad de mi madre, que estaba convencida de que yo llegaría á ser un Víctor Hugo.

En consecuencia, á pesar de la exclamación despectiva de mi padre, mamá continuó dirigiéndose al señor Foster:

—Créalo usted, tiene tal pasión por la lectura, que me veo en la necesidad de ocultarle ciertos libros, porque lee lo que le cae á la mano.

El señor Foster volvió á repetir:

—¡Está bueno!

Y mamá contó entonces:

—El domingo por la tarde lo encontré acurrucado en un rincón de la sala leyendo... ¿á que no se imagina qué?

—¡No, señora!

—«¡ Los Matrimonios del Diablo!»

—¡Está bueno! ¿Y qué edad tiene?

—¡Diez años, diez años no más!

El señor Foster no volvió á decir «está bueno», pero dió muestras de verdadera admira-

ción, lo que agradó mucho á mi madre y la animó para continuar haciendo mi panegírico.

—Figúrese usted—dijo,—que conservo unos versos que me dedicó para el día de mi santo hace dos ó tres años.

—¡ Ah, sí! ¿ Se pueden ver?

Me puse rojo como una amapola é hice una seña á mamá para que le dijese que no ; pero ella, halagada en su orgullo de madre, dejó la mesa por unos minutos y al cabo de ellos se presentó trayendo una hoja de cuaderno tan sucia y tan arrugada, á fuerza de andar en mis bolsillos, que parecía una papeleta de esquilador.

—Está un poco deteriorado—dijo sonriendo al presentarla al señor Foster.—¡ Pero se puede leer!

Tomó éste la hoja y mientras yo, avergonzado, ocultaba la cabeza debajo de la mesa, leyó con voz clara lo que sigue :

A MAMÁ

(Verso por Williams Fernández)

Mamá mía,
Te felicito en tu día
Y deseo que los cumplas
Como siempre muy feliz.

Y que le des caramelos
A tu hijo Williams
Por ser tu santo
Que te quiere tanto.

Cuando terminó la lectura, *La Negra* me obligó á sacar la cabeza de mi escondite con un soberano pellizco y entonces vi que mi madre miraba al señor Foster con aire interrogador, y que éste hacía esfuerzos por decir algo que fuera razonable á la vez que galante.

—Es un ensayo—dijo por fin.—¡El chico promete sin duda!—Pero como viera por el rostro de mi madre que el juicio no la satisfacía, agregó con calor :

—Es una monada, verdaderamente. ¡Conozco hombres de 30 años que no serían capaces de escribir eso!

Y mamá quedó lo más satisfecha y orgullosa porque no se le ocurrió pensar que su interlocutor, al decir que había hombres de 30 años incapaces de producir lo que yo, bien podía haberse referido á los salvajes papúas.

XVII

Edwards estaba tan empeñado en contagiarme sus aficiones pugilísticas, que no perdía oportunidad para recomendarme la conveniencia de que aprendiese á boxear como él, y como yo me mostrara bastante poco entusiasta, me daba todos los días conferencias tan largas sobre ese práctico *sport*, que consiguió por fin interesarme.

Un sábado por la tarde, pocos momentos antes de salir del colegio, y después de una de

esas cátedras *sportivas*, Edwards, que estaba expansivo, volvió á hacerme la eterna proposición :

—¿Por qué no va mañana á mi casa, Williams? Le mostraré mi gimnasio y me verá tirar al *box* con el profesor.

La invitación era halagüeña, y de buena gana la hubiera aceptado la primera vez que me la formuló, pero tropezaba con un inconveniente que me parecía insalvable.

Edwards, siguiendo las costumbres liberales de su tierra, andaba solo por donde le daba la real gana, iba á Palermo, venía al colegio sin compañía y se manifestaba en todos sus actos tan independiente como una persona de edad madura.

Yo, por el contrario, no asomaba la nariz fuera de casa sin la compañía de mis padres ó la de mi eterno *madgyard*, la inglesa Kate, y ésto, como comprenderá el lector, mortificaba mucho mi amor propio, y, sobre todo, desde una ocasión en que mi amigo Edwards me dió algunas bromas picantes con motivo de esa falta de independencia.

Por lo tanto, y adoptando el mismo temperamento que ya había asumido otras veces con buen resultado, busqué la tangente para escapar del compromiso.

—Mañana—dije,—no vale la pena que vaya, porque es domingo y tú mismo me has dicho que el profesor va á tu casa los martes, jueves y

sábados, y que ustedes los ingleses, no boxean por nada del mundo los domingos.

Edwars se apresuró á explicar :

—¡ No !—exclamó,—es que míster Mackay no fué hoy á casa y mandó decir que como tenía que ir mañana á buscar á mi hermano John para acompañarlo al Tigre, donde van á remar, casi todos los domingos, me enseñaría entonces unos golpes nuevos explicados en una revista londinense que acababa de recibir.

El expediente había fallado por primera vez, y, por lo tanto, me quedé perplejo sin saber qué decirle.

Edwars notó mi embarazo y me preguntó, con una sonrisa llena de malicia :

—¿ Es que no lo dejan andar solo ?

Y sin escuchar mis exclamaciones de hipócrita protesta, agregó luego :

—¡ Vaya con su sirvienta, hombre !

Hubo unos momentos de silencio mortificante, al cabo de los cuales le pregunté con tono decidido :

—Bueno. ¿ Dónde vives ?

Edwars me dió la dirección apuntada en una hoja de su libreta diciéndome :

—¡ Lo espero á la una !

Aquella noche, al sentarnos á la mesa, planteé el problema á mis padres, que en un principio se quedaron estupefactos.

—¡ Pero qué muchacho loco !—exclamó mamá.—¡ Qué cosas las que se le ocurren !

—Me parece lo más natural...—argumenté tímidamente.

—¿Natural?

—¡ Sí, mamá ; yo creo que no tiene nada de raro que uno vaya á visitar á un amigo !

—Pero *mijo*, ¿qué amigo es ese? ¿Sabemos acaso de dónde lo has sacado?

—¡ Es un condiscípulo ; es Edwards Gárdener, un inglesito que está en el mismo año que yo !...

—¡ Ah, aquel del perro !—exclamó mi padre.

—¡ Sí, papá !

—¿ El del *wisky* ?—preguntó mamá azorada.

—¡ El mismo !—respondí sonriendo al recordar las escenas á que dió lugar el maldito licor, —es el mismo ; somos inseparables.

Mamá emitió entonces juicios denigrantes para mi amigo.

—El tal inglesito—dijo,—debe ser un vicioso y no me parece, por lo tanto, que su compañía pueda serte saludable.

—¡ Pero, mamá !...

—¡ Lo dicho, no seré yo la que te aconseje esa amistad !

Mi padre intervino entonces diciendo :

—Me parece, Josefina, que deberíamos dejarlo ir, porque es conveniente que empiece á vincularse ya con la colonia inglesa...

—¿ Pero, Jaime, tú sabes acaso quién es ese niño? ¿Te parece acertado dejarlo que vaya, así no más, sin saber adónde?

Mi padre, para tranquilizarla, me pidió informes sobre mi amigo.

—Yo no sé más—dije,—que el padre es inglés, que tiene una fábrica de embutidos en Barracas y que es muy rico.

—¿No ves?—gritó mamá.—¿No ves? ¡Es chanchero!

Mi padre se puso pensativo, se veía que luchaba interiormente.

La delicada epidermis de la raza se erizaba sin duda ante el espectáculo prosaico de las sardas de chorizos, de los jamones ahumados y de las lonjas de tocino, producto generoso del beneficio de los cerdos, pero como no quería adular de sus teorías, hizo un esfuerzo y se manifestó hombre práctico, diciendo alegremente:

—¿Al fin y al cabo qué? ¿Es chanchero? ¡Pues que le aproveche! Desde el momento que un inglés se ha metido á explotar esa industria, quiere decir que es buena y que ha hallado en ella fuente inagotable de riquezas.

Mamá, que tenía por norma de conducta no discutir nunca con mi padre, se limitó á lanzar un profundo suspiro.

—¿Qué tienes?

—Nada, nada, hombre. ¡Pero convén conmigo en que no es agradable que Williams se haga amigo de un chanchero!

—El no es chanchero, mamá—salté yo.—El padre es el que tiene la fábrica... Edwards va á estudiar para ingeniero electricista.

Papá apoyó mi razonamiento diciendo :

—Eso es, Williams es amigo del hijo y no del padre, y el inglesito, con el tiempo, podrá ser un personaje.

Al ver que mamá se limitaba á hacer un gesto de duda, mi padre exclamó con calor :

—¡ Y últimamente no sé qué diferencia hay entre un hacendado como yo, que anda todos los días entre la bosta de las ovejas y un inglés que manufactura chorizos !

Para rebatir este argumento, mi madre no hubiera tenido más que decir que en nuestra tierra se considera al que es hacendado, como persona de representación ; que la mayor parte de los hombres que ocupan un lugar prominente en la sociedad bonaerense, son estancieros y que nunca había oído hablar de gente distinguida que se dedicara á industria tan prosaica como la fabricación de embutidos ; pero no quiso sin duda hacerlo, ó no se le ocurrió el argumento, el caso es que permaneció en silencio jugando con los anillos que adornaban sus dedos.

Mi padre continuó entonces en el tono resuelto de aquel que acaba de tomar una determinación decisiva.

—Bueno, amigo ; vaya, no más. Kate lo acompañará á la ida y á la vuelta.

—¡ Ah, no !—exclamé al oír esto.—Así no. ¡ Qué esperanzas !

—¿ Cómo ?

—¡ Con la inglesa no voy !...

—¿ Y con quién entonces? Yo no puedo llevarlo...:

—Iré yo solo...

Mi pretensión pareció á mis padres y á primera vista tan monstruosa, tan absurda, que se echaron á reir preguntando al unísono :

—¿ Estás loco?

—No—repuse gravemente,—no estoy loco. Quiero ir solo y nada más...

—¿ Pero has visto?—gritó mamá.—¿ Has visto la pretensión de este chico?—y papá, perplejo, dejó oír un ¡ hum ! por decir algo.

Después de un corto silencio, mamá habló con marcado desaliento.

— ¡ Parece imposible ! — dijo. — ¡ Cómo ha cambiado Williams desde que va al dichoso colegio ! ¡ Está echando unas alas !

Papá tosió ; creí que iba á hablar, pero volvió á quedar pensativo.

—Ya lo decía yo—prosiguió mi madre,—debíamos haberle puesto maestro en casa... ¡ Huiera sido mucho mejor !

—¿ Por qué?—me atreví á preguntar.

—Porque así te evitarías muy malos ejemplos, tú que eres como la cera que á todo se amolda.

Visiblemente, la causa estaba perdida y empezaba á convencerme de ello, cuando mi padre cambió la situación por completo con una

de esas resoluciones repentinas é inapelables que lo caracterizaban.

—Bueno—dijo,—me gusta que quiera ser independiente, eso es muy sajón. ¡ Que vaya solo si quiere !

Ante una determinación tan inconsulta, mi madre dió muestras del mayor azoramiento.

—¿ Estás loco, Jaime?—exclamó sofocada. —¿ Consientes en que el niño se vaya solo ?

Papá repuso entonces con firmeza :

—¡ Sí, que vaya solo, que se acostumbre desde chico, que se haga hombre !

—¡ Pero, hijo, se perderá!—exclamó mamá con angustia.—¿ Cómo quieres que vaya solo si no conoce las calles ?

—¡ Que vaya en coche !—y mi padre, ignorante de la broma de Edwards, y creyendo que yo obraba así movido por ese espíritu de independencia, que es una de las características de la raza sajona, se restregó las manos lleno de gusto, exclamando con entusiasmo :

—¡ El ejemplo empieza á producir sus frutos !

XVIII

Tenía razón mi prima María Esther al decir que resulta muy impresionante eso de andar solo por las calles de Buenos Aires cuando no se está acostumbrado á ello.

Iba en carruaje, en una victoria conducida por un cochero de la confianza de casa, y, sin embargo, me sentía muy incómodo.

Todos me miraban al pasar, no parecía sino que cumplían una consigna al ver la regularidad mecánica con que volvían la cabeza para escudriñar el interior de la victoria.

Yo me hacía chiquito para salvarme de la requisa, pero sin resultado alguno, porque las miradas arreciaban entonces de una manera tal, que llegué á imaginar á veces que todo Buenos Aires estaba pendiente de mi visita, ó que yo era algún ente estrafalario que despertaba la curiosidad.

En una bocacalle, el agente de facción me miró con fijeza y esto me hizo experimentar tanto miedo que, incrustado en un ángulo de la victoria, traté de esconderme, en una forma tal, que hasta pudo despertar sospechas.

¡Cómo envidiaba á esos chicos de mi misma edad que veía por las aceras solos, con un aplomo de verdaderos hombres, y muchos de los cuales tenían la despreocupación suficiente para ir hablando en voz alta, riéndose y aun jugando de manos!

¡Oh, si yo hubiera sabido que era tan fácil adquirir esa costumbre, no hubiera experimentado tal sentimiento, sin duda!

¡Ahí, en la calle, es donde se ejercita desde temprano la guaranguería que enseña el mal ejemplo en los hogares desorganizados, y es allí mismo donde la aprenden los que no han recibido en sus casas más que consejos puros y educaciones esmeradas!

Funestamente obsesionado por sus teorías, mi padre cometió un grave error al permitirme este primer acto de independencia, que debía traer como consecuencia lógica otros mucho más graves.

El temperamento de nuestra raza tan entusiasta, tan cálido y tan opuesto al de los sajones, no podrá someterse nunca á la rigidez de un estrecho molde, y si los niños ingleses saben sacar provecho de las libertades que les conceden las costumbres de su tierra, los nuestros, por el contrario, en uso de tan precioso don, sólo sabrían utilizarlo para perderse y aumentar así la triste y larga caravana de la viciosidad precoz.

—¡ El que ha de perderse—dicen algunos,— se perderá al fin y á la postre, por más sujeto que se lo tenga, y el que esté llamado á ser hombre de provecho se cansará muy pronto de correr los lupanares y volverá sobre sus pasos!...

Esto es muy cierto, sin duda, y muy perogrullesco. ¡ El que ha de perderse se pierde y el que no, no! Pero yo pregunto ahora: ¿en qué estado retorna á las sendas del bien, ese joven, ese niño de buen fondo que se arranca de los brazos del vicio por su propio esfuerzo, por su sola voluntad?

Tiene veinte años apenas, y ha *paseado* desde los quince. Su rostro, con la palidez marfilínea que dan las largas veladas, está lleno de

arrugas precoces, y su cuerpo se encorva y se aboveda sobre las piernas vacilantes, rudimentarias.

Aquello no es un hombre ya, es un *caso* patológico, tiene la sangre infectada por un virus horrible, el hígado quemado por las bebidas alcohólicas y sus nervios histéricos le inspiran extrañas ideas.

Sin embargo, ese joven de buena índole quiere corregirse, y á fuerza de método, se repone, se endereza y vuelve á adquirir el aspecto de un hombre.

Con el cambio de vida, esa inteligencia nada vulgar se reanima, se despierta y el trabajo consciente convierte en pocos años al joven calavera en médico ó abogado famoso, que asombra á la sociedad donde actúa con las pruebas de su preclaro talento.

Nadie recuerda ya sus excesos juveniles, ni él mismo tal vez y todo el mundo exclama al verle :

— ¡ Tiene apenas treinta años, y es un sabio !
¡ Quién sabe lo que llegará á ser ! ¡ Cuánto lo envidio !

Pero un día, el día menos pensado y en medio de su gloria, el doctor cae en la calle fulminado brutalmente por un síncope cardíaco, ó amanece muerto en su cama, víctima de un ataque cerebral.

Todo el mundo, ese mismo mundo que lo

aplaudía y citaba como un ejemplo á la juventud estudiosa, exclama ahora horrorizada :

—¡ Qué injusticia ! ¡ Un hombre tan joven, tan inteligente, tan útil, morir de esta manera !

—¿ Por qué será ?

Es muy sencillo, sin embargo. El edificio, minado en los cimientos, acaba de derrumbarse al primer soplo ó un eje pequeñito gastado antes de tiempo se rompió de pronto, y todos los menudos engranajes saltaron en pedazos, destruyendo de un golpe aquella preciosa máquina digna de ser conservada para bien de todos...

.....

La victoria de alquiler seguía rodando camino de la casa de mi amigo, que por cierto quedaba bastante retirada, mientras yo iba haciendo cálculos y suposiciones sobre lo que sería aquella casa ajena, aquella familia extraña en cuyo seno iba á colarme casi de rondón.

La timidez de mi carácter, por otra parte, llenaba de dificultades el paso que iba á dar y más de una vez, lo confieso, sentí vivos deseos de decir al cochero que volviéramos, pero el temor á las burlas de que me harían objeto en casa me contuvo.

¡ Ya á esa edad tenía la firme convicción de que es preferible el mayor de los males al menor de los ridículos !

Por fin el carruaje se detuvo ante una casa de modesta apariencia, una casa con tres ven-

tanás y pintada al fresco, y el cochero, volviéndose en su asiento, me dijo con su tono de com-padre.

—Aquí es, niño. *Abájese*.

Me *abajé* del vehículo, y cumpliendo las instrucciones que me había dado mi padre, despedí al cochero y llamé á la puerta, golpeando con el llamador, uno de esos humildes llamadores de bola y de manito.

El eco de los golpes resonó en aquella casa como si estuviera desierta.

Esperé un rato, pero no vino nadie y no se oía dentro el menor rumor.

—Golpee otra vez, niño—me dijo el cochero que, por expresa recomendación de Kate, se había quedado esperando á que me recibieran.

Llamé otra vez más fuerte, y entonces oí un grito allá por el fondo, un grito mezcla de gruñido y de rezongo, pero que encerraba sin duda una orden.

—¡ Ya vienen !—dije.

La suerte estaba echada, y sentí que la emoción hacía enrojecer mis mejillas.

El cochero se despidió y se fué lentamente llevado al paso por su yunta.

¡ Cómo hubiera querido irme con él y cómo me sentí débil y desamparado ante el dintel de aquella puerta !

Una muchachita rubia se presentó en el zaguán.

Aquella chica, desgarbada y flaca, me pareció

la negación más completa de la belleza infantil.

Su vestido obscuro era tan corto, que dejaba ver las rodillas, unas rodillas á las cuales la flacura extrema del sujeto hacía aparecer como nudos enormes hechos á las piernas.

—¿Qué quería?—me preguntó al saludarme con una leve inclinación de cabeza y mientras restregaba las manos, unas manazas enormes, enrojadas por los sabañones.

Como llevaba la lección aprendida, le contesté con otra pregunta :

—¿Está Edwars?

Sin responderme, la chica dió media vuelta y echó á correr zarandeando lamentablemente su flaca humanidad, mientras gritaba á voz en cuello :

—*¡Ned!... ¡Ned!... ¡Where are you?*

Largo rato resonaron sus gritos por el fondo de la casa, hasta que volvió por fin, siempre corriendo y toda sofocada.

—¡Entre!—me dijo secamente, y yo la seguí á través de unos patios larguísimos.

En el segundo de éstos estaba el padre de Edwars recostado en un sillón, con su pipa entre los dientes y los pies puestos sobre una mesa, en la que se veían botellas y vasos.

Tenía el rostro congestionado, como si hubiera hecho una larga carrera.

Al pasar junto á él me detuve, porque me imaginé que se iba á levantar para hacerme los

honores de la casa y le dije respetuosamente :
—Buenas tardes, señor.

El levantó la vista, frunció el entrecejo como para reconocerme, hizo una mueca rara y por fin articuló un *¡good bye!* apenas perceptible, que ahogó en seguida con una bocanada del humo de su pipa.

Al ver que la ceremonia había concluido, reanudé la marcha tras de mi acompañante, que continuaba su camino como si tal cosa.

En el tercer patio me encontré con dos chiquilinas rubias y feas que jugaban á los bolos.

A juzgar por su tipo, no debían ser hermanas de mi *cicerone*.

Las saludé al paso y sin preocuparme de si me contestaban ó no seguí mi camino lo más grave.

La hermana de Edwards abrió el portón que comunicaba al último patio con el fondo de la casa, y continuó andando á través de un vasto terreno cubierto de arena oriental y ocupado por muchos aparatos gimnásticos, hacia un galpón de madera que se levantaba al otro extremo, y al cual daba acceso una modesta escalera de caracol pintada de verde.

Una vez allí, llamó dos ó tres veces : *¡Ned!* *¡Ned!* pero como nadie le respondiera, comenzó á subir sin volver el rostro y yo la seguí con la misma obediencia de un perrito bien enseñado.

En el recinto se hallaban reunidas varias personas, entre ellas Edwards, que salió á recibirme con mucho afecto.

—¿Cómo va, querido?—preguntó palmeándome cariñosamente los hombros.—¿Vino solo ó vino con la sirvienta?

—Solo—repuse con vehemencia y enrojeciéndome hasta los ojos.—Vine en coche.

Edwards se puso grave entonces, y me presentó á los circunstantes con la misma formalidad que si se hubiera tratado de una persona mayor.

—¡Williams Fernández—dijo con voz clara, —un condiscípulo que es argentino ; pero que parece un inglés!—y luego continuó :—Míster Hierome Saltern, un empleado de mi padre ; míster Henry Mackay, mi maestro ; mi hermano John...—y como se volviera mientras los tres hombres me daban la mano con mucha seriedad, reparó en que la chica rubia se había quedado recostada en el marco de la puerta, mirando la escena con sus ojos claros é indiferentes.

Entonces me llamó y dijo presentándonos :

—Agnes, mi hermana... mi amigo Williams...

Míster Hierome Saltern, era un hombre de cierta edad, un inglés verdadero, con patillas canosas y una cara muy seca y muy arrugada.

Míster Mackay trascendía también á sajón

desde lejos, pero lo mismo que John, el hermano mayor de mi amigo, era joven y bastante bien parecido.

Ambos estaban vestidos á la *dernière*, si bien el primero resultaba algo excéntrico con su chaleco rojo y su jaquet azul.

Edwars, que estaba en mangas de camisa, reanudó la conversación que mi llegada había interrumpido y, aunque se expresara en inglés y mis conocimientos sobre esa lengua eran muy escasos, todavía comprendí, por la mímica, que se trataba de algún golpe de *box*.

Aquello debía ser sin duda muy interesante, porque todos se pusieron á discutir con acaloramiento, olvidándose de mi presencia.

Edwars entró en el *ring*, se puso en guardia marcando un golpe imaginario, que fué saludado por los otros con ruidosas manifestaciones de desaprobación.

Luego míster Mackay hizo como Edwars, y por último todos se metieron al *ring* por entre las cuerdas para seguir discutiendo á gritos, mientras yo esperaba que terminasen, con bastante impaciencia, porque, como comprenderá el lector, no podía ser aquello nada entretenido para una persona que no entendía el idioma en que se expresaban.

Viendo por fin que la cosa continuaba sin visos de tener término, me atreví á dar algunos pasos por el salón y luego, colocándome en

una ventanita que daba al gimnasio me puse á contemplarlo distraídamente.

Agnes, la hermana de mi amigo, que se había retirado sin que yo la sintiese, iba atravesando el terreno y vista así, casi á vuelo de pájaro, me pareció mucho más desgarbada todavía.

Muy lentamente y zarandeándose sobre sus piernas escualidas, la inglesita llegó hasta la barra que estaba situada muy cerca del portón, y después de mirar para todos lados, comenzó á efectuar una *subida de riñones* muy magistral sin duda, pero que á mí me resultó lo más antiestética del mundo.

Al invertir la posición, los vestidos se arrollaron completamente, dejando al descubierto sus larguísimas piernas llenas de nudos.

El espectáculo me pareció tan ridículo que, venciendo mi timidez, lancé una carcajada homérica.

Todos se volvieron y Edwards preguntó :

—¿Qué hay?

—Mira—le dije creyendo que se escandalizaría al ver el espectáculo, pero mi amigo, asomándose á la ventana, dijo con el tono más natural :

—¡ Ah, es Agnes que trabaja en la barra !—
y luego me miró como diciendo que aquello no tenía nada de particular.

.....
A las tres de la tarde, y en circunstancias en

que míster Mackay trataba de convencer á John de que todavía estaban en tiempo para ir al Tigre, vino Agnes á avisar que el *lunch* estaba preparado.

—¿No vamos entonces?—preguntó el maestro.

—No—repuso John, y todos en grupo bajamos la escalera.

En el segundo patio, y en el mismo sitio donde á mi entrada encontrara á míster Gárdener, se había dispuesto la mesa para el *lunch*.

No obstante ser un casi descubierta, y donde el frío se hacía sentir demasiado, Edwards, que como todos los ingleses, opinaba que no debe dirigirse la palabra á aquellas personas á quienes no se conoce, se apresuró á presentarme á su padre.

El señor Gárdener estuvo muy locuaz en esta ocasión, porque después de sentarnos á la mesa y en circunstancia en que se servía una enorme lonja de jamón, me preguntó muy sonriente algo que no pude entender.

Edwards, que estaba á mi lado, hizo de intérprete.

—Dice que quién es su papá.

—Mi papá — repuse todo cortado,—mi papá es... mi papá es un hombre...

Al oír mi respuesta todos se rieron, y hasta el mismo míster Saltern, que tenía una cara de perro viejo.

Edwards me ayudó nuevamente, diciéndome :

—No, querido. Le pregunté qué hace, de qué se ocupa...

—¡ Ah!—repuse entonces.—Es estanciero.

Míster Gárdener hizo un gesto para demostrar que mi padre le inspiraba mucha consideración, por el hecho de tener dinero, y yo entonces, como hacen siempre las personas tímidas cuando pierden la vergüenza, empecé á contar una porción de intimidades que nadie me preguntaba y aseguré á los circunstantes que papá era millonario.

Un buen rato se entretuvieron todos escuchando mis disparates, hasta que míster Mackay habló en inglés y la conversación se hizo general en este idioma.

Abandonado nuevamente, me entretuve en ingerir todos los comestibles que Edwars me servía, menos vino, porque, como el lector recordará, estaba completamente reñido con los alcoholes.

¡ Qué raro me parecía eso de comer jamón á media tarde y tomar frutas y dulces cuando faltaba tan poco tiempo para la hora de la comida! Y, sin embargo, ingurgitaba con verdadero afán para convencer á aquella gente de que tenía la costumbre de hacerlo.

Una cosa me llamó también la atención, y era la ausencia de la madre de Edwars, porque yo sabía perfectamente que toda familia bien constituida se compone de padre, madre, hijos y sirvientes, y por allí no veía á ninguna per

sona que pudiera merecer la segunda denominación.

—¿Y tu mamá, Edwards?

Mi amigo me miró con extrañeza, y después de un corto silencio, repuso :

—Yo no tengo madre.

Aquello de no tener madre me pareció tan raro, tan ridículo, tan estúpido, en una palabra, que me eché á reir exclamando :

—¡ No embromes, hombre ! ¿ Dónde está tu mamá ?

El repuso fríamente :

—¡ En el cementerio !

.....
El coche vino á buscarme después de las cuatro, y yo me despedí muy afectuosamente de la familia de mi amigo.

El señor Gárdener, contra lo que me esperaba, me ofreció la casa diciéndome con el tono más cortés que le fué dado emplear :

—Yo gustaría mucho de volver á ver á usted.

Edwards me acompañó hasta la puerta, donde nos entretuvimos conversando algunos minutos todavía, cosa que me llenó de satisfacción porque daba lugar—en mi concepto—á que todas las personas que pasaban supusieran al ver aquel coche y á aquellos señores conversando, que era un joven calavera que salía de la casa de su amigo, y que si no se iba todavía, era porque no le daba la gana.

Una señorita muy apurada y lujosamente ves-

tida, pasó á nuestro lado, circunstancia que yo aproveché para despedirme en voz alta.

—Bueno, querido, hasta mañana, ¿no?

Edwars estrechó mi mano, y señalándome á la viandante con el rabillo del ojo, me dijo casi al oído :

—Esa es una...

—¿Una qué?

Edwars repitió el término y yo, que subí al carruaje como impulsado por aquella barbaridad, empleé los últimos minutos de mi primer día de independencia, es decir, todo el tiempo que necesitó el vehículo para llevarnos hasta casa, en la sana ocupación de traducirlo...

XIX

Míster Hilary Sorry, profesor de matemáticas del instituto, se había indispuerto á última hora y, con gran alegría de todo el año, el director ordenó que se nos despachara á nuestras casas á fin de que no perdiéramos el tiempo inútilmente y creyendo sin duda que al igual de él, nosotros íbamos á emplear aquella hora preciosa haciendo cosas de provecho.

La tarde estaba fría, como verdadera tarde del mes de julio, y el cielo, encapotado y nubloso, dejaba caer una llovizna que empapaba las calles poniendo resbalosas las aceras.

Me despedí de Edwars en la esquina del colegio, como acostumbraba á hacerlo desde que

mi padre me permitió andar solo por las calles, y tomé el *tranway* que debía conducirme hasta mi casa.

¡Cómo había cambiado mi carácter en poco tiempo y cuánto aplomo había adquirido á fuerza de transitar por la populosa metrópoli, sin compañía, ó en la de mis condiscípulos que resultaba mucho peor!

Aquellas timideces de los primeros tiempos habían desaparecido como por encanto; ya no me asustaban las miradas, ni los vigilantes, ni los soldados, y cuando conversaba con mis amigos lo hacía en voz alta y empleando una porción de términos del caló lunfardo que había aprendido á los pilletes, en horas de vagancia.

Cuando entré á casa, me llamó la atención el hecho de que el comedor estuviera obscuro y con sus puertas entornadas, cosa tanto más extraña cuanto que era el sitio más alegre de la casa y el que elegía siempre para congregarse la familia.

Quise penetrar, pero en ese momento se asomó mi madre, quien, con un dedo puesto sobre sus labios, me recomendó silencio, haciéndome señas al mismo tiempo para que me retirara.

—¿Por qué? — pregunté todo azarado ante aquella actitud inexplicable.

—Papá está muy disgustado—explicó entonces mamá en voz baja.—¡Vete con *La Negra*!

Y, sin más, volvió á entornar la puerta, desapareciendo entre las tinieblas de la sala.

Por espacio de un minuto quedé inmóvil, estupefacto, ante aquella puerta, tratando de descifrar el misterio, hasta que por fin me decidí.

—¡ Qué diablos ! *La Negra* debe saber la cosa.
¡ Vamos allá !

Mi hermana estaba en su alcoba, y en cuanto miré su rostro congestionado, sus ojos llorosos y su cabellera deshecha, comprendí que acababa de sufrir una de esas crisis nerviosas que le eran características desde algún tiempo á esa parte.

—¿ No ves ?—preguntó al verme.

—No. ¿ El qué ? — repuse buscando con la vista el motivo de aquella catástrofe y poniendo la cara más compungida del mundo.

—¡ Lo que me pasa, hombre !—exclamó con rabia.

—No...

—¡ Pero, idiota ! ¿ Dónde tienes los ojos ?

—¡ Caramba ! Yo... yo... Veo—dije vacilante.

—Veo que has llorado, pero no sé por qué...

—Bueno, es que papá me había prometido llevarme esta noche á la Opera, con nuestras primas, y ahora no quiere...

Como yo me había imaginado algo mucho más grave, al conocer la causa nimia que motivaba el disgusto de mi hermana, no pude menos que sonreír exclamando :

—¡ Oh, no es nada ! Son tonterías...

Ella sin escucharme continuó entonces :

—Y yo que pensaba divertirme tanto... que

iba á ponerme un vestido lindísimo... que iba...

Pero no pudo terminar la enumeración de las ventajas que le hubiera reportado el acto de concurrir á la velada.

La voz de mi hermana, ya muy débil y plañidera, al comenzar la frase, se cortó en este punto para dar salida al sollozo inmenso que le anudaba la garganta.

La pobre se echó de bruces sobre su camita blanca de laqué, y lloró allí tanto y tan desconsoladamente, que trajo á mi memoria el recuerdo de aquel día en que por causa del colegio hiciera yo el mismo papelón.

Cuando mi hermana se hubo serenado un tanto, tras exageradas manifestaciones de duelo, me atreví á preguntarle :

—Pero, dime, *Negra*... ¿Por qué papá está disgustado? ¿Por qué es que no quiere llevarte al teatro?

Ella se incorporó entonces y me explicó la cosa con su tonillo vehemente de mujer contrariada.

—¡Qué sé yo! Figúrate que le ha salido mal un negocio, y por eso, por esa pavada, se ha recostado en el sofá del comedor donde está furioso desde hace dos horas.

—¡Ah, sí!—exclamé con asombro, y mi hermana, sin escucharme, continuó :

—Hace un momento que fuí á decirle que no estuviese preocupado y que esperaba que no dejaría de llevarme á la Opera, y esto ha bastado

para que se enojara conmigo y me echara de allí, diciendo que éramos unos muchachos mal criados y sin delicadeza.

—¡ Caramba ! ¿ Pero no sabes qué negocio ha sido ese ?—pregunté entonces lleno de curiosidad.

—¡ Qué sé yo !—repuso *La Negra*,—¡ pero me parece que cualquiera que haya sido, no es motivo para dejarla á una así plantada, después de haberle prometido llevarla al teatro !

¡ Qué egoístas son los hijos que no saben comprender el sacrificio de sus padres y cómo aprovechan todas las oportunidades que se les presentan para negar la cuidadosa educación que han recibido !

La Negra se imaginaba, como todos los chicos á quienes se mimaba, que nuestros padres nos trataban con despego, que el disgusto de papá no tenía importancia comparado con el suyo, y que sólo lo movía á proceder así un espíritu de perversidad bien manifiesto.

.....

Hacía ya mucho rato que estábamos en silencio.

Mi hermana, hundida en un sillón, calculaba, sin duda, la magnitud de su desgracia, y yo, pensativo, la miraba, mientras que la lluvia seguía cantando en los cristales de la puerta su enervante canción monótona.

La entrada de mamá nos sacó del profundo ensimismamiento en que yacíamos.

Estaba muy pálida y se conocía que había llorado.

—¿No ves?—me dijo apenas entró.—¿No ves? Acaba de suceder lo que yo me temía. ¡Tu padre ha hecho un mal negocio y ahora está desesperado!

Luego añadió oprimiéndose la cabeza entre las manos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué no me haría caso este hombre? ¡Yo se lo dije desde un principio!

—¿Pero qué ha sido, mamá?—pregunté entonces.

—¡El negocio ese de los terrenos de La Plata, hijo! ¡Qué sé yo! Parece que tu padre los vendió á muy buen precio á una sociedad inglesa que le dió en seña una fuerte suma, pero luego se produjo la baja de las tierras y la sociedad no pudo cumplir su compromiso.

Entonces vino el pleito que el juez acaba de fallar hoy, condenando á tu padre á devolver la seña, seña que empleó hace ya un mes en una especulación desgraciada, y aduce que si los ingleses no cumplen su compromiso es por causa de fuerza mayor.

Como comprenderá el lector, yo no podía darme cuenta clara de aquel trabuco financiero, pero sí comprendí lo esencial de la cosa.

Mi padre había hecho un mal negocio, y se hallaba en aquellos momentos poco menos que arruinado.

Al instante se me ocurrió una idea.

—¿Y la estancia?—pregunté.

—¡Oh!—exclamó mi madre con desaliento.—
¡La estancia se venderá en seguida! Ni hay
que decirlo!

Aquello sí que me causó mal efecto, un efecto desastroso.

Vender la estancia, el sitio aquel donde me había criado, donde transcurrieron los años mejores de mi vida, y que yo consideraba como parte integrante de mi persona, me pareció algo monstruoso, inconcebible.

—¡No puede ser!—exclamé con viveza,—¡no puede ser, mamá!

Mi madre agregó entonces tristemente:

—¡Oh, ya verás, no hay otro remedio!

Yo no quería convencerme.

—¿Pero acaso papá va á querer venderla?—
exclamé.—¡Papá la quiere demasiado!

—¡Oh, ya lo sé, hijo! Yo también le tengo cariño—repuso mamá en tono melancólico,—
¡pero qué se va á hacer, hay que pagar lo que se debe!

Y mi pobre madre se puso entonces á hacer una serie de consideraciones, sobre lo que implicaba, para ella, el abandono de esa propiedad en cuyo beneficio había empleado todas las energías de sus años juveniles.

¿Qué iría á ser ahora, de las bellas casuarinas, de los grandes aromos plantados por su mano, de aquel precioso jardín que salvara de

los vientos y de las heladas á fuerza de tantos sacrificios?

¡ Todo iba á pasar á poder de un extraño que pagaría sin duda el precio de la tierra, pero nunca el de aquellas plantas gallardas hechas de esperanzas, de amor y de ilusiones !

...La comida de aquella noche transcurrió muy triste, porque mi padre no vino á la mesa, porque mamá estaba llena de pesadumbre, y porque todos sentíamos que la fatal noticia pesaba sobre los ánimos como una plancha de plomo...

XX

Con motivo de la próxima venta de la estancia, papá se había ausentado para Veinticinco de Mayo.

La revolución de julio se venía encima, y junto con la *reclame* que hacían los grandes diarios al popular movimiento, aparecían todos los días los llamativos avisos de la casa de Funes & Lagas anunciando el remate de «La Esperanza».

Mi madre estaba muy preocupada con la ausencia de papá, porque temía, con justa razón, que el estallido lo sorprendiese fuera de Buenos Aires.

Laura y María Esther, mis primas, que venían á visitarnos casi á diario, eran, por consiguiente, quienes tenían que soportar todas sus

lamentaciones y administrarle los consuelos del caso.

—¿Qué va á ser de este hombre si estalla la revolución?—exclamaba mi madre á cada momento juntando sus manos.—¡ Lo matarán, sin duda !

—El no se mete en política—argüía entonces Laura por milésima vez, encogiéndose de hombros,—¡ no tiene nada que temer !

—¿Que no se mete?

—Así lo ha dicho por lo menos muchas veces...

Entonces mamá volvía á contarnos cómo una vez, allá por el año 74, mi padre estuvo á punto de ser muerto en el atrio de Balbanera, por causa de la política, y luego se engolfaba en una serie de consideraciones amargas sobre esos espíritus *perversos* y *barulleros*, que en vez de trabajar se *entretienen* fraguando conspiraciones.

Como hacía ya más de una semana que no asistía á clase porque mi madre me lo había prohibido, temerosa de que al verme por la calle los revolucionarios ejercitaran en mí sus aficiones sanguinarias, tuve que echar mano de toda mi inventiva para no aburrirme dentro de aquella casa tan triste y tan silenciosa.

Ello dió lugar á que hiciera un descubrimiento portentoso que me proporcionó más tarde muchas satisfacciones y muchas penitencias.

Excursionando un día por el fondo de la ca-

sa, y allá por las piezas altas del servicio, encontré una escalera de mano que, colocada convenientemente contra un muro, daba fácil acceso á las azoteas, brindándome una nueva y emocionante diversión.

Vasco Núñez de Balboa no sintió, estoy seguro, al contemplar las aguas del Pacífico, sensación tan sublime ni orgullo tan legítimo, como el que experimenté yo, al pisar por la vez primera las losas inclinadas de la azotea.

Aquella sucesión interminable de techos, aquellas enhiestas y multiformes chimeneas, aquellos patios que parecían pozos abiertos sobre el lomo inmenso de la extraña llanura, y aquellas altas paredes que se elevaban todavía como muros de basalto cerrando el horizonte por todas partes, me hicieron una impresión tan grande, que permanecí inmóvil, como alelado, por espacio de mucho rato.

De pronto oí la voz de mi hermana que me llamaba :

—¡ Williams ! ¡ Williams ! ¿ Dónde estás ?

Me asomé al patio con mil precauciones y en vez de responder me puse á espiarla gozando intensamente al pensar en la sorpresa que iba á llevarse.

—¡ Williams ! ¡ Williams ! ¡ Idiota ! ¿ Dónde estará ?—repetía *La Negra* con fastidio.

¡ Y yo nada, como si tal cosa !

Por fin, cuando cansada de llamarme se mar-

chaba ya, tomé un fragmento de revoque y lo arrojé en su dirección.

Mi hermana levantó la vista, y al contemplarme allá arriba tan campante, de codos sobre el parapeto, no pudo menos que lanzar un grito mezcla de temor y de sorpresa.

—¿Qué haces ahí?—preguntó revelando en su semblante la más grande admiración,—¿cómo has subido?

Con un gesto elocuente le reclamé entonces silencio y luego, en voz baja, puse á explicarle la forma como debía proceder para llegar hasta aquel sitio.

Mi hermana se distinguía por su espíritu emprendedor, y, en consecuencia, no necesitó muchas explicaciones para comprender la manobra, ni mucho tiempo para hallarse á mi lado en la eminente posición.

—¡Qué lindo es esto!—exclamó,—¿cómo se te ha ocurrido? ¡Qué descubrimiento notable!... —Y llena de complacencia paseaba sus miradas sobre el conjunto de las techumbres que se extendía bajo la vista como un extraño campo accidentado.

En seguida empezó á orientarse :

—Aquello—dijo,—es la iglesia... ¡Mira las campanas!... Aquél es el patio de lo de Romero... ésta es la de las López... y allí... allí debe ser lo de Sánchez...

—¿Dónde?—pregunté lleno de curiosidad,—¿dónde?

Entonces, acercando su rostro al mío y extendiendo el brazo en la dirección indicada, me preguntó :

—¿ Ves esa pared muy alta pintada de amarillo... con dos ventanitas?...

—Sí...

—¿ Ese patio con un parral muy grande?

—Sí...

—Bueno ; es allí donde viven las de Sánchez Belgrano, aquellas amigas mías.

—¿ Cómo? ¡ Tan cerca!

—No es cerca—replicó mi hermana,—parece, pero no lo es...—Y luego preguntó con maliciosa sonrisa :

—¿ No sabes que el otro día volvieron?

—No ; ¿ cómo?

—¡ Qué sé yo! Parece que, aunque estaban resentidas porque mamá no'les pagaba su primera visita, resolvieron perdonar el desaire y se presentaron antes de ayer en patrulla.

—¡ Ah, sí! ¿ Y?...

—Y mamá se hizo negar—repuso *La Negra* riendo.

—¡ Está bueno!

—Deben estar hechas unas furias—continuó mi hermana, apoyándose en el parapeto,—sobre todo la inglesa, que es tan mala.

—¿ Qué inglesa?

—Manuela, la mayor de las muchachas.

—¿ Pero desde cuándo es inglesa? ¡ Yo creía

que era más criolla que Ramón el capataz de la estancia!—repliqué con asombro.

Entonces *La Negra* me explicó la cosa.

—Debes saber que ahora está de moda imitar á los ingleses en sus trajes, en sus costumbres, en todo...

—Sí, ya lo sé.

—Bueno. ¡Manuela Sánchez ha tomado la moda con tanto entusiasmo, que creo que hasta se ríe en inglés!

—¡Ah, sí!

Mi hermana continuó :

—Figúrate que anda sola por la calle, que habla en inglés, que se viste con una sencillez estudiada, y tiene continuamente una cara de sonsera que ella imagina lo más inglesa del mundo...

—¿Ah, sí?

—Sí; y según me han contado las de Domínguez, en una *kermesse* que hubo el otro día en Flores, ha hecho un papelón tratando de convencer á todas las muchachas de su sabiduría, de sus conocimientos profundos del inglés... ¡y de qué sé yo cuántas pavadas!

—¡Qué cosa más extraña!—exclamé riendo al oír esto.—Yo creía que Manuela era demasiado chica para ir á las fiestas todavía; para hablar de esas cosas...

—¿Chica, Manuela?... ¡Pero si acaba de cumplir dieciséis años!—replicó mi hermana con viveza,—¡es mucho mayor que yo!

—¡ No parece !

—¡ Oh, naturalmente ; porque la pobre es medio raquítica !

—¿ Ah, sí ?

—Sí.

Y ambos quedamos en silencio.

Mi hermana, recostada en el parapeto, dejó vagar sus ojos negros por el cielo de cobalto de aquella tarde de invierno, y yo me puse á fabricar una argolla con un trozo de cable de luz eléctrica que había encontrado al recorrer la azotea.

Empleé mucho tiempo en la obra y, sin embargo, no hablamos una sola palabra.

Mi hermana se había puesto pensativa y permanecía inmóvil con los ojos fijos en un punto imaginario del espacio.

Cuando la confección de la argolla estuvo terminada, noté con disgusto que había resultado un mamarracho.

Más bien que argolla de lazo, parecía aquello una rosca de panadería.

En consecuencia, la hice girar un momento en el índice de la mano derecha y luego, despedido; la arrojé á la casa vecina por encima del parapeto.

La Negra me preguntó entonces en tono distraído :

—¿ Por qué la tiras ? ¡ Es tan linda !...

—¿ Linda, esa porquería ?—exclamé sorprendido, mirando á mi hermana, que con los ojos

fijos en el cielo y su eterna sonrisa dibujada en los labios, continuaba pensativa é inmóvil.

Ella no respondió y entonces, dispuesto á marcharme, me puse de pie y tras un desprecio felino, le dije :

—¡ Bueno, vamos, *Negra*, que está haciendo mucho frío y que mamá puede necesitarnos !

Los ojos de mi hermana abandonaron su contemplación, y abiertos intensamente, como si despertaran de un sueño, se fijaron en los míos.

Pero fué por un segundo tan sólo. Tras un breve parpadeo de duda, aquellos mismos ojos empezaron á girar lentamente hasta extraviarse de nuevo en el espacio insondable...

—Bueno, yo me voy—dije, y me dirigí á la escalera.

—¡ No te vayas !

—¿ Por qué ?

—Porque no. ¡ No te vayas todavía !

La voz de mi hermana tenía una inflexión tan extraña, tan temerosa, tan suplicante, que me llenó de sorpresa.

—¿ Por qué ?—pregunté nuevamente.

—Tengo que hablarte—respondió *La Negra*, —tengo que contarte una cosa.

Y al decir esto, su voz era tan débil como un suspiro y sus mejillas se habían teñido de púrpura.

¡ Caramba, qué cosa más extraña ! ¿ Qué le ocurriría á mi hermana ?

Pasaron algunos segundos y como *La Negra* continuara en silencio, pregunté :

—Bueno... ¿Qué es?

Ella hizo una mueca rara, volvió á ruborizarse, se arregló los cabellos y luego, dirigiéndome una mirada interrogadora, exclamó con vehemencia :

—¡ Es que no me animo, Williams, me da vergüenza !...

—¡ Bah !

—De veras, no sé cómo empezar. ¿ Creerás que hace varios días que estoy por decírtelo y no sé... no me atrevo ?

—¿ Ah, sí ?...

—Sí, es una cosa muy seria, no vayas á creer que sea alguna tontería...

—¡ Bueno, dilo !

Mi hermana volvió á quedarse en silencio por un minuto, y luego, llena de rubor y haciendo un esfuerzo visible, me dijo gravemente :

—¡ Estoy enamorada, Williams !

—¿ Qué ?—grité estupefacto creyendo haber oído mal,—¿ estás loca, *Negra* ?

Ella repitió entonces muy seria :

—Sí, estoy enamorada, Williams, muy enamorada...

—¿ Pero cómo, de quién ? ¡ Dilo de una vez !

—¡ De un hombre, de un joven, como se enamoran todas las mujeres !...

—Pero no es posible, *Negra*, si tú eres una chiquilina todavía...

—Chiquilina ó no—dijo entonces mi hermana con energía,—la cuestión es que tengo un novio, y que es muy buen mozo.

¡Qué barbaridad ; *La Negra* enamorada, *La Negra* con un novio, quién lo hubiera imaginado !

Aquello me pareció en un principio tan monstruoso, ridículo y horrible, que quedé en silencio mirándola con los ojos muy abiertos y sin saber qué decirle.

Ella notó mi aturdimiento, y entonces se puso á hablarme con un tono muy dulce y muy insinuante :

—Es natural—dijo,—es una cosa que tiene que suceder, Billy. Todas las mujeres se casan más tarde ó más temprano.

—Sí—interrumpí con rabia,—las mujeres sí ; pero no las chiquilinas como tú !

—Yo no soy chica, Williams ; tengo catorce años y represento más todavía... Y luego que las mujeres son grandes antes que los hombres.

—Bueno—argumenté entonces,—ahora vas á ver qué reto te va á dar mamá cuando sepa...

—¡ Oh !—exclamó mi hermana al oír esto y con una tranquilidad y un aplomo que me dejaron admirado,—¡ mamá es una persona que sabrá tomar las cosas tales como son !

La Negra se puso á hablarme luego de sus

amores y de sus ilusiones con un apasionamiento y una ternura tales, que me dominaron por completo.

Era muy niño todavía para comprender esas cosas, pero quería tanto á mi hermana que el solo hecho de verla contenta, acabó por alegrarme también.

.....

La tarde se iba apagando lentamente, el sol se había ocultado ya detrás de los altos edificios y el frío se hacía sentir con exceso.

Sin embargo, nosotros permanecíamos todavía en la azotea inmóviles, pensativos y con la vista extraviada en la inmensidad del espacio...

Un gorrión revoloteó ante nosotros, haciendo sonar ruidosamente sus alitas... y hecho tan nimio bastó para arrancarnos á nuestras respectivas meditaciones.

—Es un pajarito—dijo mi hermana, y ambos, puestos de acuerdo tácitamente, bajamos la escalera.

Ya en el patio, pregunté á *La Negra* en voz baja :

—¿ Pero quién es, dónde lo has visto ?

Ella contestó á mis preguntas comenzando por la última :

—Lo veo—dijo,—en la capilla todos los domingos ; se llama Jhon Gárdener...

XXI

Estoy convencido de que nuestro tío Alfredo con sus cuentos horripilantes de sobremesa, tuvo la culpa de que yo durmiera tan mal aquella noche.

Cada vez que cerraba los ojos, mi cerebro comenzaba á trabajar como un cinematógrafo y se iniciaba otra vez el imponente desfile.

La prisión del coronel X, las declaraciones del general Z, los excesos probables de la soldadesca desenfrenada, los muertos, los heridos, las balas, la sangre, en fin, todos esos detalles emocionantes con que mi buen tío había salpicado sus comentarios sobre el gran estallido sedicioso, que todos esperaban, volvían á aparecer en mi cansada retina tan nítidos y claros como si los estuviera mirando.

Allá, por fin, después de media noche, harto ya de suspiros y de darme vueltas en el lecho, acabé por quedarme dormido como una piedra.

Mi cerebro, sin embargo, continuó su labor incansable, y tuve sueños muy feos.

Un perrito negro me perseguía á través de la llanura inmensa y desolada. Todo estaba negro como la boca de un pozo y, no obstante, hallarme bien ligero de ropas, con camisa tan sólo, apenas podía huir, porque mis piernas no obedecían.

Luego aquel odioso animal se transformó en Kate, que me presentaba un sinnúmero de papelitos que yo tenía que contar á pesar de la angustia inmensa que la tarea me causaba...

Así, en continua pesadilla, pasé toda la noche y, aunque muchas veces acobardado, hice esfuerzos sobrehumanos por despertarme, no conseguí mi objeto y el cerebro siguió hilando implacable sus extrañas fantasías.

.....

Huyendo—siempre en camisa,—huyendo, digo, de un soldado feroz que me perseguía, me había refugiado en la cocina de los peones—allá en la estancia.

La puerta estaba cerrada y mientras que yo, lleno de pánico, me ocultaba detrás de unas barricas, el bandido empezó á descargar sobre ella fuertes hachazos.

¡Cómo resonaban en mi corazón aquellos golpes espantosos y con cuánto terror distinguían mis ojos azorados los grandes bigotes de aquel monstruo, á través de las rasgaduras de la puerta!...

Esta cayó por fin con estruendo, y el miedo que sentí fué tan grande, tan espantoso entonces, que me senté en la cama de un salto, lanzando al mismo tiempo un alarido salvaje...

Despierto ya, necesité algunos segundos todavía para darme cuenta completa de que me hallaba en mi cuarto y en mi cama, que era de

día y que todo aquello no había sido más que un mal sueño.

—¡Vaya con el tonto!—exclamé acostándome nuevamente.—¡Y caramba con el susto que me he llevado, estoy sudando y me tiemblan las manos todavía!

No había concluido de pronunciar esta última frase de reproche, cuando una sorda é imponente detonación hizo vibrar los cristales de la puerta.

—¿Qué es esto?—exclamé incorporándome de nuevo y oprimiéndome las sienes con las manos.—¿Seguirá la pesadilla? ¿Otra vez los hachazos?—Y lleno de miedo iba á llamar cuando sentí un rumor de pasos precipitados en la pieza contigua.

Se abrió la puerta y apareció mi madre llevando entre sus manos la tan conocida imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, que tenía en su cuarto de costura.

—¿Qué tienes, hijo? ¿Te has asustado de esos?...

Iba á decir estruendos, pero una nueva detonación formidable le cortó la frase.

—Sí—contesté,—sí, mamá, ¿qué es eso? Parecen cañonazos.

—Sí, hijo—gritó entonces desesperada,—es la revolución, se están matando por las calles.

Pero en seguida y al ver mi palidez, exclamó:

—Pero no te asustes, querido, no será nada.

—La pobre sentía mucho más miedo que yo, pero, sin embargo, por esa nobleza que caracteriza á los corazones generosos, se creía en el deber de consolarme y de mostrarse valiente.

—Vístete, Williams, son las siete, vístete, será tal vez mejor—continuó mi madre, y luego oprimiéndose las sienes con las manos y dejándose caer en una butaca sollozó :

—¡ Dios y María santísima !... ¡ Tu padre !... ¿ Qué irá á ser de este hombre ?...

Y, como para ahogar sus lamentos, los cañones del Parque y los de la plaza Libertad, redoblaron entonces sus siniestros bramidos...

.....

¡ Pobre Williams ! A pesar de tener un aspecto tan sajon y de conocer tan á fondo la lengua de Byron, no pudo dominar sus nervios durante aquellos días memorables en que la sangre, vertida por manos fratricidas, ensangrentaba las calles de la populosa metrópoli.

El *inglesito* no podía estarse quieto, y si bien no sentía miedo porque el fuego de la fusilería resonaba muy lejos, le era imposible, sin embargo, permanecer dos minutos en el mismo sitio.

Abandonando el comedor donde mi tío y mis primas se empeñaban, por convencer á mamá, de que á su marido no podría ocurrirle nada, me trasladaba á la cocina.

Kate estaba hecha una estúpida. Tenía el corazón como una piedra ó no se daba cuenta de

que aquéllos eran tiros. No se podía conversar con ella.

—¿Oye, Kate?—solía preguntarle con entusiasmo,—¿oye cómo arrecia el tiroteo?

Y ella, en vez de hacer comentarios como hubiera sido lógico, se limitaba á responder con un *¡ya!* indiferente que me irritaba los nervios.

Margarita, Margarita la cocinera, era otra cosa.

Mi hermana y yo debemos muy gratos momentos á sus cuentos fantásticos. ¡Se moría por charlar!

Casada con un sargento de bomberos, con uno de esos tigres de Calaza que se hicieron acribillar defendiendo el poder constituido, Margarita se hallaba muy bien preparada en asuntos de milicia, de tal manera que la cocina fué el sitio que me ofreció mayores atractivos durante aquellos días aciagos.

El carnicero, el carbonero y una italiana vieja, amiga de Margarita, eran mis grandes medios de información. ¡Y qué informaciones, Santo Cristo, cómo abultaban las cosas aquellos pícaros!

—¡Capdevila, con 5,000 vigilantes ha atropellado el Parque y ha sido rechazado!—contaba el carnicero sonriente ante la estupefacción del auditorio.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Oh! ¡Qué barbaridad!

—Sí, y una bala de cañón le ha arrancado las piernas—continuaba el narrador.

—¿Ah, sí? ¡Qué barbaridad!—repetían de nuevo los oyentes haciendo gestos trágicos.

—Figúrense que por donde pasaron los vigilantes ha quedado un montón de muertos de este alto—y el salvaje señalaba la altura del marco de la puerta.

—Pero diga, Juan—interrumpía Margarita.—¿Y no se sabe nada de los bomberos?

—Los bomberos... los bomberos...—contestaba el compadrón rascándose una oreja,—por ahí andan peleando... Esta mañana *vide* que llevaban á uno *durito* entre una jardinera.

—¡Jesús, María y José! ¿Y cómo era?

—¿Quién? ¿el *finau*?

—Sí, pues.

—No sé, á decir *verdá*... pero me pareció hombre hecho... ¡un sargento!—y el bruto, muy complacido, lanzaba una carcajada.

¡Dios mío, cuántas cosas nuevas aprendí en aquella cocina y cuántas anécdotas me refirieron durante aquellos días de forzado encierro!

.....

Tratando de propiciarse la buena voluntad de los santos, mi pobre madre empleaba todo el tiempo que le dejaban libre sus lamentaciones haciendo oración ó levantando altares en todos los sitios de la casa.

En la sala estaba el del Señor de los Mila-

gros con doce velas y gran cantidad de flores de papel. En el comedor, la Virgen de los Dolores con seis, en el cuarto de mi madre, la de Nuestra Señora de Luján con cuatro ; en el de *La Negra*, la de la Virgen del Rosario con dos, y, finalmente, en el mío, Nuestra Señora de las Mercedes con una sola, pero que valía por tres, porque era larga como un bastón.

¡ Pobre madre mía, sumando las promesas que había hecho á todas aquellas imágenes, si salvaban á mi padre del peligro, se encontró con que debía nada menos que ochocientas salves, dos mil padrenuestros, doscientos cincuenta credos, mil setecientas avemarías y un *papacito* de plata á la milagrosa Señora de Luján !...

Y debieron valer sus plegarias, porque el 1.º de agosto recibimos un telegrama de mi padre que decía textualmente :

«Estoy bien. Voy mañana.—*Jaime Fernández.*»

XXII

Aun cuando no lo hubiera sabido, habría podido darme cuenta de ello en seguida.

Apenas entramos á la iglesia de *Mater Misericordiæ*, ó, mejor dicho, á la capilla de los italianos, como acostumbra á llamar el vulgo á ese templo modesto de la calle Moreno entre Solís y Zeballos, me apercibí de su presencia.

El hermano de Edwards, muy elegante con su

jaquet claro y sus botines amarillos, estaba recostado en una de las columnatas del pórtico, y aunque su rostro severo é indiferente no dejó ver ninguna alteración, por la manera cómo clavó en mi hermana sus ojillos color de acero y por lo afectuoso del saludo que nos dirigió al pasar, pude convencerme de que *La Negra* no se había equivocado.

Jhon Gárdener le hacía la corte.

¡ Y qué corte, justo Cielo ! Todo el tiempo que duró la misa permaneció en el mismo sitio con el rostro vuelto hacia nosotros é inmóvil como si cumpliese una consigna.

Al salir de la capilla, una vez terminada la ceremonia, tornó á hacernos un saludo tan expresivo, que no pudo menos que llamar la atención de mi madre.

—¿ Quién es ese mocito?—me preguntó en voz baja apenas hubimos andado algunos pasos.

—Es Jhon Gárdener, el hermano de Edwards—repuse en el mismo tono. Y agregué luego sin que nadie me lo preguntase :

—¡ Es ingeniero mecánico !

—¡ Ah!—y mi madre hizo un gesto tan ambiguo, que yo no pude saber si aquello le causaba disgusto, sorpresa ó satisfacción.

La Negra debió experimentar entonces alguna inquietud porque preguntó con viveza :

—¿ Qué? ¿ Qué le has dicho á mamá?

—Nada, nada, hijita—repuso mi madre rien-

do,—es un secreto—y los tres, en silencio, doblamos por Solís, camino de nuestra casa...

...Cuando concluimos de almorzar, me encerré en mi cuarto, á fin de entregarme con toda comodidad á la lectura de «La Debàcle», de Zola, obra que recién había aparecido, y que me deleitaba grandemente con sus espeluznantes episodios sobre la famosa guerra franco-prusiana.

Mi madre, que creía, como la generalidad de las gentes, que la producción literaria del gran novelista ejerce una influencia perniciosa sobre los espíritus jóvenes, me había prohibido, en la forma más absoluta, que las leyera.

Tres veces había caído en mis manos «La Debàcle» y otras tantas me fué secuestrada á pesar de mis protestas y de mis quejas amargas.

—¿Pero, mamá, qué tiene que la lea? ¡Es tan linda!—argüía yo con tono meloso.

—¿Linda?—respondía mi madre escandalizada.—¡Linda, cuando todas las novelas de Zola han sido excomulgados por la Iglesia! ¡Linda, cuando el autor va á buscar sus personajes horribles á las últimas capas del fango social! ¡No digas tonterías, hijo!

Y mi querida novela iba á esconderse quién sabe dónde, seguida por la mirada tiernísima de unos ojos llorosos.

Sin contar con el *New York Herald* y un sinnúmero de revistas y diarios ingleses que mi

padre compraba para que me ejercitara en la legua de Shakespeare, y que, de paso sea dicho, yo ni ojeaba siquiera, sólo tenía á mi disposición algunas novelas de Víctor Hugo y de Alejandro Dumas, entre ellas «Ruy Blas» y «Los tres mosqueteros» que ya me sabía de memoria, y que, por esa causa, y á pesar de lo mucho que me gustaban, no podían satisfacer ya mi curiosidad siempre creciente.

¡Qué injusticia la de mi madre! ¿Por qué no me dejaría leer á Zola, á Zola, que narraba tan bien las cosas y que debía ser un hombre tan sabio? ¡Vaya uno á saberlo, cuestión de opiniones, sin duda!

Alejandro Dumas, con su Athos ahito de Borgoña y su Aramis rodeado de queridas, puede colarse en el estudio de los niños y en la alcoba misteriosa de las vírgenes, que nadie lo detendrá, muy al contrario.

El padre, la madre, el maestro, ofrecerán sin recelo al hijo, á la hija y al alumno, ese montón de orgías, de estocadas, de adulterios y de *copas de lo añejo*, á los cuales el talento del gran novelista eleva entusiasmado el más brillante de los himnos.

Zola no; *Lourdes, Paris, Roma, La Débàcle, El Trabajo, Naná, La Tierra, Fecundidad*, en una palabra, cualquiera de esas obras realistas, será ocultada á los ojos de niños y de los adolescentes, porque su lectura *envenena y corrompe las almas*.

¡ Qué concepto tan triste y tan extraviado !

Cuando yo leía á hurtadillas en «El Doctor Pascal», el pasaje aquel donde el autor narra el caso de uno de los miembros de la desgraciada familia de los Rougon-Maguart, tan saturado de alcohol que basta una chispa de su pipa para quemarlo totalmente, sentía un horror tan profundo por la bebida, que juraba no probarla nunca, y, en cambio, cada vez que volvía á hojear «Los tres Mosqueteros» con el consentimiento pleno de mis padres, y veía á Athos ó á Portos pedir tres botellas más, después de haber apurado otras tantas, experimentaba verdaderas ansias de embriagarme, de reñir, y más de una vez pensé en correr á la fonda más próxima para gritar como ellos :

—¡ Eh, tunante ! ¡ Vuelve á llenar estos vasos con lo mejor de tu cueva !

...*La Debàcle* ; *La Debàcle*, como decía, había caído aquella tarde por cuarta vez entre mis manos.

Hallé á la pobrecita, durmiendo el sueño del ostracismo encima de un ropero del cuarto de vestir, llena de polvo y en un estado completo de abandono.

El desprecio con que mi madre la arrojara á aquel destierro, era manifiesto.

El deseado tomo había caído abierto, y en esa postura, la más inconveniente para un libro, tuvo que permanecer por largos meses, de tal manera, que sus hojas retorcidas, arruga-

das y llenas de telas de araña, le daban el aspecto más lamentable del mundo.

Pero qué importaba. La cuestión era que estaba en mi poder y que aquella vez no me la quitarían tan fácilmente.

¡ Con cuánto deleite, tendido en mi cama, cuan largo era, y después de haber cerrado la puerta de la alcoba con doble vuelta de llave, me puse á recorrer aquellas páginas ajadas y polvorientas, y cómo desapareció el mundo de mi vista, apenas me engolfé en la lectura de aquel famoso capítulo en que se narran los diferentes episodios de la batalla de Sedán !

Me sentía dichoso, como el que más.

Pero, estaba de Dios, sin embargo, que tampoco iba á poder hacer mi gusto en aquella ocasión.

Haría apenas media hora que me hallaba entregado á la lectura, cuando alguien golpeó la puerta de la alcoba con febril apresuramiento.

—¿Quién es?

—Soy yo. ¡ Abre pronto !

¡ Cáscaras ! Era mi hermana. ¿ Qué le ocurriría ?

Dejé caer el libro excomulgado entre la cama y la pared, y corrí á abrirle.

La Negra entró en mi cuarto como un torbellino, llevándose todo por delante y, sin dejarme tiempo para hacerle la menor pregunta, me estrechó entre sus brazos gritándome al oído :

— ¡ Ahí está, Williams ! ¡ Ahí está ! ¡ Ahí ; ha venido !

XXIII

Anonadada por el derrumbe de su castillo de naipes, *La Negra* no vino aquella noche á la mesa.

Había pasado toda la tarde llorando como una Magdalena, y haciendo juramentos solemnes de que entraría en un convento apenas llegara á su mayor edad, de tal manera, que la hora de la comida la sorprendió en la peor disposición de ánimo para llenar tan prosaicas funciones.

Yo, que no estaba enamorado ni había visto disiparse como ella las nubes color de rosa con que la ilusión embelleciera su horizonte, no me hallaba en las mismas condiciones. Por el contrario, sentía un apetito digno de mi salud rozagante y de mis años juveniles.

En consecuencia, tan pronto como Kate anunció que la comida estaba servida, me apresuré á instalarme en mi sitio acostumbrado de la cabecera de la mesa, deseoso de comenzar cuanto antes la tarea y pensando que al fin y al cabo, comer es uno de los pocos goces positivos que puede proporcionarse un mortal sobre la tierra.

Esta anticipación—poco frecuente en mis hábitos algo desordenados—me permitió escuchar desde el principio hasta el fin el interesante diá-

logo que sostuvieron mis padres á propósito de lo ocurrido aquella tarde.

Cuando entraron al comedor, ambos estaban graves y pensativos, pero mi presencia los transfiguró por completo.

—¡ Caramba !—exclamó mamá sonriendo. —
¡ Qué milagro, Williams el primero !

Y papá apoyó esta manifestación dándome una palmadita en la nuca, al pasar por detrás de mi asiento para ocupar su puesto en la mesa.

Luego, en silencio, mi madre sirvió la sopa, una sopa de arroz con ostras, lo recuerdo muy bien, y tan exquisita que apenas tomé la primera cucharada, no pude menos que pensar, en que *La Negra* debía ser muy tonta cuando desperdiciaba así, un manjar tan delicioso.

Mis padres habían vuelto á ponerse serios y la comida amenazaba transcurrir en medio del silencio más completo, cuando un incidente sin importancia dió motivo para que se iniciara la conversación.

—Señora—dijo Kate en su media lengua.—
Dice la señorita que se va á acostar.

—¿ Qué ?

—Dice la señorita que se va á acostar—repitió la inglesa impassible.

—¡ Ah ! ¡ Que se acueste, que se acueste, si le parece bien !—repuso entonces mamá, en el tono más enérgico del mundo, y luego añadió burlescamente :

—La cama es santo remedio para los muchachos mal criados.

Cuando Kate salió para transmitir á *La Negra* el permiso materno, papá preguntó lentamente y en voz tan baja que no parecía sino que hablase consigo mismo :

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—¿Qué pienso hacer?...

Y mi madre se quedó mirándole, con los ojos muy abiertos, como si no hubiese comprendido la pregunta.

—Sí—repitió papá.—Sí, qué piensas hacer ahora con esta niña.

Los ojos de mamá abandonaron el rostro de mi padre, recorrieron el cielo raso muy despacio, se posaron un momento en el centro de la mesa, luego en el reloj y por fin volvieron á su primera posición.

Es indudable que ni el cielo raso, ni el centro de mesa, ni el reloj del comedor, le habían aconsejado nada práctico, porque la pobre permaneció en silencio, manifestando en su rostro la mayor perplejidad.

Papá exclamó entonces :

—Bueno, hija, es preciso tomar una determinación. Esto no puede quedar así.

Mi madre permaneció todavía en silencio por un minuto, al cabo del cual preguntó insinuante :

—Dime, Jaime ; me parece que tú das á este

asunto más importancia de la que tiene en realidad.

—¿Yo?

—Sí. ¡Debes atribuir lo ocurrido á la locura de un tipo raro y á la tontería de una chica sin experiencia y nada más! Estas cosas se ven á cada rato.

—¡Ya sé, ya sé!—replicó mi padre con una sonrisa apenas perceptible.—¡Pero no es eso lo que me preocupa, sino otra cosa!

—¡Ah! ¿Sí? ¿Qué?—preguntó mamá llena de curiosidad.

—¡Es que me estoy convenciendo de que he cometido una verdadera tontería, una ligereza impropia de un hombre práctico y serio, al des- pedir á ese inglesito!

—¿Qué?

—Lo que oyes, hija — continuó mi padre.— Créeme, nos vamos á arrepentir más de una vez de esta torpeza.

—Te arrepentirás tú—replicó mamá vivamente.—Lo que es yo opinaré siempre que sólo un loco es capaz de venir así de buenas á primeras á pedir la mano de una criatura de catorce años y á una casa donde no se lo conoce.

—Ya lo sé, hija—repuso mi padre muy serio.—Tú procedes y procederás siempre como una niña, pero que yo me haya dejado llevar por una impresión de primer momento es lo que me fastidia y me mortifica.

—¡Pero, Jaime!—gritó entonces mamá, es-

candalizada.—¿Hablas en serio? ¿Quieres decir que te arrepientes de veras de no haber accedido á esa solicitud disparatada?

Mi padre continuó sin oírla y como si hablase consigo mismo.

—Y el pobre, tan práctico y tan serio, tan inglés en una palabra, que al recibir mi primera negativa sacó de un bolsillo tres libretas de Banco y un recibo por dos mil acciones de una famosa sociedad de seguros, creyendo sin duda que se lo rechazaba en la creencia de que carecía de fortuna...

—¡ Sí, la fortuna de los embutidos! — interrumpió mi madre burlonamente.

Papá prosiguió como si tal cosa :

—Ingeniero mecánico á los veinticuatro años, toda una promesa brillante, rechazado así, brutalmente, por un convencionalismo estúpido, y cuando estoy seguro que ese inglesito es mucho más capaz de hacer la felicidad de nuestra hija que cualquiera de esos mequetrefes inservibles que tú recibirías con los brazos abiertos porque se llaman A ó B.

Mi madre volvió á hablar entonces.

—Mira, Jaime—dijo gravemente.—Tú tienes una pasión por los ingleses que ya va degenerando en manía. Has querido hacer de Williams un inglés verdadero y yo no he dicho una palabra, has montado la casa á la inglesa, me has obligado á tomar sirvientas inglesas y siempre te he dado gusto, siempre te he obedecido sin

chistar ; pero esto de que quieras hacer experimentos hasta con nuestra hija — perdóname— pero es intolerable.

· Mi padre sonrió con amargura y repuso lentamente :

—Te equivocas. Aunque mis convicciones sean tan profundas que no podrás arrancármelas nunca tú, ni nadie, no me he atrevido, sin embargo, á *experimentar* con nuestra hija, por la misma razón porque el médico no opera nunca á ninguno de los suyos.

Sin embargo, créeme, si yo hubiera tenido la energía suficiente para romper con todas esas preocupaciones tan vanas como características de nuestra raza malhadada, habría hecho obra de varón y de aquí á poco tiempo, tú misma, Josefina, hubieras aplaudido mi conducta.

Y á fe que el pobre tenía razón.

Al rechazar á Gárdener había desperdiciado la mejor oportunidad que se le presentó en la vida, para emplear, con éxito, las energías de su espíritu práctico.

SEGUNDA PARTE

I

Dieciocho años acababa de cumplir, cuando lleno de sentimiento dejé para siempre las aulas del instituto de míster X.

¡ Ay ! A fuerza de frecuentarlas había concluido por tomarles cariño y el día en que me despedí de los profesores y alumnos, tuve que hacer violentos esfuerzos para contener el sollozo inmenso con que la angustia me cerraba la garganta.

Edwards Gárdener salió conmigo del colegio ; el inglesito se proponía seguir la carrera de ingeniero, mientras que yo, siempre obediente á los deseos paternos, iba á ingresar en una casa inglesa, una casa importadora de máquinas agrícolas, cuyo propietario, un irlandés muy severo, se había echado sobre los hombros la responsabilidad inmensa, de hacer de mí un hombre de negocios, un factor utilísimo del progreso futuro de mi país.

¡ Pobre padre mío ! ¡ Y pobre mister Steel !

¡ Cuánto mejor hubiera sido que en vez de tenerme tanto tiempo ocupado en consignar arados y motores á todos los ámbitos de la República, hubierais puesto en mis manos una de esas máquinas agrícolas !

Sin afición, sin hábitos de trabajo, con el cerebro lleno de ilusiones y el corazón henchido de deseos, no pude contraerme nunca á una labor que odiaba y que no se avenía de ningún modo con mis ideas ni con mis gustos.

—A ver, escriba á «*Streamer and Company*» de Londres, pidiendo los rastrillos—me ordenaba míster Gay el gerente, un inglés muy gordo y muy colorado con quien no acerté nunca á vivir en paz.

Lleno de rabia y rezongando á la sordina, me sentaba entonces ante mi escritorio, un escritorio viejo y derrengado, al cual, las ruedas de molino, los arados y los furgones de trilladora, mantenían en perfecto bloqueo y empezaba la carta :

«*Messrs. Streamer & Company.*

»*Dear Sirs.*

»*We are waiting you.*»

Y escritas estas palabras, me detenía para mirar con odio profundo á míster Gay, que se alejaba entre el laberinto de la maquinaria, lenta, lentísimamente y balanceando sus carnudas espaldas.

Una vez alejado el gerente, lógico hubiera si-

do, sin duda, que yo continuara la carta interrumpida ; pero no sucedía así, sin embargo.

La pobre tenía que permanecer inconclusa porque su autor se sumergía en una serie de reflexiones tan hondas, que en más de una ocasión dieron lugar á que míster Gay se encontrara al volver, tras una hora de ausencia, con que la obra no estaba terminada.

—Usted no tiene vergüenza, míster Fernández—decía entonces el gerente en su media lengua, rojo de cólera.

Y míster Fernández le contestaba en correcto inglés :

—Y usted, míster Gay, es un animal en dos patas.

¡ Infeliz gerente ! ¡ Cuánta inquina debía sentir contra ese mocososo paliducho y cuántas veces ya lo hubiera puesto de patitas en la calle, á no haber intervenido míster Steel que no se atrevía á despedir al recomendado de S. S. el señor ministro de Agricultura, y mucho menos ahora que tenía en su despacho cierta solicitud de reducción de impuestos !

Mi padre sufría al saber mi mal comportamiento, y cada noche, apenas llegado á casa, me espetaba un discurso lleno de amenazas, una larguísima homilía que á fuerza de ser repetida iba perdiendo ya su eficacia.

—¡ Usted no sabe apreciar nuestros sacrificios, usted no tiene dignidad ni vergüenza !

—Pero, papá—contestaba yo humildemente,

—si no hago más que trabajar todo el día y en cuanto...

—¿En cuanto á qué?

—¡En cuanto á dignidad me parece que la tengo más que cualquiera!

La Negra se reía al oír la respuesta, y entonces mi padre, llevado por la violencia de su carácter, me tiraba á la cabeza con un pan ó con cualquier otro objeto, que, esquivado académicamente por mi cuerpo, iba á estrellarse con estruendo sobre el mueble más próximo.

—¡Habrás visto insolencia!

Y mi padre, lentamente y arrepentido quizás de su arrebato, daba vuelta á la mesa para recoger el pobre pan despanzurrado.

Esto era cuestión de casi todas las noches.

La polémica terminaba siempre así, de una manera estruendosa y no parecía sino que aquel panazo fuera un enérgico punto, puesto al final de la frase.

Mamá, á quien disgustaban mucho estas escenas, hacía lo posible por evitarlas, y más de una vez se empeñó vanamente en disuadir á mi padre de su porfía.

—Pero, Jaime, sé razonable. Si el niño no tiene afición por el comercio...

—¡Este no tiene afición por nada!—interrompía mi padre con viveza.

—No lo sabemos, hijo—continuaba mamá.—No lo sabemos. Tal vez sería mejor hacerle seguir una carrera...

—¿Qué carrera?

—No sé, precisamente—proseguía mi madre con dulzura,—no sé, pero me imagino que tal vez podría ser un buen abogado...

Entonces estallaba la tormenta.

—¿Abogado? ¡Qué va á ser abogado este animal! Este no sirve para otra cosa que no sea andar *paviando* por la calle Florida, con una sarta de estúpidos como él.

Y mi padre, después de haber echado sobre mí y sobre mis amigos estos y otros juicios denigrantes, terminaba diciendo con rabia :

—¡O será lo que yo quiero, ó tendrá que reventar!

Y se cumplió su horrible vaticinio; no pudiendo ser hombre de negocios... reventé.

II

Evidentemente la enfermedad que aquejaba á mi padre—*inglesitis* aguda—iba ofreciendo cada día caracteres más alarmantes.

Al regresar una noche de la oficina, noté con sorpresa que el comedor estaba desierto y que no se había servido la comida, no obstante ser ya más de las siete y media, hora fijada por nuestros hábitos para llenar tan grave necesidad fisiológica.

—¡Qué cosa original! — exclamé riendo.—
¡Qué pasará en esta casa, que parece desierta!...

Pero en aquel instante y como para disipar la sospecha, un rumor de voces que provenía del lado del escritorio hirió mis oídos.

—¿Cómo? ¿Papá estaría con visitas?

Y sigilosamente me dirigí entonces hacia aquel sitio deseoso de aclarar el misterio.

¡ Santo Cielo ! ¡ La sorpresa que me llevé al asomarme por entre la celosía entornada no tiene un solo ejemplo en los anales de la estupefacción humana !

Mi padre, sentado ante su mesa de trabajo y teniendo por únicos oyentes á mamá, á *La Negra* y á la inglesa Kate, recitaba... ¿ A qué no adivinan ustedes lo que aquel hombre terrible estaba recitando ?

¡ Pues, señores, mi padre, muy grave, con los párpados entornados y el entrecejo fruncido, estaba recitando á su pequeño auditorio nada menos que el tema de la primera lección del « Nuevo curso práctico, analítico, teórico y sintético del idioma inglés », por T. Robertson ; uno de mis viejos textos de escuela !

— *¡ We are told that the sultan Mahmoud !...*
¡ Qué cosa bárbara !

Y armándome de entereza empujé la puerta colándome de rondón en la asamblea.

— ¡ Buenas noches !

— *¡ Oh, good night ! ¡ How do you do my son ?*—repuso mi padre en un inglés chapurradísimo y poniendo la cara más satisfecha del mundo.

—¿Qué están haciendo?

—Estudiando, amigo, estudiando. ¿No lo ve?

—Sí, ya veo...

Y debí revelar en el semblante un embarazo muy grande porque mamá se creyó en el deber de dar algunas explicaciones.

—Tu papá—dijo lánguidamente,—ha decidido aprender inglés porque acaba de ser nombrado representante de una casa...

Y la pobre tuvo que detenerse aquí porque mi padre le arrebató la palabra para explicarme á su vez con energía :

—Sí, amigo, ahí tiene, acaban de nombrarme agente de la famosa sociedad de seguros «La X Assurance» establecida en Londres con un capital de tres millones, y va á ver usted cómo aprendo inglés en pocos días y cómo me pongo al corriente de todo, sin rezongar y sin dar trabajo á nadie.

Y habiendo dicho esto de una sentada y casi sin tomar aliento, mi padre preguntó dirigiéndose á Kate en muy distinto tono :

—Bueno, Kate, ¿en qué quedamos?

—*Somos quedados*—repuso la inglesa impasible.— *Somos quedados. In the sultan Mahmoud.*

—¡ Ah, es cierto !

Y el representante de «La X Assurance» reanudó muy serio su tarea.

By his perpetual wars abroad and his tyranny at home...

...Aquella misma noche, estando de sobremesa, un motivo fútil dió margen para que nos trezáramos en una discusión formidable.

—Yo creo—se me ocurrió decir en mala hora, —yo creo que la representación de una sociedad de seguros, no debe ser un empleo ni descansado ni lucrativo.

—¿Por qué?—preguntó mi padre con vehemencia y removiéndose en su silla.

—Porque la comisión que se paga á los agentes, nunca está en relación con la actividad y el sacrificio que la tarea les exige... Los pobres tienen que andar todo el santo día de un lado para otro, buscando, incomodando al mundo entero para conseguir allá, á las cansadas, algún pobre bicho que quiera asegurarse la existencia y que en la mayor parte de los casos resulta tísico en tercer grado, ó alguna cosa peor.

Dicho esto me quedé muy tranquilo, mirando á mi padre que retorciéndose el bigote con furia hacía esfuerzos sobrehumanos por contener la explosión de su cólera.

Mamá, desde el otro extremo de la mesa, desaprobaba mi falta de tino, con guiñadas expresivas, y *La Negra*, presintiendo la catástrofe, sonreía con malicia.

Pero al revés de lo que todos esperábamos, la borrasca no estalló en ese punto, pues mi padre

en vez de replicarme en una forma violenta, habló en tono persuasivo.

—En primer lugar—dijo,—tú no sabes en qué condiciones me ha sido dada esa representación que tantos envidian ya, y en segundo, eres muy niño todavía para darte cuenta de las ventajas que ofrecen en estos casos, las buenas relaciones y la posición social de una persona.

Yo hice un gesto ambiguo y mi padre prosiguió :

—Siempre soñé con una ocupación semejante, con un puesto que á la vez que sirviera para vincularme con los hombres de negocios, fuera tan independiente que el éxito de mis tareas dependiese tan sólo de mi mayor ó menor actividad. Nunca en mi vida he sido empleado, ni lo seré jamás, porque el hecho de ser independiente es lo que da mayor espectabilidad á las personas...

Entonces creí oportuno intervenir.

—Pero, papá—exclamé con asombro ;—¿ cómo es que, pensando de ese modo, me tienes empleado en lo de Steel, donde estoy sujeto á tantas humillaciones y donde tengo que trabajar como un burro desde la noche á la mañana?

—¡ Ah ! Eso es muy distinto, completamente distinto.

Si yo te he colocado en casa de Steel no es con el fin de que ganes dinero, lo he hecho porque estoy convencido de que allí te harás hombre de negocios, hombre práctico y capaz de lle-

var á cabo con éxito cualquier negocio que emprendas.

Ese establecimiento debe ser para ti algo así como un colegio, un curso transitorio de aplicación, que abandonarás tan pronto como te halles en condiciones de hacerlo, á menos que tu contracción y tus méritos te hayan llevado de ascenso en ascenso hasta convertirte en socio de míster Steel.

—¿Qué mayor gloria para ti—prosiguió,—que ser dueño de una de las casas inglesas más fuertes de Buenos Aires y qué satisfacción tan grande para mí que habré perseguido día por día ese resultado envidiable?

Y habiendo clausurado su explicación con esa frase sentimental, mi padre esperó mi respuesta.

Sin embargo, yo permanecí en silencio. Allá en lo íntimo estaba muy ocupado en hacer cálculos más ó menos exactos sobre la magnitud que los progresos del mal habían alcanzado en el cerebro paterno.

El habló entonces :

—¿Y, amigo?

—¿Qué, papá?

—¿Qué opina de esto?

—¡ Ah !—contesté como quien sale de un sueño, y casi sin darme cuenta de lo que decía.—Creo que nunca seré socio de míster Steel.

El rostro de mi padre se puso lívido.

—¿Por qué?

Recapacité un momento y luego repuse con aplomo :

—Porque no me gusta ser comerciante, porque estoy harto de estar metido entre arados y norias y trilladoras y, en fin, porque me parece que yo haría cualquier cosa con mejor resultado que el que puedo alcanzar en este empleo.

Entonces se vino la tormenta.

—¡ Lo que hay es que no quieres hacer nada, lo que hay es que no tienes vergüenza !

—¡ Pero, papá !

—¡ Sí, lo que tú quisieras es pasarte todo el día de haragán, mano sobre mano, y que yo te diera mucho dinero que gastar para ser uno de esos tantos imbéciles que andan por ahí y que sirven para maldita la cosa !

—No, papá, yo quiero trabajar. Pero...

—¡ Qué va á querer trabajar usted, sinvergüenza ! ¡ Usted no quiere hacer nada, nunca !

Entonces la sangre se agolpó á mi cabeza.

—¡ Bueno ! — exclamé con rabia. —¡ Ultimamente no tienes derecho para estarme insultando... así todo el día !

—¡ Williams !—gritó mamá con angustia llamándome al orden, pero su voz se perdió entre el estruendo que produjo el *punto final* de todas las discusiones, al hacer pedazos el vidrio grabado del cristalero...

III

Hacía un calor sofocante y mi oficina estaba poco menos que inaguantable, no sólo por la causa mencionada, sino también por la de ciertos ensayos, que con carburo de calcio y otros ingredientes más ó menos olorosos, había estado practicando míster Steel aquella mañana.

Sin embargo, yo continuaba en la brecha. Era día sábado y el gerente quería por lo tanto que quedara despachada toda la correspondencia, esa correspondencia árida y estúpida que me irritaba los nervios.

«Señor don Juan Gringoletti—un colono de
»Santa Fe que á juzgar por la letra debía ser un
»bruto muy grande.—Muy señor nuestro.

»Por su grata del 28 del corriente, nos hemos
»enterado de los desperfectos sufridos por el
»motor que tuvimos el gusto de consignarle el
»mes pasado. Atribuimos la causa del accidente
»á la mala calidad del combustible empleado
»para hacerlo funcionar, más bien que á un de-
»fecto de construcción.

»Por el tren de esta noche remitimos la pie-
»za de repuesto.

»Sin más, nos es grato reiterarnos de usted
»atentos y seguros servidores.

»*Lewis Steel and Company.*»

Y todas así por el estilo ; pura prosa, puro comercio, manchadas con el hollín de las hornallas, con la pintura fresca de las máquinas ó con las gotas de aceite de ballena que escupen los ejes en el vértigo.

Siempre las mismas cartas mal olientes, siempre los mismos sobres amarillos, enormes, antiestéticos.

¡ Oh, Dios mío, sólo Tú sabes lo que hubiera dado entonces por tener que contestar una misiva pequeñita, saturada de esencia de violetas !...

...Tom, uno de los peones de la casa, se asomó á mi sucucho, para decirme :

—Un gentleman pregunta por usted, míster Fernández.

—¡ Hágalo pasar, pues !

—Es que no quiere...

—¡ Qué embromar, hombre !

Y lleno de fastidio me dirigí hacia la puerta.

—¡ Edwars !

—¡ El mismo !—contestó mi amigo sonriendo bajo la máscara de su perpetua indiferencia.—

¡ Vengo á hacerte una invitación, Williams !

—¡ Ah ! ¿ Sí ?—grité lleno de entusiasmo.—
Cuánto agradezco tu bondad. ¿ Qué invitación es esa, querido ?

—Los señores Grafter ofrecen un *pic-nic* mañana en su quinta de Temperley y yo quisiera llevarte conmigo...

—Cómo no, Edwars, con mil amores.

Y lo abrazaba y lo besaba loco de alegría, sin darme cuenta de que estábamos en plena calle y que un sol de fuego caía á plomo sobre nuestras cabezas.

—Bueno, ¿irás entonces?—preguntó mi amigo deseando marcharse cuanto antes de aquel horno.

—¡ Sí, cómo no, querido !... ¡ Pero entra, entra en mi oficina, conversaremos un rato todavía, no te vayas así ! ¡ El sol está terrible para andar por la calle !...

Edwars quiso resistir argumentando que no era bueno hacer visitas en las horas de trabajo, pero yo hice caso omiso de sus gruñidos y lo arrastré hasta mi covacha.

—¡ Qué mal huele esto !—dijo mi amigo apenas se hubo instalado en una silla.

—¡ Ah !—expliqué entonces, — proviene del carburo de calcio que ese viejo cochino de míster Steel ha andado revolviendo toda la mañana.

Edwars debió escandalizarse de mi irreverencia, porque, aun cuando no hizo ningún aspaviento, me dijo muy grave :

—¡ Haces mal, Williams, faltando al respeto á una persona tan honorable como míster Steel !

—¿ Por qué ? ¡ Qué rico tipo !

—Porque él es el que te paga y el que te enseña...

—¡ Ah ! ¿ Sí ?

—Sí, y debería inspirarte por lo tanto mucha consideración.

Era indudable que Edwards estaba en lo cierto y que sus consejos no podían ser más bien intencionados ; pero yo con esa malicia que nos es característica, atribuí su actitud al fastidio que le había causado el que hablase tan mal de su paisano y por lo tanto me apresuré á doblar la hoja.

—¿Quieres tomar cerveza, Ned?

—Bueno, querido. ¡ Hace tanto calor !

Mandé entonces á Tom, para que trajese una botella del almacén de la esquina, y sentándome á horcajadas en la silla, comencé á hacer á mi amigo una serie de preguntas sobre la fiesta á celebrarse al día siguiente.

—¿Entonces es en Temperley, y mañana, no?

—Sí, querido, mañana.

—¿Irán muchas muchachas, sin duda?

—¡ Oh, ya !

—¿Quiénes? ¡ Más ó menos, dilo de una vez ! A ti es preciso sacarte las palabras con palanca. ¿No ves que me muero de curiosidad?

Edwards, sonriendo, y con su pachorra habitual, se puso entonces á ensartar apellidos.

—Las de Grafter—dijo,—las de Barley, las de Gran, las de Sugar, las de Faeling, las de Link, ¡ qué sé yo ! una cantidad.

—¡ Ah ! ¿ Sí ? ¿ Entonces va á estar muy bueno aquello?

—¡ Oh, ya !...

Tom llegó con la cerveza, y en momentos en

que me disponía á destaparla para obsequiar á mi amigo, mister Gay, el gerente, se presentó en la oficina.

—¿Ha terminado, míster Fernández?

—¡No, señor! — repuse,—pero la correspondencia estará lista dentro de media hora.

—¡*All Right!*

Y míster Gay viró por avante dispuesto á marcharse por donde había venido. Pero Edwards me dijo en voz baja :

—¡Preséntame á ese caballero, Williams!

—¿Para qué?

—¡Caramba! quiero conocerlo. ¡Llámalo, hombre!

—¡Míster Gay!

—¿Eh?—y el gordo volvió á girar sobre sí mismo.

Edwards se había puesto de pie y aguardaba en la postura más obsequiosa del mundo.

—¡Míster Gárdener, señor Gay, un paisano suyo que es mi más íntimo amigo!...

Vieran ustedes con cuánta afección y con cuánta política se saludaron aquellos dos hombres de apariencia tan fría.

Míster Gay invitó á Edwards á sentarse, y ambos se engolfaron en seguida en una larga y animada plática.

Hablaban en voz baja, y el gerente estaba tan expansivo, que de cuando en cuando afirmaba sus razonamientos dando á mi amigo palmaditas afectuosas.

—¡ Se han relinchado los ingleses !—me dije para mi capote, y no tuve más remedio que obsequiar con cerveza á mi superior jerárquico, que no daba muestras de querer marcharse.

No podría precisar con exactitud el tiempo que duró aquella conferencia, pero sí estoy convencido que perteneció á la categoría de los *solos*, porque yo pude concluir el despacho de la correspondencia antes que ellos hubiesen terminado.

Como una vez cerrada la última carta, no tenía para qué continuar en la oficina, tomé mi sombrero y me dirigí hacia la puerta, dispuesto á esperar allí la terminación de la *lata*.

—¿Te vas, Will?—preguntó Edwards levantándose.

—¡ No, querido ! — repuse, — ¡ voy hasta la puerta, no más !

—Espérame ; iremos juntos—y mi amigo se despedió con mucho cariño de míster Gay.

—¡ Hasta el lunes, señor gerente !

—¡ Hasta el lunes, *my dear sir* !

...Ya en la calle pregunté á Edwards curiosamente :

—¿Por qué has dicho hasta el lunes, *Ned* ?

Y el pícaro esquivó la respuesta exclamando :

—¡ Ah, es un secreto !...

IV

...La arboleda que sombreaba la confortable residencia de verano de los esposos Grafter, era

tan espléndida y tan compacta, que el sol de aquella mañana calurosa no podía filtrar uno solo de sus rayos á través de la verde techumbre de las hojas.

Allí, bajo la fresca sombra de las acacias florecidas, se habían tendido los manteles para el almuerzo, unos manteles tan blancos como los trajes de *piquet* y los sencillos sombreritos de casi todas las invitadas.

Había muchísima gente.

Míster Grafter y su rubia esposa se desesperaban por hacer abandonar á sus amigos las canchas de *law-tennis* donde se hallaban empuñados en reñidísimas partidas.

El almuerzo estaba listo hacía ya mucho rato y, sin embargo, aquellos buenos señores continuaban su juego impertérritos allá, bajo el sol de fuego que ponía purpúreos los semblantes.

Los hombres, en mangas de camisa, con sus anchos pantalones doblados en los bajos y sus grandes sombreros encasquetados á la *sans façons*, habían perdido su gravedad habitual, esa gravedad que lucen en los negocios, en las calles, en los paseos y, sobre todo, siempre que tienen que tratar con nosotros, los humildes representantes de la raza latina.

Las damas, sudorosas y despeinadas, se agitaban gritando y riendo á más no poder, por cualquier incidente del juego, y sus modales, exentos de toda coquetería, tenían, sin embar-

go, soltura y elegancia tan naturales, que las hacía interesantísimas.

Bromeaban con los hombres como viejos camaradas, y recuerdo que me chocó sobre manera ver á la señora de Sugar, una morena flexible y delicada como una creación romántica, palmeando, entre las risas de todos, las carnudas espaldas de míster Gay.

Si á mí, ó si á cualquier otro hijo del país, una bella señora hubiera hecho objeto de manifestación tan familiar, todo el mundo habría mirado con lástima al marido y la expresiva dama podía estar segura de que, desde ese momento, unos ojos ardientes y voluptuosos iban á perseguirla por todas partes.

¡ Oh, la austera raza de Wellington ! ¡ Oh, la sangre caldeada de don Juan !

Ni el marido de la señora Sugar, ni el robusto gerente, ni ninguna de las muchas personas que presenciaron la escena, hallaron impropiedad en la cosa.

La diestra jugadora de *law-tennis* no podía manifestar, en su concepto, con más gracia ni con mayor naturalidad la cómica indignación que le causara una gran chambonada del gerente...

— ¡ Míster Fernández !

— ¿ Lady ? ...

— ¡ Haga usted el bien de tocar esta campana hasta que se canse ! — me dijo la dueña de

casa presentándome un enorme cencerro de cobre que había sacado quién sabe de dónde.

—¡ Cómo no, señora !... ¿ Pero para qué ? ¿ Se puede saber ?

—¡ Hombre, para que venga aquella gente de una vez !

—¡ Ah, bueno !

Y por mi vida que cumplí bien el encargo. Con el cuerpo doblado y las piernas abiertas, agité, y agité tanto aquel instrumento, que no pude menos que llamar la atención de los jugadores.

—¡ Ya vamos ! ¡ Ya vamos !—gritaron algunos desde lejos.—¡ Un momento !...

—¡ Qué momento, ni qué momento !—repliqué lady Grafter entusiasmada.—¡ Siga no más míster Fernández ! ¡ Siga no más !

Y yo, erigido en nuevo Cuasimodo, continué agitando el aparato hasta que vi á los jugadores reconcentrarse y abandonar el campo de la lucha á los gritos alegres de :—¡ El almuerzo, señores ! ¡ El almuerzo !...

En un momento, los grandes manteles cubiertos de viandas succulentas, se vieron rodeados por los comensales que los dueños de casa distribuían en la mejor forma posible.

El cuadro no podía ser más atrayente.

Las inglesitas se quitaban sus sombreritos *canotier* y los arrojaban por encima de sus cabezas, algunos pasos más atrás, y cruzando las piernas á la manera india, se sentaban sobre

el césped con una despreocupación encantadora.

Muchos de los hombres concurren al almuerzo tales como estaban, es decir, en mangas de camisa y con el cuello desprendido.

Todos tenían los rostros congestionados por la fatiga y, sin embargo, se agitaban, charlaban y reían sin demostrar el menor cansancio.

Empaquetado dentro de mi correcto traje de *piquet* con la corbata cuidadosamente atada y el cabello lustroso á fuerza de cepillo, contemplaba la escena.

La dueña de casa, apercibiéndose de que mi falta de actividad iba á dejarme sin sitio, me hizo sentar á su lado presentándome previamente á una señora muy fea que quedaba á mi izquierda.

—Miss Mary Dautly... míster Williams Fernández...

—Encantado de hacer su conocimiento, señorita...

Y en medio del chocar de los cubiertos, de los estampidos alegres de las botellas de champaña al descorcharse y del bullicio continuado de las charlas, iniciamos una interesante conversación en inglés, con aquella señorita que, aunque desgarbada y flaca, parecía tener algún talento.

V

Verdaderamente, no sé, no me explico, cómo pudo pasar desapercibida para mí, durante todo el tiempo que duró el almuerzo, máxime cuando su elegante figura se destacaba de las demás, como una rara flor oriental entre un tablón de violetas.

—¡Williams por acá, el chiquilín Williams! —exclamó alegremente al verme,—¿cómo has venido?

Confieso que aun cuando me mortificó un poquito eso de chiquilín, porque nunca tuve mayores pretensiones de ser hombre que en la edad feliz de la adolescencia, en cambio me satisfizo mucho saber que Manuela Sánchez no me conservaba rencor por los desaires que, á la suya, había inferido mi familia.

—¿Cómo está, Manuela? ¡qué gusto tan grande para mí!... ¡Nunca me hubiera imaginado que iba á encontrarla en esta fiesta!

—He venido con las de Linck... unas amigas.

Y luego, cambiando de tono, preguntó:

—¿Pero dónde estabas? ¡Yo no te había visto hasta ahora!

—Aquí no más, Manuela...

En ese momento se acercó á nosotros un señor ya canoso, un inglés muy raro, gerente de una empresa ferroviaria, y quien, según supe

después, alimentaba ciertas pretensiones acerca de mi amiga.

—*Miss...* ¡ Este es mi vals !...

—*¡ Yes, sir !*—repuso ella, y añadió dirigiéndose á mí :

—Luego vén á buscarme, Williams, para que bailemos una pieza, si quieres...

—¡ Cómo no, Manuela !...

Y se alejó del brazo de su caballero, aquel viejo cuyos ojos verdes me inspiraron, desde el primer momento, extrañas repulsiones.

¡ Cómo había cambiado y cuánto había ganado con el cambio !

Cuando la familia de Sánchez se mudó de nuestro barrio, Manuela era todavía una muchachita feble y delicada, á quien apenas lograban dar algún interés, sus grandes ojos agarenos y ese no sé qué de picaresco que caracterizaba todos sus modales ; pero ahora, ahora Manuela Sánchez se había convertido en una mujer deliciosa, en una de esas bellezas extrañas que dominan y embargan los sentidos y que, aunque recatadas y esquivas ante el halago constante de los hombres, saben valorar el tremendo poder que les dan sus seducciones y ponen todo su empeño y todo su talento á la obra de conservarlas y de hacerlas resaltar en lo posible.

Morena, ni alta ni baja, con un cuerpo lleno de esculturales turgencias, mi amiga, á pesar de la sencillez estudiada de su traje, descollaba en-

tre todas las danzantes, y era tal el encanto que fluía de toda su persona amable, que más de uno de aquellos viejos y fríos señores de ojos grises, que fumaban reclinados en el césped, indiferentes á todo, sintió dentro del alma un sople suave, una caricia de sol de primavera que le obligó á esbozar una sonrisa extraña, una sonrisa que murió en seguida, en forma de mordisco sobre el tubo renegrido de su pipa.

Sin embargo, Manuela Sánchez, á fuerza de desearlo, había concluido por creerse una verdadera inglesa, y así lo pregonaba en toda circunstancia, cayendo á veces en las exageraciones más ridículas.

Daba lástima, cuando para convencer á alguien de que era más inglesa que el mismo Wellington, pretendía ocultar la malicia de sus ojos negros y el fuego de su espíritu andaluz, bajo la máscara hipócrita de la frialdad más estudiada.

¡ Pobre Manuela ! ¡ Creía que al poner aquella cara de zoncera, caracterizaba maravillosamente á las hijas de la rubia Albión !

—¿ Por qué no me tuteas?—preguntó tan pronto como se hubo tomado de mi brazo,—¿ por qué no me tuteas, Williams? No parece sino que me hubieras perdido la confianza.

En honor á la verdad, la confianza que yo podía tener con Manuelita Sánchez era muy relativa.

La había tratado sólo dos ó tres veces allá en

la edad dichosa en que todos nos tuteamos, pero eso no me autorizaba, en mi concepto, para volver á usar de tan dulce prerrogativa de la infancia.

—¿No ves—dijo mirándome con sus grandes ojos maliciosos,—no ves que así uno se siente mejor, más á gusto?...

—¡Es verdad!—repuse. ¡Y por Cristo que empezaba á sentirme tan cómodo á su lado, que hubiera sido mi mayor deseo que las horas de aquella tarde se prolongaran por los siglos de los siglos!...

Próximo ya al término de su carrera, el sol teñía las nubes con torrentes de púrpura y sobre aquel magnífico horizonte de incendio, los eucaliptos de las quintas vecinas recortaban sus figuras escuetas.

El aroma penetrante de las acacias en flor, el de las madresevas lozanas que festoneaban los cercos y esos mil efluvios que despide la tierra fatigada por el sol, iban y venían impulsados por la brisa, perfumando el ambiente, dilatando los pechos y acariciando las sienes sudorosas.

Terminábamos de bailar, y Manuela, que estaba un poco fatigada, me invitó para que nos fuéramos caminando despacio hasta el fondo de la quinta, donde un grupo numeroso de niños se entretenían en una partida de *foot-ball*.

—Así—dijo,—descansaremos un poco y podremos conversar de muchas cosas...

Y mientras la orquestita pastoril seguía desgranando sus armonías cancanescas para que aquellos buenos señores de contexturas atléticas continuaran en su danza, ajenos del todo á los encantos que la Naturaleza ofrecía aquella tarde inolvidable, Manuela y yo, tomados del brazo, nos alejamos lentamente conversando en voz baja.

—¡ Mira, Williams : te he pedido que me acompañes porque no quiero bailar más con ese viejo antipático de míster Sylvan que ya me tiene cargada !

—¿ Ah, sí? ¿ por qué?—pregunté lleno de curiosidad y riendo para mis adentros de que un hombre tan feo pudiera abrigar semejantes pretensiones.

—No sé. Parece que está enamorado de mí... Hace como dos meses que me persigue por todas partes con su grave cara de esfinge, y, sin embargo, no me ha dicho todavía una palabra.

Y Manuela, apercibiéndose de que la cinta de uno de sus blancos zapatos de gamuza flotaba suelta, se inclinó graciosamente para arreglarla.

Cuán hermosa y cuán provocativa se ofreció entonces á mi vista, en aquella postura que hacía resaltar las curvas vigorosas de su cuerpo y ante aquel horizonte rojo, tan rojo como la sangre juvenil que hervía en sus venas !

La felicidad—pensé,—eso sería la dicha verdadera.

Pero en seguida acudieron á mi mente sus últimas palabras, sus palabras burlonas y glaciales :

«Me persigue por todas partes con su grave »cara de esfinge, y, sin embargo, no me ha »dicho todavía una palabra...»

—¿Manuela—pregunté entonces suavemente y con un ligero acento de reproche,—el viejo te festeja, dices, pero tú?...

—¿Yo qué?

—¿Tú le haces caso?...

Y debí formular la súplica en un tono muy lastimero ó muy extraño, porque mi amiga se irguió súbitamente y con el rostro coloreado aún por la violencia de la posición que acababa de dejar, preguntó riendo :

—¿Qué te pasa?

—Nada ; nada—repuse todo cortado,—¿por qué me lo preguntas?

Su fino instinto de mujer hermosa, había adivinado el secreto, sin duda ; pero se limitó á decir fijando sus ojos profundos y perversos en los míos cobardes y atontados :

—¡Quién sabe!... ¡Todo puede ser!...—y luego tornó á reir con su risa coqueta y cristalina..

—¡ Naturalmente !—exclamé entonces por decir algo ; pero vi con dolor que su burlona carcajada había causado un desgarrón enorme en

la primorosa tela de ilusiones que empezaba á tejer aquella tarde.

Tras un breve silencio, Manuela volvió á hablar.

Noté que la expresión de su rostro había cambiado por completo y que sus ojos, perdiendo toda su encantadora malicia, se fijaban en mí tan indiferentes é impávidos, que parecían comunicar á toda la persona un no sé qué de tonto y antipático.

Era aquella la cara de inglesa que mi amiga creía imitar á maravilla, y que, por lo tanto, reservaba para las grandes ocasiones.

—No—dijo,—¡no, Williams! Es una broma; como te figuras... míster Sylvan es un viejo... y luego que yo no pienso casarme nunca...

—¿Y por qué?—pregunté asombrado.

—¡Caramba, porque no me gusta el casamiento!...—y tras una breve pausa, mi amiga agregó pensativa :

—Yo quiero estudiar, aprender mucho... no ser igual á las demás...

—Ya no lo eres...—dije yo entonces.

—¿Por qué?—y sonreía intrigada.

—¡Porque tienes dos fisonomías! ¡Porque miras de dos maneras distintas!

—¿Cómo?

—Sí, Manuela; cuando hablas de cosas serias no pareces la misma de antes...

Ella se rió pretendiendo hacer la asombrada, pero yo comprendí que había entendido la cosa.

—¿Y cómo te parece que quedo mejor? ¿Sería ó risueña?

—¡Risueña! ¡cuanto más risueña mejor!— exclamé con ingenua vehemencia,—¡si tú no tienes nada de inglesa!...

Esto debió molestarla, porque dijo muy seria :

—¡Caramba!... ¿Que no tengo nada de inglesa?

—¡No, nada! ¡Y eres mil veces más interesante que la inglesa más linda!

Ella recapacitó un segundo, me observó con ojos escudriñadores y luego murmuró pensativa :

—Caramba ; hablo tan bien ó mejor que ellos, como ellos me visto, como ellos camino y no hago sociedad más que con ellos... ¿Me parece?...

—¡Sí—repliqué yo,—pero eres muy distinta!

—¿Por qué, Williams?

—Yo no sabría explicártelo... Pero eres muy distinta... Te aseguro... ¡Mucho mejor!...

—¡Muchas gracias!—y luego añadió riendo :

—¿Y tú? ¡Ahí tienes! ¡Tú eres también un inglés por tu aspecto!

—¿Yo?...

—¡Ya lo creo! Un inglés verdadero...

—¡No me parece!

Y nos miramos largamente.

.....

El sol acababa de ocultarse en el horizonte, que parecía un mar de sangre. Las palomas torcaces volvían en bandadas á sus nidos, y la Creación entera se entregaba á un desperezo enorme. Un estremecimiento voluptuoso recorrió todas mis fibras ante las bellezas de la madre natura, y di un gran suspiro. Manuela, con la vista fija en la inmensidad del poniente, suspiró también; y entonces vi que la expresión de su rostro había cambiado por completo y que sus grandes ojos oscuros se tornaban de nuevo maliciosos...

VI

Según los sabios reglamentos de la casa Steel, todos los empleados tenían la obligación de hallarse en sus respectivas oficinas á las ocho de la mañana, hora bastante incómoda, por cierto, para los que, como yo, no se avenían con las exigencias de una vida metódica.

La noche anterior, y apenas regresado á casa tras las gratas emociones sufridas en la fiesta, Julio Madero, mi elegante amigo, vino á invitarme para dar una vuelta en coche por las avenidas de Palermo.

—Hace un calor espantoso—dijo,—hay que buscar aire.

Y allá fuimos.

Cuando el correcto milord que nos conducía, tirado por su briosa yunta de alazanes, des-

embocó en Alvear, ya había desembuchado yo la mayor parte de mi secreto amoroso.

Sentía tantos deseos de charlar y de ser expansivo aquella noche, que á no haber tenido un amigo tan á mano hubiera hecho confianzas á una puerta.

—¡ Sí, Julio, te aseguro que es una cosa bárbara! ¡ Yo no sé lo que va á ser de mí!

—¿ Caramba, es tan grave el caso?

—¿ Te burlas?

—No, no me burlo; pero me da risa ver tu vehemencia.

Yo me puse serio y él preguntó:

—¿ Pero desde cuándo es la cosa? Nunca me dijiste nada hasta ahora...

Entonces mentí, entonces exageré la respuesta, quise que mi amigo se convenciera de que aquella mujer me pertenecía ya en cierto modo, que Williams Fernández tenía sobre ella derechos adquiridos y que nadie, sin menoscabarlos, podría pensar de otra manera.

—La conozco—dije en voz baja,—la conozco desde que era muy chica. Vivía al lado de casa... ¡ Eramos novios!...

Julio me interrumpió:

—¿ Entonces será relación de tu familia?

Y volví á mentir como un bellaco.

—Sí... Sí... Es muy amiga de mi hermana...

—Pues, querido, sabes que no caigo...

Yo proseguí:

—Vieras qué linda estaba esta tarde con su vestido blanco... con su sombrilla... con...

—Sí ; pero dime una cosa : ¿ le dijiste algo?... ¿ Se han entendido? ¿ Te ha dado esperanzas?...

¡ Caramba con el mocito ! ¡ Se creía que esas cosas se arreglan así no más !

—No. ¿ Por qué?—pregunté.

—Hace tanto tiempo que la conoces y todavía...

—Sí, Julio ; pero es que nunca me había gustado tanto como esta tarde.

—¡ Bah ! ¡ Bah !

Y el pícaro se echó á reir de buena gana.

Julio Madero era mayor que yo y hombre de sociedad.

Sus éxitos amorosos, bastantes conocidos en nuestros círculos, lo hacían autoridad en la materia, de modo que no atreviéndome á discutir con él sobre eficacia de procedimientos, guardé un silencio discreto.

Mi amigo prosiguió :

—Bueno, dime entonces quién es, dime su nombre... ¡ Tal vez yo pueda ayudarte !...

—Se llama Manuela Sánchez, Manuela Sánchez Belgrano...

—¡ Acabáramos !... ¡ Qué rico tipo !—y Julio soltó tan ruidosa carcajada, que hizo volver en su asiento al cochero curioso.

—¿ De qué te ríes?—pregunté amostazado.—
¡ No veo la oportunidad !...

—¡ Pero, querido, cómo no quieres que me ría! Me río de sorpresa. Me has tomado desprevenido.

Hubo un silencio penoso que se prolongó por espacio de algunos segundos.

Un ciclista lanzado en su máquina al escape, se cruzó con nuestro coche haciendo sonar su campanilla estridente, y como si aquel sonido hubiera sido una señal, yo pregunté desconfiado :

—¿ La conoces, Julio?

Mi amigo contestó en un tono entre seco y burlón, fijando en los míos sus ojos interrogadores.

—¡ Cómo no la voy á conocer!... ¡ La conoce todo el mundo!...

—¡ Ah! la conocen...

—Sí; ¿ quieres que te diga una cosa? ¿ No lo vas á tomar á mal?...

Yo sentí que las sienes me latían desordenadamente, y que algo muy amargo me subía á la garganta; pero repuse haciendo un esfuerzo :

—No, no. Dilo no más...

—Que esa muchacha, no te conviene, Williams.

—¿ Por qué? ¡ No sé por qué!

—¡ Caramba, querido! Se ríen mucho de ella por sus excentricidades... Se la ha visto paseando por el Tigre con un señor viejo que no es ni pariente suyo siquiera...

¡ Ah, miserable ! ¡ Con qué ganas te hubiera estrangulado !

Mi amigo prosiguió :

—Después... tú sabrás que tiene un origen muy humilde y el hermano de ella, Miguel, es un papanatas verdadero.

—Sí—interrumpí con vehemencia,—sí, qué me importa á mí del hermano ; pero ella no tiene un origen humilde. Te equivocas.

—¿Cómo que no? ¡ La madre es Belgrano, es nieta del prócer, nada menos!...

Julio se echó á reír.

—¡ Bah, bah ! Ya sabía yo que ibas á venir á caer á ese punto. El apellido de la madre de Manuela Sánchez no es Belgrano, querido, sino *Belgrani*, como lo fué hasta que las exigencias de la figuración obligaron á la familia á cambiarle la última vocal.

—¿No te equivocas?

—No, *mijo* ; estoy tanto más seguro de ello, cuanto que lo contó Pancho Somoza el otro día y tú sabes que *El Pampa* se conoce al dedillo á toda esa gente...

...A las dos de la mañana todavía conversábamos á la puerta de la casa de mi amigo, y á no haber sido porque uno de los caballos del coche estornudó ruidosamente amenazando resfriarse, sabe Dios hasta qué hora se hubiera prolongado aquella conferencia.

Al subir al carruaje para volver á casa y en

momentos en que abría la puerta de su mansión señorial, Julio me gritó todavía :

—Ya sabes, *inglés*, ¡para divertirse vaya y pase, para otra cosa ni papa!

Y sus palabras irónicas cayeron como una lluvia de puñaladas sobre el corazón del pseudo-*inglés* enamorado.

Un día y una noche de emociones no eran lo menos á propósito para facilitar el cumplimiento de mis obligaciones burocráticas, de tal manera que hice mi aparición en la oficina algo después de las nueve de la mañana.

Contra su costumbre y contra lo que yo me esperaba, *míster Gay*, el gerente, me recibió muy jovial.

—¡Oh, *míster Fernández*, ya creíamos que no iba á venir hoy!

—¡Bah!—repuse de mal humor,—¡no son las nueve todavía!

—Las nueve y media—y el hombre se quedó mirándome muy risueño.

¡Qué cosa extraña! ¿Estará ya borracho *míster Gay*?

Al fin preguntó :

—¿Sabe la noticia, *míster Fernández*?

—No. ¿Qué?

—¡Que tenemos un empleado nuevo!

—¿Ah, sí? ¿Quién? ¿Dónde?

—Allí, en la caja... ¿No ve?

Y vi, en efecto, ¡ qué sorpresa ! Edwards Gárdenner, mi querido, mi inseparable amigo, inclinado sobre un libro enorme, trabajaba muy serio.

...¡ Qué hermosa tarde pasó Williams aquel día y qué expansivo se manifestó con todos !

El amor de fuego que le llenaba el alma no fué secreto ni para los peones de mandil de lona que descargaban bultos á la puerta del depósito y ¡ con cuánto agradecimiento escucharon sus oídos las palabras que Edwards le espetó muy grave !

—Todos esperamos, Williams, que ahora te harás un hombre serio y trabajarás mucho para poder casarte pronto.

VII

¡ Qué *jettatura* más grande !

Aquella tarde no había podido verla tampoco, no obstante las mil diligencias practicadas en ese sentido.

A las cinco salimos con Edwards de la oficina y fuimos á Palermo en su busca, luego á Florida, luego á muchas partes y, sin embargo, nada, absolutamente nada.

¡ Se la había tragado la tierra !

Tres días hacían, tres largos días interminables que no lograba encontrarme con ella y, como comprenderán ustedes, tan adversa fortu-

na me tenía sumido en la desesperación más completa.

Sentía deseos de llorar, de meter ruido, de escandalizar, en una palabra, para que todos aquellos indiferentes que refán y charlaban, sentados en torno de las mesas inmediatas, supieran que allí había alguien que sufría, alguien que se ahogaba bajo el abrazo de una pasión tan violenta, que era única en los anales del romanticismo humano.

Edwars bebía su *wisky* á pequeños sorbos, como verdadero conocedor, catándolo, paladeándolo, pero siempre grave y correcto bajo la máscara de su perpetua indiferencia.

Sea porque el licor le agradaba, sea que el desgaste sufrido por su naturaleza robusta, tras las violencias del ejercicio físico exigiese aquel estimulante, sea por atavismo ó por lo que fuere, la cuestión es que Edwars bebía, y bebía con frecuencia.

Sin embargo, mi amigo, serio y circunspecto como siempre, no hacía alarde de su vicio, y en cuanto terminaba de ingurgitar la dosis de *wisky* que imaginaba necesaria, se iba á su casa muy tranquilo para descansar y poder concurrir á su trabajo á hora conveniente.

¡ Qué muchacho este Edwars y qué carácter el suyo !

Yo no sé, verdaderamente, cómo se daba tiempo para todo.

Iba á la facultad y á su empleo, jugaba al

foot-ball como el que más, se ejercitaba en el *box*, en la natación y en el remo, y aun le sobraban horas para asistir por las noches al casino ó á cualquier otro sitio de distracción donde nos reuníamos sus amigos.

—Estoy—me dijo aquella noche, y sin parar mientes en mis quejas y lamentaciones,—estoy construyendo una canoa para navegar en el Tigre, una canoa que no necesita timón y que es tan ligera que se puede llevar bajo del brazo...

—¿Pero dime, *Ned* : á qué horas construyes eso?

--¡ Oh, bah, por la mañana !

—¿Cómo, á qué horas? ¿No tienes que estar en lo de Steel á las ocho?

—Es verdad ; pero como me levanto muy temprano, tengo tiempo para trabajar un rato en ella.

¡ Qué cosa bárbara ! Y yo que no estudiaba, ni hacía gimnasia, ni construía embarcaciones, nunca pude llegar á la oficina antes de las nueve de la mañana.

Pancho Somoza y Julio Madero vinieron á sentarse á nuestra mesa poco antes de que comenzara el último número del espectáculo : «The Hunter's Brothers», recuerdo muy bien.

Edwards manifestó entonces su intención de marcharse argumentando lo avanzado de la hora (once y media), y aunque nosotros lo instamos para que nos acompañara hasta el final de

la función, nuestro amigo no quiso escucharnos y se marchó gravemente.

—¡Qué tipo este *inglés!*—exclamó *El Pampa* Somoza riendo,—¡estoy seguro que se va disparado á su casa para no perder un minuto de sueño!

Nosotros lo acompañamos en su risa, y tras unos segundos de silencio, él preguntó á gritos y golpeando con ambas manos la mesita vacía :

—¿Cómo? ¿No se bebe nada? ¡qué estamos haciendo! ¡Mozo! ¡Mozo! ¡Aquí al trote!

—¿Qué van á servirse?

—A mí y á éste—señalándome,—*wisky* con soda—y luego, dirigiéndose á Madero, en cuyo semblante se notó cierta vacilación,—¿y tú?

—Yo... Yo... tomaré...

—¡Ah, sí! al señor le traes una horchata... él no es hombre de estas cosas, ¡ja, ja, ja!
¡Vaya con el mocito!

¡Qué *Pampa* éste! ya estaba algo alegre, se conocía, y ¡guay con las trompaditas que pegaba cuando se le iba el alcohol á la cabeza!

Un día, en el hipódromo, le aplicó tal *cachetazo* á un pobre vigilante que faltó muy poco para que le saltara un ojo, y todo ¿por qué? ; porque el señor había almorzado fuerte y el agente le rogó que guardase más compostura y suspendiese sus gritos.

¡Cómo me gustaba pasear con él! *El Pampa*

era un *macho* en toda la extensión de la palabra.

—Parece, Pancho, que ya andas medio... medio...—le insinué.

—Vaya si ando, querido, y desde temprano, tengo una ganas locas de hacer alguna barbaridad.

Bajo la influencia del *wisky*, que iba subiendo en ondas cálidas hasta mi cerebro, un tanto ofuscado ya, se renovaron los impulsos que había sentido poco antes; impulsos de agresividad y de desorden, y entonces, con un entusiasmo digno de mejor causa, grité en voz alta, tan alta que en muchas de las mesas vecinas volvieron la cabeza:

—¿Quieres que la corramos, Pampa? ¿Quieres?

Y él repuso con no menor energía:

—¡Ya estuvo, *Inglés!* ¡Vengan esos cinco!

Y de pie por encima de la mesita de latón nos estrechamos las manos con la misma arrogancia y fiereza con que dos viejos gladiadores se hubieran despedido para la muerte.

Julio Madero murmuró un «*chist, chist!* ¡no sean bárbaros!» que no nos hizo ningún efecto, y Somoza, sin escucharlo, le preguntó:

—¿Vienes con nosotros, Julio?

—Yo... Yo... ¡Hum! ¡Qué van á hacer!

—¡Nada! ¡Zonceras! ¡Primero vamos á beber, y luego que nos hallemos bien arregladi-tos vamos á ir allá!...

—¡ Ah ! ¡ Hum !

—¿ Vienes ?

—¡ No ! ¡ No ! ¡ Yo me voy ! ¡ Ya estoy viejo para esas cosas !

—¡ Fu, fu, fu, *el cajetilla* ; ya sabía yo que eso iba á suceder !

—¿ Ah, sí ?

Y nuestro elegante amigo, sin hacer caso de la burla, se marchó muy risueño.

Después de haber pedido que nos sirvieran más *wisky*, Pancho dijo con rabia mirándome á los ojos :

—¡ Este maricón no bebe, yo creo, de miedo de que se le pueda ensuciar el *jaquet* !

—¡ Qué rico tipo !...

Como siempre que bebía, los ojos de Pancho estaban inyectados de sangre, y toda la brutalidad de su temperamento agresivo se asomaba á aquel rostro moreno, por donde todavía circulaban, sin duda, rastros ardientes de sangre morisca.

...Un inglés auténtico, á juzgar por su aspecto ; un verdadero espécimen de la raza de Wellington, ancho y musculoso como un toro de lidia, que fumaba su pipa en una mesa inmediata, se puso á mirarme fijamente... Sus ojos azules con reflejos de acero tenían una expresión entre impávida y burlona que causaba daño...

—Dime, Pancho—se me ocurrió preguntar

en mala hora,—¿qué te parece ese señor que está ahí, mirándonos?

El Pampa, que lo tenía casi á espaldas suyas, se volvió bruscamente y dijo en voz alta :

—¿Cuál? ¿Ese? ¡ Me parece un estúpido !

—¡ Chist ! ¡ chist, no seas bárbaro !—murmuré,—¡ puede oírte !

Mi amigo, encogiéndose de hombros y por toda respuesta, se echó al colete un gran sorbo de *whisky*.

Yo proseguí en voz baja :

—No ves que no te conviene, parece un inglés, y ya sabes que los ingleses...

—¿Qué?

—Son buenos boxeadores...

—¡ Oh ! ¡ bah !

—¡ Oh ! ¡ bah ! ¿Qué?

El me miró con cólera y repuso vivamente :

—¿ Y yo no tiro al *box* acaso? ¿Quién me ha roto la *jeta* hasta ahora? ¿Tú, tal vez?

Mi amigo tenía razón, sus habilidades pugilísticas eran bien conocidas en todos los barrios tenebrosos de Buenos Aires y el Club de Gimnasia lo contaba entre sus aficionados más fuertes.

Pancho Somioza pertenecía á ese grupo de gimnastas que practican el *box* para aplicarlo tan pronto como encuentran la oportunidad.

El Pampa aprendía por la mañana un golpe nuevo, y por la noche andaba ya desesperado buscando un *candidato* para probar su eficacia.

¡ Era, pues, una de las tantas pupas, que infectan á la lucida falange de los que se dedican al más noble y viril de los deportes !

Tras un breve silencio y muy excitado, *El Pampa* continuó :

—O acaso tú crees que yo voy á hacer como el papanatas Edwars que tira al *box* mejor que nadie y, sin embargo, le sirve para maldita la cosa.

—El otro día iban por Florida con el mono Llerena, y un compadre, un cochero, según creo, les silbó un tango.

¿ Creerás acaso que Gárdener hizo algo ? ¡ Nada, siguió su camino como si tal cosa, tanto que el otro ni lo encontró cuando acabó de *zopapear* al tipo ! ¡ El hombre se había ido !

—Sí, pero...

—Sí, ¿ pero qué ? ¡ Mira, quieres aguardarte un momento y vas á ver cómo lo pongo á golpes á este zonzo !

Y, sin más, con las narices dilatadas y los ojos rameados de sangre, saltó como un tigre.

—¿ Qué mira, inglés estúpido ?

El otro se encogió de hombros y sin que se le alterase un solo músculo de la cara lo miró fijamente.

El Pampa, metiéndole los puños por el rostro, reiteró su demanda.

Entonces el inglés se levantó muy despacio y en un tono mezcla de extrañeza y de cólera, dijo en su media lengua :

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Usted querer pelear conmigo?

—¡Sí, con usted, hijo de una...!

Y lo empujó brutalmente.

El hombre quiso afianzarse buscando la guardia, pero era tarde ya.

La zurda del *Pampa* entró por encima del brazo curvado como la piedra lanzada por una catapulta, y vi á aquel hombro rodar por el suelo derribando mesas y sillas y mostrando en el rostro una horrible rasgadura sangrienta.

...Sucedió al hecho un tumulto espantoso, indescriptible, que terminó con la llegada de una nube de vigilantes que se llevaron á mi amigo furioso, impotente, y agitando sus brazos de un modo ridículo.

Yo lo seguí también, entre dos robustos policas, no avergonzado y mohino como debía estarlo, sino por el contrario, erguido y risueño.

...Al día siguiente mi padre, muy pálido y muy triste, fué á sacarme del depósito 24 de noviembre, á donde nos habían conducido, con aquel compañero de ebriedad y de desorden.

VIII

—Sí—dijo mamá plegando su costura sobre la falda,—yo tengo la certeza de que á tu padre le ocurre algo extraño, algo anormal...

—¿Por qué?

—¿No ves cómo anda, abatido, pálido y oje-

roso, sin gusto para nada, no ves cómo se afecta por cualquier cosa?... Antes no era así. ¿Verdad?

—¡ Es cierto!—repuse,—me ha parecido notar algo raro en su fisonomía.

Mi madre movió la cabeza pensativa y yo proseguí :

—Pero tú, ¿no le has preguntado nada? Tal vez no se trate de otra cosa que de algún nuevo disgusto con míster Itchy, el representante de la Royal, con quien, ya sabes, no puede vivir en paz...

—¿Que no le he preguntado? Vaya, hijo, si lo he hecho infinitas veces, lo mismo que tu hermana, pero no nos dice nada, no quiere ; ¡ se encierra en un mutismo desesperante!

—¿Qué cosa?—exclamé preocupado.—¿Pero desde cuándo lo notas así?

Mi madre me explicó entonces en voz baja, como para que no oyera *La Negra* desde la alcoba inmediata.

—Tú sabes, que el otro día al sentarse á la mesa, sufrió algo así como un desvanecimiento.

—¡ Yo no sabía nada! Ustedes no me han dicho absolutamente nada—interrumpí con vehemencia.

—¡ Cómo ibas á saberlo, cómo te lo íbamos á decir—exclamó mi madre entonces con marcado tono de reproche,—si nunca estás en casa! ¡ Si te pasas los días y las noches fuera de ella!...

La pobre tenía razón, y, por lo tanto, guardé silencio, confundido.

Ella prosiguió :

—Ni tu padre, ni nosotras, dimos importancia al accidente, que se atribuyó á una debilidad general provocada por el calor reinante ; pero esa misma noche el fenómeno volvió á repetirse en una forma que nos alarmó á todos. Vino un médico, Julio Villanueva, ¿sabes? el hijo de Edelmira, que vive en la otra cuadra, examinó á tu padre y nos tranquilizó, diciendo que lo ocurrido no tenía importancia, pero le aconsejó al mismo tiempo que le hiciera una visita al día siguiente, para reconocerlo con más cuidado.

Jaime, ya sabes cómo es tu padre ; nos dijo que iba á ver á Pirovano porque no le tenía ninguna fe, á ese *abombau* de Villanueva.

Yo creo que lo vió al día siguiente y que éste debe haberle dado alguna mala noticia, porque desde esa fecha se puso así, pensativo y sombrío.

—¡ Qué barbaridad !—exclamé, abarcando de un solo golpe la magnitud del peligro.—¿ Pero cómo ? ¡ No es posible !

Mi madre prosiguió :

—Por eso quisiera que hablaras con él... Tal vez contigo fuese más expansivo.

—¿ Conmigo ?

—Sí, pues pienso que tal vez á ti se atreviese á decir cosas que...

—¡ Pero si no me habla !—exclamé con des-

aliento ;—¡ si desde lo ocurrido el otro día no quiere saber nada conmigo ! ¡ Me echa de su presencia !

—¡ Es verdad !—repuso mi madre.—¡ Pero es preciso, yo lo quiero ! ¡ Quién sabe, por Dios, lo que tendrá este hombre—continuó,—y anda por ahí sin cuidarse nada, sin hacerse ningún remedio y teniendo disgustos á cada rato !

—Bueno, bueno, mamá, voy á preguntarle—prometí entonces, combinando ya en la mente, la mentira que tendría que decirle, si acaso resultaba cosa seria la enfermedad de mi padre.

Hallé á éste ante su escritorio, y muy atareado al parecer, en la ordenación de unos papeles.

Al verme entrar, hizo un movimiento de sorpresa que disimuló en seguida frunciendo el entrecejo.

—¿ Qué busca aquí ? No le he dicho que...

—Papá—me apresuré á decir, — vengo á hablarte de un asunto muy serio... y quisiera que me escucharas un momentito.

Vi la curiosidad pintada en sus facciones, en sus facciones enflaquecidas ya por el insomnio y en sus ojos vivísimos, orlados por la tenebrosidad fatal de las ojeras.

—Siéntate—dijo después de vacilar un minuto.—¡ Siéntate, y veamos !

Entonces hablé, lenta, pausadamente y en un tono de súplica cariñosa.

—...Mamá, *La Negra*, todos nosotros estamos muy preocupados, por su enfermedad...

queríamos saber cuál era el mal que lo aquejaba... ¿Por qué había cambiado tanto en esos últimos tiempos?...

El me dejó hablar por largo rato considerándome fijamente entre grave y risueño, haciendo como que mordía su pulgar derecho.

Por fin, me interrumpió con una carcajada ; una carcajada de aquellas que ya no se oían en nuestra casa y exclamó alegremente :

—¡ Qué pamplinas ! ¡ Pero, hijo, si no tengo nada, son cosas de tu madre, ya sabes como es, se asusta por cualquier cosa !—y renovó de nuevo sus manifestaciones de hilaridad.

Sin embargo, noté que tenía los ojos llenos de lágrimas y que su risa no sonaba á mis oídos tan franca como otras veces.

¡ Oh, la rara entereza de algunos enfermos ; oh, la fibra de acero de esas almas heroicas que por consideración á los suyos saben guardar hasta la muerte el secreto de un mal incurable !

¡ Seres anónimos que con la sentencia de muerte en el bolsillo dais los últimos pasos por el mundo, ocultando á los ojos de todos y por amor á los vuestros, el cáncer que os roe las entrañas y el pronóstico brutal é inapelable que os condena á morir en breve plazo, sois más grandes para mí y más admirables que todos los héroes de la historia, sois como los semidioses de Homero y de Virgilio !...

Una vez que mi padre creyó haber dado las

suficientes explicaciones para que yo quedase tranquilo con respecto á su salud, dijo cambiando de tono :

—Lo que á mí me perjudica y me mata es esta dichosa cuestión de los seguros ; tengo unas ganas bárbaras de romperle un hueso á ese roñoso de míster Ytchy...

Mi padre caía á su viejo tema y yo, deseoso de hacerle una última pregunta antes de que se engolfara, me apresuré á interrumpirlo :

—Pero, dime, papá ; dime una cosa : Tú viste á Pirovano días pasados, ¿no es cierto?

—¿Yo? No, hijo ; ¿por qué?

—Por nada, ¡ se nos había ocurrido !

El se fastidió entoncés.

¡ Estaba bonito aquello ! ¿ No me había dicho que no tenía nada ó era que yo creía que él se entretenía en decir mentiras ó que era algún chico mal criado para negar sus males ?

—¡ Eres igual á tu madre—continuó,—siempre llenos de temores y de sensiblerías ! ¡ Parece mentira que seas un inglés hecho y derecho !

—Sí, pero...

—¡ Qué pero ! ¡ Ni pero ! Ya te he dicho que estoy sano, muy sano, sanísimo. ¿ Qué más quieres ?

—¡ Ah, bueno !

Tras un breve silencio, él volvió á su manía.

—Estaba viendo aquí, cómo van para atrás

mis asuntos con la X. Assurance. ¡ Esto es un verdadero desastre !

—¿ Por qué, papá ?

—Figúrate que resulta que en los dos primeros meses de trabajo he conseguido más seguros que en todo el resto del año.

—¡ Ah, sí !

—Sí, y todavía me insinúa el directorio de la compañía, en una comunicación que acabo de recibir, que debo tener más cuidado con los seguros que consigo, porque la estoy perjudicando grandemente.

—¡ Yo no sé, no me explico—continuó con vehemencia,—qué es lo que quieren estos animales ! ¡ Nada les satisface, nada les acomoda ! ¡ He descuidado mis intereses por atender los suyos, me he sacrificado en todas formas y este es el pago que me dan !... ¡ Te aseguro que tengo unas ganas de echar al diablo todo y decirles unas cuantas barbaridades !

Tosió, dejó su sillón, miró por la ventana y volvió á sentarse suspirando.

—Toda la culpa de lo que me pasa—prosiguió después,—la tiene ese ladrón de Ytchy, ese inglés imbécil y *jettatore* que se me ha atravesado en el camino.

—¿ Sí ?

—¡ Cómo no, hombre ! ¡ Figúrate que este trompeta me roba los seguros, me espía y hasta me desacredita !

—¡ Cómo !—exclamé,—¡ cómo, papá, es posible !

El prosiguió sin oirme :

—Y todavía, el público es tan cretino, que le da la preferencia sobre mí, que soy incapaz de emporcarme como él estafando á la sociedad y asegurando, en connivencia con el médico, á sujetos moribundos ó atacados de un mal incurable. ¿Y todo por qué? porque es inglés y porque su cara seria de perro viejo inspira más confianza que la mía, estigmatizada por el sello de una raza infeliz.

—¡ Ah, hijo—concluyó acariciéndome la nuca con sus dedos finos y largos,—á ti no te pasarán estas cosas sin duda, porque vas á ser un inglés verdadero !

Y vi con sorpresa que los ojos de mi padre se habían llenado nuevamente de lágrimas y que sus manos se apretaban sobre el pecho nerviosas y crispadas como si temieran que el corazón fuese á escaparse de su cárcel.

IX

Fué Julio Madero quien me dió la gran noticia, Julio Madero que me detuvo una tarde en la Avenida en circunstancias en que regresaba yo, cabizbajo y pensativo, de casa del doctor Pirovano, á quien había ido á preguntar, por orden expresa de mi madre, si papá le había hecho alguna visita en aquellos últimos tiempos.

—¡ Chist ! ¡ Chist ! ¡ Inglés ! ¡ Inglés !

—¿ Eh ? ¡ Ah ! Hola, Julio—exclamé reconociéndolo,—¿ cómo estás ?

—Andaba buscándote—dijo entonces mi amigo, coqueto y atildado como siempre,—andaba buscándote desde hoy temprano.

—¿ Ah, sí ?

—Sí, fui esta mañana á lo de Steel y allí me dijeron que hoy no habías ido á tu trabajo. ¡ Mister Gray estaba furioso contigo !...

—¡ Bah ! ¡ Qué me importa !—exclamé encogiéndome de hombros,—¿ y ?...

—Entonces fui á tu casa, donde supe que habías salido después de almorzar, pero tu sirvienta, que, de paso sea dicho, parece ser persona de pocas palabras, no pudo darme la menor noticia sobre el rumbo que habías tomado...

—¡ Ah, sí !—exclamé riendo,—¡ es una inglesa !

—Bueno—prosiguió él entonces,—me fui á lo de Pancho, le pregunté por ti y no sabía nada tampoco... Conversamos un rato y me despedí de él haciendo *in mente* el propósito de no buscarte más. Y ahora me dirigía á casa para tomar algo, porque estoy desfallecido, y me encuentro contigo de manos á boca. ¡ Qué cosa más rica !

Iba á preguntarle por qué me buscaba con tanto afán, pero él me lo impidió proponiéndome bruscamente :

—Vamos á casa.

—¿A tu casa? ¿Para qué? ¿Qué diablos vamos á hacer en tu casa?

—Tomaremos algo y te contaré una cosa importantísima. ¡ Para eso te buscaba, hombre !

—¡ Caramba, es que yo no puedo ; es que tengo que hacer — y añadí luego con desgano ; — ¡ me lo dirás otro día ! ¿ No te parece ?

—¿ Ah, sí? —exclamó entonces él en tono de burla,—¿ ah, sí? ¿ Conque tienes que hacer? ¡ Pues, hijito, vete no más ! ¡ Te lo contaré otro día ! ¡ Pero vas á sentirlo, te lo aseguro !

Entonces vacilé :

—¿ Se trataría, acaso, de algo verdaderamente interesante para mí?

—Sí, puede ser—repuso él poniendo cara de inocente,—se trata de Manuela...

¡ Ah, canalla ! ¡ me había puesto el aro en la ternilla y me llevó hasta su casa... como quiso !...

... Instalados en su elegante escritorio y mientras Edmond, su estirado *valet de chambre*, se disponía á servirnos te, mi amigo, no sin mil circunloquios, soltó la gran nueva.

—Pues, amigo, por fin he podido averiguar su paradero... ¡ Manuela está en Ramallo en la estancia de Linck !

—¿ En Ramallo? ¿ Estás loco? — exclamé arrimando mi asiento al suyo y con los ojos desmesuradamente abiertos,—¡ no puede ser !

El tomó entonces un airecillo de importancia.

—Sí, pues—ratificó mirándome con sorna y jugando con los dijes de su cadena,—está en Ramallo desde hace mucho tiempo, en la estancia del inglés Linck, en la costa del Paraná, un paraje muy pintoresco, según dicen...

—Pero entonces, ¿cómo puede *El Pampa* haberla visto el otro día en el Tigre?

—¡Mentiras del *Pampa*! Estoy seguro que lo ha dicho por embromarte. ¡No ha visto nada!

—Qué cosa, ¿eh?—y soñé en seguida, soñé con costas de esmeralda, con campos verdes inundados de luz, con arboledas umbrías, con mujeres vestidas de *piquet* que correteaban bajo sol sobre la hierba, y con ella. ¡Oh, Dios! con ella, sobre todo, cuya silueta se destacaba sobre fondo verdinegro de esos bosques lejanos, sobre el espejo deslumbrante de ese estuario y sobre la arena dorada de esas playas, escultural, provocativa, como la creación erótica de un sueño, como una de esas bellas promesas voluptuosas del cantado paraíso de Mahoma.

¡Infeliz de mí! Ahogándome en las estrecheces de la oficina más prosaica del mundo, cuando ella, ebria de luz y de sol vivificante, corre por los campos hollando con sus zapatitos divinales las rojas margaritas que esmaltan el suelo y riendo con aquella su risa coqueta y cristalina que acaricia las almas.

Separado por leguas y leguas, cuando mi espíritu todo se iba tras de sus pasos, cuando mi pensamiento de todas las horas y de todos los

minutos era para ella, para ella sola, que con una mirada de sus ojos perversos, me había abierto las puertas de ese mundo desconocido, de ese mundo maravilloso y lleno de inenarrables seducciones que se llama amor, y que encierra tal vez más asechanzas y más peligros que las mismas luchas de la vida ordinaria.

—¡Qué injusticia, Dios mío! ¡qué injusticia!—exclamé mentalmente, juntando las manos,—si esto es juventud, si estos son sus placeres... y sus ponderadas ventajas... ¡Maldita sea! que para podrirse de hastío encerrado en una covacha y sufriendo suplicios tantálicos, más valiera estar muerto.

...¡Y mi padre, que cree á pies juntillas que la casa de Steel está modelando en mí á un hombre práctico y reflexivo y todo ese mundo de imbéciles que, porque hablo la lengua sajona y porque estoy barnizado de ello, por fuera, me llaman *inglés* á boca llena, no se imaginan, no sueñan siquiera que yo cambiaría mi puesto, mi posición actual y todo el porvenir risueño que me auguran, por estar una hora á su lado, por asomarme un minuto tan sólo al abismo de sus ojos oscuros, donde ha caído mi corazón enamorado, y de donde no lograrán sacarlo ni los esfuerzos ni las reflexiones ni toda la sabia enseñanza de míster Steel!

Edmond nos sirvió el te y mientras que yo, pensativo, revolvía á conciencia el contenido

de mi taza, Julio reanudó el relato de sus investigaciones.

—Parece—dijo bajando la voz,—que Manuela piensa permanecer en la estancia de Linck hasta el fin del verano, porque ha llevado consigo á la menor de sus hermanas, María, creo, que está tuberculosa, según aseguran.

Entonces intervine :

— Pero dime, Julio : ¿ desde cuándo esa amistad estrecha entre Manuela y las de Linck, unas gentes tan opulentas y tan encopetadas que no se dan con nadie ?

El explicó entonces :

No lo sabía precisamente, pero sí le constaba que tenían mucha intimidad... que Manuela se pasaba los días y las noches en casa de Linck... les habría caído en gracia, sin duda. ¡ Vaya uno á saberlo !...

Tras un breve silencio, mi amigo prosiguió con sorna :

—Lo que te puedo asegurar es que la amistad con los Linck ha significado, para la familia de tu futura, algo así como una lotería.

La señora es actualmente presidenta de «Las Madres Católicas», sociedad filantrópica llena de prestigios, y fuente para ella de inagotables recursos...

—¡ No seas bárbaro, hombre !

—¡ Oh, ya verás !... Déjame concluir... Manuela y Mecha, su hermana, se han introducido en todas partes, protegidas por ese apellido

respetable ; Miguel, el hermano, que es, como tú sabes, un tonto de capirote, ha sido nombrado, por recomendación del señor Linck, empleado de no sé cuál ministerio... gana doscientos pesos y, por último, misia Eulalia, la vieja, que es una avispa, acaba de conseguir, hace pocos días, que se reconozcan á su difunto marido no sé qué servicios oscuros prestados durante la guerra del Paraguay y que, sin embargo, traducidos á papel moneda, constituyen muy buenos pesos.

—Parece mentira, Julio—exclamé con acento dolorido,—parece mentira que seas *tan alacrán*. ¿O es que quieres mortificarme?

El se indignó entonces.

¿Alacrán? ¿Alacrán; él que no hacía más que repetirme lo que decía todo el mundo, para que no anduviese á tientas como un ciego haciendo papelones? ¿Alacrán, él que se inspiraba en los mejores sentimientos para señalarme el camino ya que yo era un bobo inexperto, incapaz de seguirlo solo? ¡Estaba bueno aquello!

—No—dije entonces atufado,—¡no! ¡pero yo creo que exageras!

—¿Que exagero? ¡Linda cosa! Ahora te voy á contar un caso que te hará convencer, aunque no quieras, de la verdad de lo que acabo de decir.

—¡A ver!

—Mira. Tú sabes que Pancho Giménez es un

loco, uno de esos sujetos que todo lo emprenden y que nada concluyen con éxito, ¿no es así?

—Sí; prosigue.

—Bueno, el año pasado se le ocurrió abrir una carnicería, en sociedad con Carlos Mendoza, mi primo, que es un deschavetado como él...

—Sí...

—Pues bien, apenas inaugurado el negocio, Pancho y su colega consiguieron, obligaron, más bien dicho, por medio de cuñas, á la sociedad «Madres Católicas», á que les tomase la carne que consumen diariamente los asilos que su caridad patrocina, y que se eleva, como tú debes imaginarlo, á una cantidad considerable.

Los muchachos suministraban la carne al precio de veintiocho centavos el kilo, más ó menos, no recuerdo bien, y estaban muy satisfechos de la prosperidad creciente de su negocio, debida, sin duda alguna, á la fuerte entrada que representaba ese servicio.

Pero la dicha de nuestros amigos duró bien poco.

Al segundo mes de inaugurada su carnicería, recibieron una comunicación de las «Madres Católicas» en la que se les hacía saber, en muy buenos términos, que la sociedad había resuelto sacar á licitación el suministro de artículos de consumo.

Inútil me parece decirte que los muchachos

no se presentaron á ella y que á los pocos días la carnicería había pasado á mejor vida, como todos los negocios que ellos emprenden ; pero ahora viene lo importante del caso.

Las «Madres Católicas» firmaron en la semana siguiente un contrato solemne con un italiano que se comprometía á suministrarles la carne para los asilos al módico precio de ¡ cuarenta centavos !

—¡ Qué cosa bárbara !—exclamé horrorizado, —y ellos, porque no protestaron, ¡ ahí era el caso !...

—Protestar... ¡ bah ! ¡ cómo se conoce que no tienes mundo !

Carlos, mi primo, estaba empeñado en mandar una carta á «El Diario» y su misma madre, socia de las «Idem Católicas», lo disuadió de su porfía.

X

Pancho Somoza, que era uno de esos temperamentos apasionados y accesibles, por lo tanto, á todos los vicios, Pancho Somoza, digo, persona en la cual sólo he podido descubrir una virtud en la vida : el valor, y eso completamente prostituido por la maldad más evidente, se había entregado al juego en aquella época con un entusiasmo propio de su carácter.

Mi amigo jugaba en las carreras, jugaba en

los clubs, en los garitos tenebrosos, en todas partes ; y como si esto no hubiera sido bastante para satisfacer su pasión, ofrecía casi todas las noches á sus íntimos, interesantes partidas de *poker* en su domicilio de la calle Bolívar, donde vivía con su señora madre, una pobre viejecita tan débil y amilanada como su hijo fortachón y violento.

Eramos varios los que acudíamos á esas partidas que se iniciaban á las ocho de la noche para terminar muchas veces cuando el sol asomaba á las calles, tímido y como sonrojado de tanta vergüenza.

Unos iban arrastrados por la misma pasión insensata que dominaba á Somoza, otros, como Miguel Sánchez, atraídos por los prestigios del dueño de casa, y los más, Edwards, su hermano John, Julio Madero, Justo Llerena, Carlos Mendoza y yo, por matar el tiempo y tal vez con la idea de hacer una ganancia.

Ubicadas las *piernas* en torno de la mesa y en sus sitios predilectos, la señora Somoza se sentaba en una mecedora para proseguir su bordado, una estola para el cura del Socorro, creo, é inacabable como la famosa tela de Penélope.

Apenas iniciada la partida, apenas Pancho Somoza había tenido tiempo para decir dos ó tres groserías á Miguel, blanco obligado de todas sus bromas, la pobre viejecita, dejando resbalar su bordado de la falda, se quedaba dormi-

da como una piedra con su bocaza desdentada muy abierta y su nariz seca y aguileña apuntando al techo de la sala, hasta que un puñetazo dado en la mesa por su hijo, ó la ovación que tributábamos á un *poker*, la arrancaba bruscamente de su sueño.

Entonces se iba á su alcoba, leve y callada como una sombra...

Pancho Somoza, como casi todos los *pur sang* del juego, tenía poca suerte, pero ya se cobraba, no hay cuidado, en impertinencias y guaranguerías, la suma que pasaba de su poder á los bolsillos de los otros.

Miguel Sánchez, el pobre Miguelito, era, como ya lo dije, la víctima obligada de sus desahogos y aunque el infeliz perdía también en una forma que daba lástima, porque además de ser un ingenuo no sabía jugar, tenía que soportarle todas las impertinencias, manso, inalterable y con esa su eterna sonrisa de tonto dibujada en los labios carnosos.

—¡ Se precisa ser estúpido!—gritaba Pancho estrujando sus cartas, mientras que el ganador afortunado arreaba con el *pozo*.—¡ Se precisa que sea idiota este Bostini, para haberse dejado llevar la plata y haberme hecho meter á mí de esa manera!

Miguel, que cargaba con el sobrenombre de Bostini, apellido de un usurero muy popular entre nosotros, como hubiera cargado con cualquier otro, ya que á los infelices se prenden los

apodos como el abrojo al vellón de los carneros, sonreía resignado y preguntaba :

—¿Por qué, Pancho? ¡No sé por qué!

—¡Se levanta la parada, borrico! ¡De pie y con tres sietes se levanta hasta los cuernos de la luna! ¡Parece mentira que seas tan bobo!

Y la partida continuaba como si tal cosa.

Pancho respetaba mucho á Jhon Gárdener, porque lo temía y por ende á su hermano Edwards, mi inseparable amigo. Justo Llerena, su compañero de trasnochadas y de farras, era para *El Pampa* algo así como un pariente próximo, como un hermano. Se habían criado casi juntos y se querían con entrañable afecto. Pelearse con *El Mono* era echarse encima la cólera del *Pampa*.

Somoza y yo hacíamos buenas migas. Cosa que no me admira, porque siempre tuve la suerte, ó la desgracia, de hacerme querer por cuantos bandidos de levita hallé en mi camino.

Mendoza, Madero y Giménez, solían tener sus cuestiones con *El Pampa*, muy especialmente el segundo, que lo *reventaba*, según su expresión, con sus elegancias y su estiramiento; pero esas nubecillas desaparecían muy pronto ante la intervención del *inglés* John, que por su edad y prestigio respetábamos todos los tertulianos.

En consecuencia, la única y verdadera víctima que había en el grupo, era Miguel, ei

pobre Miguel, que no podía lanzar una opinión sin que todo el mundo soltase la carcajada.

Pancho lo había hecho su cosa, su juguete, su salivadero de insultos y, sin embargo, el infeliz no tenía una sola rebelión y juraba que no podía pasarse una hora sin su amigo.

Por otra parte, como la humanidad es en el fondo perversa y á todos nos gusta hacer frases risueñas á costillas del prójimo, máxime cuando éste es manso, no es extraño que, acostumbrados á verle tratar así por Somoza, todos creyéramos lo más natural del mundo *colocarle* de cuando en cuando nuestras picantes bromitas.

¡Pobre *Bostini*! A veces me daba lástima verle tan ingenuo, tan sin carácter y allá en el fondo de mi conciencia endurecida sentía remordimientos al pensar que ese infeliz estaba hecho de aquella misma carne idolatrada y que yo me dejaba estar sin protegerlo.

—El no es malo—me decía otras veces,—él no es malo, pero es zonzó, y aunque la zoncera no sea un crimen que castiguen las leyes, resulta las más veces mucho peor, porque desprestigia, porque denigra, porque hunde y porque anula para siempre.

Un hombre que haya sufrido condena carcelaria por un crimen atroz, se teme, se odia, se detesta, se evita y se abandona; pero allá en lo íntimo no se desprecia, porque donde hay temor, por más remoto que sea, no existe nunca el desprecio.

Sin embargo, Miguel no parecía preocuparse de estas cosas.

Yo creo que tenía ciertas fibras atrofiadas, que las groserías de Pancho y las bromas de todos sus amigos no causaban, en la suya, el efecto desastroso que hubieran producido en otras epidermis.

El único afán de su vida, su gran preocupación dominante, parecían ser los pergaminos. Probar á todo el mundo que su mamá descendía por línea indirecta del prócer Belgrano. ¡Y nada más!

—¡Déjate de embromar—decía Somoza dando las cartas,—déjate de embromar con tus próceres, *Bostini!*

El se animaba entonces.

—¡Pregúntenle—exclamaba con vehemencia,—pregúntenle á mamá, que tiene todos los papeles bien claros!

Pancho, entonces, daba un palmetazo sobre la mesa para gritarle con su voz de bajo profundo:

—¡Qué papeles, ni qué papeles! ¡Si tu abuelo plantaba papas en la barranca del río!... Era más *gringo* que *Bostini* y más ladrón que *Caco*... Todavía me acuerdo... —y tomando muy grave sus cartas añadía:

—Bueno, tú *hablas*, ¿abres ó no abres? ¡Dilo pronto!

¡Y el infeliz, tan brutalmente interrumpido,

se expedía en seguida, muy risueño, abriendo con dos jotas!...

...Fué á la salida de una de esas tertulias que Julio Madero me comunicó su grave resolución.

La partida se había disuelto mucho más temprano que de ordinario, porque á las once de la noche, hora á que invariablemente los hermanos Gárdener se retiraban, no hubo ninguna pierna para substituirlos y aunque tratamos de seguir *de cuatro*, el juego languideció de un modo tan horrible, que á la una de la mañana decidimos suspenderlo.

—Mira qué monada—dije á Julio riendo, y apenas salimos á la calle,—mira qué monada de muchachos somos, ¡ la una y veinte y ya en camino de nuestras casas!...

—¡ Ah, sí!—dijo él en tono malhumorado,— ¡ somos una gran cosa!

Marchamos en silencio por espacio de algunos minutos, al cabo de los cuales mi amigo se puso á resongar.

...Aquello no tenía nombre, aquello lo tenía tan harto y tan avergonzado, que estaba resuelto, completamente, á cambiar de género de vida...

...Que nosotros nos acostábamos siempre á la hora en que todo el mundo se levantaba, para andar luego con unas caras de perros y sin gusto para nada... que no pensábamos en el porvenir y que poco á poco nos iríamos envi-

ciando en forma tal, que el juego y las trasnochadas se nos harían una costumbre.

—Tú ves perfectamente—continuó,—que los más aprovechados de nuestro grupo, John y Edwards, son precisamente los únicos que no trasnochan. ¿Cuándo los has visto retirarse de una partida después de las once? Nunca, ¿verdad? ¡Y, sin embargo, son los primeros que llegan á lo de Pancho y tal vez los que se divierten más con el juego!

—¡Ah, sí! ¡qué gracia!—argumenté riendo.—También son ellos los únicos que se atreven á marcharse ganando antes que termine la partida, mientras que tú, ni yo ni ninguno de los otros...

El se incomodó entonces.

Ya estaba diciendo yo una picardía, una injusticia, por no dar mi brazo á torcer. Perdiendo ó ganando los hermanos Gárdener abandonaban la partida siempre á las once, como á todo el mundo le constaba.

Hubo un corto silencio sólo interrumpido por el ruido acompasado de nuestros pasos, resonando en la calle desierta, y el cabo Julio volvió á tomar la palabra.

—Al fin y al cabo él ya estaba descartado, ya había hecho su resolución y nada podría volverlo atrás, pero sentía por mí que era un muchacho decente y de buena índole, á quien arrastraban al vicio las malas compañías.

Al oír esto no pude contenerme y estallé en una ruidosa carcajada.

— ¡Qué rico tipo ! ¡ Qué se había pensado !... ¿ O es que se creía que yo necesitaba de sus consejos para corregirme ? ¿ Acaso no era él precisamente uno de los más empecinados de la partida, y á la vez uno de los que habían hecho en ella pérdidas mayores ? ¿ No se jugó la vez pasada trescientos pesos que su mamá le había confiado para que pagase la contribución directa ? ¿ Cuándo me habían ocurrido á mí cosas semejantes ?

Sin cortarse por mí ese abrupto, él explicó muy tranquilo :

— Era por eso, por eso mismo que había resuelto marcharse al campo, hacerse un hombre de provecho y olvidar...

Si un rayo hubiera caído á nuestros pies, no me hubiera producido, estoy seguro, el efecto que me causaron sus palabras.

— ¿ Tú ? — exclamé deteniéndome bruscamente, — ¿ tú piensas marcharte al campo ? ¿ Estás loco, Julio ?

— Sí, es cosa decidida ; me voy para fin de mes ; pero te ruego que me guardes el secreto, porque no quiero que los muchachos lo conozcan hasta que todo esté listo para mi partida...

Yo, que no salía de mi asombro, volví á interpelarlo casi á gritos :

—¿Pero, cómo? ¿Adónde vas? ¿Es por mucho tiempo? ¿Qué piensas hacer?

El me explicó entonces detenidamente.

Su mamá poseía, entre otras propiedades, una estancia en Guamini, estancia que estaba muy mal administrada y en manos, podía decirse, de un pobre gaucho, que apenas si conseguía conservarla.

Pues bien; de ese establecimiento de campo es que él iba á hacerse cargo y tratar de mejorar, introduciéndole toda clase de reformas y dedicándole sus energías por completo.

Su mamá se había opuesto mucho á su determinación, porque, como á hijo único, la pobre señora lo mimaba entrañablemente y no podía conformarse de ningún modo con la idea de alejarlo tan joven de su lado, pero él, á fuerza de razones y de halagos, había conseguido por fin su consentimiento.

—Ignoro—me confesó,—hasta los conocimientos más elementales que se requieren para entregarse á las faenas rurales. No sabría distinguir, te aseguro, un toro de una vaca, cosa que no puede admirar á nadie y mucho menos á ti, que sabes perfectamente que en mi vida he salido de Buenos Aires. Pero creo, sin embargo, ó más bien dicho, tengo la firme convicción de que pronto me pondré al corriente de todo, porque, por más que se diga, esos trabajos camperos no han de ser cosa del otro mundo.

—Sí, pero tan lejos—argumenté,—¡ te vas tan lejos también!

—¡ Oh! —repuso Julio riendo,— ¡ me voy adonde puedo! ¡ Allá tenemos la estancia!

¡ Qué cosa bárbara!

Julio Madero tan luego, el más petimetre de nuestro grupo, el más *dandy* y el más aseñorado de todos, yéndose al campo á lidiar con gauchos y con animales salvajes, á quemarse la cara con el sol y á desformarse aquellas sus bellísimas manos tan cuidadas que parecían las de una dama. ¡ No podía ser! Julio fracasaría de un modo lamentable y ridículo. ¿Qué apostábamos á que estaba de vuelta antes de quince días?...

...No obstante, cuando lo dejé á la puerta de su casa, me pareció que se había agrandado mucho, enormemente, y que yo, sin embargo, continuaba pequeño como un gorgojo.

XI

Los salones del «Prince» resplandecían bajo la intensa fulguración de las arañas, y la concurrencia enorme se agitaba expansiva y bulliosa entre las armonías que desgranaba la orquesta.

Los elementos más espectables de la colonia inglesa habíanse dado cita en aquella fiesta que la fraternidad ofrecía á los oficiales de un

crucero de su R. M. B., surto en nuestro puerto, y cuyos prestigios bélicos y continente bizarro, estaban llevando hasta los diques verdaderas procesiones de gente dominguera.

Las entradas, el *hall*, los pasillos, todo, en una palabra, había sido adornado con plantas y con flores y la bandera británica irreverentemente prodigada, enlazando sus colores severos con el verde rabioso de las guirnaldas guarangas, daba al recinto un extraño aspecto abigarrado.

Se bailaba con entusiasmo, con apasionamiento, con esa alegría infantil y sana que ponen los ingleses en todas sus diversiones, y que quitando á la danza sus sensualismos maliciosos, la deja convertida en un deporte violento.

Los rostros se congestionan, los ricos vestidos se ajan ó se desgarran, los cuellos ablandados por el sudor se acordeonan en torno de los cogotes taurinos, los pies de las bellas danzantes sufren presiones horribles.

...¡ Pero no importa! Aquello es diversión, aquello les agrada, aquello, en fin, parece transportarlos á su ilustre patria lejana, á esa vieja madre egoísta, que, no obstante haberles arrojado de su seno, les aguarda ahora entre sus velos de niebla, tranquila y confiada, porque sabe que han de volver algún día, cargados de botín como una larga fila de hormigas laboriosas...

...Había llegado á la fiesta bastante tarde, y por consiguiente cuando pude acercarme á Manuela, que paseaba con un arrogante oficial del crucero, tuve el disgusto de ver que una buena parte de las piezas de su *carnet* habían sido ya solicitadas y, por lo tanto, hube de conformarme con un pobre vals lejano, que entre otros pocos bailables había escapado á la marca, en aquel programa lleno de extraños jerglíficos.

Este fracaso y la frialdad evidente con que Manuela me había saludado, tras una ausencia tan larga y tan mortificante, produjeron en mi espíritu un desaliento horrible, un desencanto grandísimo que me obligó á refugiarme en uno de los ángulos del salón, donde me senté anodado.

¡ Todo el castillo de naipes construido durante su ausencia por mis lirismos de niño, se había venido abajo de un golpe, ante aquella cara fatal, ante aquella cara de inglesa falsificada y cínica puesta por ella de exprofeso, sin duda, cuando en presencia del gallardo marino que la acompañaba, se dignó concederme una mísera pieza! Una sola pieza á mí, que con el alma llena de ansias, la había estado aguardando por espacio de tanto tiempo; á mí, que sólo vivía de su recuerdo, tratarme de esa manera cruel é ingrata, y perderse luego entre el bullicio de la danza, dejándome abandonado, en medio de aquel mundo extraño, indiferente, que reía y se

divertía ajeno á todo, atrincherado en su salvaje exclusivismo.

¡ Ah! ¿ Pero quién tenía la culpa de todo aquello, sino yo mismo? ¡ Yo, mísero iluso, que había estado forjándome quimeras cuando la otra no tenía conmigo ninguna afinidad, cuando en la tarde inolvidable de la fiesta de los Grafter, no había sido capaz de decirla una palabra, y cuando me constaba, sobre todo, su aversión manifiesta hacia los hombres, confesada por sus mismos labios con tonta ingenuidad y objeto ya del comentario de las gentes!

Pero entonces también, ¿ por qué me miraba de aquel modo algunas veces? ¡ Ah, en algo fundaba yo mis ilusiones! ¿ Aquella tarde misma en el desfile de Florida, no me había clavado los ojos llenos de malicia, hasta el punto de llamar la atención á los muchachos que me acompañaban, y que me inundaron el alma de alegría felicitándome entre broma y broma por mi conquista envidiable?

¡ Pobre Williams, pobre niño idiota! ¡ No sabías que las mujeres no han menester de largas disertaciones para convencerse de que se las ama! ¡ No sabías que mucho antes de que nosotros nos sintamos cautivos de sus hechizos, ellas han presentado ya el fenómeno! ¡ Ni sabías tampoco con toda tu experiencia de introductor de máquinas agrícolas, que un revés sufrido no obsta al éxito de una grande empresa!

Y la orquesta, instalada en su alto estrado,

allá en el fondo de la sala, la orquesta, digo, que sólo dejaba ver por encima de la baranda esculpida los retorcidos clavijeros de los contrabajos y las blancas cintas de los arcos moviéndose incansables, seguía vertiendo, en tanto, torrentes de armonías voluptuosas, de armonías alegres como risas, que revoloteaban por todas partes, para escaparse luego á la calle húmeda y fría, donde velaban los cocheros somnolientos ...

—¡ Oh, inglés ! ¿ Qué haces ahí tan solo ?

—¿ Eh ? ¡ Ah ! ¿ Cómo estás, Miguel ?—exclamé poniéndome de pie ante mi interlocutor, que no era otro que Miguel Sánchez Belgrano, acompañado de una interesantísima niña.

—Miss Agnes Gárdener... Míster Williams, Fernández... el amigo inseparable de su hermano Edwars...

—¡ Ah, sí ! ¡ Es verdad !—exclamó ella estrechando mi mano con un movimiento lleno de gracia, aunque quizás un tanto varonil.—Míster Fernández es un viejo amigo de mis hermanos y su nombre muy familiar en nuestra casa.

—Muchas gracias, señorita, usted es bien amable conmigo—repuse en inglés.

Y agregué luego haciendo derroche de mi rancia galantería latina :

—Aunque hace ya muchos años que tuve el honor de ser presentado á usted, miss Agnes, la he reconocido, sin embargo, esta noche ape-

nas la vi, porque su elegancia y su gracia características no son cosas que uno pueda olvidar tan fácilmente.

Mentí, sin duda alguna, al decir esto, y mentí con verdadero cinismo, porque había conocido á miss Gárdener cuando era todavía una chiquilina, desproporcionada y antiestética, y la encontraba ahora á su regreso de Londres, donde pasara seis años recluida en un colegio, transformada en una mujer, llena de encantos y de exquisitas seducciones. Pero como todas, en el mundo todas son sensibles ante halagos de los hombres, la hermana de Edwards se rió con ganas y, agitando su rubia cabeza soñadora y mostrando la impecable blancura de sus dientes, protestó agradecida :

— ¡ Oh, míster Fernández ! ¡ No diga eso !...
¡ Oh, míster Fernández !

Yo tomé coraje :

— Es la pura verdad, miss Agnes, y si usted tuviera la complacencia de concederme el lanceros que se van á ejecutar, me obligaría á añadir sin duda una nueva virtud á la lista de las muchas que ya le tengo reconocidas...

— ¿ Ah, sí ? ¿Cuál, míster Fernández ?

— ¡ La caridad, miss Agnes, la caridad !...

— ¡ Ah, bueno ! ¡ Cómo no, con mucho gusto !...

— ¿ Entonces, Miguel, con tu permiso ?...

El pobre *Bastini*, que nos había estado considerando muy risueño, y con su eterna cara de

ingenuo, me cedió gustoso sus derechos, y cuando nos disponíamos á marcharnos, nos detuvo un momento para contarme con mucho apresuramiento :

—¡ Ah ! Esta noche estuve en tu casa, *inglés* ; pero no te encontré...

—Me imagino, querido, puesto que yo no estaba en ella...

—¡ Ja, ja, ja ! ¡ Siempre el mismo ! Fui, sabes, para llevarte la invitación que me habías encargado...

—¡ Ah, es verdad ! ¡ Muchas gracias ! No la necesité porque vine con Edwards. Pero es lo mismo... ¡ Muchas gracias, Miguel !

—¡ De nada !

—¿ Vamos, miss Agnes, si usted gusta ?

—Vamos.

Pero él nos detuvo una vez más para decirme algo importante.

—¿ Sabes, Williams, que hoy tuve el placer de saludar á tu hermana ?

—¿ Ah, sí ? ¡ Me alegro, hombre !

—Sí ; ¡ y está lo más interesante !

—Gracias, *Bost...* Miguel, quiero decir.

Y del brazo con miss Agnes nos alejamos rápidamente en busca de *cuadro*, porque la orquesta preludiaba ya un espléndido lanceros...

XII

Estábamos en el ambigú, Agnes sentada frente á mí, con los antebrazos apoyados en la débil mesita que nos separaba, y sosteniendo con ambas manos la copa de champagne en que bebía á pequeños sorbos, me miraba en silencio.

Al verla tan fina, tan esbelta y en aquella postura de elegante abandono, parecía imposible que fuera la misma chica desgarrada y flaca á quien viera una vez en casa de Edwards, subir á la barra y poner en evidencia las extremidades más escuálidas del mundo... Aquellas manazas prosaicas se habían transformado en dos nerviosas arañas de marfil; aquellos pies enormes para una niña de doce años, asomaban por debajo de la falda, coquetos, diminutos, y aquel busto agobiado de clorótica, diríase, erguido en medio de la fiesta, una blanca corola de azucena que acabara de abrir aquella noche.

Es que con las mujeres... inglesas, ocurre lo que con los caballos de raza. Nada hay más desproporcionado y ridículo que un potrillo *pur sang* de pocos meses...

La compañía de Agnes me llenaba de orgullo y de satisfacción, no sólo porque su belleza atraía las miradas de todos, sino también porque había observado que desde el momento en

que Manuela nos viera juntos, no me quitó los ojos de encima, dando á la vez muestras de un malestar evidente, que se traducía en fruncimientos de cejas, sonrisas desconfiadas, y tironcitos nerviosos á sus largos guantes de dieciocho botones.

Ahora estaba allí, casi á espaldas de mi pareja, en compañía de un respetable *gentleman*, y mirándome, mirándome siempre como si quisiera decirme muchas cosas, con sus grandes ojos sombríos.

Yo, que no supe explicarme el por qué de aquellas nerviosidades expresivas, tuve, sin embargo, la intuición de que á Manuela no le era grato verme en compañía de la preciosa londinense, y vengativo, me propuse entonces mortificarla en lo posible, manifestándome cada vez más obsequioso con la hermana de mi amigo, que sabía seguir la corriente y con la cual intimamos tanto, que no tardó en confesarme con toda ingenuidad, y llevada por el exclusivismo atávico de su raza, lo mucho que sentía que yo no fuera inglés verdadero...

...En torno nuestro, la concurrencia, entregada á la alegría más franca, producía un bullicio tan estruendoso que los estampidos de las botellas de champagne al descorcharse, apenas si se oían en medio de las risas y de las charlas.

Manuela, cada vez más nerviosa, se revolvía en su asiento, cambiando continuamente de postura, y el respetable *gentleman* que la acom-

pañaba no conseguía interesarla en lo más mínimo.

De repente pasó por allí mister Sylvan, muy tieso y muy colorado, llevando en sus manos una botella de *champagne* recién abierta.

Manuela le llamó con un gesto, y su eterno satélite se apresuró tanto para obedecerla, que al poner la botella sobre el borde de una mesita, ésta se vino al suelo entre las risas de todos.

Noté que Manuela, al hablar con mister Sylvan, debió referirse á nosotros, porque éste miró instintivamente con sus ojos raros hacia nuestra mesa, alejándose después muy pensativo.

Cinco minutos más tarde, y en circunstancias en que Agnes me contaba los mil trabajos que había pasado en el colegio, por aprender á patinar, mister Sylvan se presentó á nuestro lado muy amable y sonriente.

—Miss Agnes—dijo,—vengo á buscar á usted para que bailemos una pieza...

—¡Caramba! Mister Sylvan... ¡Estoy tan cansada!...

—¡Oh! ¡Oh! — replicó él burlonamente.— ¿Usted cansada? ¡No diga eso, miss Gardner!

—¿Qué tocan, señor Sylvan?—pregunté yo entonces con desgano.

—¡*The Girl's waltz, my dear sir; the Girl's*

waltz!—respondióme el pobre con fingido entusiasmo.

Agnes me consultó con una mirada, y viendo sin duda mi actitud completamente pasiva, se puso de pie para acompañar á su nueva pareja.

—Bueno, míster Fernández, con su permiso, ¿será hasta luego, no?

—¡ Sí, hasta luego, miss Agness, y muchísimas gracias!

Ellos se alejaron rápidamente tomados del brazo, y yo permanecí de pie, por espacio de algunos segundos, pensativo, ante la mesita vacía y mirando sin ver á unos mozos que forcejeaban por destapar una botella rebelde.

El ambigú íbase quedando desierto; pues la mayor parte de la concurrencia afluía de nuevo al gran salón, desde donde llegaban apagados los acordes del espléndido vals.

Me volvía lentamente dispuesto á marcharme, cuando me llamaron con voz apresurada.

—¡ Oye, Williams, oye!

Era Manuela, Manuela acompañada aún por aquel apuesto gentleman de canosas patillas.

—Vén—exclamó muy risueña y en buen español.—Vén, ¿ó es que haces el interesante?

Me aproximé á la pareja un tanto cortado por mi falta de mundo y por la situación difícil en que me hallaba aquella noche, y Manuela me presentó á su acompañante.

—El joven Williams Fernández... el señor

Linck, uno de los hombres más distinguidos y bondadosos del país...

Y se rió luego con su eterna risa cristalina.

El famoso protector de la familia de Sánchez Belgrano, me acogió con suma benevolencia, diciéndome en el tono de aquel que hace una amable concesión, que, á juzgar por el aspecto, yo podría pasar por inglés en cualquier parte.

—¡ Muchas gracias, señor !

Y me quedé tan tieso como un capitán que acaba de ser ascendido sobre el campo de batalla.

Manuela tomó la palabra.

Sí, era yo, aquel jovencito de quien tantas veces le había hablado y que, aunque de menos edad que ella, parecía ya un hombre hecho por su seriedad y reposo... Argentino, *pero* perteneciente á una aristocrática familia ; á una familia rica que figuraba entre la mejor sociedad de Buenos Aires.

Míster Linck hacía signos de asentimiento con la cabeza, y yo me moría de vergüenza.

Manuela prosiguió, en un tono casi maternal :

—Le conozco desde que era niño, he sido muy amiga de su hermana y la quiero muchísimo...

Míster Linck, que sonreía casi imperceptiblemente ante tal avalancha de detalles, la interrumpió para preguntarme con su laconismo británico :

—¿Trabaja? ¿Estudia?

—Trabaja en casa de mister Steel—se apresuró á responder Manuela antes que yo tuviese tiempo de despegar los labios ;—y tengo entendido, señor, que es uno de los mejores empleados...

Al oír cosa semejante no pude contener la risa.

¿Estaría por volverse loca Manuela?

¿Qué se propondría al decir semejante mentira?

Mister Linck me sacó del apuro, ó por lo menos lo creyó así, pues dijo con acento sentencioso y grave :

—*Monoela* es una niña muy buena... ¡ Tiene un gran corazón !

Y dicho esto en un español arrevesado, se dispuso á marcharse con su compañera, pero *Monoela*, que pensaba de distinto modo, sin duda, lo detuvo para decirle respetuosamente, en inglés :

—Perdone, señor Linck... He prometido esta pieza al señor Fernández... y...

El la interrumpió con vehemencia obsequiosa :

—¡ Oh, oh, *Monoela*, *Monoelita*, como usted guste ! ¡ No faltaba más !...

Pero cuando nos despedimos ya tomados del brazo, me pareció ver en su fisonomía un marcado sello de disgusto...

Dos vueltas dimos al salón ; dos vueltas bien

cabales, sin que me atreviese á dirigirla la palabra.

Aquella divina criatura, caminando á mi lado con su paso flexible y elástico, me dominaba á tal punto, que me sentía incapaz de formular una sola pregunta, de las tantas que germinaban en mi mente.

Ella habló al fin, vacilante, en voz baja y fijando en los míos sus grandes ojos interrogadores.

—Este—dijo,—es tu vals, el vals que me pediste hoy temprano... ¿Por lo visto, no te acordabas ya?

—Yo... yo—tartamudeé sin saber que responderle.—¡Yo no lo había olvidado!

Ella rió entonces y añadió con un dejo de amargura :

—No lo habías olvidado... y he tenido que llamarte... ¡Cómo son los hombres, Williams!

La injusticia de Manuela hizo sangrar la herida de mi alma, y toda la amargura que llenaba mi corazón aquella noche, se desbordó como un torrente.

¡ Ah ! ¿ Se imaginaba ella que yo estaba dispuesto á servirla de juguete ? ¿ Creía acaso que después de todos los desaires que me había inferido, iba á empeñarme en hacer valer mis derechos sobre una mísera pieza concedida por limosna ? ¡ No, mil veces no ! Se equivocaba. ¡ Yo no era un tonto ni un indiscreto, y si ella quería seguir galanteando con aquel estúpido oficial

inglés, ó con ese otro viejo antipático, ya podía hacerlo, que no sería yo quien fuera á molestarla !

Cuando me detuve para tomar aliento, Manuela dijo muy risueña, pero pensativa y con marcado acento de ternura :

—Eres injusto, Williams, muy injusto conmigo...

Yo la miré con cólera, pero no dije nada... no podía...

Ella prosiguió entonces tras una pausa breve :

—En primer lugar, tú no me has solicitado más que una pieza, la que te he concedido y si...

—¡ Bonita pieza !—interrumpí yo,—una pieza de la segunda parte del programa. ¡ Bonita pieza !

—¡ Pero Williams, yo no tengo la culpa de que hayas venido tan tarde á la fiesta ! Debes comprender que si me solicitan piezas, tengo que darlas. ¡ Es lo correcto !

Manuela tenía razón, y lo más ridículo del caso es que se empeñara en dar explicaciones que no debía de ningún modo, puesto que yo no era para ella más que un conocido que si bien la amaba furiosamente, no se lo había manifestado todavía de una manera categórica.

—Debes saber — continuó ella,—que el teniente Foil, es sobrino de míster Linck, quien me ha encargado que lo atienda...

—Sí, pero...

—Míster Linck ha sido y es para mí como un segundo padre. Williams, mi familia y yo, le debemos muchos servicios.

Enternecido por la bondad de sus palabras que como un bálsamo consolador y suave iban cayendo gota á gota sobre mi corazón enfermo, estuve á punto de declararle, en frases deshilvanadas y vehementes, la inmensa pasión que sentía por ella y cuyo secreto se iba convirtiendo para mí en un martirio horrible, pero no me atreví, la tuve miedo.

Esa eterna sonrisa juguetona que vagaba por sus labios burlones, me contuvo, me acobardó de tal modo, que en vez de dar el paso decisivo, formulé una pregunta tan tonta como destinada.

—Dime, Manuela. ¿Es verdad que míster Linck ha sido para ustedes una verdadera providencia?

Ella recapacitó un momento y luego repuso :

—Sí, Williams ; tanto el señor Linck como sus dos hijas, Hellen y Harriet, han sido muy buenos con nosotros y por cualquiera de ellos, lo aseguro, me echaría de cabeza á un pozo.

—¡ Caramba !

—No, no te rías... Tú sabes que nosotros, no obstante nuestro apellido y nuestras vinculaciones, vivíamos aisladas, porque la muerte de papá nos dejó en la última miseria, y es, gracias á la ayuda de estos amigos, que hoy pode-

mos desenvolvernos libremente y ocupar el puesto que legítimamente nos corresponde entre la alta sociedad porteña.

Yo guardé un silencio discreto y ella prosiguió :

—María, Mariquita, mi hermana, está muy enferma como tú sabes, padece de los pulmones y gracias á la temporada que pasamos en la estancia de Linck, es que se encuentra ahora mejor.

—Sí, me contó Pancho Somoza.

—¡ Ah ! ¡ Somoza ! No me hables de ese compadre, es un guarango... Figúrate que el otro día regresaba yo, sola y á pie, de casa de Graf-ter, cuando lo encontré en la esquina de Perú y Alsina en compañía de varios de sus amigos. ¿ Y sabes lo que dijo en voz alta y después que me hubo saludado ? « ¡ Ahí va la inglesa de juguetería ! » ¡ Figúrate !

La anécdota me hizo el mismo efecto de una bofetada, y la sangre se agolpó á mi cabeza, pero Manuela que lo notó, sin duda, se apresuró á tranquilizarme, agregando :

—¡ Ah, pero yo se lo conté á Miguel aquella misma noche, y mi hermanito le cantó cuatro frescas !

...Caminamos en silencio por espacio de algunos minutos.

Manuela no me quitaba los ojos de encima, aquellos sus negros ojos, más expresivos que el mejor de los poemas, mientras que yo torturaba

mi mente afiebrada, tratando de conciliar tanta belleza y tanta gracia, con intelecto tan pobre.

Al fin dije :

—Tú no sabes, Manuela, el inmenso mal que te estás causando con tus excentricidades ; todo el mundo te critica y no se ocupa de otra cosa que de ti.

Ella tuvo la respuesta arrogante de los tontos :

—¿ El mundo ? ¡ Qué me importa á mí de lo que diga el mundo ! Yo obro correctamente... me parece, y se acabó.

Insinuante, pero cobarde, yo proseguí :

—Sí, Manuela, yo pienso lo mismo—mentira, opinaba todo lo contrario,—yo pienso lo mismo, pero siempre hay que tener un poquito en cuenta á ese mundo, porque es muy perverso y puede destruir en un momento la buena reputación de una persona.

—¡ Tenga yo la conciencia tranquila—repuso ella muy risueña,—y diga el mundo lo que quiera !...

¡ Triste concepto de las cosas, que suele costar caro, petulancia ridícula que afirma en la duda !

—Tú no me comprendes, Williams —prosiguió Manuela con amargura.—Nadie me comprende ni se da cuenta de la importancia del papel que estoy desempeñando. ¡ Creen que es la

moda la que me ha convertido en una inglesa verdadera y se equivocan ; no es así !

Yo la miraba con los ojos muy abiertos.

—...Tú sabes—continuó en voz baja y deteniéndome en uno de los ángulos del salón, y ante un bosquecillo de plantas de adorno,—tú sabes que la raza sajona es muy superior á la nuestra por cualquier lado que se la tome, y que los ingleses sienten por nosotros, si no desprecio, por lo menos muy poca consideración.

—¡ Sí, es verdad !

—Pues bien, míster Linck, que me idolatra como á una hija, no sé por qué, porque le habré caído en gracia tal vez, dice que se ha propuesto hacer de mí una inglesa verdadera y que ha de conseguirlo, cueste lo que cueste.

Yo suspiré pensando en la obsesión de mi padre, y ella agregó con vehemencia :

—Lo que yo siento, Williams, es que tú, *tan luego*, critiques mi proceder, tú que te hallas en una situación inmejorable para...

En este momento míster Linck, muy apresurado y en compañía de Harriet y de Hellen, vino á buscar á Manuela. Se marchaban ya, era muy tarde.

Manuela hizo mi presentación, poniendo la cara más inglesa del mundo, y aquellas dos feas muchachas me saludaron con la frialdad más británica...

...Dos minutos más tarde, cuando me despedía de ella, ante la portezuela abierta del ca-

rruaje de míster Linck, Manuela me dijo al oído oprimiendo mi mano entre la suya, diminuta y tibia y clavando sus ojos en los míos con un no sé qué de tímida malicia :

—Adiós... adiós... ¡ Ingrato !

¡ Entonces me pareció que toda la luz de aquella opulenta aurora bonaerense, era luz que sobraba de mi alma !

XIII

Lo que mi pobre padre no había podido obtener, ni con ruegos ni con amenazas, consiguió Manuela sin ningún esfuerzo, tan pronto como lo quiso.

Bastó una ligera indicación de su parte, para que me dedicara en cuerpo y alma á la tarea de *inglesarme* y de hacer creer á todos, que yo era un sajón auténtico.

Apasionado por temperamento, tomé la cosa con tal entusiasmo, que antes de un mes había caído ya en exageraciones tan criticables y ridículas, como las de la misma Manuela.

Fumaba, en pito, ese tabaco norte-americano que levanta ampollas en la lengua, doblaba los bajos de mis pantalones, porque había oído decir que los londinenses se ven obligados á adoptar esta precaución, debido á la humedad de sus calles, y, por último, dedicaba á los *sports* todo el tiempo que la oficina me dejaba disponible.

Como comprenderá el lector, esto constituía para mí, más que un placer, un verdadero sa-

crificio, puesto que mi haraganería ingénita y mis costumbres sedentarias no se avenían de ningún modo con los esfuerzos brutales y fatigosos que exige todo deporte gimnástico.

Edwards, que por fin había logrado hacerme practicar el arte del boxeo, estaba muy satisfecho de mis progresos, y, sin embargo, era este el *sport* que menos me seducía, pues si bien es cierto que me hubiera agradado mucho vencer en pugilato á todo el mundo, no me gustaba nada, en cambio, que el profesor me metiese los guantes por los ojos, en las pesadas y formidables lecciones del Club de Gimnasia.

Por eso el aprendizaje aquel me resultó al principio bastante duro, viéndome obligado, por consiguiente, á hacer verdaderos esfuerzos para no echar al diablo aquellos *upper-cuts* y *cross-counter*, capaces de deslomar á un burro.

Pero á los dos meses de trabajo, y aunque era un boxeador muy mediano todavía, ya le había tomado gusto á la cosa y, según la expresión de Somoza, tenía en una *mise en scene barbara*.

Caminaba con los brazos en arco y el pecho dilatado, ocupando todo el ancho de la calle, bebía *whisky* como un fogonero y no hablaba de otra cosa que de mandíbulas rotas, de *heart-blows* y de horribles golpes *in the solar plenus*.

Todo el mundo, todo el mundo criollo, se entiendo, empezó á llamarme *boxeador*, *el inglés Williams el boxeador*; calificativo que yo pasca-

ba por los cafés y por los teatros, orgulloso, como si se hubiera tratado de un título académico.

Con el transcurso del tiempo, y mi amor propio exagerado, el dichoso *box* llegó á convertirse para mí, en una obsesión verdadera. Williams, *el inglés Williams, el boxeador*, se empeñaba á todo trance en sobresalir entre los demás aficionados, de tal manera, que fueron muchas y muy dolorosas las derrotas que sufrió en el *ring* del Club de Gimnasia, sitio obligado de sus reñidos encuentros.

—¡ Que fulano ha dicho que él se comprometía á vencerte en dos *rounds* de tres minutos cada uno !

—¡ Ah ! ¿ Sí ?

Y Williams el *boxeador* se constituía incontinente en el domicilio del mencionado pugilista, para rogarle cortésmente que le sometiera á la prueba.

El encuentro se verificaba aquel mismo día y vencedor ó vencido, el inglés Williams salía del *ring* orgulloso como un gallo de pelea.

Aquel día me estaba batiendo por centésima vez con un tal Somellera, aficionado cuyas fuerzas y conocimientos pugilísticos estaban tan equilibrados con los míos, que jamás logré vencerle, cuando vi aparecer junto al *ring* á Miguel Sánchez Belgrano, pálido como un muerto y con la faz desencajada por completo.

—¡ Oye, *Inglés*, oye un momento !

Salí del *ring* aturdido, precipitadamente, enredándome en las cuerdas y sintiendo dentro del pecho que un torrente de angustia me subía á la garganta.

—¿Qué hay, caramba? ¿Mamá? ¿Quién?...
—grité con una voz extraña y atiplada y Miguel, que apenas podía articular una palabra, dijo temblando :

—¡Tu papá, hombre, vístete, vamos pronto!...

Encontramos la casa llena de gentes, de gentes desconocidas en su mayor parte para mí, y que mirándome curiosamente se hacían á un lado para dejarme pasar.

Mi padre yacía de espaldas en su lecho, con las ropas en desorden y la pechera de la camisa empapada por la sangre espumosa que aún manaba de su boca.

Estaba muerto, y horrible agonía había desfigurado por completo su pálido semblante, contraído ahora por una mueca espantosa.

Aturdido, idiotizado por el golpe, sin otra sensación de mi existencia física que un gran frío en el corazón y oyendo, sin escuchar, los alaridos histéricos que lanzaba *La Negra* allá en su alcoba lejana, donde la oficiosidad de las amigas había recluido á mamá, permanecí de pie ante el lecho mortuario, contemplando el cadáver que parecía mirarme con sus ojos inmóviles, hasta que el señor Foster me sacó de allí cariñosamente...

Y esas larguísimas horas que preceden á los entierros, se fueron deslizandó lentas, pausadas, vestidas de luto, y yo que las conté una por una, hosco y huraño, allí en la capilla ardiente llena de flores, no me apercibí, sin embargo, de que se iban llevando mis ilusiones más caras.

Todo aquel cuadro de desolación y de duelo, cuadro que se conserva en mi mente como una franja de luto, luce, no obstante, una pincelada de luz :

¡ Manuela, entrando en el Pilar con su vestido *tailleur* color castaña !

XIV

—Sí, querido—repitió Pancho Somoza, apartando de sí las cartas que le habían servido para entretenerse en uno de sus odiosos solitarios.— Sí, querido ; resulta que el pobre *Bostini* está perdidamente enamorado de tu hermana. Si *El Pampa* me hubiera descargado su puño formidable sobre la cara, sin decirme ¡ agua va !, no hubiera experimentado, estoy cierto, sorpresa tan grande ni tan ingrata, como la que me produjeron sus palabras.

—¿ Qué dices?... ¿ Estás loco, hombre?—pregunté con el rostro demudado por la indignación.

El se echó á reír con sorna y agregó :

—Vaya, hombre, este es el caso : « Todo Ma-

drid lo sabía menos él.» Me extraña mucho que la cosa no haya llegado á tu conocimiento cuando la sabe todo el mundo...

Yo lo miraba con los ojos muy abiertos y me mordía los labios.

El prosiguió :

—Vieras que *solos* me *pega* todas las noches el rico tipo... ¡ No sabe hablar de otra cosa !... ¡ Pobre bicho, tiene un *camote* de la *Madonna* !

Y continuó, perverso, por largo rato amontonando una serie de detalles para convencerme de la verdad de sus afirmaciones, sin ver que cada una de sus palabras me hacía el mismo efecto de un martillazo que hendiese cada vez más á mí y á los míos en el fango del ridículo y de la burla.

¡ Esto sólo me faltaba, Dios mío ! ¡ Esto sólo ! ¡ Miguel Sánchez, ese infeliz, ese idiota, hazme reir de todos mis amigos, erigido ahora en festejante de mi hermana ! ¡ Vamos, que era imposible !

La sangre se agolpaba á mi cabeza. ¡ Ah ! Iría en seguida á preguntárselo á *La Negra*, á exigirle que desmintiese la especie, para poder hacerlo luego, á mi vez, delante de todo el mundo.

—¡ Adiós, Pancho !

—¿ Te vas ?

—Sí, me voy. Tengo mucho que hacer.

—¡ Bueno, felicidad !

Y *El Pampa* me estrechó la mano exclamando :

—¡ Al fin y al cabo, qué te importa ! ¡ Miguel es un buen muchacho !

—¡ Sí, muy bueno !

Y con las mandíbulas apretadas por la rabia, salí, llevándome las cosas por delante.

La Negra no estaba en casa. Desde que murió nuestro padre, se acostumbró tanto á la compañía de las primas, que la mayor parte del día se lo pasaba con ellas.

Encontré á mamá sola, según costumbre, y con los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿ Viste á tu tío ?

—No, mamá ; no he podido ir—me apresuré á responder,—anda ocupado en un asunto muy grave...

—Mira que es necesario que Alfredo arregle esa cuestión con la compañía de seguros... Yo temo que el descuido de tu padre y el desorden en que ha dejado sus asuntos, vaya á traernos algún disgusto grave.

—¡ No, mamá, no temas ; yo mismo lo arreglaré todo !

Hubo un silencio. Mi madre lagrimeaba sobre su costura y yo, de pie ante ella, me comía las uñas nerviosamente.

De pronto dije :

—¿ Sabes, mamá, que *La Negra* tiene un festejante ?

—¿ Un festejante ?

Y el rostro de mi madre reveló tanta incredulidad como sorpresa.

Yo continué :

—Sí, mamá, un festejante. Y ¿á que no se te ocurre quién puede ser?

—Supongo que no lo dirás por Miguel Sánchez...

—Precisamente. Tú lo has acertado. ¡ Es ese imbécil quien festeja á *La Negra!* ¡ Figúrate qué ganga, para ella y para nosotros!...

Mi madre se echó á reir.

—¡ Bah! ¡ Bah! ¡ Bah! Entonces no es nada... ¡ yo creía que era otra cosa!

Yo abrí los ojos desmesuradamente.

—¿Cómo? ¿Cómo que no es nada?

—Quiero decir, que aun cuando sea cierto que Sánchez la festeje, no tengo el menor cuidado de que tu hermana vaya á hacerle caso.

Mamá hablaba con convencimiento, y esto me trajo un gran alivio ; sin embargo, le pregunté :

—¿Por qué, mamá? ¿Cómo lo sabes?

—¡ Porque el otro día Laura le dió bromas con él delante de mí, y vieras cuán furiosa se puso!

Dijo que Miguel Sánchez era un papanatas, un boqui-abierta y que la hacían muy poco favor suponiendo que ella pudiera fijarse en tipo tan ridículo.

—¿Eso dijo?

—Sí, hijito ; eso y otras muchas cosas más ;

¡ ya sabes cómo es tu hermana cuando se enoja ! ¡ El vivo retrato de tu padre !

—Sí, muy bien—continué yo,—pero cómo es, entonces, que todo el mundo los da como novios... Ahora mismo...

Mamá me interrumpió vivamente :

—Yo no sé nada, hijo ; pero tú comprendes que si *La Negra* estuviera enamorada de ese mozo, no hablaría de él en términos semejantes.

—Sí, sí, mamá ; pero también es cierto que no sería la primera vez que una mujer se enamore de un hombre y se case con él después de haberse mofado hasta el cansancio.

Mamá se puso grave.

—Todo puede ser, hijo... Todo puede ser... En este mundo no debemos extrañarnos de nada.

Y presa de su eterna melancolía volvió á sollozar amargamente.

...*La Negra* negó la imputación en la forma más rotunda ; se puso furiosa.

Dijo que no parecía sino que el mundo entero se hallase empeñado en obligarla á que *llevara el apunte á aquel zopenco*, tales eran las preguntas y los consejos que le llegaban de todas partes ; pero que eso solo bastaba para que ella se hiciese lo contrario y para que Miguel Sánchez le pareciera aún más ridículo y odioso.

—Sí—exclamé yo,—pero la cuestión es que

el tipo te festeja y que las gentes no se ocupan de otra cosa...

—Me festeja, sí, me persigue por todas partes, no lo niego, pero, ¿qué quieres que yo haga?

—¡ Me parece—añadí entonces en tono paternal,—me parece que una niña tiene mil medios á su alcance para convencer á un hombre, sin incurrir en guaranguerías, de que está de más y que fastidia!

Ella se rió con amargura.

—¡ Oh, Williams, eso se dice muy fácilmente!... Pero cuando el tal hombre no se da por entendido... ¡ Cuando es tezonero como un mendigo porfiado!

—Entonces se le echa... Si es sinvergüenza, se le dice claramente que se vaya con la música á otra parte... Yo creo que ninguna mujer está obligada á hacer papelones por temor de incurrir en grosería... ¡ Mira, *Negra!* ¿quieres que yo se lo diga?... Verás cómo...

Ella me interrumpió con vehemencia:

—No, no te metas en estas cuestiones... La cosa tiene que arreglarse sin violencias... ¡ Ya verás cómo se convence al fin el pobre!...

Tras un breve silencio, mi hermana continuó:

—Lo que más me fastidia y me resiente, es la actitud de mis amigas... de nuestras primas mismas...

—¿ Sí? ¿ por qué?

—Figúrate que antes, hace muy poco todavía, tanto en casa de tío como en lo de Villanueva, tenían al pobre Miguel para la chacota... Todas las muchachas se divertían á su costa, tratándolo con la mayor desconsideración y, sin embargo, desde que supieron que me festejaba, le hacen *un gancho tremendo* y á todas les parece muy natural que él pueda casarse conmigo.

Yo filosofé entonces :

—¡ Ah, *Negra!* ¡ Así es el mundo, y seguramente que luego se ríen á tus espaldas !

Mi hermana continuó sin oirme :

—Y pensar que tú tienes en gran parte la culpa de lo que me pasa...

—¿ Yo? ¿ Por qué? ¿ Estás loca?

—Porque todos saben que festejas á Manuela... que eres su novio...

Sentí que una oleada de sangre me invadía el rostro.

—¿ Yo?... ¿ Yo?... ¿ Qué tiene que ver Manuela con ese tipo?

—¡ Caramba, es su hermano!... ¡ Nada menos!

—Sí; pero tú sabes que el caso es bien distinto.

—¿ Distinto?...

—¡ Mira, *Negra*, no te metas en mis asuntos! Hazme el servicio.

XV

Estábamos familiarmente instalados en el confortable comedor de míster Linck. La estufa eléctrica derramaba sobre la alfombra la luz sangrienta de sus cristales rojos, y el crepúsculo vespertino asomaba el rostro por entre las cortinillas mal corridas de las ventanas y de las puertas.

Helen, la hija mayor de míster Linck, inclinando sobre la costura su larga cara masculina y seca, hablaba lentamente, mientras Manuela y yo, sentados en un sofá inmediato y muy próximos el uno al otro, la escuchábamos apenas, complacidos en burlar su vigilancia austera de solterona resignada; cambiando miradas y gestos llenos de malicia y de pasión que contrastaban como un sarcasmo, con la severidad del ambiente y la de los conceptos graves que iba vertiendo la vieja señorita.

—Mi padre quiere tanto á Manuela que muchas veces hemos pensado con Harriet, que la quería mucho más que á sus hijas... Ella se ha portado bien y ha sabido agradecer ese cariño de mi padre, él está siempre contento y dice que el día que no conversa con ella se enferma sin remedio...

Un hipo de risa sofocada heroicamente y que disimulé en seguida con un corto acceso de tos

falsificada, la hizo volver el rostro para mirarnos por encima de sus lentes.

Estábamos atentos y graves como nunca. Ella prosiguió :

—Por eso es que mi padre no ha recibido bien, en un principio, á míster Williams. El ha temido que su Manuela le perdiera el cariño y que toda su obra de tanto tiempo quedara deshecha por el capricho de un extraño... pero hoy el pobre ha concluido por conformarse. ¿Qué más iba á hacer?

Manuela sonreía con disimulo mirándome de reojo y haciendo bailar, en la punta del pie derecho, su chinela diminuta de taflete negro. Miss Helen continuó :

—Mi padre está convencido ahora de que míster Williams es un hombre serio y que se transformará pronto en un inglés verdadero... A ustedes dos les llama sus hijos adoptivos y dice que tiene el convencimiento de que pueden pasar por sajones en cualquier parte del mundo.

¡ Pobre míster Linck ! ¡ Pobre viejo obsesionado y loco ! Si hubieras podido ver nuestros ojos en aquellos momentos, si hubieras podido adivinar toda la maliciosa burla que engendraba tu extraña teoría, allá en el fondo de nuestros cerebros latinos, nos hubieras echado á la calle sin duda.

Por mi parte, yo creía estar en el buen terreno. Enamorado locamente de aquella mujer

y convencido de que mi felicidad estaría á su lado y no en otra parte, dejaba correr el tiempo. Míster Linck se encargaría de mi porvenir y lo práctico era, por lo tanto, convertirse en inglés, ya que eso nada costaba y ya que con ello le llenaba de gusto.

Estar junto á Manuela, era toda mi dicha. Si míster Linck me hubiera exigido, en cambio de esa felicidad, que me convirtiera en malayo, lo hubiera hecho al instante.

Miss Hellen continuó hablando con su pausa habitual y aburridora.

—Ese pobre de míster Sylvan es quien está muy disgustado con estas cosas. Todas las tardes viene aquí y se pasa las horas mirando tristemente á Manuela. Parece imposible que un hombre tan bueno y con tan desahogada posición, no se haya casado todavía...

Miss Helen, en su ingenuidad, no se había apercebido, sin duda, que estaban ambos en el mismo caso, puesto que ni el uno ni el otro caían bajo la dulzura del yugo, por causas semejantes.

Mis Helen charló mucho ; charló interminablemente como siempre que estaba de vena, y se entretuvo en hablarnos sobre cantidad de pequeños asuntos que nos concernían y que, por la misma causa, ambos conocíamos perfectamente.

Yo hubiera dado un mundo porque desapareciese de nuestra presencia.

Manuela estaba interesante como nunca. El elegante *morning-dress* que había combinado á fuerza, sin duda, de estudios concienzudos, la sentaba á maravilla y allí en el sofá, á mi derecha, haciendo bailar su chapín de cenicienta sobre la punta de su arqueado pie, aparecía ante mis ojos como una gran flor de vida y juventud. Su pierna cruzada sobre el muslo y agitada por suave balanceo, acusaba, á través del paño azul de la pollera, la curva vigorosa de la carne sana, mientras que sus ojos negros ensayaban, bajo la seda de las pestañas largas, temerosas miradas de gacela.

De repente, y requerida por una de sus múltiples ocupaciones inútiles de solterona monomaniaca y fea, miss Helen se levantó y nos dejó solos...

Ambos sonreímos imperceptiblemente, con los labios oprimidos por la emoción, y la seguimos con la vista hasta que desapareció en la penumbra de la alcoba inmediata.

Yo, para empezar, dije una tontería, una tontería vieja y vulgar; una de esas tonterías que se han venido repitiendo los enamorados por los siglos de los siglos, pero que á mí me salió espontánea y fluída del fondo del corazón, lo juro, y que Manuela supo apreciar en todo el valor sincero que tenía.

—¡ Estás divina !...

Ella hizo un mohín coqueto y escandalizado, y frunciendo el hermoso entrecejo me señaló la

puerta inmediata, murmurando con enojo fingido :

—Chist... no seas imprudente... mira que la vieja es capaz de estar escuchando detrás de la puerta... como siempre...

—¡ Qué me importa !

Me sentía atrevido y valiente, me sentía reconciliado con la vida y capaz de derribar los soles con el impulso de mi pecho.

—¡ Estás divina—repetí,—y daría, por besarte, todos los años de mi vida !...

Ella debió ver, sin duda, en las pupilas negras, el temblor de la llama de los impulsos bárbaros y atávicos de mi raza moribunda ; adivinó descubrir con su sorpresa ingenua de ignorante, cómo se condensaba en la chispa de mis ojos toda una historia larga de sangre, de amor y de violencia ; porque, sobrecogida del temor instintivo, indomitable, de la debilidad ante la fuerza, trató de incrustarse más y más en el ángulo del sofá en que se sentaba.

—¡ Muy bonito !—exclamó entre halagada, temerosa y sonriente,—¡ muy bonito ! ¡ Cómo te has vuelto atrevido !...

—¿ Atrevido ? No deseo nada que no sea lícito... ¿ Acaso todo el mundo no se besa ?

—No sé ; pero á mí no me gusta...

—Eres mala, Manuela... Eres mala conmigo, porque sabes que te quiero... me haces sufrir inútilmente... á veces me dan ganas de dejarte para siempre...

Debí enunciar esto con acento de verdadera sinceridad, porque Manuela se apresuró á intervenir :

— ¡ No ves ! ¡ Ya está incomodado el señorito !... Por nada se enoja... ¡ Qué cosa atroz !

— Enojado no, pero...

— Bueno, hagamos las paces, Will... me mortifican estas cuestiones...

— Cómo no ; pero con una condición.

— ¿ Una condición ?

— Sí.

— ¿ A ver ?

— Que me des la mano...

— La mano... ¿ Y para qué ?

— Nada... En señal de paz, de reconciliación...

El corazón me latía desordenadamente y los labios me temblaban como si fuese á cometer un crimen extraño ; un dulcísimo crimen...

Manuela, lentamente, llena de emoción y clavando en los míos los ojos asombrados, fué alargando su mano diminuta, su mano blanca, temblorosa... y entonces, cuando la tuve inmediata, cuando estuve seguro de que no se escaparía, con un zarpazo felino, con un zarpazo infalible, la hice prisionera entre la rigidez de mis dedos ; y allí, brutalmente, en el silencio y por la fuerza y la sorpresa, como el tigre que desventra á la hembra en el misterio de las selvas remotas de la India, besé y estrujé insaciable aquella blanca mano que,

por instinto, se agitaba convulsa y que ignoraba, sin embargo, que la comunión de la carne se había efectuado tan pronto como la desfloraron mis labios, porque el primer beso no es otra cosa que el primer eslabón de la cadena que conduce, por gravitación y por lógica, hasta el fin que persigue el instinto.

XVI

Aquella misma noche míster Linck me llamó solemnemente á su escritorio, á aquel santuario de rigidez, de austeridad y de silencio... Había resuelto encargarse de mi porvenir, hacer de mí, en breve tiempo, un hombre de provecho... arrancarme á la inacción en que yacía y á la sociedad perniciosa de mis jóvenes compatriotas, que nada bueno podría acarrear-me... Por eso quería conversar conmigo un momento y decirme cuáles eran sus ideas al respecto.

—¿Usted tiene dinero?—preguntó de pronto arrellanándose ante su escritorio, —¿cuánto tiene?

La cosa me tomó tan de sorpresa, que supe en mi ingenuidad que se refería al dinero que pudiera tener en el bolsillo.

—No... sí...—balbuceé,—tengo... qué, ¡tendré como treinta pesos!

Míster Linck se rió con ganas.

—¡ No, amigo, no ! ¡ Pregunto si usted tiene fortuna ! ¡ si su padre, al morir, le dejó dinero !...

He aquí que la cosa se complicaba. ¿ Creerá el lector que jamás me había preocupado del asunto ? Jamás me había puesto á averiguar qué era lo que poseíamos... Mi vida estéril y abandonada de niño grande, lo explicaba todo...

Yo ganaba un sueldo en casa de Steel ; un sueldo que nunca me alcanzaba para nada y que mi madre reforzaba todos los meses con repetidos donativos... Mi madre tenía dinero en el Banco de Londres... algunas propiedades en La Plata, era dueña de la casa en que vivíamos en la calle Venezuela, pero no debíamos tener gran cosa, porque ella siempre estaba lamentando sus pobreza.

Míster Linck se mostró escandalizado.

—¿ Cómo es posible?... Un hombre, un hombre tamaño como usted, que no sabe... que no se preocupa de esas cosas... ¡ oh ! ¡ es inaudito !

Y el viejo señor se paseaba á largos pasos por el estrecho recinto de su escritorio.

Entonces traté de justificarme.

—Señor Linck—dije con dignidad,—vea usted que yo no podía, de ningún modo, pensar en ese dinero... Mi madre... Mi hermana, lo necesitan...

El se detuvo de pronto.

—¿Entonces usted no administra los bienes de su madre? ¿Quién los administra? ¿Qué hace usted?

—Mí tío, señor; mi tío es quien administra los bienes de mi madre, quien atiende todos sus asuntos...

—Sí, pero usted, ¿qué hace?

—Caramba, señor—y la sangre comenzaba á afluir á mi cabeza,—yo estoy empleado en la casa de Steel, en la casa introductora de mister Steel... El me ha prometido las mil y una cosas y yo espero...

Mister Linck me interrumpió frunciendo su amplia boca de perro viejo con un gesto de soberano desprecio.

—¡Bah! ¡Bah! Ese irlandés... ¿Qué puede hacer ese irlandés?

—Yo no sé...

Hubo un compás de silencio que se prolongó por espacio de algunos segundos, hasta que él continuó:

—Es preciso sacar á usted de allí... usted dirá á ese señor que ya no le conviene estar en su casa... que ha encontrado mejor colocación...

—Está bien, señor...

—Yo tengo donde hacer trabajar á usted...

Mister Linck se interrumpió entonces para preguntarme casi colérico:

—Pero, dígame, amigo: ¿por qué y con qué

pensaba usted casarse? no tiene plata ni nada...

La pregunta resultaba un poco violenta y si yo hubiera tenido entonces más experiencia de la vida, le hubiera contestado sencillamente, con aquella frase con que los jugadores justifican todos sus yerros, es decir, diciéndole que me casaba porque «el juego me obligaba á ello;» pero como era un inocente, un hombre inhabilitado para hacer ó decir cosa que en la vida me resultara práctica, me engolfé en una serie de consideraciones absurdas é infantiles que debieron desmerecer mucho mis aptitudes de financista ante los ojos impávidos del viejo señor de las patillas blancas.

—Bueno—dijo al cabo con tono de autoridad incontrastable,—bueno; usted va á trabajar conmigo y veremos lo que se hace.

—Sí, señor; ¡ cómo no! ¡ Muchas gracias!...

El continuó sin parar en mi interrupción:

—...Estoy terminando la instalación de una cremería, lechería y fábrica de quesos en mi estancia de Ramallo... Yo creo que usted me servirá para atender aquello una vez que se haya puesto al corriente de todo...

—Sí, señor; ¡ cómo no!

Míster Linck había vuelto á sentarse ante su escritorio, con las manos en los bolsillos, y seguía hablando. Me pareció sentir un leve roce hacia el lado de la puerta entornada del escritorio, ese rumor característico que pro-

duce el movimiento cuidadoso de una aproximación clandestina, y agucé el oído.

Míster Linck continuó en tono de conferencia :

—Yo tengo fundadas esperanzas en esa industria. Creo que en este país está llamada á alcanzar extraordinario desarrollo. Creo...

El rumor exterior, junto á la puerta, volvió á repetirse más claro, tan claro, que no pude evitar una mirada rápida en aquel sentido. Los ojos extrañados de míster Linck siguieron la evolución de los míos, pero felizmente la disposición de la puerta entornada nos colocaba en diversas situaciones de observación, y el oído peludo y viejo de mi futuro modelador, no podía competir con el mío, sutil y fino como el de un bagual de la pampa.

Míster Linck continuó hablando de sus proyectos y de sus esperanzas de amasador de oro. Su vista, fija en el cielo-raso, había abandonado la persecución de mis ojos.

Estos trabajaban de una manera famosa.

Primero creyeron ver una mancha blanquizca que flotaba en el aire obscuro del patio, encuadrado por la ancha rendija. Luego aquella mancha flotante tomó aspecto más real y poco á poco se convirtió en una mano. Luego otra mancha más amplia, pero casi esfumada, apareció más arriba, luego un ojo, un ojo grande, un ojo inmenso que se fué achicando de pronto

hasta convertirse en un ojo de Manuela, en un ojo travieso que espiaba en la sombra.

Cuando estamos enamorados nos sentimos felices ; y es, sin embargo, esa, la ocasión en que debemos inspirar mayor lástima. Nuestro estado morbosos es tan evidente, tan dueño de nuestra fisiología, que nos hace parecer hermosa nuestra misma dolencia.

El *genio de la especie* avasallador y despótico nos ha mordido el cerebro é inoculado su virus y, en consecuencia, basta el roce más leve para hacer vibrar, resonante, ese cordaje de nervios enfermos, templados ya por el mal, á un diapasón imposible.

Por eso, ante la presencia de la mujer que amaba con toda *mi alma*, mi corazón comenzó á latir desordenadamente. Estaba allí esquivada y maliciosa como una evocación pagana de las sombras, como un *mentis* burlón y travieso á los conceptos graves que el viejo señor iba enunciando.

—Sí, *my dear Williams* ; todo lo que en esta vida no sea trabajo ó cosa que tienda á mejorar en alguna forma nuestra situación y la de los nuestros, es tontería...

Manuela, con los rizos rebeldes caídos sobre la frente, abrió los ojos fingiendo el cómico asombro de un diablillo travieso y familiar.

—El dinero, amigo, es el todo en este mundo... Sin plata nada se puede...

Manuela puso su diestra sobre el corazón, en

actitud de discurso. Estaba más bella y más femenina, para mí, que la mejor concepción erótica y estética del cerebro más genial y más enfermo. Una oleada de ternura voluptuosa recorría mis nervios, en un vaivén incesante, y la vida se me ofrecía hermosa como una explosión de primaveras.

—Cuando usted sea rico, cuando se haya labrado una posición, verá con qué desprecio considera el hombre laborioso, á aquellos zánganos que pasan la vida meditando tonterías ú observándola por el ojo de la llave...

Manuela, aplicando sobre sus ojos una mano en forma de catalejo, me miraba por la rendija. Yo hubiera dado la vida por poder reir á carcajadas, en un estallido de amor y de ventura.

Míster Linck seguía perorando, pero sus palabras de mercader enriquecido, graves y frías, se fundían en aquel ambiente rosa como monedas de cobre que cayeran en las entrañas ígneas de algún horno...

Manuela iniciaba entonces una especie de conferencia telegráfico-digital que yo no podía comprender, á pesar de mis esfuerzos. Oía la palabra del señor Linck como una lluvia monótona y lejana. Al fin, el escándalo llegó á tal extremo, que el viejo señor, apercebido, se detuvo.

—¿Qué pasa?

Yo me quedé frío y sin saber qué decir ; pero

Manuela, soltando su risa cristalina y franca, se dió á la fuga con gran *frou-frou* de polle-ras.

El señor Linck, aunque viejo, era un hombre conservado y ágil; de un salto estuvo fuera... oí una carrera precipitada, luego risas, ayes coquetos y á los pocos segundos el anciano *gentleman*, con el rostro iluminado por la alegría más paternal, hacía su entrada en el escritorio, trayendo á Manuela cautiva de una oreja.

—Ha visto, ha visto, Williams—decía riendo y sofocado y con todo su corazón de inglés satisfecho,—ha visto? estaba allí, estaba allí, la pícara, detrás de la puerta. Yo la cacé.

Nunca vi á Manuela más hechicera... Con los rizos alborotados cayendo sobre la frente, con las mejillas ruborizadas y riendo como una loca, parecía un geniecillo ladrón de zarzamoras, sorprendido *infraganti* en el recinto vedado de algún huerto.

Entonces míster Linck, aquel hombre rico y egoísta, aquel hombre que miraba con desprecio á nuestra raza y que la hubiera visto desaparecer impasible, tuvo una explosión de ternura, tan espontánea y sincera, que hizo acudir una lágrima á mis ojos.

—Vea, Williams—exclamó con transporte tomándola bruscamente por un brazo,—¡vea, Williams, el amor que se lleva!... ¡Hágase un hombre!...

Entonces comprendí de un golpe cuánta era la influencia que aquel diablo travieso ejercía sobre aquel hombre austero, sobre aquel viejo exclusivista y frío, y recordé con respeto los misterios indescifrables é infinitos, los hondos misterios del corazón humano...

XVII

Parecerá tal vez un sarcasmo, pero, sin embargo, es la verdad. La señora de Sánchez era entonces la persona que más frecuentaba á mi pobre madre, la que con mayor frecuencia entretenía sus soledades y sus tristezas. ¡Cómo cambian las cosas en el mundo! Aquella mujer chillona, fastidiosa y cursi, que durante la vida de mi padre había sido considerada por nosotros como el ejemplo más edificante de humana tontería, se había convertido, por circunstancias especiales, en la más asidua de las visitas de mi madre. Solista y hueca como un sacamuelas callejero, la señora de Sánchez conversaba horas enteras, escuchada filosóficamente por mi madre, que no la interrumpía nunca, sumida en la profundidad de sus amargas reflexiones. Todo lo que ocurría en Buenos Aires, cuanto chisme de bajo fondo, cuanta intriga soez podía cosechar la señora de Sánchez en sus eternas ambulaciones por los asilos, por las iglesias, por las reuniones de caridad y por

las antesalas de los ministros, venía á parar á los oídos de mi madre, que, atrincherada en su casa y retirada del mundo, no quería mezclarse para nada en sus horrores ni en sus miserias. La señora de Sánchez conservaba también la manía de las grandezas. No pasaba día sin que hiciera desfilas todas las fojas de sus pergaminos estafalarios, todos los méritos que abonaban la aristocracia de su familia.

Mi madre, aislada, casi puede decirse, por la índole de su carácter tímido, por la desgracia sufrida y por el egoísta desamor de sus hijos, había concluido por tomar cariño á aquella vieja señora cursi, característico tipo de la dama de caridad entre nosotros. La escuchaba afablemente, la escuchaba con admirable paciencia y sólo la interrumpía cuando la señora de Sánchez, entusiasmada por el *confiancé*, la hablaba de mi próxima unión con su Manuela.

—Vea, señora, que mi hijo es un loco... Repare usted que nunca me ha dicho una palabra del asunto... Es un muchacho muy joven... Williams no es más que un niño alocado...

La señora de Sánchez no se arredraba por esto, y haciendo un signo expresivo con su mano enguantada, exclamaba riendo :

—Espere usted, Josefina... ¡ Espere usted !

La señora de Sánchez acababa de salir de casa en el momento en que yo me presenté á mi madre con la noticia estupenda :

—Mamita : he salido de la casa de Steel.

Ella no comprendió al principio y me miró con sus tristes ojos amargados.

—¿Cómo? ¿Has salido? ¿Y por qué?

—Porque me voy á trabajar al campo, me voy á trabajar con míster Linck en su estancia de Ramallo...

Mi madre, con su sistema desorganizado y flojo, empezó á sollozar sin decirme una palabra.

Kate entró en ese momento y mirándola un instante murmuró con rabia :

—Yo no sé... siempre lo mismo... cuando no es éste es la otra... ¡No tienen vergüenza!

Iba á contestarle con esa energía inoportuna y poco práctica que lucen siempre los descentralizados, pero una mirada de súplica que me dirigió mi madre á través de las lágrimas que llenaban sus ojos me contuvo.

Entonces me puse á la tarea de consolarla, de convencerla de que yo debía marcharme y de que las pobres madres deben criar sus hijos para que las abandonen en la época precisa en que empiezan á necesitar de ese cariño y de ese apoyo que ellas han otorgado á manos llenas y por espacio de tantos años...

—Mira, mamá, que ahí está mi porvenir. Mira que la oportunidad que se me presenta no es para ser desperdiciada... Míster Linck es un hombre de negocios, un hombre de gran

fortuna... Aquí, en lo de Steel, yo estaba vegetando, nunca iba á ser nadie... nunca...

—Y ahora vas á empezar de nuevo...

—Sí, y ¿qué tiene? Míster Linck me pone al frente de una gran industria, está dispuesto á ayudarme en toda forma, á hacer de mí un hombre práctico, un inglés verdadero...

Mi madre sonrió dolorosamente.

—¿Tú, un hombre práctico? Ah, hijo, tú nunca serás un hombre práctico, como no lo fué tu padre ni ninguno de tu familia...

—Eso que dices es injusto y te opones por capricho á que yo labre mi porvenir.

Ella se incomodó entonces.

—Haz lo que quieras—dijo llorando,—haz lo que quieras. Entre tú y tu hermana acabarán por matarme. En la estancia de ese señor, harás tanto como has hecho en casa de Steel. Lo que tú quieres es irte como un papanatas, detrás de esa muchachuela, que todavía ha de acarrearle muchos disgustos. Vete cuando quieras, no sea que todavía digas algún día que tu madre se opuso á que te hicieses un hombre de provecho.

—¡Pero, mamá, no tomes las cosas así!... Ya ves cómo Julio Madero, cómo su madre...

Ella continuó con vehemencia :

—Ahí tienes á tu hermana, ahí tienes á *La Negra*... hace más de tres días que no le veo la cara. La casa de tu tío debe tener para

ella singulares atractivos. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Críe una hijos para esto!

Y la pobre, ocultando el rostro entre las manos, comenzó á sollozar otra vez, mientras que yo, presa de una cólera tan injustificada como estúpida, huí de la alcoba y salí á la calle después de golpear el cancel ruidosamente.

¡Miserable, que así te ibas dejando en el dolor y el desconsuelo á lo único santò que existe sobre el mundo! ¡Fruto vil y cobarde; fruto corrompido que llevabas en la sangre los gérmenes morbosos de todos los cretinismos ancestrales, de todas las flacideces voluptuosas y lascivas de tu raza malhadada, de tu raza triste, que oculta sus flaquezas vergonzosas en el hervor de sangre levantisca que tiñe sus mejillas! ¡Vete y deja entre las lágrimas á lo único desinteresado, á lo único sincero que pudiste encontrar en tu camino por la vida; déjalo y no lo consueles, que Dios ó la Naturaleza ó el genio superior que rige al orbe te aplastará como á un gusano inmundo, cuando más satisfecho estés de la existencia!

XVIII

Mi tío Alfredo no era un tipo simpático. Grueso y bonachón, ofrecía todas las exterioridades que autorizan á las gentes para decir que un tal es un *buen hombre*; la ofensa y la calamidad mayor que puede arrojar el mundo

sobre una persona, puesto que al quitarla beligerancia y espinas, la deja inofensiva é inhabilitada para la ambición y la lucha, como una pelota de grasa que derretirá en silencio el transcurso de los años.

Era un hombre práctico, pero práctico á la manera latina. Casado muy joven con una mujer de fortuna, había dedicado todo el esfuerzo de su intelectualidad relativa á la conservación de esos bienes. Jamás una especulación, jamás un peligro.

La valorización de las tierras á consecuencia de los progresos realizados por el país, había concluido por convertirle en hombre millonario ; pero un millonario tonto é ingenuo que no hubiera sido capaz de iniciar cosa de aliento. Mi tío era egoísta, pero sabía disimular su defecto bajo la capa de su adiposa bonhomía.

—Señor Fernández—decía cualquier atorrante de levita que necesitaba dinero y á quien mi pariente, por circunstancias diversas, tenía obligación de atender,—señor Fernández, usted puede hacer algo por mí... un gran servicio...

—¿Yo?... ¡Cómo no, mi amigo! ¡Si está á mi alcance... cómo no!

Y mi tío se aproximaba al postulante hasta rozar su vientre voluminoso con el más ó menos escuálido del otro, y palmeándole agregaba :

—Ya sabe, Rodríguez, que es para mí un

gran gusto servir á los amigos. Diga no más... Ese es mi sistema.

Ante tan generosa acogida, el pobre diablo se sentía reconfortado y explicaba balbuciente :

—Es el caso... es el caso, señor Fernández, que me encuentro muy apurado de dinero... un caso grave, una cuestión de honor...

—¡ Oh!—y mi tío, poniendo los labios en forma de o, daba muestras inequívocas de la más ingenua sorpresa,—¿qué me cuenta?

—Sí—continuaba el solicitante,—¡ sí, señor! y por eso yo venía á ver si usted podría hacerme el señalado favor de prestarme su fir...

Aquí mi pariente clavaba la uña para expresar, con mucha abundancia de gestos y muchos aspavientos ridículos, su eterno argumento de siempre :

—¡ Ah! ¡ No, no, mi amigo... ah, no, no! Pídame usted lo que quiera ; pídame todo el dinero que tengo en casa ; pídame la vida, ¡ pero la firma, nunca! Esa no la doy jamás ; todo el mundo puede decirlo. A ninguno la he prestado. ¡ Ese es mi sistema!

El postulante ponía una cara de carnero ahogado y mi tío continuaba en tono convincente :

—Usted debe comprender, mi querido Rodríguez...

—Sí, señor ; comprendo...

—Usted debe comprender que no he adop-

tado estos procedimientos por usted ni por ninguno de los tantos caballeros que como usted saben cumplir...

—¡ Gracias, señor !...

—...Pero hay tantos, tantos que no proceden lo mismo, que resulta lo mejor cortar por lo sano. ¡ Ese es mi sistema !

Luego, observando la cara de aflicción de su visita, cambiaba de tono para decir casi á gritos :

—Pero, mi querido señor Rodríguez, si usted quiere dinero, si le hacen falta algunos recursos, no necesita mi firma para adquirirlos. Dígame, dígame con confianza cuanto precisa. ¡ Ese es mi sistema !

Una oleada de vida subía al rostro del pedigüño, que después de recapacitar un instante soltaba el mochuelo :

—Yo, con mil... con mil quinientos pesos... podría arreglarme...

Entonces mi tío daba un salto violento y llevándose las manos á la cabeza con ademán trastornado, exclamaba :

—¡ Caramba, amigo ! ¡ qué broma ! ¡ Qué fatal coincidencia ! ¡ No tengo ese dinero en casa ahora ! ¡ Ni mucho menos ! Un negocio que hice ayer me obligó á emplear todos mis ahorros... ¡ Qué lástima !

Y se registraba frenéticamente los bolsillos.

—¡ Vea, vea ! ¡ No tengo más que ciento

treinta pesos! ¡ Es todo!... Si usted puede remediarse en algo con ellos, ahí están. ¡ Son suyos! ¡ Ese es mi sistema!

Y mi tío alargaba los billetes con el extremo de sus dedos regordetones y femeninos.

Si Rodríguez era un sablista de ley, aceptaba la transacción y se iba muy contento. Si no lo era, si se trataba de una persona necesitada, pero digna, se iba también, no satisfecha, pero dudando, por lo menos, de si el hombre tendría ó no la suma que acababa de negarle, mientras en sus oídos resonaba la voz melosa de mi tío, que repetía como una burla sangrienta aquella frase del sistema.

A este tío, pues, á este pariente, el más cercano que conservábamos, había llamado mi madre para asesorarse y para que descubriese la forma de evitar que yo me fuera á buscar prosperidad y bienandanza bajo la férula protectora de míster Linck.

Mi tío, después de escuchar gravemente la explicación del caso, dió su primera opinión con voz pausada.

—Williams había hecho mal, en su concepto, abandonando la casa de Steel. Williams era muy joven todavía para lanzarse al mundo. Los muchachos deben permanecer cerca de su familia hasta que cumplan la mayor edad, después que salgan á trabajar. ¡ Ese era su sistema!

Mi madre, quien, según pude observar, ha

bía sufrido, al escucharle, un nuevo desencanto, se apresuró á decirle :

—Eso es, Alfredo, convénzale, hágale ver que quiere hacer una tontería. ¡ Ah ! yo quisiera que usted que tiene amigos, que tiene relaciones, buscara un empleo para este muchacho.

—¡ Un empleo !—comenté yo despectivamente,—¡ bah ! ¡ un empleo !...

—¡ Hum ! Empleo...—resangó mi tío ; y todos quedamos en silencio por largo rato.

Por fin habló él en el tono del hombre que acaba de hallar una hermosa solución inesperada :

—Dime, Williams, dime, muchacho : ¿ por qué no vas á ver á míster Steel y á pedirle que te admita de nuevo como empleado ?

Sentí deseos de pegarle y lo miré con odio. El continuó pensativo :

—Eso de encontrar empleos es hoy cosa tan difícil... Verdaderamente, Williams, has hecho una tontería al dejar á Steel.

—No me parece—repliqué con vehemencia,—¡ no me parece ! El inglés ese...

Mamá me interrumpió para decir, con la bondad infinita de las madres :

—Williams no se halla en casa de ese señor... Usted sabe, Alfredo, que los ingleses no son simpáticos...

—¡ Naturalmente !—apoyé con hipócrita ci-

nismo, puesto que nadie, con el afán que yo estaba estudiando para inglés, y mi tío, que no estaba seguro en esos momentos de si los ingleses eran simpáticos ó no, hizo con la cabeza un gesto entre dubitativo y aquiescente.

Por fin, después de largo debate, de muchas lágrimas y de muchos suspiros por parte de mi madre, mi tío prometió conseguirme un empleo que me sería grato, un empleo tan ventajoso y tan cómodo que me haría desear, sin vacilaciones, las generosas propuestas de míster Linck.

—Tengo ya á quien pedirle—terminó diciendo,—¡ oh, no hay como un empleo bien rentado para vivir cómodamente... es lo mejor!... ¡ Ese es mi sistema!

Mi madre quedó reconfortada y yo, aun cuando no creí en el buen resultado de las gestiones de mi pariente, pensé con agrado que si podía conseguir un puesto bueno, tal vez me resultara mejor que las proposiciones de míster Linck, ya que no me impediría, como aquéllas, estar cerca de Manuela, que era el único afán de mi vida, por aquel entonces, y el punto al cual venían á converger sin remedio todas mis fantasías y todos mis anhelos.

Mis flaquezas atávicas ó la fatalidad del destino que teje sus redes invisibles en torno de los seres, impidieronme, agrupando coincidencias extrañas, que mi tío cumpliera su prome-

sa. Y el puesto aquel que debía preconizar á los ojos del mundo la bondad de su *sistema* admirable, sirvió para otro.

XIX

Con las manos en los bolsillos y cabizbajo, de resultas de una conversación desagradable que habíamos tenido aquella tarde con mister Linck á propósito de ciertas relaciones mías, caminaba por la calle Florida cuando lo encontré. No lo había visto desde mi salida de la casa de Steel, de tal manera que estaba deseando verle y enterarme de sus asuntos.

—¡Edwars!

—¡Hola!

—¿De dónde sales? Hace como un año que no te he visto.

El, grave y circunspecto como siempre, me empujó hacia una vidriera.

—¿No sabes que yo también he dejado á mister Steel? ¿No sabes que me voy en esta semana? ¿Que me voy á Norte-América?

—¿Te vas? ¿Por qué?

—¡Oh, mi padre quiere que vaya!... Ya es tiempo... Voy á seguir ingeniería mecánica.

—Pues, amigo, ¡me llenas de sorpresa!

—Tú sabías, Williams, que siempre ha sido ese mi propósito.

—Sí; pero no veo el motivo para haber

guardado el secreto de tu partida en esa forma. Yo no sabía nada ; ninguno sabía nada...

El sonrió pensativo y replicó :

—¿Nadie? No creas, Williams, muchos lo sabían.

—Sí ; pero desde hoy... ¡ Vaya una manera de acordarse de los amigos, Ned !

—¡ Hombre ! ya ves tú que me acuerdo y que te lo digo, Williams. Lo que hay es que el viaje resulta un poco precipitado porque mi padre desea que yo tome el primer vapor que salga para New-York á fin de que pueda aprovechar la compañía de su amigo míster Sugar, que va para ese puerto.

— ¡ Está bueno ! — exclamé pensativo. — ¡ Siento mucho que te vayas, Ned ! ¡ Te voy á extrañar mucho !

— ¡ Oh !

—Allá vas á hacer carrera, Ned...

—Yo creo que sí...

—¿ Y cuándo te marchas ?

—Me embarco el sábado, á las cuatro de la tarde...

—¿ Entonces nos veremos todavía muchas veces ?...

— ¡ Oh, ya !

Me alejaba cuando Edwars me llamó para decirme :

—Olvidaba que esta noche tendrá lugar la comida...

—¿ Qué comida ?

—¡ Oh, esa que los amigos me ofrecen en el «Sportmen» !

—¿ En el «Sportmen» ? ¿ Y quiénes son ?... los muy animales no me han dicho nada ; ¡ yo no sé nada !

El, sonriendo ante mi vehemencia, continuó :

— ¡ Oh ! ¡ Grafter, Gay, Sylvan, Llerena, Sánchez, Somoza y qué sé yo !...

— ¡ Pues te aseguro que no sabía palabra ! Así son éstos...

El me interrumpió nuevamente :

— Sánchez me dijo que *El Pampa* te andaba buscando... Lo encontré en «El Aguila», como á las cuatro...

— ¿ Habrá ido á casa, tal vez ?...

Entonces recordé los motivos de la discusión de aquella tarde en casa de míster Linck y sentí la necesidad de confesarme con Edwards.

— ¿ Somoza dices que me buscaba ?

— Así me dijo Miguel Sánchez...

— ¿ Qué piensas tú de ese muchacho ?

Vi la extrañeza reflejada en el semblante de mi amigo, pero como un inglés no se apura por nada que no le atañe de cerca, contestó pausadamente y después de haberlo meditado :

— Somoza, Somoza es un hombre que no es malo ; pero no sirve para nada...

— ¡ Caramba ! ¡ Qué juicio severo !

El se puso serio.

—¡ Oh, Somoza no trabaja, no hace nada, es uno de esos hombres que quedarán siempre lo mismo !

—Sí, pero convendrás conmigo en que *El Pampa* es un muchacho enérgico y que se hace respetar en cualquier parte.

—¡ Oh, ya ! ; *El Pampa* tiene energías para pelear con un hombre, no lo niego, pero no las tiene en cambio para el trabajo !

Yo estaba esperando, á todo esto, que Edwards me interrogara sobre el por qué de mi pregunta, pero como él, siguiendo su costumbre, no me preguntaba nada, yo tuve que explicarle :

—Pedía tu opinión sobre Pancho, porque hoy he tenido una fuerte discusión con míster Linck...

—Sí, tu patrón ; me dijo Miguel el otro día que te ibas á trabajar en la estancia de Ramallo para poder casarte pronto con su hermana...

—Sí, es cierto. (¡ Ah, el estúpido animal que siempre iba á contarlo todo por la calle !)

—Bueno, como te decía, míster Linck me ha aconsejado que no debo reunirme con Pancho ; dice que es un compañero peligroso, un hombre que tiene mala fama...

—No tanto, pero yo creo que el señor Linck tiene razón.

—¿ Cómo ? ¿ Y no andas tú con él ; y no vas

á sus reuniones de *poker*? ¿y no le llamas tu amigo?

El sonrió imperceptiblemente y sentenció :

—Hay una diferencia, Williams, una notable diferencia...

—¡ No sé dónde ! ¿ Por qué ? ¡ No la veo ! ...

—Tú y yo tenemos temperamentos muy distintos...

Entonces me incomodé.

—Ya salía á flote la pretensión absurda... Siempre se creía mejor que los demás... Si la compañía de Pancho podía resultar perniciosa para mí, lo mismo lo sería para él ó para cualquier otro...

Edwards sonrió y palmeándome cariñosamente añadió :

—No te incomodes, Will ; me pides opinión y te la doy... Pero no te incomodes, que no vale la pena y que sería muy desagradable que nos disgustáramos, precisamente ahora que voy á marcharme y después de haber sido tan amigos...

—No, si no me incomodo... Pero sí me parece que estás equivocado.

—¡ Bueno, bueno ; no vale la pena ! ¿ Entonces nos veremos en el «Sportmen» á las siete?

—¡ Sí, querido, á las siete !

Y cuando nos separamos, yo tomé á paso de carga el camino de mi casa, palpando por precaución en el bolsillo, un par de billetes de mil

pesos que míster Linck me había entregado aquella tarde, para efectuar un pago, al día siguiente.

XX

Pancho fué, como siempre, el inventor de la cosa. Estábamos indecisos á la puerta del *Sportmen* después de la comida realizada en honor del inglés Gárdener.

—¿Qué les parecería—propuso,—una partidita de *poker* en mi casa? ¿Eh? ¿La armamos?...

Eramos seis y como quien dijera, hablando con toda imparcialidad, la resaca, de lo que había asistido á la reunión de aquella noche; Pancho Somoza, el mono Llerena, Miguel Sánchez, Henry Mackay, el profesor de box, un compadrito Antúnez, sacado de no sé adónde por Pancho, y yo.

Ante la proposición de Somoza, todos, con raras excepciones, todos rezongamos; todos tuvimos inconvenientes, según es de práctica entre la gente viciosa.

—¡ Oh, no ! ¡ Es muy tarde !... ¡ Mañana temprano tengo que hacer !... ¡ Caramba, con el individuo ! ¡ No puede estar sin jugar !

Pero eran negativas débiles, negativas sin vigor, resistencias convencionales de sirvienta criolla que quiere sucumbir.

Yo fuí quien se opuso mayormente. Temía

ponerme á jugar teniendo en el bolsillo aquel dinero de míster Linck, pues cuando se juega, por más honorable que uno sea, no se debe llevar dinero ajeno.

Ellos atribuyeron mi negativa á otra causa y Miguel Sánchez me llamó aparte, para decirme con mucho misterio :

—Si es porque no tienes dinero... Ya sabes que no importa... ¡ Yo tengo, *Inglés!*

—¡ No, hombre! — exclamé en voz alta.—
¡ Qué rico tipo! ¡ No es por eso! ¡ Tengo dinero!

Pancho preguntó fastidiado :

—¿ Y entonces?...

—¡ Oh, entonces! Tú te imaginas... Pero...

¡ Oh! Aquel compadrito Antúnez se iba á creer que yo era algún *mistongo*.

—¡ Qué diablos! ¡ Bueno, vamos!...

Todos se pusieron contentos y Pancho me palmeó cariñosamente exclamando :

—¡ Ah, tigrecito! ¡ Así me gusta!

Sí, tigrecito, si hubieses podido darte cuenta de las consecuencias tristes que suele acarrear una debilidad cobarde, ¡ allí mismo, allí frente al *Sportmen*, hubieras destrozado con tus uñas y con tus dientes á aquel ser peligroso y dañino, á quien llamabas *amigo!*

La madre de Pancho, la viejecita septuagenaria, no estaba allí como otras veces. Atacada de

reumatismo hacía tiempo, escuchaba desde su lecho de enferma desamparada, el chocar continuado de las fichas de juego, las voces y las risas de los amigotes de su hijo único, y todos los rumores característicos de la clásica timba.

¡ Pobre señora ! ¡ Ella sí que con mayor razón aún que mi madre, podía exclamar : «Críe una hijos para esto» ! Y maldiciendo de la Naturaleza, invocar la muerte como único remedio contra sus tristes desengaños.

Pero la madre de Pancho, felizmente y por un favor del destino, estaba opa y no se daba cuenta de nada.

Desde el comienzo de la partida vi que la cosa se presentaba mala para mí... Iba á estar *negro*, más *negro* que la pez. A las tres ó cuatro manos *abrí* de pie, con *escalera al as*, y sólo entraron á disputarme el *pozo*, Miguel Sánchez, que pidió tres cartas según costumbre y para tirar sin duda algo monstruoso y el compadrito Antúnez que pidió una.

Declarándome contento mandé mi *chêap* y esperé.

Miguel Sánchez se limitó á verlo y Antúnez me echó su resto.

Yo no conocía la *pierna* y por lo tanto vacilé... el *ful* parecía claro... Pero, ¿cómo podía disparar con *escalera mayor*, ante una jugada cuya modalidad no conocía?

— ¡ *Veo!* —le dije.

Miguel *se fué* y el compadrito *se tendió*: ¡ *Ful de ases!*

¡ Qué cosa bárbara! El sinvergüenza había pasado con *piernas* de *as*; no había rebotado á mi apertura y, escondiendo su juego, pidió una carta, metió una *K* é hizo *ful*.

Esto me puso de mal humor.

Había perdido la primera capa de cincuenta pesos y tenía el convencimiento, desde tiempo atrás, la creencia arraigada de que, perdiendo la primera, me iba al bombo sin remedio.

—Sin embargo—pensé,—conservémonos. Si pierdes los doscientos pesos míos, que llevo, me levanto y me voy. ¡ Oh, pero no los perderé!

Y el juego prosiguió por largo rato, vertiginoso y mecánico entre el monótono *chis-chas* de las fichas.

De repente, Pancho se incomodó con Miguel:

—¿Qué se había creído el papanatas? Como estaba ganando, necesitaba media hora para dar las cartas.

El pobre Miguel no ganaba nada.

Esto me fastidió más todavía, y mudo como una estatua, seguí perdiendo y perdiendo en la forma más absurda y más irritante del mundo.

Pasaba con tres *jotas* para rebotar, y al hacerlo me encontraban con algún juego hecho. Rebotaba furiosamente con una escalera mediana y resultaba que Pancho estaba contento.

—¡ Van veinticinco pesos !

—¡ Y treinta más !—replicaba *El Pampa*.

—¡ Vistos ! ¡ Acusa !

—¡ Escalera á la jota !

—¡ Ganaste !

Yo tenía al diez.

Me complazco en estos detalles, que tal vez parecerán nimios, porque quiero demostrar por qué cúmulo de pequeñas circunstancias yo me encontraba á eso de la una de la mañana completamente nervioso.

«En la mesa de juego—dice un antiguo adagio,—es adonde se conoce á los caballeros,» y yo creo, por el contrario, que es en ella adonde se les desconoce por completo.

El individuo más culto, el que mayor dominio ejerza sobre su animalidad latente, no puede substraerse, ya pierda ó ya gane, de hacer alguna demostración que lo perjudique en el concepto de los que observan. Unos recogen la ganancia con los ojos brillantes del zorro que se lleva entre los dientes el pollo robado en un corral ; otros dicen bromas estúpidas para exteriorizar su alegría ; otros se encarnizan con el perdedor ; otros se ponen mustios y mudos cuando pierden ; otros, pálidos, se diría condenados á la horca ; otros estrujan las cartas con disimulo, y otros, en fin, se lamentan de su desgracia y exageran sus pérdidas á cada rato de la manera más cínica y más descarada... Es que el juego, además de sus reconocidos inconvenientes, tie-

ne el de despertar las pasiones adormecidas del sujeto ; pasiones que una vez desencadenadas, atropellan contra muchas delicadezas, contra muchos convencionalismos, convirtiendo al pagador en un sujeto completamente distinto al que nosotros conocíamos y respetábamos por gentileza y discreción.

A la una de la mañana los únicos que ganaban eran *El Pampa*, Somoza y el compadrito Antúnez. Este último tenía la plata de todos y se había *apontonado* de la manera más odiosa.

Yo, que acababa de perder mi última caja en una parada en que el mono Llerena me había *matado*, *poker de jotas con poker de K*, pedí que no me dieran más cartas. «No quería perder más ; iba á retirarme.»

Ellos protestaron ruidosamente.

—¡ No debía irme ! ¡ Estaba perdiendo una *punta de pesos* y marcharme sería una tontería !
¡ Debía probar suerte en otra caja !

—No—insistí,—es que mañana tengo que hacer muy temprano.

Pero mis palabras carecían de resolución, y era tan evidente ello, que varios de los jugadores, hasta el mismo compadrito Antúnez, se creyeron en la obligación de decirme más bien con mímica que con palabras :

—¡ Si es por dinero !... Juegue no más... Ya sabe que entre amigos...

—No, no es por eso... Pero...

Y volví á sentarme para entrar de lleno en las *carnes* de míster Linck.

—¡ Bravo ! ¡ Bravo !—gritó Pancho.

Y luego llamó á la criada con voz de cuartero.

—¡ Tráenos coñac, quiero beber !...

La china se marchó y simultáneamente hizo su aparición en la salita de aquella *casa del pueblo*, donde se entraba y salía á cualquier hora, Segundo Somellera, aquel muchacho con quien yo tiraba al box en el ring del Club de Gimnasia, el día y el momento en que vinieron á anunciarme la muerte de mi padre...

—¡ Hola ! ¡ Hola ! ¡ Somellera ! ¿De dónde sales ?

—¿ Cómo les va ?... ¿No habrá un asientito para mí ?

Muchos pusieron mala cara, y sobre todo yo.

—¡ No faltaba más ! ¡ Metido uno hasta las orejas y ponerse á jugar con *zángano* á la una de la mañana !

Pero Pancho no hizo caso.

Para las cosas malas, nunca tenía inconvenientes.

—¡ Sí, cómo no !... Te haremos un lugarcito... Córranse, muchachos... jugaremos de siete y con *zángano*...

Yo estaba que ni veía de rabia.

De buena gana hubiera puesto patas arriba de un puntapié aquella odiosa mesa de paño verde, con todos los que la rodeaban.

A las cuatro manos justas, el *señor* Somellera se nos descolgó con una *escalera de color al as* que había *metido* de agujero.

—Señores... ¡á cincuenta por barba!—dijo muy risueño entre las exclamaciones de todos y las risas de Sánchez. El pobre se reía hasta cuando le sacaban la plata.

Y no hubo más remedio ; se me fué otra caja del dinero de mi patrón, en aquella suerte endemoniada.

¡ Al día siguiente sería la cosa !

Al día siguiente tendría que llevarme un trote para conseguir lo que faltase. Quién sabe si mi madre tendría dinero. ¡ Qué barbaridad ! ¿ Para qué me habría metido en esto ? ¿ Por qué no me marché después de la comida directamente á mi casa ?... Lamentaciones póstumas y estúpidas del enviado y del cretino. Al principio todo se le hace cuesta abajo ; después las dificultades lo anonadan.

—¿ Quieres coñac ?—me preguntó Pancho.

—¡ No ! ¡ Gracias !

—Entonces, ¡ beberé yo !—y comenzó á hacerlo con la conciencia con que solía.

Al poco rato ya estaba impertinente y grosero.

—¡ Pepa !—gritó,—¿ dónde se mete esa yegua ?

La china compareció toda asustada.

—¡ Animal ! ¿ no le he dicho que traiga una

salivera?—y siguió derramando insultos brutales y gratuitos mientras daba las cartas.

No había cosa más parecida á una yegua que una china sirvienta.

Aquella vaca le tenía harto.

¡ Iba á concluir por romperle algo !...

A mí me temblaban las manos. Tenía que hablar, que desahogarme con alguien.

Miguel se sirvió coñac ; yo aproveché la circunstancia y teniendo que hablar para no parecer brusco, filtrando mis palabras á través de los dientes apretados, le dije :

—¿ Por qué bebes tú también ? ¿ Quieres emborracharte ? ¡ Me parece una pavada !

El me miró sorprendido y sonriente con sus grandes ojos de bobino manso y *El Pampa* se echó á reír á carcajadas.

—¡ Cómo lo cuida ! ¡ Han visto cómo cuida *El Inglés* á su pariente *Bostini* ! ¡ Ja, ja, ja !

Todos me miraron entonces con sorpresa y curiosidad hasta que Pancho agregó pausadamente :

—No ven que *este inglés* festeja á *la inglesa*, hermana de éste, y yo creo que allí va á suceder...

—¡ Pancho !—grité fuera de mí y en tono de amenaza, mientras que Miguel, encarnado como la grana, bajaba la cabeza.

El, con los ojos extraviados y la boca torcida por un rictus perverso, terminó gritando :

—¡ Sí, que allí va á suceder una *desgracia!*

Y se puso de pie de un salto.

Yo vi turbio el ambiente y medio incorporado en mi silla le tiré un golpe á la cara, fulminante y rápido...

...Después...todo lo recuerdo confusamente. *El Pampa*, con los ojos inyectados de sangre, que pugnaba entre los brazos de todos por saltar sobre mí, á través de una niebla roja, la voz tranquila de míster Mackay, que prometía arreglarlo todo mientras me empujaba suavemente hacia la calle y un grito histérico, aquel grito de angustia, agudo y continuado que parecía venir de la alcoba de la vieja enferma y que llenaba el ambiente de la casa como un relincho fúnebre.

XXI

...Las primeras claridades furtivas de aquel verdoso amanecer de septiembre, me hallaron todavía vestido y meditando ante mi escritorio, con el sombrero puesto y las manos en los bolsillos.

Había encontrado una carta llegada la noche anterior ; una carta de Julio Madero, en la que mi consecuente amigo me hablaba, con su acostumbrada espontaneidad y sencillez, de sus trabajos, de sus proyectos y de sus esperanzas.

Esa carta, recibida en las circunstancias excepcionales en que me encontraba aquella noche, no pudo menos que provocar en mi cerebro una serie de amargas reflexiones, una larga serie de comparaciones mortificantes entre aquel muchacho, digno de todo encomio, que me escribía desde lejos y antes de recogerse en procura de reposo, y yo, que recibía su carta al amanecer, lleno de sueño y desaliento y con el espíritu conturbado por los ingratos sucesos ocurridos :

«Te escribo—decía Julio en su sencilla y »deficiente gramática,—te escribo muerto de »cansancio y á punto de irme á la cama. Hoy »he trabajado como un burro, desde las cinco »de la mañana hasta las siete de la noche, pero he quedado contento. ¡ Al fin tendrán agua »buena este verano mis pobrecitas vacas ! ¡ Vieras, mi querido *Inglés*, qué rica agua la del »semi-surgente!... Aquello es una bendición »de Dios. Parece que fuera vida que saliese á »chorros por el caño. Los animales balaban de »contento al ver el agua...»

¡ Sí ; vida, salud y energía ! ¡ Cuánta diferencia entre este histérico que tiritaba con el cuello del sobretodo levantado en la soledad de su alcoba fría y aquel muchacho sano y robusto, sano de corazón y de cerebro, que duerme á pierna suelta sobre su catre de campaña, soñando con vacas de pelo reluciente que se atropen-

llan bajo el sol y mugen alborotadas en torno del chorro cristalino, del chorro que canta su canción de vida ante los belfos lustrosos y sedientos !

«Tengo atado á sogá aquel famoso ruano que he hecho amansar para ti, para cuando vengas á visitarme. Voy á ir mañana por la tarde en él á ver una hacienda que me han ofrecido en venta... Creo que voy á hacer un buen negocio...»

¡ Sí, amigo mío ! ¡ Hombre latino, pero hombre práctico á la medida de las fuerzas de tu raza !

¡ Cuánto te envidio ! Duermes tu sueño bajo el techo de tu casita campera, mientras en torno de la estaca tu inquieto caballo ennegrece con sus pisadas el pasto cubierto de rocío, el pasto verde que la primavera empieza á adornar con flores, y fija sus grandes ojos temerosos en el cielo del lado del Oriente, por donde, entre la sombra densa, la aurora comienza á difundir sutiles palideces.

Sí, amigo mío, duermes soñando con tus ocupaciones alegres, con tus negocios profícuos, y yo velo pensando en los míos amargos, lacerantes... Los tuyos tienen tonalidades de oro viejo, policromías de rodeo vacuno ; los míos no tienen color, ni tienen forma : ¡ son pensamientos que muerden el cerebro y caen

al corazón para tornar á subir luego como llevados por la sangre !

Tú, sabes lo que harás en esta tarde. Yo, no sé nada. Tú, esperas un resultado que persigues. Yo, espero lo que salga. Tú, corres alegre por un ancho camino en pos de una bella ilusión que te seduce y yo yazgo tendido en la cuneta, tratando de adivinar cuál es, de todos los buitres que veo en rededor, el que ha de devorarme. Tú, has trabajado ayer en un semi-surgente. Yo, no he trabajado en nada. Tú, tenías anoche la frente sudorosa y los dedos doloridos por los esfuerzos. Yo, no tenía cansancio alguno ni dolor físico. Tú, al terminar anoche la faena, ganabas mucho moral y materialmente. Yo, al regresar á casa, había perdido en las dos formas. Tú, estabas contento. Yo, estaba triste. Tú, duermes tranquilo ahora. ¡ Yo, estoy desesperado !

«Vén, este verano, á visitarme, *Inglés*—con
»tinuaba Julio,—vén á visitarme, que me da-
»rás un gustazo...»

Y su carta terminaba, como todas las su-
yas, de este modo raro :

«Recibe un fuerte apretón de manos de :
»Tuyo,

»JULIO.»

Nunca pude conseguir que mi amigo se corri-
griese de su curioso error gramatical.

A las siete de la mañana mi madre me encontró levantado.

Acostumbrada á verme dejar el lecho á mediodía, aquel madrugón tenía que sorprenderla.

—¿Cómo?—preguntó alarmada,—¿estás enfermo? ¿Qué es esto?

Yo estuve amable y cariñoso como lo está el sinvergüenza siempre que necesita alguna cosa.

—¡No, mamá! ¡Qué esperanzas!... Es que tengo que hacer un encargo...

Ella trató de sondear mi pensamiento por medio de su sencilla é inocente psicología materna, y después dijo :

—Supongo que no será nada de pelea... ¿Eh?

¡Pobre madre! Siempre estaba temiendo que alguien me matara, como si todo el mundo estuviera preocupado de mi persona, como si la mala simiente no tuviese la bastante resistencia para defenderse con éxito de cuantos agentes trataran de extirparla.

—No, mamá. ¡Qué esperanzas! ¡Qué rica cosa!—y tras un breve silencio abordé resueltamente el asunto.

—Mamita... necesito que me saques de un gran apuro... (¡Oh, los eternos apuros míos!) Es una cuestión de honor... una cuestión...

Ella sonrió levemente :

—Con tal de que no sea apuro de dinero... Ya sabes que no puedó... que no estamos en situación...

Yo expliqué entonces :

—Era eso precisamente. Necesitaba aquella mañana trescientos pesos... si no... tendría que ir á sacarlos de cualquier parte...

Ella se escandalizó :

—¡ Trescientos pesos !... ¿ Y para qué ?

¿ Qué hacía yo con el dinero ? ¡ Aquello no se explicaba !...

Yo repuse gravemente :

—Es un asunto serio, mamá... y yo no tengo á quién recurrir... un asunto de negocios...

La pobre se quedó pensativa y al cabo dijo :

—¡ Caramba ! yo no sé si tendré ese dinero... ¡ Trescientos pesos ! ¡ trescientos !... Espérate. ¡ Voy á ver !...—y reapareció á poco trayéndolo como siempre que se lo pedía.

—Ahí tienes... es todo lo que tengo... ¡ Creo que no me queda ni un centavo !...

Yo sentí ternura en el corazón, y entonces levanté los ojos para mirarla, para disculparme, para decirle que yo era un miserable, un zángano indigno, que vivía de sus ahorros como un parásito ; pero me callé, observando que su rostro no expresaba desagrado alguno, sino que, por el contrario, estaba muy risueño y animado.

—¿ De qué te ríes ?

—¿ Yo ? ¡ De nada, hijo !

—¿ Cómo no ?—agregué haciendo el perspicaz,—estabas por decirme alguna cosa que te causaba risa...

Ella meditó un momento tamborileando con

sus dedos sobre la carpeta de mi escritorio, y al cabo dijo :

—¡ Sí, es verdad!... Quería decirte que tu tío estuvo aquí anoche y me aseguró que tu empleo en el ministerio de Gobierno es cosa hecha... ¿Qué te parece?

—¡ Oh! ¡ Muy bien!

—Dijo que esta tarde pensaba dejar arreglado el asunto... Son trescientos pesos y me parece...

—¿Trescientos?

—Sí, querido ; trescientos pesos. Me parece que con eso ya podrás manejarte...

—¡ Ya lo creo!

En ese momento sonó el timbre del portal y acto seguido asomó la cabeza rojiza de Kate por la rendija de la puerta.

—¡ Míster Williams! ¡ Un *gentleman* pregunta por usted!

—¿Quién es?

—¡ Oh, no sé!

—¡ Bueno! hágalo pasar al escritorio...

...Era míster Mackay, mi profesor de *box*, era míster Mackay quien quería verme.

El hombre abordó en seguida el asunto ; me lo esperaba.

—Usted sabe, míster Fernández—dijo,—qué clase de hombre es ese míster Somoza, ¿verdad?

Todo el veneno de la noche anterior me afluyó al corazón y repuse :

—Sí, ¡ es un grandísimo crápula !

El continuó con calma :

—Bueno ; como todos conocemos á míster Somoza y lo oímos jurar anoche que mataría á usted donde lo encontrara, hemos querido evitar una desgracia y después de mucho trabajo, porque aquel hombre es un furioso...

Yo lo interrumpí con vehemencia :

—Caramba, míster Henry ; usted me habla de un modo... de un modo que hace sospechar que usted cree que yo le tengo miedo á ese...

Míster Mackay exclamó :

—¡ Oh, no !

Y luego prosiguió con calma :

—Hemos concluido por convencer á míster Somoza que ya que quiere *tanto matar* á usted, que lo mate á trompadas. Con esto evitaremos mayores desgracias y se acabará este feo asunto.

Yo pregunté algo emocionado :

—¿ Un *match*, entonces ?

—*Yes*. Hemos concertado que el encuentro se llevará á cabo en el *ring* de mi casa, con guantes de cuatro onzas y *rounds* de tres minutos, hasta que uno de ustedes quede fuera de combate.

—¿ Y él ha aceptado ?

—*Yes*. Al principio no quería ; decía que él arreglaría la cuestión á su manera... Pero al fin lo hemos convencido.

Y añadió riendo :

—Dice que romperá á usted el alma.

—¡ Si puede !...

—¡ Ah ! figúrese—continuó míster Mackay sin parar en mi compadrada,—que quería tirar sin guantes y que yo, para disuadirlo de su idea, tuve que hacerle una verdadera conferencia.

—Y dígame, míster Mackay : ¿ y á qué hora va á ser eso ?

—A las cinco de la tarde. Nosotros vendremos á buscar á usted.

—¿ Y Gárdener, sabe lo que sucede ?

—¡ Oh, ya ! ¡ Con él y con Llerena hemos concertado la cosa !...

—Es preciso que esto no trascienda...

—¡ Oh, ya ! por la policía...

—¡ Qué por la policía !... Por tantas otras consideraciones... Yo no quisiera que míster Linck, que mi familia...

—¡ Ah, no ! ¡ Vamos á ser muy pocos ! ¡ Pierda cuidado !

...Y después de haberse despedido amablemente, y sin más conversación, míster Mackay salió de mi casa, gallardeando su elástico cuerpo de *retiaro*, su cuerpo *anacrónico*, musculoso y bárbaro, que evocaba á través del traje modernista y yankee, la visión de la arena enrojecida de la multitud implacable y aulladora, la visión del sudor, de la sangre y la violencia.

XXII

...Estaba vistiendo mi traje de pelea, aquel traje sumario, extravagante. Edwards, recostado en una mesa *toilette*, me observaba en silencio, mientras que Miguel, en el umbral de la puerta, dirigía curiosas miradas al exterior, miradas que traducían la excitación de sus nervios.

Me puse la malla negra, la malla negra de seda, á través de cuyo tejido fino se dibujaba la atormentada trabazón de los músculos; calcé los botines de cuero amarillo, botines sin taco y con suela delgada y dejando la mitad del cuerpo desnudo me ceñí á la cintura el vistoso pañuelo con los colores de la bandera británica...

Fuera, en el corredor, se oían los pasos de los que aguardaban la lucha, los pasos de aquellos que nunca faltan á esta clase de espectáculos, que gustan mirar á los toros desde encima del olmo y que son, sin embargo, los más implacables, los más feroces.

Edwards se quitó el saco, desprendió los botones de los puños y arrollando las mangas por encima de los codos me dijo tranquilamente:

— ¡ Es una *macana* lo que van á hacer !

— ¿ Por qué ?

—Los hombres no deben pelear por tontearías... Somoza estaba borracho, sin duda...

Yo repliqué con viveza :

—¡ Borracho ó no, qué me importa ! ¡ Yo le enseñaré á respetar á la gente !—y al recuerdo de la ofensa la sangre afluyó á mi cabeza.

Edwars continuó :

—El era tu amigo...

—Sí—exclamé con vehemencia,—yo creía que lo era... ¡ Pero ahora estoy convencido de lo contrario ! ¡ Vaya un amigo !...

—Es una *macana*...

Entonces me fastidié :

¡ Caramba con el individuo ! El podía pensar como quisiese ; pero yo, que no tenía *sangre de pato*, arreglaría la cuestión á mi manera. Pancho era un hombre fuerte y yo otro... por lo tanto, ninguna ocasión mejor para probarse. ¡ Los hombres se daban á conocer en esos casos y á mí, el que me ofendía me la pagaba sin remedio !

Edwars iba á replicar, sin duda ; pero en ese momento se presentó en la puerta míster Mackay haciendo retroceder á Miguel Sánchez.

—¿ Está usted pronto ?

—¡ Sí, maestro !—contesté,—¡ ya estoy !

—¡ Bueno, vamos !—y míster Mackay entró en la pieza y se puso á destapar un frasco de ginebra.

—¡ Dígame, maestro !—pregunté,—¿ hay mucha gente ?

—¡ Oh, ya ! Yo no sé de dónde sale... Hay una junta de compadritos.

—¿ Amigos de Somoza, seguro?...

—¡ Oh, ya !

Recién en la puerta tuve que dar un golpe á uno que quería *venir adentro* á toda fuerza...

—¿ Ah, sí?

—Sí. Y luego el vigilante quería llevarme preso...

—¡ Está bueno !...

Una sensación entre voluptuosa é ingrata me escarabajaba el estómago. *The solar plenus* debía estar vibrante. Edwars me dijo :

—¡ Ponte el sobretodo, que afuera hace frío !—y yo le obedecí como un autómatas.

Había mucha gente en el patio... ¿ mucha? habría unas quince personas, amigos de Edwars, de Mackay y de Somoza y las cuales apenas me saludaron en su afán de mirarme.

Cuando entramos en el galpón donde el maestro tenía instalado su *ring* particular, me encontré con varias personas más, que temerosas de perder un sitio bueno para contemplar la lucha, se habían instalado allí con alguna anticipación.

Tuve una gran sorpresa. Mister Sylvan estaba allí con su cara curiosa de perro viejo. Ni me saludó siquiera. Entonces, ante la vista de aquel rival relativo que iba á ser testigo de mi bravura de macho, yo tuve una llamarada de

orgullo, una necesidad de ser agresivo, arrogante y compadre, y llamando á Miguel le dije en voz baja :

—Dile al inglés Sylvan, de mi parte, que tenga mucho cuidado de que esto no llegue á saberse en casa de míster Linck...

Miguel obedeció y yo entré en el *ring* con aires de gallo de pelea.

Edwards, que iba á ser mi asistente, colocaba sobre una silla, y en la parte exterior de uno de los ángulos del *ring*, la palangana, la jarra de agua, la esponja, la tohalla, el frasco de percloruro de hierro, el de ginebra y todas las demás cosas necesarias para su humano ministerio.

La gente se echaba sobre las cuerdas, llena de curiosidad, y míster Mackay, que iba á actuar de *réferee*, pedía á todos que se retiraran á sus puestos agitando con una mano los dos pares de guantes que habían de servirnos.

Por fin apareció Somoza asistido por varios amigotes.

Colgó cuidadosamente su sobretodo gris en uno de los ángulos del *ring* y entró después.

Observé que no estaba furioso como yo me lo había imaginado. Seguro sin duda de la victoria, saboreaba la venganza. El gesto maligno de su boca perversa y casi sonriente, le hacían, sin embargo, en extremo sospechoso.

Se presentaba hecho un completo atorrante.

La elegancia sportiva, la *mise en scène*, como decía él, le importaba un comino.

No llevaba más traje que un calzoncillo de baño, color de tabaco, y unos zapatos de carrera. Un cinturón de cuero con gran hebilla de cobre ceñía su cintura. Mister Mackay observó que los reglamentos prohibían toda clase de hebillas y entonces le quitaron el cinturón y le ciñeron una faja encarnada, con lo que quedó mucho peor todavía.

Nos pusieron los guantes, aquellos preciosos guantes de cuatro onzas que no se sienten y que no estorban las fintas. La gente se había sentado en sus sitios con la vista fija y las manos en las rodillas.

Mister Mackay habló entonces :

—Sí ustedes quieren reconciliarse...

—¡ No!—interrumpió Pancho como un hachazo, y ¡ no! repetí yo como un eco, mientras la gente se removía en sus asientos contenta de que fuéramos tan bárbaros.

Mister Mackay volvió á hablar :

—Ya saben ustedes ; cada *round* durará tres minutos... ¡ A la voz de *time!* empezará el combate y á la misma voz deberán suspender la acción y volver á sus puestos... Cuando uno de ustedes caiga, yo contaré los segundos, y si á los diez segundos no se ha levantado terminará el combate. Tan pronto como el caído se incorpore, el contrario podrá golpear de nuevo.

—¡ Bueno, bueno ! ¡ Ya lo sabemos ! ¡ Tanta historia !—refunfuñó Pancho impaciente.

Algunos espectadores se rieron y míster Mackay los miró con rabia.

Diez segundos más tarde nos hallábamos frente á frente en dos de los ángulos opuestos de aquel estrecho recinto. Con el cuerpo robusto inclinado hacia adelante, Pancho me clavaba los ojos en una actitud de fiera en acecho. Parecía un resorte pronto á dispararse con un chasquido brutal. Reinaba un silencio grande, un silencio que sólo interrumpían el rumor de las respiraciones ansiosas y el galope de mi corazón dentro del pecho.

Míster Mackay sacó su cronómetro :

—*¡ Are you ready ? ...*

—¡ Sí !

—...*¡ Time !*

Apenas rozamos la punta de los guantes en una insinuación de saludo, *El Pampa* debutó con un *swing* de la izquierda tan formidable, que esquivado por mi cabeza lo llevó con su impulso hasta echarlo de bruces sobre las cuerdas del *ring*. Volvió de allí como despedido por una catapulta y en mi nuevo quite de cabeza sentí zumbiar su derecha junto al oído. Ya estaba furioso y la cosa se presentaba fea, había que moverse.

Míster Mackay, con los ojos muy abiertos y el cronómetro en la mano, nos seguía fielmente.

Desorientado por la brusquedad del ataque, yo no hacía más que parar al principio ; mi cerebro se negaba á combinar una acción... por fin, en un pase brusco, rocé con la espalda desnuda la cuerda más alta del *ring* y aquella quemadura violenta me sirvió de reactivo.

Esquivé *limpita* una izquierda á la cara, é impulsada por todo mi cuerpo, mi derecha tomó á Pancho debajo de la barba. El envión fué tan poderoso, que lo echó de espaldas sobre las cuerdas del *ring*. Yo debí haber aprovechado para golpear de nuevo, pero mi inexperiencia me hizo perder un segundo y, cuando me acordé, lo tenía encima de nuevo. Paré su izquierda con doble cara, pero mi respuesta se perdió en el vacío y en el mismo instante algo que imaginé una mole inmensa cayó sobre mi boca. Vi todo negro, un ambiente negro, como el de una noche profunda, sembrada de estrellas rojas, y me pareció que mis piernas se doblaban, pero en ese mismo instante una voz lejana gritó repetidas veces : *¡time! ¡time!*

Medio inconsciente, sin saber cómo, me encontré jadeante sentado en una silla... Edwars Gárdener limpiaba con una esponja empapada en agua la sangre que corría de mi boca y de mi nariz, mientras un individuo desconocido agitaba el aire con una tohalla.

Vi que yo tenía todo el pecho cubierto de sangre, sangre en los brazos y sangre en los

muslos. A juzgar por el entorpecimiento que sentía en la boca, debía tenerla hecha pedazos.

Al otro extremo del *ring*, y también sentado en una silla, estaba Somoza asistido por sus amigos. No se le veía sangre ninguna, pero parecía muy fatigado.

Edwards me dió á beber ginebra. Aquella ginebra tenía gusto á sangre.

Míster Mackay gritó :

—¡Listos! Los asistentes salieron del *ring* y al deslizarse por entre las cuerdas, Edwards me dijo muy bajo :

—¡Quite de cabeza derecho é izquierda á la barba! ¿No ves que es zurdo?

—¿Qué es zurdo?—musité.

—¡*Time!*

...Nos cruzamos con un chasquido de aletazo de águila. Pancho tiró izquierda y luego un *heart blow* de derecha que yo paré con fortuna.

Sentía calor en aquel ambiente de sudor y de lucha.

Respiraba con la boca abierta y con ijadeos de bestia cansada, porque tenía las fosas obstruidas por la inflamación y la sangre. De repente, Pancho atacó fuera de distancia con un golpe de izquierda y de primera intención á la cara, un golpe formidable, pero claro para mí, como una revelación instantánea.

Quité á la derecha muy bien, y mi izquierda

chocó contra su mandíbula pasando por debajo de su brazo. Fué un golpe soberbio. Las piernas de Pancho se doblaron, cayó de rodillas y luego, apoyándose en las manos, quedó en cuatro pies y con la cabeza colgante. Observé que caían gotas de sangre sobre el piso.

Míster Mackay contó los segundos :

—*One..., two..., three..., four..., five... six...*

El Pampa se levantó sobre sus piernas vacilantes y en cuanto estuvo de pie, furioso y aturdido, en cuanto inició acción de atacar, yo me fuí sobre él con derecha á la cara. Mi golpe dió en el oído izquierdo y con tanta violencia que me fuí encima empujándolo con el hombro, de tal modo, que cayó de espaldas entre mis piernas con la pesadez de un cadáver. Echaba sangre por los oídos.

—*One... two... three... four... five... six... seven... eight... nine... ten... all right.* Esto ha terminado.

Toda la asistencia se levantó llena de curiosidad para mirar al caído, y mientras míster Mackay, guardando su cronómetro, se inclinaba sobre el, pude observar que Pancho se movía. ¡ Sentí ganas de pedirle perdón ! Lentamente, y con los ojos extraviados, se fué poniendo de pie. El maestro le dijo cariñosamente :

—¡ Ahora á tomar un trago y á vestirse !...

—¿ Cómo ? ¿ Qué ?—gritó irguiéndose con los

ojos enrojecidos y la boca torcida por un rictus nervioso.

—¡ Todo ha terminado !...

Él gritó una blasfemia y se abalanzó sobre mí... Míster Mackay quiso quitarlo empujándole con el hombro. *El Pampa*, ciego, lo hizo vacilar con un golpe en la frente. Todos gritaron y el maestro lo arrojó contra el lado opuesto del *ring* con un envión de antebrazos. Cayó enredado entre las cuerdas, pero se levantó con impulso...

¿Iba á arrojarse sobre todos?

Vaciló un momento y luego, de un salto, tomó su sobretodo y de él su revólver.

Vi el caño luciente apuntado á nosotros y en seguida sonaron dos tiros. Hubo un tumulto espantoso de gritos y de blasfemias.

Luego alguien pasó por mi lado como una sombra, sonó un nuevo disparo, después un golpe como un latigazo ; vi que *El Pampa* yacía de espaldas otra vez en el suelo, y que Edwards, dejando un revólver sobre la silla inmediata, me decía :

—¡ Vén, vámonos ligero !...

XXIII

Aquel escándalo mayúsculo vino á favorecer mis planes.

Todo el mundo se enteró de la cosa y hubo diario en el cual se escribieron largos artícu-

los incitando á las autoridades á proceder con todo rigor contra «los protagonistas de estos »espectáculos bárbaros, verdaderas regresiones »salvajes, indignas de nuestra cultura.»

Míster Linck, que estaba furioso y á quien seguramente míster Sylván se había encargado de calentar la cabeza, fué á ver á mi madre para decirla que era necesario que yo saliera inmediatamente de la capital, pues, de lo contrario, él me abandonaría y yo quedaría expuesto á muchas contingencias.

—¡ Caramba, señor !... Williams es un niño todavía... piense usted que no tengo más que dos hijos... ¿Qué va á ser de mí aquí sola?...

Y míster Linck, que era un inglés vivo, un hombre que iba directamente á su objeto y á quien se le daba un pito de lo que pudiera ser de mi madre, una vez sola, le respondió muy cortés :

—¡ Oh, ya, señora ! *Mi darse cuenta perfectamente.* Pero piense usted que su hijo puede cometer muchos errores si queda aquí. El se junta con mucha mala gente, con gente que lo va á *meter* en peligro. En mi establecimiento él será bien tratado y él hará camino. Los hombres deben trabajar desde jóvenes... ¡ *Mi* tenía doce años cuando empezó á trabajar !...— y la miraba con sus ojos grises y serenos, con su cara enérgica de conquistador de mundos, con su aspecto grave de atleta del progreso, de hombre superior que sabe de la vida.

Mi madre se dejó convencer así, casi sin resistencias. Yo creo que fué porque le habían pintado á Pancho con tan sombríos colores, que llegó á temer que mi vida peligrara.

—Bueno—dijo,—que vaya, si así lo quiere... ¡Que vaya y se haga un hombre!—y la pobre tornó á sus suspiros, á sus lágrimas y á su eterna soledad de abandonada...

...Aquella noche comí en casa de míster Linck. Mi protector quería á toda costa que yo partiese para la estancia al día siguiente y, por lo tanto, allí, en la intimidad de la mesa familiar, de aquella mesa inglesa, donde Manuela y yo parecíamos exóticos ingertos, no por la exterioridad, sino por el espíritu, se habló mucho de mí, se hablaron muchas cosas de la estancia y se hicieron mil proyectos halagüeños para el verano próximo, para la fecha de la inauguración de la cremería que yo iba á dirigir.

—Usted—dijo míster Linck mirándome paternalmente,—va á recibir una gran sorpresa allá para diciembre cuando vayamos á visitarlo.

—¡Oh, ya lo creo!—y envolvía á Manuela en una mirada de ternura audaz que provocaba sonrisa maliciosa en los labios de aquel viejo señor tan circunspecto.

—Lo que yo temo—dije ingenuamente,—es aburrirme... Uno debe aburrirse mucho en la campaña, ¿verdad?

Míster Linck se puso serio.

—¿Aburrirse? ¡ Amigo, el que trabaja no se aburre! ¡ No tiene tiempo!

—¡ *Yes, sir!* Pero usted comprenderá que los días son largos y que no siempre se puede estar trabajando...

—¡ Es verdad! Pero usted puede montar á caballo, cazar, hacer música...

Manuela lo interrumpió :

—Mira—dijo, en el tono de quien acaba de hacer un descubrimiento,—mira, ¡ puedes nadar en el río!

—Eso es—dijeron todos á una,—¡ nadar también!

Y Manuela prosiguió :

—Yo... nosotras nadábamos en el Paraná... y bastante bien. ¿ Verdad, muchachas?

—¡ Oh, y sobre todo tú!—contestó la pequeña Harriet.—¡ La viera míster Williams, parecía un *pescado!*

Todos nos reímos y Hellen habló entonces :

—Yo creo—dijo,—que míster Williams se acostumbrará á aquello, por más que míster Sylvan opine lo contrario; en la estancia podrá...

Yo la interrumpí algo brusco :

—Pero, dígame, señor Linck. ¿ Qué quiere de mí ese tipo... ese...?

El me detuvo con un movimiento de la mano lleno de autoridad.

—¡Usted se equivoca, Williams, usted se equivoca!

—Y entonces, ¿por qué se anda ocupando de mí en todo momento, ese... sujeto?

Míster Linck tornó á ponerse grave y repitió :

—Usted se equivoca, Williams, y yo le ruego que respete á míster Sylvan porque es mi amigo

Me mordí los labios de despecho, y miss Hellen continuó como si tal cosa :

—En la estancia podrá hacer amistad con los señores Barley, con su hijo míster Thady, con... miss Bel Smile, su novia, que acaba de llegar de Londres...

—¿Y quién es esa señorita?

—Ya digo, es la novia de míster Thady, el hijo de nuestro mayordomo. Una niña muy interesante. Verá usted. Es prima hermana de míster Thady.

Manuela me hizo un guiño casi imperceptible. ¡Cómo sería la preciosura aquella! Todas las veces que miss Hellen nos había ponderado la belleza de alguna mujer, ésta había resultado un adefesio.

La velada de sobremesa se prolongó aquella noche hasta una hora muy avanzada y yo, en vez de aprovechar haciendo compañía á mi madre los pocos y últimos momentos de vida bonaerense que me dejaba la precipitación de mi viaje, quise disfrutarlos en compañía de

aquellas gentes, de aquella mujer, sobre todo, que me tenía sorbido el cerebro.

¡ Así es la ingratitud humana !

Así como la flaqueza cobarde de la carne ó la tiranía incontrarrestable del genio de la especie, nos empuja en pos de una mujer á la cual nada debemos, una mujer que se nos atraviesa en el camino de la vida en cualquier momento, sin que la hayamos presentado siquiera y nos arranca á los brazos de nuestras afecciones más caras, para envenenarnos el corazón, para hacernos sufrir humillaciones y tormentos inenarrables y para concluir llevándonos al matrimonio que es su fin y su única misión sobre la tierra, el matrimonio prosaico, que mata las ambiciones generosas y vuelve á uno exclusivista, y esclavo de ese instinto, que obliga al avestruz, al tero y al chingolo á sacrificarse por la conservación de sus pichones.

A las doce de la noche, míster Linck me hizo ver que era muy tarde, que el tren salía muy temprano y que sería muy conveniente por lo tanto que me marchara.

Allí, en aquel comedor que conservaba tan gratos recuerdos para mi corazón romántico, fué la despedida. Míster Linck me dió una carta para el señor Barley y me recomendó por centésima vez que le escribiera todos los días. Me despedí de él, de sus hijas y por último de Manuela. ¡ Oh, Dios ! Cuántas cosas habíamos

hablado aquel día y, sin embargo, tanto que me quedaba por decirla.

—Bueno. ¡ Adiós ! Hasta pronto...

—¡ Hasta la vista, Will !

Y sacudía mi diestra entre sus manos.

Yo tenía un nudo en la garganta.

—¡ Adiós !—repetí torpemente.—¡ Adiós, Manuela !

Vi que sus ojos se empañaban como si fuese á llorar, y entonces me escapé...

—¡ Adiós, pues ! ¡ Hasta la vista !

E hice un saludo general...

El *hall* estaba obscuro. El portero debió haber apagado las luces hacía rato, de manera que casi á tientas llegué hasta el cancel.

Lo había abierto ya, cuando Manuela me llamó.

—Espera, espera, Will... ¿ Dónde estás ?

—Aquí...

Y lleno de emoción avancé hacia su obscura silueta.

—¡ Adiós otra vez ! — me dijo tendiéndome una mano que tropezó con mi pecho y á la cual tomé entre las mías.

—¡ Ah ! ¡ No, no, no !...

Yo la atraje hacia mí y estreché, entre mis brazos nerviosos, aquel cuerpo sano y macizo.

—¡ Dame un beso !—le dije casi jadeante y buscando sus labios con los míos, mientras sentía en las mejillas la caricia de seda de sus rizos.

—¡ Dame un beso !

—¡ Ah, no, no ! ¡ Déjame !

Y trató de desprenderse de mis brazos, pero entonces yo, con un movimiento rápido, logré aprisionar su inquieta cabeza y mis labios desfloraron los suyos.

¡ Fué un beso breve, violador y rabioso, fué un beso desesperado y violento, pero un beso divino, un beso que aflojando mis nervios turbó mi cerebro, á tal punto, que salí á la calle tambaleándome como un ebrio !...

XXIV

Al día siguiente por la mañana, y cuando el tren corría sobre sus interminables paralelas, con rumbo á mi destino, todavía conservaba en los labios el sabor de aquel beso... Acodado á la ventanilla y recibiendo en el rostro el viento fresco que el coloso levantaba en su carrera de leguas, contemplaba el paisaje de aquel hermoso litoral bonaerense, adonde iba á buscar fortuna y á hacerme digno del premio que anhelaba, gracias á la generosa palanca de míster Linck ; gracias al hombre que por un capricho extraño del corazón, había venido á convertirse para mí en un protector, en un padre.

Y pensaba en todo lo que quedaba á mis espaldas... Pensaba en mi casa y en mi niñez ; pensaba en aquel campo donde viviera mis primeros años, tan parecido al que desfilaba ahora

ante mis ojos ; pensaba en mi pobre madre abandonada ; pensaba en *La Negra* y en mis amigos y ¡ ay ! pensaba sobre todo en aquella mujer en cuyos labios había libado, hacía tan poco, el néctar de los deleites infinitos, en aquella mujer que me quería ; en aquella primera mujer que había acudido temblorosa á despedirme en la sombra de una cita ; en aquella mujer que estaría pensando en mí como yo pensaba en ella ; en aquella mujer, en fin, de cuyo lado me arrancaba la suerte, en el preciso instante en que había abarcado á la luz fugitiva de aquel beso, toda la dicha que me brindaba la existencia...

—¿ Se habrá enojado ? — me preguntaba á veces.

Y entonces una sombra de duda temerosa, invadía mi cerebro y sentía imperiosos deseos de volverme, para poder averiguarlo... Pero, en seguida, el raciocinio y esa curiosa depravación que se nota aún en los jóvenes más inocentes ó más ingenuos de nuestra sociedad moderna, tranquilizaban mi espíritu.

—Las mujeres nunca se enojan por estas cosas—me decía.—Se hacen las enojadas... Alguien lo ha dicho... no sé quién, los amigos... ¡ Todo el mundo ! ¡ Alguien lo ha dicho y es cosa por demás sabida !...

Y el tren continuaba su marcha incansable á través de los campos verdes, de los campos manchados por grupos policromos de hacienda

vacuna ; de hacienda que pastaba sumida hasta el vientre entre las altas gramíneas, ó dormitaba indiferente y tranquila.

—¡ La vida es bella !—pensaba yo al aspirar á plenos pulmones la brisa embalsamada, y me sentía, animoso, audaz aventurero.

Un guarda moreno y grandote me preguntó cortésmente, pero con un no sé qué de burlón, en su boca carnosa :

—¿ Esta valija es suya, míster ?

—¡ Yes !

Y me sentí muy satisfecho de que aquel hombre se engañara tan bien, porque eso quería decir que la mano de barniz era perfecta.

Algunos pasajeros miraron, con sonrisa entre benévola y picaresca, á aquel *inglesito* con *breech* de *corderoy*, con polainas amarillas y gorra cuadriculada, que fumaba en su pipa indiferente á todo, al parecer, y que, sin embargo, tenía más sangre de indio y de andaluz que todos ellos juntos, é iba atrincherado en su frialdad hipócrita, rumiando voluptuosidades exquisitas, en un raro onanismo de la mente.

Después de mediodía llegamos á Sánchez, aquella pobre estación que tanto conocía yo por referencias, y cuyo nombre había motivado tantas bromas entre Manuela y yo. El breack de la estancia me estaba aguardando ; un breack de campo pintado de amarillo. El cochero, un inglés muy viejo, se me acercó solícito :

—¿ Míster Fernandez ?

—¡ *Yes!*

Y el hombre, cargado con mi equipaje, me condujo hasta el vehículo.

La estancia de míster Linck estaba cerca, apenas un par de leguas hacia el Este, en la costa misma del río. Nuestro viaje, pues, fué breve; el trote de aquellos tres nerviosos alazanes, nos puso en la estancia en cuarenta minutos más ó menos.

Los señores Barley, padre é hijo, me esperaban en la verja y me hicieron una recepción muy amable.

—¿ Viene usted cansado? ¿ Almorzará usted? ¿ Tomará un baño? ¿ Quiere que le enseñemos su habitación?

—¡ No, no, gracias, muchas gracias!—repetía yo, encantado por aquella acogida franca.— ¡ Muchas gracias! Míster Linck ya me había dicho que eran ustedes unos caballeros muy amables...

—¡ Oh, ya! ¡ Míster Linck es una persona excelente!

Me hicieron sentar á la sombra del corredor de aquel coqueto chalecito, que debía parecer un lunar entre los edificios criollos de las estancias vecinas, y me obligaron á aceptar un refresco.

—¡ Usted está sofocado, señor!

Lo que yo tenía era el cutis ardiendo por efecto del aire de la campaña, parecía un can-

grejo cocido y sentía que la boca se me fruncía por la tirantez de la piel.

Entregué á míster Barley la carta de míster Linck y mientras que el viejo la leía, yo me puse á conversar con su hijo. Era un muchachote enorme, completamente lampiño, un muchachote rubio como las barbas del maíz.

No obstante la rubicundez de su piel y su conformación paquidérmica, aquel joven se me hizo simpático. Se veía en él, al muchacho sano y sin dobleces, al hombre que revienta de salud y de vida y que no ha nacido para incomodar á nadie, ni tampoco para molestarse por tonterías. Su padre, era un tipo vulgar de inglés, uno de esos ingleses que uno ve por todas partes, un inglés de comedia ó de opereta, un inglés con grandes patillas coloradas.

A la hora del *lunch*, el señor Barley me presentó á su mujer y á su sobrina, es decir, á la novia del adiposo muchacho.

La señora Barley era una inglesita seca y menuda, una mujer que vista al lado de su marido, traía á la mente comparaciones risueñas, imágenes de ridículas desproporciones fisiológicas. Miss Bel era uno de esos seres sin sangre, una de esas chicas cloróticas como las hierbas que nacen debajo de las piedras. Su aspecto era más bien desagradable.

Una barra de hielo envuelta en una servilleta. Con razón miss Hellen la llamó interesante.

Apenas cayó el sol, míster Barley me llevó á ver el edificio de la futura cremería. Se estaba construyendo á pocas cuabras de allí y casi sobre la barranca del río ; su hijo no podía acompañarme porque debía ir á visitar los sembrados ; pero él, aunque no tan al corriente de la cosa, creía que sabría responder á mis preguntas.

Y fuimos allá en su ligero cochecito... Resultaba que el edificio estaba ya casi terminado. Los albañiles trabajaban en el revoque y *mi* cremería se recortaba sobre el fondo del río, sobria y austera como todas las construcciones inglesas.

Míster Barley me presentó á la gente, me hizo ver el departamento de máquinas, listo ya, para recibirlas, los galpones y el pozo semi-surgente ; me habló de las máquinas, de la leche, del queso y de qué sé yo cuántas cosas. Luego me llevó hasta el borde de la barranca, esa bella barranca á pique, esa barranca de arena roja, característica, de la costa occidental del Paraná. El río, ancho, anchísimo, me pareció un mar sin límites, un espejo inmenso salpicado de grandes islotes toscos, islotes que parecían esmeraldas incrustadas en el cristal sereno.

—¡ Qué hermoso es esto, Dios mío !—exclamé entusiasmado.

Y míster Barley gruñó como un oso :

—¡ Oh, ya !

Cuando regresábamos, divisamos entre las

sombras del crepúsculo las siluetas de Thady y de Bel que paseaban tomados de la mano.

—Los muchachos...—musitó míster Barley señalándolos con boca y nariz mientras excitaba al caballo sacudiendo las riendas.

—¡Ya pueden restregarse, que no ocurrirá nada!—pensé yo.

Y aquella noche, al quedarme solo en mi cuartito campero, escribí á Manuela, la escribí una carta larga... larguísima, en la cual volcaba todas las ansias de mi corazón sediento, y la hablaba con envidia de aquella pareja dichosa y solitaria, de aquella pareja que había entrevisto paseando su ternura británica, entre la discreción de las sombras.

XXV

Me despertó el trinar alegre de los pájaros, de los pájaros que revoloteaban persiguiéndose entre las plantas del corredor de la casa y entre las hojas nuevas de los grandes árboles del huerto... Abrí la ventana para mirar afuera y el sol, ya alto, entró como un torrente de vida hasta mi cama. Eran las seis. Todo sonreía á la curiosidad de los ojos. El campo, un trozo de río bruñido como un espejo, la verja verde de la casa, el techo rojo del departamento de los peones, el molino que chirriaba impulsado por la brisa... todo, entonaba un himno de amor y

de ventura, todo parecía alegre, alborozado, como la risa franca de la infancia.

Bajo la ramada vi un caballito panzudo, ensillado con montura.

Era seguramente el que míster Barley me había destinado.

Thady pasó con una máquina de matar hormigas. Iba sudoroso bajo su gran sombrero de alas anchas. Lo llamé :

—¡ Míster Thady !

—¡ Oh !

Y arrojándose sobre mí, me estrechó las manos con tanta efusión, que me dejó encantado.

—¡ Venga usted, venga usted, vamos á tomar el desayuno ! ¡ Fanny !

Entonces me di cuenta de por qué míster Thady Barley estaba tan soberbiamente gordo. Comía de una manera prodigiosa, y según me confesó, era, aquel que hacía en mi compañía, el segundo desayuno de la mañana. Bisteack con huevos, te con leche, dulce, frutas, whiskey, y qué sé yo cuántas cosas más ingirió allí en mi presencia, con verdadero entusiasmo, y como mientras comía hablaba pausadamente y sin descanso, me enteró de muchas cosas que podrían interesarme.

Las señoras habían ido á Sánchez en el break... yo, me había levantado tarde. Míster Barley, su padre, estaba en el campo vigilando un aparte de novillos para el frigorífico de Campana... él se había levantado á las cinco y

pensaba bañarse en el río á las diez, en fin, una porción de datos cuya enumeración escuché de buen grado, porque estaba contento y porque el inglesito me había sido simpático.

Luego que terminamos, míster Thady tomó su máquina de matar hormigas y yo, montando á caballo, me dirigí á la cremería para hacer mi visita de inspección.

No habiendo podido encontrar allí nada que diese pie para una observación y que por lo tanto me permitiera demostrar á aquellos trabajadores que yo era un inglés muy severo y muy entendido, tomé el borde de la barranca y me puse á seguirla en sentido contrario de la corriente, bajo un sol de fuego, pero muy complacido, sin embargo, de poder vagar por aquella pintoresca costa, libre é independiente como un pájaro.

—Pensar que por acá habrá andado tantas veces—me decía,—pensar que por esa senda que baja hasta la playa, entre dos murallones de arena roja, habrá descendido tantas veces con su vestido blanco; pensar que este río inmenso y aquel islote y aquellos árboles, la habrán oído reír como una loca, cuando resbalaba en la pendiente, pensar...

Una cosa acababa de llamar fuertemente mi atención. En medio de un gran derrumbamiento de la barranca, un derrumbamiento caótico, donde los arbustos aplastados por la arena enseñaban sus raíces atormentadas, acababa de

descubrir un montón de basura ; un montón de desperdicios domésticos que provenían sin duda de la estancia, zapatos, papeles, trapos, cenizas, plumas... yacían allí ó se desgranaban hasta la playa, de donde las crecientes sucesivas los irían llevando en la impetuosidad de su corriente.

Al momento tuve una idea, una idea enfermiza que hizo latir mi corazón acelerado :

—¿No encontraría allí, tal vez, algún recuerdo de Manuela? ¿Algún vestigio grato de su persona?

Y míster Fernández, el administrador de la nueva cremería, metió su caballo en el derrumbadero y, apeándose, se puso á remover con su látigo aquel montón de inmundicias.

Una lata de envase... una cinta, una caja de fósforos, muchas cajas... pelo de mujer, pero pelo rubio, pelo de miss Bel seguramente... y nada más...

¡ El inglés Williams era muy desgraciado ! Nada encontraría, sin duda...

Y dejando libre el caballo, bajé hasta el agua por la pendiente de aquel derrumbadero. El río estaba bajo y había más de diez metros de playa. Aquí y acullá se veían objetos desparrramados, frascos, botellas y varios botines á los cuales la acción del agua y del sol, había retorcido en forma extravagante.

De repente tuve una deliciosa sorpresa, una sorpresa que hizo redoblar los latidos de mi co-

razón, y que me obligó á mirar en torno como un ladrón desconfiado...

Allí, entre la arena húmeda y á un paso del agua que se deslizaba mansa, allí á mis pies, y medio enterrado como si quisiese esquivar el sol, estaba un zapato de Manuela, un zapatito de gamuza gris, con su hebilla de metal oxidada y la punta aguda y torcida como un gancho.

¡ Cuántas sensaciones provocó en mi corazón aquella prenda! ¡ Cuántas emociones experimenté al recogerla entre mis manos y al estrecharla contra el pecho en un fetichismo vergonzoso!

— ¡ Pobre zapatito! No debía perderse así, arrastrado por las aguas.

Yo lo salvaría. Yo lo pondría á buen recaudo. Y juro que en aquel momento sentí cólera y celos contra todos aquellos que pudieran haberlo contemplado en su abandono.

El río cantaba en la placidez de su corriente, una canción monótona, canción triste y romántica como una vieja elegía; mientras que yo cavaba afanoso en la barranca rompiéndome las uñas, el nicho en que quería encerrar aquel despojo.

De pronto tuve un violento sobresalto, y dejando caer el zapato sobre la arena, me volví rojo hasta la raíz de los cabellos.

Míster Thady, en traje de baño y chorreando agua, estaba á dos pasos de mí, muy colorado.

—¡Hola!—exclamé, sin saber qué decir.—
¿De dónde sale?

—Andaba nadando y lo vi desde lejos.

Y mirando el zapato gris, añadió :

—¿Y usted, no se baña? ¡Está muy buena el agua!

—¡Sí, sí! ¿Cómo no?—exclamé.—¡Vamos! Vamos en seguida.

Y sentí una necesidad tan apremiante de dejarlo, como si Manuela desnuda hubiera estado allí, en vez de aquel zapato viejo atormentado.

—Vámonos al muelle—me dijo míster Thady.

Y cuando yo montaba á caballo, pude observar que él volvía la cabeza para mirar una vez más aquel zapato gris que tanto lo intrigaba.

El por la playa, y yo por el borde de la barranca, llegamos hasta el muelle, un muelle sólido y altísimo, construido por míster Linck, para los usos de la estancia. Los robustos pilotes de urunday se hundían en el río rizando la corriente, y espesos sauces agrupados en la barranca preservaban del sol, una gran parte del muelle, haciéndolo un sitio en extremo comfortable.

Mientras yo vestía un calzoncillo de míster Thady, un calzoncillo enorme, cuyos pliegues y sobrantes me daban el aspecto de un verdadero náufrago, mi adiposo amigo avanzó hasta el extremo del muelle.

—¿Qué va á hacer?—le pregunté alarmado, adivinando su intención.

El se volvió muy sonriente :

—Voy á largarme—dijo.

—No haga eso, se va á matar... es muy al...

Y no tuve tiempo de terminar la frase.

Aquella bola de sebo sonrosada, se había lanzado al vacío. Oí un ¡ plaf ! enorme allá abajo, y corrí hasta el extremo del muelle sujetando con una mano mi calzoncillo rebelde... ¡ Aquel bruto se había matado, sin duda !

Nada de eso ; el bruto hacía la plancha lo más satisfecho, y sacaba fuera del agua su vientre monstruoso.

—¡ Me largué ! Siempre me largo... Soy aquí el único que puede hacerlo.

Medí la altura, no había menos de nueve metros, porque el río estaba muy bajo... En la pileta Balcarce me largaba siempre... tenía fama de largarme bien... pero no había aquella altura...

—¿ No se anima ?

—¿ Yo ?

Y arreglaba nerviosamente mi amplísimo tarrabos.

El continuó allá abajo :

—Nadie se larga... Sólo una vez miss Manuela... el verano pasado...

—¿ Se largó ?

—Yes. Pero el río estaba muy crecido...

Entonces no vacilé. Nadie podía hacer tonte-

rías más grandes y más completas que yo... cosas útiles... ¡ Vaya y pase !

Tomé carrera y salté en gran estilo... Me pareció que no llegaría nunca á aquella agua distante. Pero esta zumbó por fin en mis oídos y entonces con un enérgico golpe de cabeza me hallé en la superficie, algo nervioso sí, pero contento.

—¡ Muy bien ! ¡ Soberbio !—aplaudió míster Thady entusiasmado.

—¿ Estuve bien ?

—¡ Oh, ya ! ¡ Muy bien !

—Usted se dió un panzazo feroz—agregué luego para hacer resaltar la diferencia.

—¡ Oh, ya ! Siempre lo *tomo*.

Y se rió con su franqueza de muchacho robusto y bien comido.

Apesar de la excesiva frescura del agua y lo fuerte de la correntada que obligaba á un esfuerzo constante, estuvimos un buen rato en el agua.

Cuando salimos, míster Thady me invitó con cerveza y jamón. Aquel hombre se alimentaba de una manera famosa y con razón al lado de su anémica novia parecía un hipopótamo rosa, acompañando á un efímero.

XXVI

El sol se había puesto hacía ya rato, con toda la magnificencia de su pompa salvaje, y los últimos resplandores de aquel incendio de nubes, iban desapareciendo borrados por la invasión de la sombra. Una paz inmensa; una paz que convidaba al reposo y al sueño, comenzaba á envolverlo todo y ni el rumor del río, ni el balido lejano de las ovejas, ni el aleteo de los teros, vigilantes, eran notas desentonadas en aquel grandioso prelude de silencio.

Estábamos esperando á un peón que habíamos enviado á Sánchez en busca de correspondencia, y allí, junto á la ramada de los caballos, míster Barley, puesto en cuclillas y dibujando con un palito figuras geométricas en la arena, me *soleaba*, alevosamente, mientras que yo, recostado en un poste, hilaba en el cerebro las mil fantasías románticas que me inspiraba aquel crepúsculo.

—Ahora—decía el inglés,—parece que han encontrado una nueva aplicación para la caseína... Parece que someténdola á determinados procedimientos, sirve para confeccionar botones, cabos de cuchillos, bolas de billar...

—Quién sabe—pensaba yo,—si Manuela estará mirando también aquella estrella que ahora comienza á parpadear allá... ¡No! Sólo que es-

tuviera en Palermo... de casa de míster Linck no podría verla... ¿Qué estará haciendo?

Son admirables los progresos que alcanza la industria europea cada día. Yo creo...

En ese momento se oyó un rumor de galope, y mister Barley se levantó diciendo :

—¡ Ahí está ! Debe ser Lucas.

No era Lucas, era otro paisano. Debía ser capataz de alguna estancia lejana. Detuvo su caballo sudoroso á una veintena de pasos de nosotros.

—¡ Güenas tardes !

—Buenas tardes.

—¿ Está el patrón ?

—Sí, yo soy—repuso míster Barley.

—Traigo el caballo *cansau*... vengo de lejos y quisiera que me diera licencia *pa hacer* noche.

El inglés recapacitó un segundo, y luego contestó pausadamente :

—Vea, amigo, de aquí dos leguas está la estación Sánchez... Allí hay hotel. Aquí no se da permiso á nadie.

El gaucho se mordió los labios, me miró como para invocar mi ayuda, pero convencido sin duda por mi aspecto de que yo también era inglés, hizo volver su caballo lentamente y murmurando no sé qué amargura, tornó á tomar el camino que había traído. Me pareció que aquel hombre era la encarnación de mi raza, la triste imagen de mi raza débil, que desalo-

jada por la conquista mansa, pero firme, volvía la espalda á lo suyo para hundirse por los siglos de los siglos en el misterio insondable de la nada...

—Estos pícaros se creen que ésta es una estancia de gauchos—murmuró míster Barley.

Y yo sentí frío en el corazón y vergüenza de mí mismo.

Lucas debió haber sufrido algún tropiezo, porque la tan aguardada correspondencia llegó recién cuando acabábamos de comer.

La señora Barley, según tenía costumbre, se apoderó del paquete y con una flema que yo maldecía siempre en lo íntimo del alma, en vez de cortar el hilo en que lo ceñía la precaución de algún tonto, se puso á desatarlo con una minuciosidad irritante.

—¡ Permítame, señora !

Ella oprimió el paquete con sus deditos delgados :

—¡ Ah, no, míster Fernández ! ¡ Ah, no !

Y se reía con aire picaresco.

—¡ Vieja boba ! ¡ Me iba á reventar una aneurisma ! Y todo por darte el gusto de distribuir la correspondencia. No sabía con qué ansiedad aguardaba yo la apertura de aquel paquete donde debía venir la carta de Manuela, aquella carta que estaba esperando con el corazón palpitante desde hacía tanto tiempo...

—Míster Barley, dos cartas y un periódico ;

miss Bel, una carta, mister Fernández, dos cartas.

Desde lejos conocí su letra, aquella letra hombruna de corredor de bolsa, y, sin embargo, más femenina para mí y más armoniosa que el mismísimo vientre de Afrodita.

La emoción de la dicha debió exteriorizarse en mi semblante, porque todos me miraron sonrientes é interrogadores, y míster Barley insinuó con sorna :

—Buenas noticias, ¿eh?

—No... Sí, una carta de míster Linck...

—¡ Oh, ya !

Y todos se rieron á mis costillas.

Parecerá una exageración, tal vez, pero yo juro que en aquel momento estaba tan estúpidamente emocionado, que tenía la garganta seca y me temblaban las manos.

Permanecí un minuto volviendo las cartas entre los dedos y al cabo me levanté. ¡ No podía más !

—Si ustedes me lo permiten, voy á retirarme.

Esto produjo un verdadero tumulto.

—¡ Hola, hola ! ¿ Qué es esto ? ¡ Tan temprano !

Y las señoras aplaudían, riendo á más no poder.

—Tengo que escribir unas cartas... Es por eso...

—Sí, ¡ que vaya, que vaya !

—Bueno, ¡ buenas noches !

Y me escapé perseguido por las risas de todos.

—¿ Qué me diría Manuela? Encendí la lámpara de carburo y colocándola sobre mi modesto escritorio de pino al natural, me arrellané en la silla. ¿ Cómo empezaría?

Por un exceso de sensualismo resolví dejar para postre la carta de Manuela, y me puse á leer la extensa y casi indescifrable de míster Linck :

«...cuide usted mucho que la maquinaria no »vaya á sufrir desperfectos al ser desembarcada...» ¡ puf!... «fíjese bien, si los carpinteros ajustan á tornillo las chapas del techo del »galpón, como deben hacerlo, ó si las clavan á »martillo...»

¡ Bah ! ¡ A buena hora ! Toda la tarde habían estado martillando en los techos, tanto, que la estancia me había parecido una herrería. «Observe si se han abierto grietas en el revestimiento de la pileta.» ¡ Oh, ya ! «Cúidese de »hacer arreglar la toma de agua del caño.»

—¡ Un cuerno ! — y arrojé la carta en un cajón.

¡ Oh, la tocante escena ! ¡ Oh, la trascendental ceremonia ! ¡ Con cuánto afán cuidadoso comencé entonces á abrir aquel sobre cuyo contenido me interesaba mil veces más que todas las cremerías del país, que todos los techos y los tornillos de la tierra !

Algunos efímeros, algunos coleópteros y muchas maripositas blancas revoloteaban, atraídos por la luz, y yo los miré con rabia. Siempre habían de estar allí, turbando mi retiro...

«*My dear Will:*»

—¡Caramba, está en inglés!—pensé,—hubiera preferido en español. Pero, ¡no importa!...

Era el primer desencanto.

«No podrás imaginarte todos los remordimientos y todas las torturas que he sufrido por tu culpa.»

Sentí que una extraña sensación de angustia me subía por el pecho.

«Aquello que hiciste no tiene nombre, y si yo hubiese sabido que te ibas á portar así, hubiera procedido en otra forma.»

Uno de esos rondadores de las noches calurosas, uno de esos escarabajitos color de caoba, se posó en el papel y yo, furioso, lo aplasté con el puño. Debía estar pálido y con el aspecto de un ladrón sorprendido en sus asuntos.

«Nosotros somos ingleses, Will, y es, como novia de un inglés, que yo fui á despedirte, sola y en la obscuridad del patio.»

Mi cerebro indignado trabajaba de una manera prodigiosa. Sentía desencanto y cólera, y si Manuela hubiera estado allí, la hubiera dicho mil torpezas.

«Hablas en tu carta de míster Thady y de miss Bel y les criticas por su frialdad... Mís-

»ter Thady es un correcto caballero, es un *gentleman* que sabe conducirse con su novia.»

La cosa llegaba al colmo y yo dejé la carta un instante, encendí un cigarrillo nerviosamente y volví á tomarla luego como á un imán irresistible.

«Yo he estudiado mucho, Will, yo sé lo que son pasiones y temperamentos y por eso mismo he aprendido á dominarme. Tú no lo sabes todavía bien, pero con un poco de voluntad podrás aprenderlo en breve.»

Ahora sentía fuego en la cara, y en el corazón los más opuestos sentimientos. ¿Era posible que aquélla fuera la misma Manuela? Llegué á dudarle en mi extravío...

«Yo te quiero mucho, Will, tú eres todo para mí y es por eso mismo que debo aconsejarte.»

Aquí el corazón comenzó á ablandarse produciéndome una suave sensación de lasitud.

«Cuando vaya á reunirme contigo pasaremos momentos muy dichosos, porque hemos sido creados el uno para el otro, porque nos queremos y porque hemos de concluir por comprendernos. Te ruego, pues, que modifiques tus ideas, que te hagas más austero y que pienses que *esas cosas*, que no me gustan, nos pueden acarrear grandes desgracias.

»Tuya hasta la muerte,

»MANUELA.»

La lectura de aquella misiva me dejó anonadado. ¿Qué luz se había hecho en el cerebro de Manuela? ¿Por qué un cambio semejante? ¿La habrían reprendido acaso? ¿Alguien habría visto la famosa escena? ¿Míster Sylvan? No; él no estaba... ¿Miss Hellen? ¿Míster Linck? ¿La pequeña Harriet? ¡No, no era posible!... Nadie pudo vernos.

...Manuela, aquella Manuela deliciosa y provocativa que guiñaba los ojos, que se complacía en burlar la vigilancia de cuantos nos rodeaban, con mil preciosas monerías coquetas, me endilgaba ahora una homilfa aplastadora, me hería cruelmente con el cilicio de su austeridad insólita y arrojaba un torrente de agua helada sobre la hoguera de mi pasión salvaje.

¡Aquello era como para volverse loco!

Pasé muchas horas meditando en el silencio de mi cuarto, y por fin me resolví á escribirla.

Fué una carta loca y llena de vaciedades infantiles, una carta larga y desesperada, mezcla de ruego y de blasfemia, que no aclaraba nada y que no hacía otra cosa que probar á aquella mujer idolatrada, hasta qué punto se había hecho dueña de mi ser.

...Escribí la carta y quedé como antes, meditabundo y rabioso.

La aurora de aquel día me sorprendió así; sentado ante mi escritorio y apuñaleando inconsciente con la pluma á un mísero coleóptero que pataleaba indefenso.

XXVII

Si me había puesto tostado como un piel-roja, flaco como un aguará chaqueño, nervioso como una histérica y amargo como la bilis, motivos tenía de sobra. La instalación de la maquinaria para la famosa cremería, maquinaria á la cual míster Linck se empeñó en remitir por la vía fluvial, aumentando así las dificultades y tropiezos, me había exigido un trabajo continuo y una atención de todos los momentos, máxime desde que por negligencia mía y torpeza de uno de los peones, se averió el volante del motor á punto de quedar inutilizado.

Todo el día trabajando en el muelle y expuesto á los rigores del sol de fuego que calcinaba el cerebro, por las tardes bañándome en el río y nadando hasta quedar exhausto, de día y de noche y á todas horas roído por aquella pasión desesperada y llena de ansia que me irritaba los nervios.

Un día escribí á míster Linck asegurándole que tenía necesidad urgente de bajar á Buenos Ajres, y él me contestó, muy atento, que cualquier cosa que necesitase, ya fuera de mi casa, ya de cualquier otra parte, no tenía más que avisarle, que él me la proporcionaría con toda diligencia. Y como yo no podía contestar-

le que lo que me hacía falta era *un poco de Manuela*, desistí de la cosa maldiciendo de mi suerte.

Estaba intratable y feroz ; cualquier cosa me impacientaba y la felicidad tranquila del gordo Thady y de la rubia Bel, felicidad que veía á todas horas pasearse ante mis ojos con la despreocupación de la inocencia, me volvía perverso y aprovechaba todas las oportunidades para insinuar sobre ellos observaciones venenosas y malignas, que los demás no podían entender de ningún modo y que, sin embargo, desahogaban mi espíritu colmado de amargura.

Lady Barley era la víctima preferida para mis eyaculaciones ponzoñosas ; cada vez que encontraba motivos para ello, le decía fingiendo indiferencia :

—Ahí acabo de encontrar, bajo los sauces de la costa, á Thady y á miss Bel...

Ella sonreía cándidamente y respondía suspirando :

—¡ Oh, ya ! ¡ La juventud ! ¡ La juventud !

—¡ No sé cómo se entretienen así solos, cómo no se aburren !—agregaba yo con sonrisa volteriana.

Y ella me miraba, admirada de que fuese tan inocente, tan poco instruido, en cuanto á debilidades del corazón humano.

Fué hallándome así en esta situación que recibí conjuntamente, con la noticia grata de la venida de Manuela, de míster Linck y de sus

hijas, la carta en que mi madre me decía que Miguel Sánchez acababa de solicitarle la mano de *La Negra*.

«Tú comprenderás—escribía mamá, ya re-
»puesta, sin duda, de su sorpresa y disgusto,—
»tú comprenderás muy bien, hijo, que no es
»un Sánchez lo que nosotros aspirábamos para
»tu hermana. Tantos sinsabores, tantos sacri-
»ficios como nos ha costado la educación de *La*
»*Negra* merecían, sin duda, un premio mejor ;
»pero qué se va á hacer, hijo : «El hombre pone
»y Dios dispone...» y, por otra parte, yo me
»siento tan mal, que bien quisiera ver á ustedes
»con un hogar constituido.»

«*La Negra*—continuaba mi madre con aque-
»lla su amada letra regordeta y clara,—*La Ne-*
»*gra* nos ha engañado de la manera más ridí-
»cula. ¿Recuerdas tú cómo se indignaba, cómo
»desmentía la cosa y cómo se burlaba de ese
»muchacho y de toda su familia? ¡Pues, ahí
»tienes el resultado ! ¡ Nunca lo hubiera imagi-
»nado !»

¡ Pobre madre mía ! No lo hubieras imagina-
do tú, pero yo sí, yo que era más del siglo, yo,
que aunque muy joven y muy tonto todavía,
tenía ya la dosis de excepticismo suficiente para
no dejarme engañar por las protestas hipócri-
tas de mi hermana, que, como todas las muje-
res de la época, educadas si no por el ambien-
te del hogar por el de afuera, en la teoría sal-
vaje de que su única misión sobre la tierra es la

de pescar un marido, debería andar en campaña ya, y si no aceptaba aquel imbécil, era sin duda porque esperaba otro mejor. Las mujeres, en su primera juventud—si no son feas,—suelen permitirse rechazar algún candidato—hablo del común de las mujeres, se entiende,—pero después, cuando los años empiezan á apurar, entonces pierden la cabeza y aquello se convierte en un *¡sálvese quien pueda!*

Octogenarios, cretinos, parásitos, inválidos, nada se repulsa, todo se acepta y he visto casarse mujeres inteligentes y bellas con una *mitad* de hombre, es decir, con un pobre sujeto á quien faltaban un brazo y una pierna. La educación moderna, educación que enseña á las mujeres á considerar el matrimonio como único objeto de la vida, es el grande enemigo que se opone á la nivelación de los sexos. Si las mujeres no estuvieran instruidas de tan malsana teoría, hubieran ganado mucho.

El afán del matrimonio, más moral que fisiológico, se está convirtiendo en una enfermedad, en una fobia que envejece y arruina prematuramente á las mujeres y las obliga á atropellar contra todas las conveniencias y á pasar por todos los ridículos antes que sufrir la humillación de quedarse sin marido. La existencia moderna, que va ofreciendo, por otra parte y cada vez mayores dificultades á los hombres partidarios del matrimonio, disminuye el número de candidatos en una forma alar-

mante y es por eso que hoy una niña de veinte años, si no tiene novio, está desesperada. El amor propio irritado por las bromas de las amigas que han tenido suerte en la pesca del hombre, el temor á un ridículo que no existe de ningún modo, porque nunca puede ser risible, en justicia, eso de ser virgen y pura y otras mil razones subalternas y tontas, llegan á producir la *solterifobia* en una mujer hasta entonces alegre y dichosa, precipitándola en brazos de uno de esos hombres, ante cuyo aspecto evoca la mente, sin quererlo, la silueta gallarda de la roca Tarpeya.

— Esto es lo que había obligado á *La Negra* á comprometerse con Miguel. Ella había tendido sus espineles muchas veces; pero ya sea por una ú otra causa, nada pescó mejor que aquel idiota que la acechaba con una paciencia de perro ratonero. Sus primas estaban á punto de casarse; todas sus amigas... ¿qué menos podía hacer aquella pobre niña, víctima inconsciente de un mal social tan disfundido? ¿Pobre cabeza loca, trastornada por el nocivo ambiente de la época?

Yo tuve un disgusto muy grande. Ahora me explicaba el por qué de las gazmoñerías de Manuela... La cosa era bien clara. Nuestros amores, que hasta aquel entonces habían tenido algo de extraoficial y de furtivo, venían á quedar formalizados por este hecho y recibían la sanción de toda mi familia. Yo, por res-

peto á los míos, por respeto á mi hermana y por respeto á mí mismo, tenía que pensar ahora con toda seriedad.

—Las cosas de la familia son sagradas—recuerdo que me dije plegando la carta de mi madre con tristeza.—¡ Hay que ser hombre!— y lentamente, paso tras paso y con el ceño fruncido, me dirigí, á pesar de todo, hacia el río, para bañarme y cruzar á nado hasta la isla de enfrente, hazaña que repetía casi á diario y con la cual me proponía sorprender á mi novia tan pronto como llegase...

XXVIII

...Y vinieron como una bandada de mariposas retozonas á alegrar el ambiente de aquella estancia, donde el calor del estío y otras razones que yo me sé, habían puesto de mal humor á todo el mundo, con excepción de Thady y de Bel, á quienes la vida debía parecer una perpetua primavera y en quienes jamás pude observar, lo juro, un solo gesto de amargura.

...Llegaron en dos coches una tarde y en medio de la fraternidad más expansiva y bulliciosa. Los vehículos rebosaban de cabezas tocadas con tules blancos y azules, de rostros encendidos y chacotones, bajo las amplias alas de los coquetos panamá ; rebosaban de maletas, de cajas, de sombrillas, de qué sé yo cuántas co-

sas multiformes y abigarradas puestas á tono con la alegría del conjunto.

Hasta el viejo cochero de la casa se reía, y yo estaba contento como un perro familiar que otea, á la distancia, la vuelta de los amos.

Venía mucha gente, gente simpática dispuesta á divertirse como colegiales *in vacancy*, gente que agitaba alborozada y desde lejos los brazos, los bastones, las sombrillas... Cuando se detuvieron los coches, el bullicio llegó á su colmo. Yo hubiera estrechado sobre el corazón á mi Manuela, divinamente ideal, con su traje y su sombrero de brin crudo y el amplio velo azul á grandes motas acentuando la suave palidez de su semblante.

—¿Cómo estás?—y me estrechaba la mano entre las suyas con efusión y con cariño, mientras que yo, loco y con la garganta oprimida por la más deliciosa de las emociones, repetía idiotizado :

—¡ Por fin, Manuela ! ¡ Por fin viniste !...

He dicho que venía mucha gente y no he mentado ; aquel desembarco no acababa nunca, ni tampoco aquellas manifestaciones expansivas.

...Lady Grafter, miss Agnes Gárdener, mis patronas, miss Mary Dantly, míster Grafter, el antipático Sylvan, el gordo Gay y qué sé yo cuántos más.

La estancia tomó un aspecto muy simpático, y como las visitas no se cansaban de moverse

por verlo todo, pasamos una tarde muy amena y divertida. Yo me moría por poder conversar á solas con Manuela ; tenía tantas cosas que decirla y tantas que preguntarla, que las horas se me hacían minutos. En el comedor, y durante el *lunch*, pudimos apenas cambiar cuatro palabras mientras ella, de pie y apoyando su mano izquierda en una de las esquinas de la cabecera de la mesa, bebía te á pequeños sorbos, mirándome con sus grandes ojos picarescos y hablando en un tono confidencial y sussurrante que me hacía cosquillas en el alma.

—¿Y cómo estás?

—Estoy bien, Manuela... Ahora sí que estoy bien... pero te aseguro—y puse seguramente una cara de mártir resignado, porque ella me dijo casi maternalmente :

—¡ Bueno, no importa ! Ahora hay que divertirse, que estar alegre—y luego añadió, mor-diéndose los labios :

—¿Y qué me dices del compromiso de tu hermana?

Yo miré el reloj de pared, miré el sombrero de una dama que estaba allí cerca, no sé quién era, pero sí que el sombrero llevaba una cintilla negra y blanca en torno de la copa ; miré mi mano ligeramente apoyada en el respaldo de la silla en que se sentaba Thady ; luego miré á Manuela en los ojos y repuse tornando á bajar la vista :

—Y, me parece bien...

El semblante de Manuela reflejó el bienestar que le aportaba mi respuesta y, para disimularlo, dijo alegremente en inglés y casi á gritos :

— ¡ Bueno, señores ! ¡ Bueno, vamos al río !...
¡ Estoy rabiando por ver el río !...

Y en alegre bandada nos dirigimos á la costa. Míster Linck, que era muy aficionado á la pesca, se había traído de Buenos Aires infinidad de aparatos relacionados con su *sport* favorito : cañas plegadizas, *aparejos* con boyas multicolores, *atarrayas*, *trasmayos*, *medio-mundos* y qué sé yo cuánta zoncera que *encarnaba* ó disponía convenientemente bajo la sombra de los sauces, ayudado por míster Gay y por el viejo Sylvan, su asiduo compañero. Hacía un calor sofocante y el río parado, inmóvil, parecía de azogue. Alguien propuso el baño, creo que fué la hermana de Edwars, la inglesita Agnes, que estaba encantadora con su traje immaculado de *piquet*. La iniciativa, acogida con entusiasmo por la mayoría de las damas, no lo fué así por los hombres, de tal manera que sólo quiso acompañarlas el gordo Thady.

Lady Barley, lady Grafter, Agnes, Manuela y miss Bel, que yo no sé de dónde sacaría energía para esas cosas, tornaron á la estancia con gran bullicio para proveerse de sus trajes y menesteres marplatenses, y luego volvieron para vestirse en la casilla del muelle.

Yo quedé pensativo ; no entendía... ¡ no sabía qué hacer !

Míster Linck, que *encarnaba* gravemente un anzuelo, levantó los ojos y viéndome allí, aislado, inmóvil y pensativo, me preguntó con cariño :

—¿Cómo? Míster Williams, ¿ usted no se baña?

No sabiendo qué responderle, murmuré entre dientes :

—¿Yo?... yo...

Entonces él agregó con pausa y poniendo de lado su trabajo concluido :

—Vaya, míster Will... Es preciso acompañar á las señoras...

Y yo, que no cabía en mí del asombro, pero á quien aquello del baño en comunidad con Manuela, había llenado los nervios de voluptuosidades exquisitas, sin atender al gordo Thady, que me llamaba á gritos desde la puerta de una de las habitaciones de la inmediata cremería, corrí de un tirón hasta la estancia y después de hallar en mi ropero, tirando al suelo toda la ropa que contenía, aquel famoso y elegante traje de natación de los concursos de la Balcarce, un traje de punto de seda negra ribeteado de blanco, volví á reunirme con Thady, tan sofocado, que el corazón se me saltaba por la boca.

¡ Oh, dioses inmortales ! ¡ Eso era vivir inten-

samente ! ; Eso era la vislumbre de la dicha, entrevista en el neurotismo de mis sueños !

Cuando llegamos al muelle, las señoras ya estaban en el agua. Manuela y Agnes, traspasando el límite de la sombra que proyectaban los sauces sobre el río, aparecían como dos puntitos negros allá, nadando juntas, á un centenar de metros y paralelas á la costa, y lady Grafter y miss Bel, mucho más próximas, acompañaban á la pequeña lady Barley que se quejaba como un perrito regalón.

Nunca me sentí más arrogante, más contento ni más orgulloso de mí mismo. Tomé carrera en el muelle y *piqué* con tanto brío, que fuí á caer como diez metros adelante, después de dar dos vueltas en el aire. Al salir del zambullón enorme, pude oír todavía las risas y los aplausos con que todos festejaban mi locura.

Manuela y Agnes nadaban maravillosamente, esta última sobre todo. Nos acercamos juntos hasta donde estaban los demás. El agua, deliciosamente templada á la temperatura del cuerpo, ni se sentía siquiera.

Miss Agnes propuso una cosa :

—Vamos á hacer la *ronga-catonga*—y su iniciativa infantil fué acogida con grandes risas y con verdadero entusiasmo por los que miraban y por los nadadores.

Yo estaba loco de amor y de ventura. Manuela me ofreció su mano izquierda y dió la derecha á lady Barley ; yo tomé con mi izquier-

da la derecha de Thady y así enlazados los unos con los otros formamos la rueda. ¡Cómo reían los buenos señores de la costa y qué algazara formábamos nosotros!

—¡Uy! ¡cómo me oprimes la mano!—murmuró Manuela mirándome con sus grandes ojos cargados de malicia, y nadie, excepto yo, pudo oír sus palabras, porque en ese momento lady Barley se escapó á la mano de Manuela y se llevó un zambullón soberbio entre la algazara de todos.

Nadábamos de pie, pero en la misma parte, y entonces propuso Thady que procuráramos hacer girar la bulliciosa rueda, y en eso estábamos, cuando sentí que una pierna se deslizaba entre las mías, una pierna vestida, pero una pierna deliciosa y túrgida, que se sobresaltó al contacto y que me hizo sumergir en el abismo tibio, con los nervios flojos y la razón turbada...

...Miss Hellen me contó aquella noche que el viejo Sylvan había estado haciendo á míster Linck consideraciones sobre la conveniencia que habría en no dar demasiada confianza á un empleado que al fin no tenía mérito alguno, ni siquiera era inglés.

Y yo, tan pronto como tuve conocimiento de la cosa, conduje á míster Sylvan detrás de la casa y allí, sin más testigos que el perro de miss Dautly, que nos había seguido, lo traté en forma grosera y le prohibí terminantemente

que se entrometiera en mis asuntos por nada y para nada.

El, se encogió de hombros y lentamente, con la espalda encorvada y las manos en los bolsillos, se dirigió hacia su cuarto...

XXIX

El camino duro, reseco y apenas perceptible á la luz parpadeante de las altas estrellas, resonaba bajo el galope firme y tendido de mi caballito zaino. Una diligencia me había retenido en Sánchez y no podría llegar á la estancia á la hora de comer ; pero como eso nada me importaba, dichoso como un príncipe bárbaro de vuelta de la guerra, corría sobre el ancho camino aspirando á pulmón lleno la brisa embalsamada de los campos y pensando en aquella mujer que me aguardaba, en aquella mujer á cuyo lado iba á encontrarme dentro de poco, para disfrutar una vez más del goce inenarrable de los deleites infinitos.

...Y mi caballo volaba sobre aquel camino blanco, que parecía una serpiente enorme, abriéndose paso entre las altas maciegas, y yo, encantado, me adormecía en las delicias de un semi-sueño, oyendo el resoplido brusco y constante con que su fogosa nariz acompañaba el galope.

La carta de Edwards me había hecho mucho bien... Edwards era un muchacho muy bueno... el mundo estaba lleno de gente buena... y re-

cordaba agradecido en mi optimismo, los términos de aquella carta que llevaba en el bolsillo, como una prenda fraternal y dulce.

«Acabo de ingresar en la universidad de Cornell, mi querido Will... Creo que he de hacerme en ella un hombre de provecho... Quiero que cuando se vuelvan á ver los viejos é inseparables compañeros, hayamos adelantado por igual. Tú te encuentras ya encaminado... la protección de míster Linck vale mucho... Yo tengo fe en el porvenir y me siento capaz de grandes cosas...»

—¡ Sí, mi querido Ned! Yo seré un hombre digno de ser tu amigo, un hombre de provecho.

Y una lágrima sincera, rendida en culto de la amistad, vino á empañar mis ojos.

Pero en seguida la imagen de Manuela tornó á reaparecer en la retina, la imagen de Manuela que me aguardaba allá en la estancia, semi-tendida en una mecedora y escuchando distraída la charla familiar del corro íntimo, del corro amable que se formaba cada noche bajo la inmensa paz de las estrellas.

Y entonces, instintivamente, busqué con los espolines nikelados el vientre sudoroso del caballo...

Al llegar á la estancia entregué las riendas al peón que salió á recibirme, y me dirigí apresurado hacia mi cuarto á fin de cambiar de traje y poder reunirme en seguida á la tertulia que adivinaba en la sombra, pues, por causa

de los dichosos *bichitos de la luz*, lady Barley hacía apagar todas las noches el gran fanal del corredor.

El tintineo de mis espuelas sobre la tierra endurecida del patio debió llamar la atención de todos, porque las charlas se suspendieron.

—Es usted, míster Fernández—preguntó la voz de míster Barley.

—*Yes, sir*—respondí yo, haciendo el gracioso y á punto que entraba en mi aposento.—; *Y am the watchman!* (1) y todos se echaron á reir ruidosamente.

En un santiamén estuve vestido.

Despedí con una broma á la sirvienta Fanny, que se empeñaba en que había de comer, como si yo estuviera para esas *tonterías*, y heme, por fin, instalado junto á Manuela y murmurando á su oído la eterna canción de siempre.

—Todo el día lo he pasado pensando en ti... ya nada puedo hacer sin que tu imagen venga á superponerse como una obsesión amable, como...

Ella se echó á reir coquetamente y tratando de descubrir la expresión de mi rostro en la penumbra, agregó muy bajo y en tono de reproche, mientras mordía el borde superior de la pantalla con aquellos sus diminutos dientes nacarinos :

(1) El rondador.

—Sí, sí... ¡Quién sabe en qué cosas habrás andado todo el día!... ¡Vaya una á saberlo!

Y su queja amorosa vibrando mis nervios en una sensación de delicia, me hizo pensar que el único mortal feliz era yo, en aquel instante, que todos aquellos hombres y mujeres que veía en torno mío eran desgraciados que no habían sabido hallar el lado bueno de la vida y que las estrellas lejanas que parpadeaban en la bóveda diáfana y que los millares de luciérnagas que se encendían como flores de luz en las tinieblas y que el rumor del río y el perfume de los campos y el hálito inmenso de la tierra fecunda, no eran más que adornos nupciales, complementos decorativos inventados por la madre natura para celebrar la comunión de dos almas.

La gente estaba entretenida, todos contaban anécdotas tontas, anécdotas de un sabor sajón muy marcado, pero que les hacían reír con estrépito y abandonarnos por completo á nuestros coloquios íntimos.

Hablaba Agnes Gárdener y todos la escuchaban.

El brazo izquierdo de Manuela reposaba sobre el del gran sillón de mimbre y yo veía brillar, á la luz de las estrellas, el diamantito del anillo que adornaba su meñique. Esto me sugirió una audacia y acercando lentamente mi derecha protegida por las sombras, me apoderé de aquella mano. Manuela tuvo un sobresalto

que la hizo volverse con viveza, pero no la retiró y entonces yo, ebrio de dicha, trastornado, comencé á acariciar frenéticamente aquella prenda que me abandonaba su amor, y cuando al cabo de un instante me convencí de que la tibia y suave manita de Manuela respondía con una presión discreta á mis caricias locas, entonces sufrí tan violenta emoción, tanto extravío, que los latidos de mi corazón se percibieron claros en el sereno ambiente de la noche...

La narradora se detuvo.

—¿A quién late el corazón de esa manera?
—preguntó riendo asombrada.

Manuela retiró su mano vivamente y yo, que enrojecí hasta el blanco de los ojos, pude reaccionar gracias á la protección de las sombras y responder con calma :

—Soy yo... Es á mí... Siempre me late el corazón, así, de pronto, á veces creo que debo estar enfermo...

—¡Es curioso!—dijo míster Sylvan, y Agnes continuó su cuento, convencida probablemente de que era éste el causante de mi emoción inexplicable...

...Media hora más tarde, y cuando todos, excepto nosotros dos, comenzaban á aburrirse, los gritos de Thady y de Bel nos llamaron desde la costa del río, por donde según costumbre andaban vagabundeando aquella noche, en medio del abandono más completo.

—¡ Un vapor ! ¡ pasa un vapor ! ¡ Vengan ustedes !—gritaba el gordinflón como un salvaje, y todos echaron á correr en dirección á la barranca. Recuerdo que miss Mary Dantly, enredada con su perro, se dió un golpe tremendo.

Nosotros los seguimos muy despacio. Manuela echaba su peso muelle sobre mí, y yo, enagelado, sentía latir su corazón sobre mi brazo. Pasó el vapor, un gran vapor cargado de turistas y en viaje al Iguazú.

Parecía un palacio de luces, un monumento maravilloso y féérico, que iba llenando con rumores de fiesta las soledades del río.

Hubo comentarios de toda especie, y á poco rato, cuando se inició el regreso, volvimos á quedarnos atrás, para gozar mejor y una vez más, de la rara y licenciosa libertad que el exotismo de una raza extraña, venía á brindarnos en el propio país de nuestra cuna.

Manuela debió sentirse débil en un momento dado ; debió sin duda presentir el peligro á que nos exponía aquella libertad absoluta, porque me dijo con voz apagada y trémula, oprimiendo mi brazo con su mano nerviosa :

—¡ Qué solos, caramba ! ¡ No deberíamos quedar tan solos, Will !

Yo, por toda respuesta, la estreché entre mis brazos y balbuceando á su oído no sé qué ruego, busqué con la mía su boca idolatrada... Ella se resistió cuanto pudo, gimió, quiso huir... ¡ hasta que de pronto, sus labios virginales, esos

divinos labios esquivos, tanto tiempo deseados por el frenesí de mis ansias, se unieron á los míos bruscamente, en un beso largo y fogoso, en un beso interminable... en el beso de amor de nuestra raza !

Me pareció que las estrellas vacilaban en la bóveda azul, me pareció que el rumor del río había cesado por completo, que la creación entera se detenía para vernos, y que yo era el más feliz de los mortales... y cuando reanudamos vacilantes, la marcha interrumpida, Manuela creyó ver una sombra que se deslizaba cautelosa, entre los pequeños árboles del parque.

— ¡ Mira, mira ! — exclamó. — ¿ Qué será eso ?
¡ Dios mío !

Y yo, para tranquilizarla, me reí de la sombra.

XXX

Un día caluroso y pesado como un ambiente de fragua.

El sol caía á plomo, marchitando las hojas con su beso de fuego, y en el campo, el aire enrarecido formaba remolinos oscuros, remolinos de polvo moreno, que corrían como sombras fantásticas sobre los anchos *limpiones*. En la estancia no se podía estar materialmente, y los huéspedes de mister Linck tenían que hacer verdaderos esfuerzos para disimular su fastidio.

Yo, que había pasado la noche en claro por la excitación de mis nervios, estaba imposible, y Manuela, ojerosa y pálida, pero más bella que nunca, continuaba enloqueciéndome con sus monadas coquetas.

—Estoy enferma del corazón—decía,—y voy á morirme pronto.

Y yo que veía en sus ojos perversos una alusión á nuestras cosas íntimas, reía como un idiota, soñando venturas...

—Debe haber algún gran incendio de bosques—dijo alguien.

Y míster Gay replicó, malhumorado, mirando por la ventana :

—¡ Lo que debe haber es una tormenta de padre y muy señor nuestro !

—¿ Tormenta ?

—¡ Ya lo creo !

—¡ Oh, bah !

—¿ Qué sabe usted ?

—¿ Yo ?

Los ánimos se agriaban aguijoneados por el ambiente, y entonces míster Linck propuso con toda oportunidad algo agradable.

—No son las cinco todavía... pero vámonos al río si ustedes quieren. ¡ Tal vez allí se esté mejor !

La gente que se aburre acoge cualquier iniciativa con entusiasmo ; así que no es de extrañar que la proposición de míster Linck fuera bien recibida por sus huéspedes.

—Eso es, ¡ cómo no ! Tomaremos el te allá—
gritó Agnes.—Yo voy á prepararlo todo.

Míster Linck buscó sus bártulos de pesca, miss Mary Dantly llamó á su perro, míster Gay tomó su gran sombrilla blanca y bajo el sol ardiente nos dirigimos al río. Este, muy crecido aquella mañana, estaba bajando entonces con una fuerza extraordinaria, tanto, que la corriente formaba hoyitos en el agua, y que míster Linck, muy molesto porque sus aparejos eran echados hacia tierra, tuvo que embarcarse en la chalana y fondearla unos metros más afuera.

Pero allí se estaba mucho mejor que en la estancia.

La proximidad del agua siempre refresca el ambiente, siempre lo atenúa, y hace soportables las temperaturas más violentas.

Miss Agnes se sentó en el suelo y se puso á encender un gran calentador con la ayuda de Manuela y los consejos de miss Bel. Míster Sylvan hojeaba una estadística ferroviaria, y los demás, tendidos acá y acullá bajo la sombra, charlaban ú holgazaneaban á su antojo.

El río corría con un mugido sordo é imponente, con un mugido que me hacía sentir hondas nostalgias y allá arriba entre las ramas de los sauces, los pájaros rebullían en silencio y como temerosos de ser pillados por el sol de fuego, que hacía relumbrar el agua como metal bruñido.

Pasó un vaporcito, aguas arriba, un remol-

cador negro y rojo que marchaba á toda máquina y que levantaba una montaña de agua con la proa.

Era el *Torito*, bien conocido por nuestros ojos ribereños y cuyas sonoras pulsaciones tenían cansados los ecos de las islas.

—Ahí va el *Torito*—dije,—¡ cómo *fila!* Debe ir á buscar algún remolque... A ese paso se va á San Nicolás en una hora.

Entonces me apercibí de que nadie me llevaba *el apunte*, y de que mis consideraciones oportunas iban cayendo en el vacío.

Manuela se había empeñado en una calurosa discusión con lady Grafter y todos la atendían.

—Qué quiere, Manuelita, á mí me parece que con esta correntada, usted no llega ni á la mitad del río ; cuanto más á la isla.

—Pues *my dear lady*—respondía ella, con los ojos brillantes y las mejillas coloreadas por un tinte divino.—¡ Apostemos los bombones!

—Debe haber más de tres cuadrás—preguntó Agnes.—¿ Verdad, míster Will?

—Algo así—respondí yo, sin creer nunca que aquella apuesta llegara á realizarse.—Tal vez menos, miss Agnes.

Pero Manuela era una chica caprichosa y tenía un amor propio exagerado.

—Bueno—dijo dirigiendo una mirada circular á todos los presentes. — Es cosa hecha. ¿ Quién me acompaña? ¿ Quién se anima?

Todos guardaron silencio ; el gordo Thady,

seguramente porque no le divertía la cosa ó porque su novia lo hubiera pellizcado, los otros porque eran hombres á quienes la edad ó la falta de dominio del elemento inhabilitaba para una empresa semejante.

Manuela adoptó entonces un tono burlón.

—¿Cómo?—dijo.—¿Será posible?

Y en el momento en que yo abría la boca para ofrecermé, míster Sylvan intervino á gritos :

—¡ Pero, qué demonios ! Que la acompañe míster Fernández. ¿ No es acaso el mejor nadador de todos los que estamos aquí ?

—¡ Es verdad !—dijeron varios.

Y á mí me pareció notar cierta reticencia en las palabras del inglés y una vacilación en la fisonomía de Manuela.

—Si no quieres...—murmuré en tono resentido.—¡ Si no quieres !...

Pero ella ya había echado á correr hacia la casilla, exclamando :

—No, no ; ¡ vamos ! ¡ vamos ! ¡ Te espero en el muelle !

—¡ Tengan cuidado !—gritaba míster Linck, paternalmente desde su chalana de pesca.—Tengan cuidado, *Monoelita*, ¡ no hacer locuras !

Era tan fuerte la correntada que para ir desde la cremería, donde me desnudé, hasta el muelle en donde me aguardaba Manuela, unos ochenta metros apenas, empleé no menos de

diez minutos. Cuando pasé frente al grupo, braceando á la indiana y en gran estilo, míster Linck me hizo mil recomendaciones, varias señoras aplaudieron y Sylvan gritó con mofa :

—¡ Ahí va el campeón !

Manuela, cubierta por su salida de baño y amarrados los cabellos con un gran pañuelo á lunares azules, cuyos extremos se erguían como orejitas diabólicas, me esperaba en el muelle. Lady Grafter y miss Bel estaban con ella.

—¿ Me largo de aquí?—me preguntó desplegando coquetamente su abrigo blanco, que al dar un fondo claro á la silueta oscura, la recordaba en toda la esplendidez de sus contornos.

—No, no, vamos más arriba—repuse,—allá, hasta el árbol caído... Así conseguiremos que nos ayude la corriente.

Y me reía ante aquella gloria de carne joven, cosquilleado por voluptuosidades exquisitas...

Nadábamos muy cerca el uno del otro ; ella sobre su brazo izquierdo, y yo sobre el derecho ; de tal manera que nos dábamos el frente. Mi braceada académica era mucho más larga y vigorosa que la suya, y por eso tenía yo que contenerme para no avanzar demasiado sobre aquella agua resbalosa y tibia que convidaba al retozo y bajo aquel sol de fuego, que todavía inundaba una gran zona de río, obligándome á cada instante á sumergir la cabeza desnuda, para no abrasarme los sesos.

—¿ Te cansas ?

Y ella, sacudiendo con gracia su cabeza mojada, sacudiendo aquellos ricillos rebeldes que pugnaban por escaparse de la prisión del pañuelo y en los cuales las gotas de agua semejaban verdaderos diamantes, me respondía riendo :

—¡ Qué esperanzas ! ¡ Voy lo más bien !

Y yo miraba encantado aquel brazo moreno y redondo, aquel brazo que en comba graciosa emergía del agua á cada braceada, desgranando un montón de brillantes... Aquella cadera turgente, aquel comienzo de curva altiva, de curva vigorosa, que á cada envión de las piernas venía á insinuarse en la superficie del agua y á pesar del traje, como una hermosa promesa, vislumbrada apenas ; como un prólogo bello, como la invocación soberbia de un poema inmortal, nunca leído...

—¡ Mira, Will, que la corriente nos lleva !

—No importa — respondí yo,—no importa ; verás que salimos exactamente como lo dije... allá cerca de los juncos... del lado del ranchito viejo... no te preocupes.

Y á poco, observando que su respiración se hacía fatigosa, la ofrecí mi ayuda.

—Mira, Manuela, si quieres, yo te llevo...

Y me sentía poderoso como una bestia del agua.

Ella se sobresaltó y me dijo riendo :

—¡ Ah, no, no ! ¡ Dios me libre ! ¿ No ves que nos están mirando desde la costa y creo que

hasta con anteojos? Ya estamos cerca, de todos modos...

Y en efecto, como la correntada se recostaba toda hacia la otra costa, es decir, hacia el lado de tierra firme, al salir de la canal nos encontramos en la región de la calma.

—Me parece que has ganado la apuesta—le dije.

—¡ Oh, ya lo creo !

Y alegres tomamos tierra simultáneamente en la playita fangosa, donde el sol caía haciendo grietar la tierra.

—¡ Qué lejana parece ahora la otra costa !

—¡ Es verdad !—repuse.

Y mis ojos, absortos, contemplaban á Manuela, de pie y chorreando agua sobre una pequeña eminencia de la playa.

—Qué difícil parece ahora la vuelta, ¿ verdad ?

—No, no creas...

Y seguía mirándola extasiado, en aquel traje extraño, en aquel traje seductor y raro, que hacía resaltar á maravilla todas sus delicadas perfecciones.

De pronto, ella bajó los ojos y debió ver en los míos la expresión de la fiera encelada porque vi que hacía un movimiento de temor instintivo.

Yo, exclamé con transporte :

—¡ Si te vieras, Manuela !... ¡ Estás divina !

Sonrojándose, hizo un mohín entre coqueto y burlón y tratando de arreglar los graciosos

faldones de su blusa azul, los cuales, por efectos del agua se amoldaban demasiado á sus divinas turgencias, murmuró en un suspiro :

— ¡ Qué locura, Dios mío ! ¡ Qué locura !

— ¿ Por qué ?

— ¡ No ves qué solazo !... Nos vamos á morir aquí... ¡ Mira el vapor que despide tu traje !...

En efecto, yo humeaba como si me estuviesen asando y ella lo mismo... Su pecho altivo se agitaba jadeante...

Entonces me acordé del ranchito, del rancho aquel, levantado en otro tiempo por uno de esos atorrantes bohemios de las islas y que, aunque casi derruido ya, podía ofrecer algún refugio.

— Vamos al ranchito, ¿ quieres ; allí estaremos mejor...

— ¡ Ah, no ! ¡ al ranchito no !...

— ¿ Y por qué ?...

— Por nada...

Y me miraba y se reía, con sus ojos amantes y miedosos.

— *Por nada*, no es una razón... ¡ Nos vamos á morir aquí !...

Y mi voz temblorosa denunciaba, á pesar del esfuerzo, la intensa emoción que me embargaba.

Manuela miró la costa lejana... miró el rancho solitario... miró mis ojos ardientes... quiso sonreír... pero no pudo... La sangre zumbó en mis oídos, me pareció que la tierra se mecía

bajo mis pies y entonces, trastornado, la estreché entre mis brazos...

—¡ Aquí no ! ¡ Por favor !...

...Y juntos, desaparecimos entre las altas malezas, en dirección á aquel rancho...

.....

...Después, sólo recuerdo que de improviso, de una manera brutal, como una caída salvaje, como un hachazo alevoso, inesperado, volví á la realidad...

...Míster Linck, pálido y trágico, acababa de aparecer á la puerta del rancho acompañado de Sylvan.

Manuela, al verle, lanzó un grito desesperado é histérico y llevándose las manos á la cabeza echó á correr hacia la costa.

Quise seguirla, pero ella gimió un ¡ déjeme !... tan doloroso, tan triste, que me detuvo en el sitio.

—¡ Usted es un miserable ! ¡ Un cobarde !— rugió el viejo señor en un sollozo horrible.

Y cuando yo, trastornado, iba á arrojarme sobre él, el ruido que produjo Manuela al lanzarse al río me hizo correr á la costa como un loco ; pero cuando llegué, roto y ensangrentado por las espadañas, los troncos y las espinas, ella ya estaba lejos, allá, en medio de la canal y sesgando la corriente iba á cruzarse con el *Torito* que remolcaba una barca y cuyo agudo silbato resonaba estridente.

...Yo no sé cómo pasó, ni cómo pudo ser... De pronto oí gritos y maldiciones; vi que el vapor se detenía y que el bauprés de la barca caía llevado por el impulso, sobre coronamento de popa, con gran crujir de maderas; Sylvan y Linck, vociferando, remaban en la chalana con todas sus fuerzas y lo mismo hacían los tripulantes de una canoa de pescadores.

...Entonces me arrojé al agua...

Míster Linck, pálido como un cadáver, increpaba furioso al patrón del vaporcito:

—¿Qué ha hecho usted, animal? ¡Miserable! ¿Cómo no ha visto?

Y el hombre replicaba turbado:

—¡Pero si ella se vino sobre el tajamar de expofeso, señor, estoy seguro!

Y las miradas de todos exploraban el río...

—La hélice la ha hecho pedazos—dijo un negro, marinero de la barca,—yo estaba en la serviola y vi la sangre... La correntada tira á la otra costa y el cuerpo debe buscarse por allá...

Y me parecía, en mi anonadamiento, que no hablaban de Manuela, que se trataba de otra persona...

...Y así pasaron dos horas mortales. El río se había poblado de botes que buscaban el cuerpo, con grampines, y en un ir y venir cauteloso. Una de esas embarcaciones encontró, entre los juncos, el pañuelo á lunares azules, atada todavía y lleno de sangre...

Casi obscuro ya y agotadas mis fuerzas por la desesperación y el cansancio, tomé tierra en la costa de la estancia... Parecía la encarnación de toda las tristezas y tiritaba de frío... Así permanecí mucho tiempo, solo, y mirando con ojos extraviados unos sábalos que alguien había estado limpiando cerca del agua y que había abandonado luego, conjuntamente con el viejo cuchillo que empleara en la faena.

De pronto, vi á Sylvan que se acercaba con un papel en la mano, y apoderándome de aquella arma me incorporé de un salto.

—¡ Váyase de aquí! ¡ No se acerque!...

Pero él, con el rostro lívido, avanzó resueltamente y me alargó un telegrama desplegado...

Yo leí, sin tomarlo :

«*Your mother is dead*»—CATHARINE.

...Entonces le hundí el cuchillo en el corazón y eché á correr por la playa, aullando como un lobo...

FIN



14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED

LOAN DEPT.

This book is due on the last date stamped below, or
on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

INTER-LIBRARY

LOAN
AUG 9 1965

~~INTER-LIBRARY~~

LOAN

DEC 22 1966

719111

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

U.C. BERKELEY LIBRARIES

